Teniente Coronel Reboul

¡Evadidos!

Las más famosas evasiones de prisioneros de los campos alemanes



Las más emocionantes evasiones de prisioneros de los campos alemanes durante la Gran Guerra (1914-1918).

Frédéric Reboul

¡Evadidos!

Título original: *Les Revenants*
Frédéric Reboul, 1930
Traducción: Antonio Bermejo de la Rica, 1931

Índice de contenido

¡Evadidos!
Prefacio
Capítulo primero. Un aviador tenaz
Capítulo II. Un hombre de suerte
Capítulo III. La lucha en pos de la libertad
Capítulo IV. De Francia a Suiza pasando por Alemania
Capítulo V. Una evasión del castillo de Hirschberg
Capítulo VI. Querer es poder
Capítulo VII. Loado sea Gutenberg
Capítulo VIII. Marinos en tierra
Capítulo IX. Una evasión accidentada
Capítulo X. Fuego bajo hielo
Capítulo XI. Un cazador
Capítulo XII. Lucha inútil
Capítulo XIII. La libertad en cuarenta y ocho horas
Capítulo XIV. El patriotismo de los humildes
Capítulo XV. Un lorenés
Sobre el autor
Notas

TENIENTE CORONEL REBOUL

¡EVADIDOS!

Las más emocionantes evasiones de prisioneros de los campos alemanes durante la Gran Guerra (1914-1918).

Traducción de
A. BERMEJO DE LA RICA



PREFACIO

Desciendan del tren en Annemasse o desembarquen de un navío en Boulogne, los evadidos de las prisiones alemanas que han podido ganar las hospitalarias Suiza u Holanda, se asemejan todos. Ojos ardientes animan su rostro demacrado, en el cual están grabados aún, profundamente, los estigmas de las fatigas Vencidas. Enérgicos todos, todos valientes. Para ocupar de nuevo su puesto de combate, su lugar en las filas, para desafiar voluntariamente la muerte, y las heridas, han abandonado el campo de prisioneros en el cual, ciertamente, llevaban una vida deprimente en lo moral y en lo físico y estaban sometidos a todas las Vejaciones y todos los castigos que puede inventar una barbarie culta, pero donde, en cambio, estaban al abrigo de los peligros incesantes del campo de batalla; nada tenían que temer allí de las ráfagas de artillería, de los disparos de las ametralladoras, de los bombardeos por aviones; en aquel lugar, el aire les era tasado, pero no estaba emponzoñado con gases deletéreos. Podían esperar salvar su envoltura humana. Huyeron arriesgando sus vidas, exponiéndose a las peores represalias, condenándose a las fatigas más rudas. Nada les asustó. El deber les reclamaba y respondieron a su llamada.

A pesar de la vigilancia de sus guardianes, franquearon las puertas más estrechamente vigiladas, los recintos más altos, los fosos más anchos, despistaron a los perros policías; se burlaron de las barreras interiores; atravesaron una Alemania inquieta, obsesionada con la locura de descubrir por todas partes prisioneros evadidos; escaparon a los cordones de centinelas a lo largo de las fronteras.

Volquetes de basuras, trajes de obreros, uniformes de oficiales y de soldados alemanes; utilizaron todos los disfraces, emplearon todas las astucias para salir del recinto en que estaban detenidos. Durante meses enteros han cavado subterráneos, trabajando sin herramientas en condiciones penosas, amenazados a cada instante de ser aplastados bajo los desprendimientos. Los días de calabozo, donde no recibían sino la ración precisa para no morir de hambre, los campos de represalias, la privación de todo paquete y toda carta, nada pudo descorazonarles, impedirles responder a la orden que les dictaba su conciencia.

¡Honor a ellos, que nos han enseñado que el soldado no debe desesperar jamás! La nación debería haberles agradecido al instante el haber hecho más que su deber, el habernos dado lecciones de energía. Pero los ha ignorado largo tiempo.

El Parlamento les ha concedido una primera satisfacción: les ha sido dedicada una condecoración especial que consagra su adhesión y sacrificio a la Patria. Este testimonio del legislador es aún insuficiente. Desearíamos que la opinión pública se interesara más por ellos, que les rindiera homenaje.

Para instruir a esa opinión de los peligros que han desafiado y vencido esos valientes, es por lo que publicamos este volumen. Lejos de nosotros el pensamiento de pretender que las evasiones que contamos sean las más audaces. Nos hemos prohibido elegir entre ellas. Hemos coleccionado esos relatos al azar de nuestras investigaciones. Unos conciernen a oficiales, otros a simples soldados. Unos emanan de personas cultas, otros de almas sencillas. Existirán quizá otras más interesantes, pero tal como son, pintan al evadido, que constituye un tipo determinado de características claramente acusadas. Estos relatos podrían comportar descripciones pintorescas, sobre todo, pinturas de la vida de nuestros campos de prisioneros o cuadros de la miseria de Alemania durante la Gran Guerra, pero no responderían así al fin que perseguimos. Queríamos dar a conocer el alma del evadido. Es ésta la que nos hemos esforzado en poner en primer plano; por eso, hemos separado

cuanto era inútil, lo que hubiera desviado la atención del drama que se desarrollaba entre el campamento en que el prisionero agonizaba y la frontera liberadora. Nos consideraríamos dichosos si pudiéramos hacer sentir a todos cuál debió ser la constancia de su esfuerzo, cuál debió ser su energía para escapar de la prisión que le encerraba. Nos consideraríamos felices si pudiéramos mostrar a todos su espíritu sin cesar despierto, dedicado tan sólo a la búsqueda del medio que le conduciría a la libertad. Pueden multiplicar sus guardianes las medidas de precaución. Por su ingeniosidad, por su paciencia, por su atrevimiento, triunfará de ellas. Los fracasos no le asustan; le excitan. Quiere su libertad, y la conquista.

Tal es la obra a la cual nos hemos dedicado. Ojalá podamos lograr interesar con estos relatos a los corazones generosos, a los que aman las bellas acciones y honran el sacrificio por la Patria.

París, 30 de agosto de 1929.

TENIENTE CORONEL REBOUL

CAPÍTULO PRIMERO

UN AVIADOR TENAZ

El teniente Richard. – La lucha con los «Albatros». – Del cielo… al suelo. – Prisionero. – El primer intento de evasión. – Enfermo y fracasado. – En el fuerte Prinz Karl. – Un nuevo fracaso. – Otro proyecto de fuga frustrado. – El fuerte IX. – Un intento inútil y unos días de libertad. – Al campamento de Strassburg. – Nueva evasión fracasada. – En Preussisch–Holland. – De campamento en campamento. – No renuncia a evadirse. – Huye de Burg. – Libre al fin.

Otoño de 1916. La escuadrilla de caza N-67[1] ha establecido su base entre Amiéns y Villers-Breton-Neux, a 25 kilómetros del frente. Sus grandes «hangares» de lienzo están en la linde de un bosque, cuyas frondas, aún espesas, los ocultan a las pesquisas aéreas. Los barracones de madera que abrigan a su personal se levantan más lejos; enteramente enmascarados, están pegados a las últimas casas de la aldea.

La lucha es ruda entre Péronne y Bapaume. El enemigo ha concentrado allí sus reservas. Nosotros que, en esta región, éramos los dueños del aire el 1.º de julio, chocamos ahora con una aviación equivalente a la nuestra.

El 3 de septiembre, el tiempo está cubierto. En la N-67, pilotos y observadores se hallan agrupados en torno a los aparatos. ¿Se saldrá o se aprovechará el reposo forzado para ir a Amiéns en alegre banda? Las tres de la tarde. La decisión no puede tardar. En ese momento, un punto chispeante brilla en el horizonte: un Nieuport. Pica sobre los «hangares». Por orden del capitán Brocard, que manda el grupo de caza de los ejércitos del Nordeste, la N-67 debe estar reunida a las 4 de la tarde al lado de su propia escuadrilla, la de las Cigüeñas, en el terreno de Cachy.

Un cuarto de hora más tarde, los aparatos de la N-67 emprenden el vuelo. A las 3'30, todos han aterrizado en el emplazamiento indicado. Pilotos y observadores van a recibir órdenes. La escuadrilla debe, hasta el fin de la jornada, constituir una barrera de protección entre Combles y el Somme. «Nuestra infantería sufre mucho —dice Brocard— y hay que ayudarla todo lo posible; debemos impedir a la aviación enemiga regular el tiro de su artillería sobre nuestras posiciones».

El capitán Saint-Sauveur, que manda la N-67 designa dos aviones para comenzar la protección. El primero, de dos plazas, va tripulado por el sargento Rousseau, piloto, y el teniente Richard, observador. El segundo es de una sola plaza. Mucho más rápido que el primero, debe ajustar su marcha a la de aquél; los dos aparatos volarán en conserva El tiempo es desfavorable; la bruma, muy espesa, se pega a las cimas de los árboles y sube como un banco casi impenetrable hasta los 600-700 metros. Más arriba, a 1.400 metros, está reforzada con un mar de nubes.

El dos plazas despega el primero y describe sobre el terreno grandes órbitas ascendentes, para no abordar las líneas hasta los 2,500 metros. Desde el primer viraje, observador y piloto buscan al otro aparato. No se distingue más que vagamente el terreno. ¿Se ha elevado? Imposible saberlo. Precisaría, sin embargo, estar informados de ello, pues sobre el meandro del Somme cruzan sin descanso grupos de combate enemigos. Aventurarse sólo con el dos plazas, inferior en velocidad y en manejabilidad a los aparatos de caza alemanes, sería una imprudencia. «¿Volvemos al campo para ver si el otro nos sigue?» —pregunta Rousseau. Sería lo prudente, pero la misión es imperativa. El capitán Brocard ha dado la orden de salir a toda costa. Es preciso que nuestra infantería, escuchando el ronronear de nuestros motores, se sienta protegida desde lo alto de los aires. Así, Richard, después de algunos segundos responde: «No: adelante, hacia Combles. ¡En las manos de Dios!».

Durante cerca de una hora, prosiguen, sin incidente, su ronda incesante. Las borrascas de viento hacen balancearse y rodar el biplano en bruscos sobresaltos; bolsas de aire le absorben, le aspiran hacia el suelo. No se ve avión observador enemigo; con tal tiempo la observación es imposible. A las 4'30, una enorme masa de nubes avanza del Sur; es un segundo techo que va a doblar el primero hacia los 900 metros. La bruma se espesa y gana en altura; el aparato navega como entre guata; no se ve nada; toda vigilancia es inútil, Richard decide volver.

El avión hace rumbo directamente sobre Cachy. Bruscamente entra en un agujero de cielo azul. El mar de nubes presenta una falla. En el mismo instante, penetran en ese agujero dos aviones alemanes; salen de la masa opuesta a cien metros. Aparatos de caza, Albatros. El Nieuport, inferior, pica hacia tierra, con todos los gases abiertos; no tiene interés en entablar la lucha. Los dos alemanes caen sobre él. Richard, con el dedo en el gatillo de su ametralladora, vigila cada uno de sus movimientos; intentan atacarle por detrás. En cuanto los tiene a tiro, abre el fuego; le responden. Casi inmediatamente, otras ráfagas cogen de través al Nieuport. Otro grupo de tres aparatos de caza le asalta de frente. Richard, combatiendo hacia retaguardia, no los ha visto. En algunos segundos su avión está acribillado de balas. Una de ellas le alcanza en el brazo izquierdo; salta la sangre con violencia. «Pica hacia la bruma o estamos perdidos» —grita a Rousseau y se desvanece.

Dos o tres minutos después, recobra el conocimiento. Para desembarazarse, Rousseau ha descendido, pero, sin darse cuenta lo ha hecho hacia el Este. Cuando sale de la niebla, a 200 metros de altitud se encuentra detrás de la segunda posición enemiga. Los alemanes, advertidos por el ruido de las ametralladoras de que encima de sus cabezas se desarrolla un drama aéreo, acechan y escrutan las nubes. En cuanto el Nieuport aparece, sus ametralladoras, prevenidas, le atacan; vuela tan bajo que los mismos infantes le disparan sus fusiles. Le rodean las balas; silban por todas partes. Los planos de la celda están sembrados de agujeros; hay tensores cortados; astillas del maderamen saltan de la carlinga. «¿Dónde estamos?» —se preguntan Richard y Rousseau. Una ciudad, en el horizonte. Es la silueta, bien conocida, de Bapaume. Gracias a aquel jalón, se iluminan. He aquí las líneas inglesas al norte de Combles. No hay asilo más próximo. A ellas, a toda velocidad. Pero a las ametralladoras de tierra, se unen las de los dos aparatos de caza enemigos. Guiados por el ruido, vuelven a hallar al Nieuport que habían perdido en la bruma. Le siguen a 150 metros, uno sobre su flanco derecho, el otro sobre el izquierdo, y le

acribillan de balas. Richard, en un supremo esfuerzo— se muerde los labios para no desfallecer —rompe el fuego. Sus balas indicadoras le guían, su tiro se hace pronto preciso. Los dos aviones alemanes, sorprendidos por el vigor de su respuesta, vacilan en abordar al Nieuport de más cerca, tanto más cuanto que sólo están a cinco kilómetros de las líneas inglesas, en la zona de acción de las patrullas de caza británicas. Bruscamente, los dos abandonan la partida. ¿Estarán salvados Richard y Rousseau? El aparato se halla agujereado por las balas; el taburete sobre el cual está sentado Richard se encuentra despedazado, aserrado; pero los mandos están intactos y eso es lo esencial. Dos minutos más y estarán en las líneas inglesas. Desde que los dos aviones alemanes han dado media vuelta, las ametralladoras de tierra han reanudado sus disparos. De todos los rincones de las trincheras manan resplandores. Súbitamente, el motor se para, el aparato pica. ¡Nada puede hacerse, y eso que sólo están a tres kilómetros de las trincheras inglesas! El avión, a toda velocidad, toma contacto con el suelo y una de sus ruedas se hunde en uno de los agujeros del terreno. Capota. Piloto y observador son proyectados fuera de la carlinga.

Aunque su capote de cuero esté como acebrado de huellas de balas, Rousseau no ha sido alcanzado. De un salto se precipita hacia el aparato. Al igual que Richard que, herido, no puede levantarse y le grita: «¡Fuego, fuego!», sólo tiene un pensamiento: destruir su Nieuport. Sacando de su bolsillo una caja de cerillas enciende una, y la acerca a uno de los escapes del depósito de gasolina. De golpe, la llama se alza, alta, ardiente. Era tiempo. Los alemanes están allí, muy cerca. Ante aquel brasero gigantesco, de donde parten, crepitando, las balas de las bandas de las ametralladoras, retroceden algunos pasos. Unos segundos después, el incendio disminuye. Se acercan. Están furiosos de que los nuestros hayan aniquilado el avión y sus documentos. Un oficial amenaza a Richard, que ha tenido que echarse a rodar por el suelo para librarse del foco del

incendio. Con la punta de su sable a 10 centímetros del rostro, le grita: «¿Por qué, señor, ha "inquendiado" usted su aparato?».

La artillería británica pone fin a esa explicación. Sus dos primeras descargas encuadran el conjunto. Los alemanes se precipitan en sus trincheras, arrastrando con ellos a Rousseau; dos de sus camilleros recogen a Richard. Los dos aviadores son separados; la dura cautividad comienza para ellos.

* * *

Richard, inmediatamente, piensa en evadirse. A la tienda del hospital de evacuación de Velu, adonde ha sido enviado después de una sumaria cura en Bapaume, el azar conduce a tres jóvenes franceses requisados por los alemanes para los trabajos a retaguardia. Uno de ellos es de la región; parece inteligente y enérgico. Richard presiente que podrá serle útil. Le interroga: «¿Puede encontrar en las cercanías de Velu, una familia francesa que consienta en facilitarle la fuga?». El joven responde de la suya. Que Richard llegue hasta ella, y le ocultarán, le cuidarán y le harán pasar a Bélgica. Bosquejan proyectos. Y al saber que un mismo tren les llevará a los dos hacia un hospital de retaguardia, experimentan una gran alegría.

En el andén de la estación, bajo una lluvia violenta y un frío riguroso, los alemanes hacen esperar más de una hora a sus prisioneros. Todos son heridos; algunos agonizantes. Es una crueldad inútil. Por fin les hacen subir al tren, los amontonan en vagones de ganado. Centinelas armados los custodian. A fin de respirar más libremente, dejan las puertas abiertas; tan apestado está el aire en el interior con los vendajes de treinta heridos. Por esas aberturas, Richard y el joven francés, examinan la región que recorren. Es familiar al último. Aquí, en esta granja, habita uno de sus tíos; allí, en aquel caserío, residen viejos amigos. Su familia vive en Caudry, una de las estaciones más próximas. Si pudieran quedar

hospitalizados en una de esas aldeas, la fuga sería fácil. He aquí las primeras casas de Caudry. ¿Cómo? El tren disminuye de marcha, ¡se detiene! Algunas órdenes concisas en el andén: «Raus, raus»[2], gritan los centinelas, y empujan fuera del vagón a los heridos que pueden aún tenerse en pie. Richard se siente dichoso. Confía en que bien pronto podrá, de nuevo, lanzarse a la batalla aérea. Un apretón de manos prolongado confirma su acuerdo con el joven francés. A la salida de la estación, los alemanes forman varios grupos con sus heridos. Richard es separado de su compañero. Inventa mil pretextos para conservarle a su lado. En vano. Le encierran en un hospital en medio de heridos alemanes. Aunque la disciplina sea severa y prohiba a los prisioneros todo contacto con los franceses residentes en la aldea, intenta ver a su amigo, prevenir a su familia. Soborna a un enfermero alemán que, a cambio de su reloj, se compromete a llevar una de sus cartas a uno de sus fingidos parientes de Caudry. El enfermero toma el reloj, pero no se preocupa de cumplir el encargo. Richard, desesperado, debe renunciar a ese proyecto. No podrá partir, en modo alguno, antes de estar completamente curado.

⁎ ⁎ ⁎

El 23 de septiembre es evacuado hacia el interior. El destino le envía a Grafenwohr en el nordeste de Baviera, a 35 kilómetros de la frontera austríaca. Un antiguo cuartel de artillería de aspecto sombrío rodeado por completo de alambradas, ha sido transformado en hospital para prisioneros. Tres suboficiales y un cabo francés, Jourdan, están empleados en él; trabajan en las oficinas. Los cuatro acogen a Richard afectuosamente. Compartiendo con él sus escasos recursos, le sostienen y le confortan. Un mes después de su llegada, el cabo le lleva aparte, y, muy emocionado, le dice a quema ropa: «Mi teniente, usted quiere evadirse». Richard, que no ha hablado jamás de sus proyectos, se ve sorprendido por esta brusca

declaración; se defiende, al principio, y pregunta a Jourdan en qué se funda para suponerle tal intención. «En la actitud de usted, mi teniente. Como yo, no está resignado, lo comprendo, a vivir largo tiempo en cautiverio. Yo quiero recobrar mi libertad y usted también. Pongamos en común nuestros recursos, y tendremos más probabilidades de escapar que actuando separados». La actitud de Jourdan es tan clara que Richard confía en él, y le comunica sus proyectos. Deciden ayudarse mutuamente.

En adelante, cada vez que se encuentran, no hablan más que de evasión; discuten los diversos proyectos posibles y calculan las probabilidades de éxito. Reconocen que, de momento, no pueden huir a pie; están a más de 450 kilómetros de la frontera suiza y se acerca el invierno. La herida de Richard, incompletamente cicatrizada, le impide, además, las marchas largas; Jourdan propone hacer el camino en bicicleta. ¡Pero cómo procurarse tales máquinas! A fuerza de reflexionar, descubren un medio. Un sargento francés, de un campo de prisioneros vecino, va con frecuencia a Grafenwohr para efectuar compras en nombre de sus camaradas. Aunque vigilado constantemente en sus desplazamientos por un centinela armado, puede hablar libremente a los habitantes. Tal vez pueda obtener de ellos los objetos indispensables para fugarse. A petición de Jourdan acepta y les procura trajes de paisano, mapas, brújulas, sacos tiroleses.

Para procurarse las bicicletas recurre a una estratagema. Sabe de dos en venta en una tiendecilla. Para inspirar confianza a la vendedora, declara querer regalárselas a un *feldwebel* que le ha prestado grandes servicios. Pronto se hace el negocio. El precio es fijado en 220 marcos que paga al instante. «Un soldado alemán, el ordenanza del *feldwebel* —dice— vendrá a buscarlas». El día convenido un prisionero —un alsaciano—, va a la tienda, disfrazado de soldado alemán. Ha logrado procurarse un uniforme *feldgrau*[3]. Van a comenzar las dificultades. Después de haber aceptado la venta, la comerciante ha tenido sospechas; pide consejo a su cuñado, que reputa su conducta de imprudente, y se las compone

para estar presente en la tienda cuando el pretendido ordenanza reclama las bicicletas; le hace las más insidiosas preguntas. El desgraciado se turba. No hay duda: es un francés. El alemán quiere hacerle arrestar. Pide socorro. El falso soldado se precipita fuera del almacén y desaparece en la oscuridad de la noche. Gracias a su disfraz, vuelve al campo sin ser inquietado. La comerciante y su cuñado, cuya conciencia no está muy tranquila, no se atreven a hacer la denuncia. Los conspiradores están salvados.

Esta pérdida de 220 marcos les es, sin embargo, muy sensible. El sargento que ha tratado el negocio, emocionado al ver su pena, vuelve al almacén. Bajo la amenaza de revelarlo todo y denunciar a la comerciante como cómplice, obtiene de ella que restituya la suma entregada. El incidente está acabado, pero es preciso buscar otro medio para procurarse bicicletas.

* * *

Desde hace algunos días, un enfermero alemán hace avances a Richard. Éste, después de haberle experimentado encargándole de pequeñas comisiones, le pide que le procure dos bicicletas. La negociación, entre el enfermero que no habla francés y Richard que no balbucea sino algunas palabras de alemán es difícil. Llegan, sin embargo, a entenderse. El enfermero acepta efectuar la compra. Para esto es preciso —dice— ir hasta Weiden, la ciudad más próxima. Richard le envía el domingo siguiente, provisto de una suma suficiente. El enfermero ha prometido estar de vuelta por la noche a las once con las dos máquinas; las ocultará fuera y vendrá a prevenir a Richard. Un salto por una ventana que da al patio, y será la libertad.

Jornada de angustia, de ansiedad. A las diez y media de la noche, Richard no puede permanecer acostado, tan impaciente está. Se levanta, se desliza furtivamente por el corredor que precede al dormitorio y espera. Espía la vuelta de su mensajero. Procediendo

así comete una imprudencia. De tiempo en tiempo el enfermero de servicio efectúa una ronda. Que se dirija a la habitación de los oficiales y Richard será sorprendido: éste lo sabe, pero no puede dominar su impaciencia.

Las once; las once y media. Sin novedad. ¿Qué hacer? Para engañar su impaciencia, Richard vuelve al dormitorio, y coge su saco tirolés, que contiene sus provisiones y su material de evasión, le lleva a la habitación del piso bajo por cuya ventana debe salir. Evita hacer el menor ruido por temor a despertar a sus compañeros. Cuando sale de la habitación común, el enfermero está al extremo del corredor; va, probablemente, a subir al piso superior. El instante es favorable. Vivamente, Richard desciende los escalones que conducen al piso bajo, pero ruido de pasos le sorprenden. Alguien anda detrás de él. Corre a la habitación por donde debe escaparse y de la cual posee una llave falsa; la abre y se precipita en ella, pero no se atreve a cerrar la puerta con llave. El enfermero de servicio —no puede ser sino él— está demasiado cerca; le oiría. Al ruido de sus pasos, que resuenan en las losas de piedra, Richard adivina todos sus gestos. El enfermero se detiene cada diez metros y escucha. Hele ante la habitación. El silencio es tan grande que le oye respirar. Se acerca aún más a la puerta y va a coger el picaporte. Para no ser descubierto en flagrante delito, Richard lanza su saco tirolés a un rincón bajo una cama y abre la puerta. El alemán retrocede, sorprendido; pregunta a Richard lo que hace fuera de su habitación: «Dolor de muelas, *Zahnschmerzen*» —responde en mal alemán, frotándose la mejilla—. «Demasiado calor en la habitación; venido aquí para tener fresco». El enfermero de ronda vacila, no puede adivinar, tan débilmente iluminado está el corredor, que su interlocutor lleva bajo su largo levitón de hospital rayado de blanco y azul, un traje de paisano. Declara: «Está prohibido permanecer aquí; suba en seguida a su habitación». Richard obedece, va hacia el dormitorio y oculta sus trajes civiles.

Una preocupación le impide dormir: su saco. No quisiera que los alemanes lo encontraran. Hacia las tres, intenta descender, descalzo

a la habitación donde lo ha ocultado. Imposible. El enfermero monta la guardia en el corredor. Un prisionero francés, un antiguo disciplinario, logrará, al día siguiente hacerlo desaparecer sin que los alemanes se hayan dado cuenta.

El enfermero que fué a Weiden no ha cumplido su promesa. Al día siguiente pretende no haber encontrado bicicleta que comprar. «Todas las que he visto estaban en mal estado». Sólo ha logrado gastar una parte de la suma que le había sido confiada. Richard ha sido engañado por él, seguramente de acuerdo con el enfermero de guardia. Además, no pueden pensar en huir: la víspera se ha hecho abrir, demasiado pronto, un flemón en la muñeca derecha. Sufre horriblemente. En estas condiciones no puede partir a pie, tanto más cuanto que observa que la vigilancia hacia él es más estrecha. Ante todo es preciso adormecer la vigilancia de los guardianes. El médico alemán que pasa la visita al día siguiente y le interroga sobre su dolor de muelas, felizmente, le encuentra enfermo y le envía al dentista. El incidente no tendrá consecuencias. Hay que imaginar otro modo de evasión.

* * *

Desde principios de octubre, Richard está en correspondencia regular con su familia. A su hermana, que durante sus dos años de cautividad será su ángel tutelar, le expone su situación. En sus cartas recurren a una tinta invisible, que no se revela sino calentando el papel.

Con frecuencia, en el curso de sus licencias, hermano y hermana habían considerado la posibilidad de mantenerse en relación a pesar del enemigo, en el caso en que el destino le hiciera caer en territorio alemán. Desde su tercera carta, Richard pide a su hermana que le mande por paquetes postales y por piezas, dos bicicletas desmontables. En Francia ese proyecto se reconoce impracticable. Su hermana le propone, en cambio, enviar a un punto de cita que él

mismo fije, un guía que hable admirablemente el alemán y que podría conducirle a algunos kilómetros de la frontera.

Esta solución es aceptada con entusiasmo por Richard, que fija el punto de reunión. El 10 de noviembre, una carta le hace saber que el guía le esperará en la noche del 29 al 30 a medianoche en el lugar convenido. Podrá llevar consigo un camarada.

Al instante, Richard advierte a Jourdan. Para evitarse molestias en su marcha hacia la frontera, se hace abrir por segunda vez el brazo; a partir de este momento su curación se acelera. Los alemanes parecen desconfiar de él. El enfermero a quien encargó de la compra de las bicicletas le despierta el 23 de noviembre a las 10 de la noche, para proponerle un plan de evasión en aquel mismo momento. Es un lazo. Se niega, pretextando que no tiene trajes de paisano. Tres días después, el 26, sabe que Jourdan será enviado al día siguiente a un campo de prisioneros vecino del hospital. Hay que apresurar la partida. La fija para la noche del 28 al 29, 24 horas antes del momento en que deben encontrar a su guía.

El 28 por la noche, a las once, baja al piso entresuelo del hospital. En un local diferente del elegido por él en su primera tentativa se encuentra una ventana que da, también, al patio. No está enrejada, porque su altura de 2'5 metros hace creer a los alemanes que es suficiente obstáculo. Un cabo francés, De Witte, hijo del general de este nombre, herido grave, casi impedido, duerme en esa habitación aislada. No puede evadirse en el estado en que se encuentra, pero Richard sabe que puede contar con su discreción y su amistad. Se pone, rápidamente, al corriente de su proyecto. De Witte acepta el estar al acecho. La ventana de su habitación está en el ángulo del edificio. Ante la fachada principal velan dos centinelas, distantes uno de otro cerca de sesenta metros. De tiempo en tiempo, a intervalos irregulares, un tercero aparece en el ángulo de la pared: es el que vigila la otra fachada. Dos linternas iluminan el camino de ronda. Más allá, separado por una simple barrera de alambres espinosos, se encuentra un bosquecillo de abetos, poco espesos. En el centro, una tercera linterna esparce una

luz más difusa. Para huir, es preciso aprovechar el momento en que los dos centinelas de la fachada principal charlen juntos lo más lejos posible de la ventana; deslizarse por ella, cruzar el camino de ronda, franquear la barrera y ganar el bosquecillo. La operación es peligrosa. Para que tenga éxito es indispensable que los dos centinelas, continuando su charla, no se vuelvan y que el tercero no aparezca en el ángulo de la pared. Para poner todo lo posible de su parte, Richard rodea sus zapatos con tiras de fieltro.

Mientras espera el momento de actuar, De Witte observa por una claraboya exterior de la habitación. Bruscamente, abre la puerta: «Ahora», dice. Richard se precipita hacia la ventana que, por precaución, había abierto por anticipado, se lanza al vacío y llega al suelo sin ruido; De Witte le echa su saco. De un salto, está fuera del camino de ronda. La alambrada no es un obstáculo, tan amplias son sus mallas. He aquí el bosquecillo. Los centinelas no han visto nada, nada han oído; siguen hablando. Corre a todo correr hasta el terreno de maniobras donde ha citado a Jourdan. Se acerca a la espesura donde el primero que llegue debe esperar al otro; silba dulcemente; una modulación semejante le responde. Allí está Jourdan. Ha salido del campo de prisioneros vestido de soldado alemán.

Toda la noche, marchan. Por la mañana se ocultan en las espesuras, en una pendiente abrupta; en ella pasan la noche. Por un sendero, a menos de cincuenta metros de ellos, desfilan numerosos alemanes, algunos acompañados de perros. ¿No olfatearán éstos su presencia? El temor les hace ocultarse aún más. El frío es muy vivo. Varias veces, Richard, se ve atacado por quintas de tos. Para evitar el menor ruido que pudiera traicionarle, apoya la boca contra su saco. Al anochecer, se pone a tiritar. La fiebre se apodera de él. A pesar de todo, a la llegada de la noche se ponen en marcha; a medianoche llegan al lugar de la cita. Es un pequeño bosquecillo en el centro de una llanura, al lado de un cementerio; está rodeado de caminos por tres lados; no es posible equivocarse. En cuanto llegan a la linde, silban, dulcemente, y repiten varias veces la señal. Ningún eco. Recorren toda la linde, silbando de trecho en trecho. No hay

respuesta. ¿Se retrasará el guía? Se sientan, ansiosos. Da una hora en un campanario lejano. Vuelven a comenzar su ronda en torno al bosque. Cada cincuenta metros, silban. Nada. Richard, vencido por la fiebre, se deja caer sobre la hojarasca. Jourdan se obstina; recome aún el bosque en toda su extensión y bate todas sus frondas. Nadie. Las dos. El guía no vendrá. ¿Qué hacer?

El frío ha provocado en Richard una verdadera congestión del cerebro; juzga una locura querer franquear a pie los 450 kilómetros que les separan de la frontera; en el camino acaso le detuviera un gendarme o un campesino; sería para él la cárcel y, con esta temperatura, la muerte. Vale más volver al hospital, donde, al menos, a falta de cuidados, encontrará un lecho. Se decide por este partido, dejando a Jourdan libre de continuar solo su ruta y aprovecharse de los medios que han reunido. Este rehusa. Estima que, solo, no podrá vencer los obstáculos; acompaña a Richard hasta el hospital, y después se vuelve al campo de prisioneros. Gracias a su uniforme de soldado alemán, entra fácilmente; su ausencia no ha sido aún señalada. Richard, en cuanto liega, se desploma sobre su lecho, destrozado, delirante. El médico, durante cuarenta y ocho horas, desespera de su suerte; su robusta constitución le salva; doce días después está curado. Los alemanes, sin esperar siquiera unas horas, le envían a uno de los fuertes de Ingolstadt.

* * *

Le encarcelan en el fuerte Prinz Karl, que goza, entre los prisioneros, de mala reputación. Desde la desaparición del capitán Menard y del teniente Pinsard, las medidas más severas han sido tomadas para prevenir toda nueva evasión. El fuerte está rodeado de fosos de 6 metros de profundidad. Durante el día, centinelas colocados en las caponeras, enfilan de una ojeada, toda su longitud. Por la noche es aumentado su número; están apostados en el foso

mismo. Parece imposible salir vivo de esta fortaleza. Pese a ello, Richard reune todos los medios para intentar una evasión: brújula, víveres, traje. Quiere estar dispuesto para la primera ocasión.

Entre sus nuevos camaradas de habitación encuentra al teniente Sombsthay, del regimiento 153 de infantería. Se han hecho amigos en Verdún. Deciden intentar la empresa juntos. Hasta fines de marzo de 1917, no descubren en el servicio de guardia el menor resquicio que puedan utilizar. A fines de invierno, bajo la acción combinada de las lluvias, del hielo y del deshielo una pequeña parte del muro de sostén del fuerte se desploma. Es el pretexto espiado.

Pronto es combinado el plan de evasión. Richard y Sombsthay se disfrazarán de albañiles; bajo su blusa blanca, esconderán sus víveres de ruta y sus trajes civiles. El teniente ruso de Médem, que es natural de la Curlandia y habla el alemán como su lengua materna, les escoltará vestido con un uniforme de soldado alemán. Si les interpela un centinela, responderá que están tomando medidas para reparar el muro. Es necesario actuar rápidamente, porque los verdaderos obreros pueden aparecer de un momento a otro. Durante tres días, los tres oficiales trabajan con furia en sus preparativos. La construcción de la escalera es lo que más les cuesta. El tercer día, a las 4 de la tarde, todo está dispuesto. Reunidos en un corredor, van a partir, con su escala y sus instrumentos, cuando se presenta un ordenanza francés: el furriel alemán distribuye madera en el patio. Hay que esperar. A las cuatro y media, los camaradas que están al acecho anuncian que nada sospechoso hay a la vista. Sombsthay sale del corredor con su media escalera y Richard le sigue con la otra media. De pronto suenan gritos furiosos de «*Halt, Halt!*». Están cogidos.

Al lado de su habitación, se encuentra un local donde duermen sus ordenanzas. Un suboficial alemán, necesitado de hombres para una labor, ha ido allí a buscarlos; los vigilantes no han tenido tiempo de columbrar a los que huían y tropieza con Sombsthay y su escalera. Adivina que cae en plenos preparativos de evasión. Se precipita a la ventana y llama a la guardia. Los tres oficiales se

desnudan rápidamente; quieren ocultar cuanto puedan y sobre todo hacer desaparecer el uniforme de Médem. No llegando la guardia todo lo de prisa que él deseara, el suboficial va en su busca. En cuanto abandona la habitación, los camaradas meten el uniforme en el horno. El capitán Liersch, gobernador del fuerte, acude, furioso, a la cabeza de una patrulla. Aunque aún es de día claro, avanza con el revólver en una mano y una lámpara eléctrica encendida en la otra. Es registrado todo el dormitorio y la mayoría de las provisiones confiscadas.

La primera tentativa de Richard no le ha valido más que 6 días de arresto; ésta le cuesta 42, que purga mucho más tarde, del 15 de agosto al 26 de septiembre, en el fuerte de Gerolfing, otra fortaleza de la plaza de Ingolstadt.

* * *

El 26 de septiembre de 1917 se reintegra al fuerte de Prinz Karl. En seguida, combina otra evasión. Dos soldados franceses van cada día a la aldea vecina a buscar leche. En otoño esto se hace a la caída de la noche. Basta entenderse con uno de estos soldados para ocupar su plaza y escapar en la obscuridad. Mientras que Richard hace sus últimos preparativos, otro oficial, el teniente Heurion, preparado antes, sale del fuerte gracias a esta estratagema y gana la Suiza. Imposible repetir el mismo golpe. Además, los dos ordenanzas franceses deben, ahora, antes de salir, ir al puesto de policía, de donde un soldado alemán se destaca para acompañarles; no dejan el fuerte sin escolta. Pero reflexionando, modificándole ligeramente, este medio puede aún servir. Se trata de organizar un falso servicio, disfrazándose dos oficiales de ordenanzas y un tercero de alemán. Con sus cántaras de leche saldrán de la poterna. Algunos minutos después los ordenanzas verdaderos, puestos al corriente, se presentarán al puesto de policía. Cuando se dé la alarma, los prisioneros estarán ya en pleno campo.

Los uniformes de ordenanzas son fáciles de confeccionar, pero el de soldado alemán presenta dificultades. Para simular su fusil, los prisioneros no tienen a su disposición más que madera y hojalata; en dos días construyen algo que, de lejos, se parece a un arma.

El 3 de noviembre todo está preparado. Ese mismo día Richard es llamado durante la mañana ante el comandante del campo; al día siguiente, será trasladado al fuerte IX a título de castigo por su tentativa del 31 de marzo. Con los dos camaradas que han de acompañarle, decide partir aquella misma noche. Quiere prevenir a los ordenanzas de su resolución. Éstos le buscan para informarle que, desde la víspera, por la noche, el transporte de leche es efectuado por los centinelas mismos. Ya no hay esperanza.

* * *

El fuerte IX es llamado corrientemente el fuerte de los evadidos. Es del mismo tipo que el Prinz Karl; sólo los fosos difieren, pues los del IX están llenos de agua. Su anchura varía de 40 a 80 metros, según las caras; en el frente de la gola está reducida a 12 metros, pero una alambrada sumergida en el agua y coronada de campanillas duplica el valor del obstáculo. Los alemanes estiman que es imposible evadirse de allí. Felizmente, algunos guardianes prestan atención a las proposiciones que se les hacen. Richard puede entenderse con uno de ellos. A cambio de dinero y víveres, promete cerrar los ojos. Pero, para que la tentativa de evasión tenga probabilidades de éxito, es preciso que ocupe determinado lugar, que ha sido fijado de antemano por los tenientes Richard y Louseau, los dos camaradas de evasión. El 23 de diciembre, saben por el alemán, que se encontrará en el lugar deseado la noche siguiente. El tiempo parece favorecer su expedición. Desde comienzos de diciembre, hiela fuertemente. El hielo del foso forma una superficie sólida, sobre la cual pueden arrastrarse. Envueltos en lienzos blancos, pasarán sin llamar la atención.

A las 11 de la noche, oficiales rusos amigos comienzan a aserrar los barrotes de una ventana que da acceso al talud del foso. Desgraciadamente, hacen ruido. El centinela comprado finge no oír nada, pero los otros se inquietan; conminan a su camarada a que intervenga, y, ante su negativa, se precipitan, bayoneta calada, sobre la ventana, dando origen a una rápida fuga hacia las habitaciones. Los soldados, para no comprometer a su camarada, no denuncian el suceso. El asunto no tiene consecuencias.

* * *

Richard está furioso por el fracaso de las tres últimas tentativas. Decide, en adelante, actuar solo y, esta vez, salir por la poterna del fuerte. Ésta se halla constituida por tres puertas sucesivas, guardadas, cada una, por un centinela. En todas, teóricamente, es preciso, para pasar, dar el santo y seña, pero, prácticamente, el personal permanente del fuerte, que sale todas las noches hacia las siete, no lo da casi jamás, al menos en la primera. En cuanto a la tercera está situada más allá del foso del fuerte, en una avanzada, en la que la pared que la circunda puede ser fácilmente salvada.

Richard, una vez más, se confecciona un uniforme de soldado alemán. Fabrica el gorro de servicio, sin visera, de un trozo de tela gris verde, procedente de un saco tirolés, y la cinta de paño rojo, de un pantalón francés; para simular las escarapelas, pinta al óleo unas rodajas de lata. De un capote usado que los alemanes han desechado y dado como abrigo a un ordenanza, pero del cual han cortado una manga, llega a confeccionar un capote posible para un centinela. Con buena voluntad e ingenio, ¿a qué no se llega? Un pantalón azul marino, de un soldado de infantería de marina, del color del uniforme bávaro, completa su equipo. Mapas que ha hecho llegar a sus manos su hermana, enrollados en el interior de un salchichón, le permiten estudiar su itinerario. Una brújula luminosa, una lámpara eléctrica de bolsillo, recibidas, la primera en el interior

de un huevo duro, la segunda en una lata de *foie-gras*, le darán toda clase de facilidades para dirigirse. El 2 de febrero de 1918 intenta la aventura. Se presenta francamente en la primera puerta; al lado de ella un grupo de oficiales franceses discute acaloradamente para atraer la atención del centinela. Este abre la puerta con gesto maquinal y vuelve a cerrarla. Sin embargo, bruscamente desconfiado, la abre de nuevo y pregunta a Richard dónde va. Éste se vuelve y dice con aire asombrado: «¿Qué? ¿Qué? (*Was? Was?*)», como si juzgara grotesca esa sorpresa. Este aplomo intimida al alemán, que vuelve a cerrar la puerta.

El centinela de la segunda se ha alarmado por este incidente; avanza bayoneta en ristre. Richard representa la misma comedia. Grita: «Ese hombre está loco, completamente loco» (*Werrückt, der Mensch, gauz verrückt*), y continúa su marcha. Estas palabras, pronunciadas con un buen acento alemán, tranquilizan al centinela y levanta el arma. Richard, para reducir la duración de la crisis, abre él mismo la reja. El centinela, presa de un remordimiento, le pregunta: «¿Santo y seña?». Richard responde balbuceando algunas sílabas, con las cuales se contenta aquél. Llega así hasta el patio exterior. Ya allí se dirige en derechura hacia el cuerpo de guardia, hacia un rincón donde materiales acumulados a lo largo del muro le permiten alcanzar rápidamente la cima de él. Un salto y desaparece en la noche a paso de carrera. El tercer centinela no ha tenido tiempo de disparar; sólo ha podido dar la alarma; las patrullas destacadas en seguida no encuentran nada.

La intención de Richard es dirigirse a Augsburgo, a 65 kilómetros de Ingolstadt, para tomar el tren; en esta gran ciudad, le será más fácil —piensa— pasar inadvertido. Toda la noche del 2 de febrero marcha sin descanso. Al amanecer ya ha caminado 45 kilómetros; deshecho de fatiga, se detiene en un bosque y se tiende en una espesura. Hacia las cuatro de la tarde, en el boscaje que le sirve de cobijo, se despoja de su disfraz de soldado que recubre un traje civil y lo oculta entre unas matas. La noche llega. Se dirige rectamente hacia Augsburgo por la carretera. Llega a las nueve de la noche

resuelto a tomar el tren. Su experiencia personal y la de sus camaradas le ha enseñado que toda tentativa de evasión está destinada a fracasar si ha de hacerse un largo trayecto a pie. Para triunfar, es preciso emplear la vía férrea y acercarse a la frontera, de modo que no haya que hacer sino dos o tres etapas antes de franquearla.

Desde su llegada a Augsburgo, Richard se pone a buscar la estación. No se atreve a preguntar a los transeúntes. Felizmente, he aquí un tranvía. Lleva en su delantera un letrero: «Bahnhof» (estación). Richard sigue los rieles, que le conducen a la estación. Entra en la gran sala para consultar el horario. Un inspector va hacia él. ¿Con qué fin? Ante el temor de que le pida su documentación, Richard da media vuelta. Ante él se abre una calle muy frecuentada; la sigue y marcha con la multitud. En medio de ella, se siente seguro. Recorre varias veces las principales arterias de la ciudad, deteniéndose a ratos, como si esperara a alguien. Una dama, de luto, se acerca a él y le dirige una larga frase. Sus conocimientos de alemán son demasiado sumarios para comprender lo que quiere. Entre las palabras que dice reconoce, sin embargo, «Bahnhof»; probablemente quiere saber dónde está la estación; se la indica, sobre todo por gestos: «*Ganz recht, quaedige Fraû, Folgen Sie immer den Schienen*» («Derecho, querida señora, siga los rieles»). La dama le da las gracias, se va hacia la estación. Richard la sigue de lejos. Al exterior de la sala de espera está colocado un horario que no vió la primera vez. No hay tren para Ulm, por donde quiere pasar para ganar la frontera suiza, antes del día siguiente por la mañana.

Es preciso, pues, permanecer una noche entera en esta ciudad desconocida sin dejarse abordar. Comienza a deambular a través de las calles. Cuando cree que no le observan adopta las maneras de un paseante; si se cree objeto de atención, apresura el paso como hombre que tiene prisa por volver a su casa. A veces, también, se sienta en rincones obscuros. En un terreno vago, se tiende en el suelo, adosado a una empalizada; esto le repone. Ha hecho más de

65 kilómetros y no ha comido sino unos bizcochos y un poco de chocolate. Está tan fatigado que, a pesar del frío —hiela fuertemente— se adormece. Las primeras luces del alba le despiertan, y le es preciso recomenzar sus paseos a través de la ciudad. Por temor a que le traicionen sus fuerzas, se decide a tomar el primer tren de la mañana, el que va a Memmingen; al menos estará sentado y tendrá calor. Desde Memmingen, ya encontrará medio de llegar a Ulm.

Este primer viaje se efectúa sin dificultad. A la petición de un billete de tercera clase para Memmingen, el empleado no hace ninguna objeción. Durante todo el trayecto, finge leer o dormir. Este reposo de dos horas, caliente, le reconforta físicamente. A las 10 llega a Memmingen; el Sol luce alegremente y esta alegría de la Naturaleza le da valor. El próximo tren para Ulm no parte hasta las 2 de la tarde. Esperándole, se instala, como un paseante inofensivo, al borde de la carretera, con un libro en la mano. Soldados, policías, con perros pasan por su lado sin prestarle atención.

A las dos de la tarde parte de Memmingen. En el camino sufre una fuerte emoción. En una estación, un suboficial sube al tren y grita en el corredor: «Sus documentos: hagan el favor». Richard se cree cogido. Sólo es una broma. Sus compañeros de viaje se dan cuenta de ello en seguida y se burlan del *feldwebel*.

A las cinco es la llegada a Ulm. El primer tren para Sigmarigen, a 45 kilómetros de la frontera suiza, no parte hasta las siete y media de la tarde. Dos horas más perdidas en la ciudad. Las aprovecha para ganar el rincón de un jardín público y limpiarse. Su traje y sus zapatos están tan sucios, que teme, a cada instante, una petición de explicaciones. A las 7'40 vuelve a partir, siempre por ferrocarril. A medianoche desembarca en Sigmarigen, a 45 kilómetros de la frontera suiza. Es un éxito. En menos de veinticuatro horas ha recorrido un camino que, a pie, hubiera necesitado más de 20 etapas. Ir más lejos en tren sería peligroso.

En cuanto sale de la estación, se dirige hacia la frontera. Una espesa niebla hace la noche impenetrable. Llega así a una aldea a la

extremidad de la cual se encuentra —lo sabe— un puente, vigilado. Según sus informes, debe hallarse a doscientos o trescientos metros de las últimas casas del pueblo. Richard espera evitarlo. Sin lámpara eléctrica de bolsillo —pues ha perdido la suya al tirar su disfraz de soldado alemán— no puede consultar el mapa. Sin duda el puente está a cierta distancia de la aldea, pero la carretera, en todo el recorrido, está bordeada de vallados infranqueables. Una vez metido en tal masa, Richard debe llegar hasta el final; no dejará de hallar un sendero, una veredita por donde escapar a derecha o izquierda.

Bruscamente, surge un hombre en la obscuridad: es un centinela. A su grito de «*Halt!*», otro centinela aparece, corta el camino de retirada. No hay medio de escapar. Richard es conducido al puesto. Se le interroga largamente. Declara ser suizo y muestra, en efecto, papeles que su hermana le ha hecho llegar en latas de conservas y que corresponden a sus señas. Sus afirmaciones y los documentos no ejercen influencia alguna sobre el jefe del puesto. Detiene provisionalmente al doctor Lang, profesor en Friburgo. Al día siguiente, nuevo interrogatorio por el comandante de compañía en Moehringen. Éste se conmueve a la vista de los papeles en regla, pero no se atreve a tomar una decisión. Envía su prisionero a la Dirección superior de la zona del lago de Constanza.

En el tren que le conduce, Richard bordea la frontera suiza. En Singen, no está más que a 7 kilómetros. Cae la noche y la ocasión es tentadora. En el momento de partir el convoy solicita ir al retrete. Su intención es cerrar la puerta y saltar por la ventana; pero sus guardianes son desconfiados; uno de ellos coloca un pie entre la puerta y el marco. No se puede intentar nada.

A su llegada a Constanza, Richard es encerrado en un cuerpo de guardia. Al día siguiente, tres policías de profesión le interrogan, le acosan a preguntas para que se contradiga, le desnudan por completo, exploran todas sus ropas. Su convicción es rápida. Se trata de un prisionero. El sombrero de Richard le traiciona. Hecho de una forma de paja, recubierto de una tela peluda gris, da, de lejos, la ilusión de un sombrero flexible conecto; pero los policías, al

arrancar el forro del fondo, hacen aparecer la paja basta de los sombreros de los prisioneros. Prosiguiendo sus investigaciones, descubren la franja roja de uniforme cosida al interior del pantalón.

No es posible negar más. Richard, para evitar su vuelta al fuerte IX, declara ser suboficial y da el nombre de uno que sabe que se ha evadido recientemente. Su estratagema es inútil. Encerrado en la prisión civil de Constanza, los alemanes conocen al día siguiente su identidad; no por ello le dejan de tener cuatro largos días con los presos de derecho común. Los guardianes, al saber que es oficial, le conceden dos favores. Le autorizan a quedarse acostado en su colchoneta durante todo el día en lugar de ser expulsado a las seis y le dan una cuchara de metal plateado en lugar de una de hierro, para comer la sopa aguada que le suministran tres veces cada veinticuatro horas. Cuatro días después, con la escolta de un *feldwebel* y un soldado, se embarca para Friedrichshafen. Cruza el lago. Desde el camarote en que va encerrado puede —el colmo de la ironía— contemplar la orilla suiza, por un ventanillo tan pequeño que no permitiría el paso del cuerpo de un niño. Al día siguiente, se reintegra al fuerte IX. La horrible cautividad recomienza.

* * *

El 25 de abril llega la orden de conducirle al campamento de Strassburg, en la Prusia Oriental, muy cerca de la frontera polaca. Allí —opinan los alemanes— los reincidentes en evasión deberán renunciar por sí mismos a sus designios; estarán demasiado alejados de una frontera neutral para que una tentativa de fuga tenga las menores probabilidades de éxito. El espacio los guardará mejor que el más vigilado recinto.

Tres días después de su llegada al campamento de Strassburg, Richard es encerrado en una celda. Está en ella desde el 2 al 20 de mayo para purgar los días de arresto que le ha valido su tentativa de evasión a Suiza.

A la salida, el teniente Bléhaut, oficial observador, con el cual había ya trabado amistad en el fuerte IX, le comunica, bajo secreto, que un amigo suyo, también prisionero, el capitán Atger, está dedicado a la labor de cavar un subterráneo ayudado por un puñado de camaradas. Conociendo sus tentativas anteriores, están prontos a aceptarle en el grupo. Como su estado de fatiga no le permite tomar parte en los trabajos, le encargan de la vigilancia.

Atger ha hecho partir su subterráneo de la sala que sirve de templo protestante. En el centro de la habitación, después de levantada la alfombra, ha cortado un trozo de entarimado. El trabajo ha sido hecho con tal perfección, en forma de trampa, que no puede notarse. Como medida de prudencia no se trabaja sino con la trampa cerrada. Además, un oficial sentado ante una mesa y fingiendo leer la Biblia se instala precisamente encima. En caso de peligro, advierte a los trabajadores dando con el pie una serie de golpecitos. En la zapa, el trabajo es penosísimo; cada cuarto de hora es preciso renovar el aire por medio de un ventilador de madera, construido como ha sido posible.

El 5 de junio, por la tarde, los trabajos están casi acabados. Se puede desembocar desde el subterráneo al exterior en menos de una hora. Los conjurados hacen sus últimos preparativos. Tienen prisa por abandonar el fuerte; temen que una denuncia o una torpeza hagan conocer su proyecto a los alemanes. El capitán Atger ha debido aumentar el número de los oficiales autorizados a partir hasta 22.

La operación no puede hacerse a prima noche porque la vigilancia es muy intensa entre las 9 y las 10. Se fija, pues, para las 11. El capitán Atger recomienda a sus compañeros que tomen las mayores precauciones para ganar de noche, a través del patio desierto, el edificio de donde parte el subterráneo. Cada oficial tiene su número de salida. Richard y su amigo Bléhaut han recibido los números 11 y 12. Su turno corresponde a las doce y media. El subterráneo desemboca más allá del recinto del campo, al lado del camino de ronda, a plena luz, a algunos metros de un centinela que

no ve nada. A su salida del túnel, los oficiales se dividen en pequeños grupos; cada uno parte por su lado, de modo que, en caso de fracaso, no sean todos apresados.

El teniente Bléhaut tiene combinado desde hace tiempo su plan de evasión. Por un alemán, ha sido puesto en relación con un contrabandista de Dantzig que navega constantemente entre Alemania y Suecia y se ha comprometido a transportarle fuera del Reich. Richard y Bléhaut, en cuanto se ven libres, se dirigen en derechura hacia el Nordeste. Es el mejor partido posible, ya que sus guardianes orientarán sus búsquedas en dirección de las fronteras holandesa y suiza. No supondrán que unos fugitivos se encaminen hacia el Norte. La única preocupación es estar lejos de la fortaleza al amanecer, ya que los alemanes, furiosos por la evasión de tan gran número de oficiales, pondrán todos sus medios para atraparles.

Richard y Bléhaut han decidido no caminar de día. Desgraciadamente, las noches, en este tiempo, están reducidas a 4 horas útiles. En estas condiciones, no pueden esperar hacer más de 20 kilómetros cada veinticuatro horas. El resto del tiempo estarán ocultos e inmóviles en parajes cubiertos, lejos de las carreteras frecuentadas. La tercera noche llegan a la aldea de Sankt Pietrowietz (3 kilómetros al norte de Bischofwerder) que está rodeada de marismas. Imposible contornearla. Va a amanecer. De común acuerdo, deciden cruzarla. Su mala suerte será grande si, por una vez, tropezaran con un centinela. Van, pues, alegremente. En la última casa un «*Halt!*», gutural, resuena. ¡Cogidos!

Había sido convenido que en caso semejante Bléhaut, menos antiguo que Richard en cautiverio, haría lo imposible para atraer hacia él a los alemanes, a fin de dar tiempo de huir a Richard. Dicho y hecho. Al grito de «*Halt!*», Bléhaut va en derechura hacia los dos soldados; Richard huye. En la obscuridad, cree saltar a un campo de cebada y cae en una tierra recién labrada. Los alemanes lanzan contra él un perro policía que le descubre y le muerde en una pantorrilla. Luchan los dos. Los soldados alemanes se aprovechan de esa lucha para alcanzarle. Con la bayoneta al pecho le obligan a

seguirles. En el puesto de policía encuentra a Bléhaut. Aunque los dos reconocen haber intentado evadirse y se declaran oficiales, no por ello son menos brutalizados por sus guardianes, que les pinchan con la punta de su bayoneta para que anden más de prisa. En Bischofwerder, adonde llegan a las 8 de la mañana, escoltados por sus guardianes y el perro policía, son mal acogidos por la multitud. Les conducen directamente a la cárcel de los malhechores, donde les dejan hasta el día siguiente a mediodía sin sopa e incluso sin agua.

Al día siguiente, a las 6, un soldado deja penetrar en su celda al perro policía, que les muerde de nuevo. A mediodía son sacados de allí para ser conducidos al campamento de Preussisch-Holland, de donde depende el puesto que les ha arrestado. Todo el trayecto se efectúa a pie. Los guardianes obligan a Bléhaut a llevar un gran saco de víveres que transportan fraudulentamente, por cuenta propia. Por la noche, llegan al campamento de Preussisch-Holland a medio camino entre Elbing y Koenigsberg. No desesperan, no estando alejados de su objetivo, de que no se presente alguna ocasión favorable. ¡Tal vez puedan alcanzar Dantzig!

* * *

En Preussisch-Holland saben la impresión formidable que ha producido en Alemania la evasión de 22 oficiales franceses. Toda la gendarmería, todos los puestos, todas las guardias han sido movilizados; compañías ciclistas han recorrido muchos días las carreteras; la caballería ha patrullado por los campos; aviones volando a débil altura han recorrido toda la región, escrutando los campos, los bosques, las marismas, en busca de los fugitivos.

El campamento de Preussisch-Holland no comprende sino barracones de madera, repartidos en el interior de dos recintos; uno contiene soldados aliados; el otro a 1,500 oficiales rusos. En el primero, una barraca dividida en pequeñas celdas se halla rodeada de alambradas; sirve de prisión y está especialmente vigilada.

Richard y Bléhaut son encerrados en ella después de haber sido cacheados y despojados de todos sus objetos personales. Esta barraca se levanta a 20 metros apenas del campamento de los oficiales rusos, del cual no está separada sino por dos enrejados de alambres. Richard, desde su ventana, inicia la conversación con varios de entre ellos, les expone su situación, les pide que le ayuden; le prometen su concurso. Algunos entablan negociaciones con ciertos hombres de la guardia, polacos incorporados a los regimientos alemanes, para decidirles a dejar huir a sus prisioneros. Fracasan. Al hacerse conducir a los *water-closets*, Bléhaut y Richard han visto que las ventanas de dos compartimientos de este edificio no están provistas de barrotes. Se puede pasar por allí para ir al campo de los prisioneros rusos. Basta saltar las dos barreras de alambres.

Al día siguiente, 10 de junio, Richard, después de entenderse con Bléhaut, decide intentar la aventura. A mediodía, pide al centinela de servicio que le conduzca al retrete. Consiente en ello y le acompaña. Cuando llega al edículo, el compartimiento, cuya ventana ha sido abierta por anticipado por Bléhaut, está ocupado. Para no parecer vacilante ante el centinela, Richard penetra en otra celda vecina cuya ventana está herméticamente cerrada. Se desespera. No podrá abrirla sino a costa de grandes esfuerzos y haciendo ruido. Felizmente, el compartimiento deseado queda libre. Richard se precipita en él. El centinela que le acompaña y que hubiera desconfiado al ver la maniobra, se ha quedado en el corredor. Richard escala la ventana, se desliza hasta el suelo desde unos tres metros y después corre a los enrejados que le separan del campamento de los oficiales, los franquea y se dirige hacia la barraca que los rusos le han indicado. No hay alemanes en el patio. Todo va bien.

Los nuevos amigos le acogen con entusiasmo. Después de haberle desembarazado de sus ropas civiles y de haberle vestido de cosaco, le conducen a un segundo barracón, donde otros oficiales rusos le visten con un nuevo uniforme. Le hacen pasar así de local

en local, y, cada vez, le hacen cambiar de traje, de modo que no se pueda encontrar su pista. Finalmente, le conducen a una barraca, donde una trampa practicada en el suelo da acceso a una galería. Le hacen descender a ella, le dan un abrigo suplementario para protegerle de la humedad y algunos víveres para que se reponga, y después cierran la portezuela, recomendándole que no se mueva cualquiera que sea el ruido que oiga.

Desde este escondite, en el cual ni un rayo de luz penetra, oye todos los ruidos del campamento. La calma reina, al principio. Diez minutos después de su encierro, órdenes guturales resuenan por todas partes. Richard oye correr. Llega a sus oídos el toque de llamada, y las pesquisas comienzan. Los alemanes hacen evacuar los barracones a los oficiales rusos para registrar mejor. Por encima de su cabeza oye pasos que van y vienen sin descanso. Ladridos de perros se escuchan también e incluso pasan por encima de su escondrijo. Durante más de tres horas prosiguen los alemanes sus investigaciones. No descubren nada. En cuanto se ven libres, dos oficiales rusos levantan la trampa para decirle: «Los alemanes no han descubierto nada. Permanezca tranquilo».

Durante treinta horas continúa en su tabuco. Al cabo de este tiempo, le hacen salir de él para llevarle a otro; todos los días, la misma maniobra comienza. Se oculta en el techo de las barracas, bajo el piso, bajo las camas. En cuanto anochece, sale de su abrigo y toma el aire algunos minutos entre dos barracas. Los rusos multiplican las precauciones por temor a una denuncia. No recibiendo paquetes, tienen que contentarse con la alimentación que les dan los alemanes y que es más irrisoria aún que la distribuida a nuestros prisioneros. Se reduce a un bocado de pan negro por día y a una sopa con un poco de cebada averiada o barreduras de graneros. Con este régimen se mueren literalmente de hambre y ésta es mala consejera. Con ello cuenta el jefe del campo. Persuadido de que Richard está escondido entre los rusos, promete a quien le denuncie doble ración durante quince días y, además, tres panes grandes. Es preciso haber conocido las ansias del hambre

para concebir la tentación que representa una tal proposición. Así, los oficiales rusos no dejan jamás a Richard en contacto con un ordenanza. Disminuyen su alimento, ya insuficiente, en algunas cucharadas de sopa, que le ayudan a no morir de inanición. El Comité de socorros francés del campamento de tropa vecino, advertido, le hace pasar algunas latas de conservas y algunos bizcochos por soldados franceses que van a diario a trabajar en la enfermería del campamento de oficiales. Los alemanes, avisados de este manejo, toman la costumbre de registrar a los soldados y Richard cesa de ser aprovisionado.

Antes de acogerle, los oficiales rusos le han prometido facilitar su evasión. Desde hace largo tiempo trabajan en un subterráneo. Muy avanzado cuando su llegada, contaban utilizarle para hacerle huir, pero en las búsquedas practicadas el día de su fuga de la prisión, los alemanes le han descubierto. Imposible escapar por él. Dos oficiales rusos ofrecen a Richard acompañarle. Franquearán de noche las alambradas. Este golpe de audacia puede tener éxito; la guardia no es muy severa, ya que las evasiones son raras. Todas las disposiciones están tomadas para intentar esta aventura el undécimo día después de la llegada de Richard al campamento. Aquella noche la fuga es imposible. Se ve claro que los alemanes redoblan las precauciones. ¿Habrán sido prevenidos? Hay que esperar a la noche siguiente. Richard, despechado, entra en la habitación de uno de sus camaradas de evasión para reposar; a la mañana siguiente, está aún extendido sobre el lecho cuando los ordenanzas rusos llegan para hacer la limpieza; adivinan su nacionalidad. Probablemente uno de ellos le denuncia.

En cada barraca, los oficiales rusos tienen costumbre de reunirse a mediodía en torno a la misma mesa para comer la sopa. Aquel mismo día, a la hora del almuerzo, un oficial alemán penetra en el barracón donde se encuentra Richard. Durante algunos minutos se divierte preguntando a los rusos sus apellidos. Les hace preguntas insignificantes. Bruscamente se vuelve hacia Richard: «Su nombre». «Skoloff» —es el apellido que le han aconsejado que adopte—.

«¿Skoloff? No conozco ningún Skoloff en el campamento. Ese apellido no existe en mis registros. Intérprete, pregunte a ese oficial de dónde viene y el número de su regimiento, desde cuándo está aquí y de qué campamento procede». El intérprete que acompaña al oficial repite estas preguntas en ruso, las precisa. Richard no comprende una palabra. Intenta responder en alemán. El oficial alemán, seguro ya, le hace aprisionar. Algunos minutos después, un segundo oficial alemán, el que le interrogó a su llegada al campamento, cuando era, oficialmente, un oficial francés, penetra en la celda. Le reconoce. Richard no niega su verdadera identidad. Por temor a que se escape, le hacen salir del campamento y le encierran en una celda situada en un barracón donde hay 80 hombres de guardia. Al día siguiente, es enviado de nuevo al campamento de Strassburg. Le hacen viajar todo el día, sin darle el menor alimento; no lleva otras vestiduras que un fino jersey y un pantalón. Su fatiga y su hambre son tales, que al llegar a Strassburg, después de un trayecto de dieciséis horas, tiembla de frío ¡en pleno verano!

Vuelve así a la cárcel de donde había partido quince días antes lleno de esperanza. Inmediatamente es conducido a una celda. No le sacan de ella sino para enviarle a un campamento de represalias. De los 22 oficiales escapados de Strassburg el 5 de junio, 20 han sido cogidos. Todos son enviados en un mismo convoy al campamento de Stroehen, en Hannóver.

* * *

Su estancia en este campamento es de corta duración. Llegan a él el 2 de julio y lo dejan el 19 de agosto. Estos exasperados de la libertad encuentran medio en cuatro semanas de cavar dos subterráneos para pasar bajo las alambradas. Los alemanes, probablemente informados de esos trabajos, cavan el 2 de agosto profundas trincheras en torno al campamento, tanto al interior como

al exterior de la red de alambradas. Descubren los dos subterráneos, y para impedir que los prisioneros renueven la tentativa les cambian de campamento.

* * *

El de Burg, donde los encierran, tiene una reputación siniestra. Es un proverbio en Alemania: «Nadie se escapa de Burg». Esta prisión comprende un doble recinto; el primero a partir del interior, está constituido por una empalizada o por un muro coronado de una red; el exterior está formado por un amplio sector de alambradas espinosas; entre los dos se extiende un foso continuo. Desde la caída de la noche, todos estos recintos están inundados de luz eléctrica; se ve en ellos como de día. A lo largo del camino de ronda y al exterior del recinto, están apostados centinelas, 24 en total, situados sobre miradores. Por el interior circulan constantemente patrullas con perros. El primer año, pudieron evadirse algunos oficiales deslizándose por la puerta. Desde 1916, los alemanes han reforzado su sistema de guardia en este punto. Las puertas han sido preparadas de tal modo que, para entrar o salir en el campamento, es preciso atravesar el cuerpo de guardia, que está siempre iluminado y allí, ante todos los hombres del puesto, mencionar el apellido, el nombre y las cualidades.

Desde el fracaso de su tentativa de evasión del campamento de Strassburg, Richard se ha preocupado de reconstituir su material de evasión. En el campamento de Stroehen, un oficial de la reserva, sastre de oficio, le ha cortado una americana de una esclavina azul marino; la cose él mismo, dedicando largos días a la labor. Un ordenanza francés que, de tiempo en tiempo, va a la aldea vecina, logra comprarle un pantalón azul y cuellos postizos. En paquetes recibe de Francia corbatas, pañuelos, una gorra. Su guardarropa está completo desde fines de agosto. ¿Cómo utilizarlo?

El azar le pone sobre una pista. Las basuras del campamento se sacan todos los días en un cano de dos caballos. Dos hombres provistos de palas lo acompañan, un guardián vigila el cargamento y no lo pierde de vista desde su entrada al campo a la salida. Durante una semana, Richard cambia sonrisas amistosas con los hombres que cargan el carro. Son siempre los mismos. Un día, uno de ellos se queja de cólico y obtiene del centinela que le permita llegarse a los retretes. Richard se le reune. Entablan conversación. El basurero es un polaco, antiguo soldado ruso evadido, detenido como prisionero civil. Richard le pide que le oculte en el carro, bajo las basuras, que son descargadas lejos del campamento, fuera de toda vigilancia. La fuga, así, puede ser fácil. El polaco no promete nada, pero acepta algunos bizcochos; recibirá 100 marcos si el golpe tiene éxito.

Richard está seguro, desde esta primera entrevista, de su aceptación definitiva; y, en consecuencia, estudia en sus pormenores las condiciones materiales de realización del proyecto. Para empezar, ¿cómo introducirse en el carro? Para cargar los detritos, se estaciona en dos puntos del campamento: vacia primero lo contenido en una enorme cubeta, una verdadera barca colocada en el patio grande, sin cesar cruzado por alemanes. Va después a los barracones de los oficiales para recomenzar la misma operación. Allí se detiene junto a un mirador donde está de continuo un centinela. Richard descubre dos emplazamientos en la vecindad inmediata de los dos puntos de estacionamiento, donde podrá efectuar la transformación de su toaleta y espiar el momento propicio. Para preservar durante este viaje sus ropas civiles de todo contacto que las pudiera ensuciar, se confecciona una gran blusa protectora, verdadera combinación hecha con trozos de tela de tienda de campaña.

Durante varios días espía el momento favorable. Como el carro no guarda regularidad en sus horas de llegada, se ve obligado a estar siempre preparado. Durante diez días, el centinela alemán no se aparta un solo paso del carro. Pese a su presencia, Richard sostiene la buena voluntad de los polacos, pasándoles a diario

algunos bizcochos que empaqueta y lanza al depósito, donde los polacos los recogen.

El 3 de septiembre, a las 10, mientras el carro carga en su primera parada, el centinela se aleja. Richard, en un abrir y cerrar de ojos, se desembaraza de su uniforme, se pone su blusa y coge su paquete. Ningún alemán le ve. Se lanza al carro. En el interior, encuentra hierba cortada, en la cual se envuelve, a fin de preservarse mejor de las basuras. Los polacos le cubren, a grandes paletadas. Cenizas, guijarros, restos de vajilla, de todo cae; algunos objetos le golpean brutalmente. El montón se eleva. Richard logra abrir una chimenea de aireación en el caparazón que le recubre. Un peso enorme y sin cesar creciente le aplasta las piernas. Su busto, casi libre, le permite respirar. El trabajo cesa, el carro está cargado y va a partir. Richard espera con impaciencia el momento, pero el tiro no llega. Polacos y centinelas se alejan. En su escondrijo, Richard se da cuenta de los acontecimientos. Las caballerías no llegarán hasta la tarde. Precisa sostenerse hasta entonces. Sólo oye el ruido de los pasos de sus camaradas que se pasean por el patio. El teniente Bléhaut, que ha vuelto a reunírsele en Burg y que es el único que está al corriente de su proyecto, pasa de tiempo en tiempo al lado del carro y le pregunta si puede aguantar aún. A mediodía se ahoga; pide que un ordenanza con una cubeta se encarame al carro y que con pretexto de vaciarla descargue sus piernas de una parte del peso que las oprime.

Un soldado llamado David acepta esa misión, que puede ser peligrosa; si es sorprendido, se gana el calabozo. No puede desembarazar a Richard: sería preciso descargar el vehículo entero. Intenta, rechazando los detritos hacia los rincones, quitar una parte del peso que oprime sus piernas y las paraliza. Sus movimientos causan un terrible dolor a Richard, que comprende que va a gritar o desvanecerse. En el primer caso, será cogido; en el segundo, está perdido. Dice a David que vaya a buscar a dos camaradas y que descarguen el carro francamente, sin ocultarse. Si los alemanes les

interrogan, responderán «que han perdido dinero entre las basuras y que lo están buscando».

Los ordenanzas comienzan su trabajo y al instante aparece un soldado alemán que pide explicaciones. La historia que le cuentan le satisface. Los ordenanzas trabajan a toda velocidad porque Richard gime cada vez más fuerte. Otro soldado se acerca de nuevo, interroga; y se contenta con la misma respuesta; Richard está ya medio desenterrado. El encargado de puertas alemán aparece a su vez. Los ordenanzas le cuentan la historia convenida. Por una plancha arrancada en la parte de atrás del carro, contempla el interior. Richard, cuya cabeza y tronco están casi libertados, le ve, pero él no puede hacerlo, tan recubierto está aquél de inmundicias de toda clase. Después de haber gruñido un poco y recomendado a los ordenanzas que pongan todo en orden cuando hayan terminado, se aleja.

De lo que se trata ahora es de abandonar el carro sin que los alemanes lo noten. No es el castigo de calabozo lo que le asusta —ya lo ha sufrido 104 días—, pero quisiera salvar sus vestiduras civiles, su dinero, sus mapas, para estar pronto a recomenzar a la primera ocasión. Sólo tiene que recorrer diez metros para encontrar un refugio, pero diez metros son largos cuando los observadores son numerosos y se trata de un bloque viviente de basuras. Los ordenanzas espían; deben indicarle el momento de saltar fuera del volquete. A su señal, le cuesta gran trabajo ponerse en pie y recorrer los diez metros que le separan del abrigo. Los alemanes no han visto nada. Sus camaradas le acogen, le reconfortan, le ayudan a desnudarse. Una limpieza en serio le devuelve su aspecto normal. Hay que volver a comenzar de nuevo.

* * *

Este medio de evasión es demasiado maravilloso, sin embargo, para que renuncie a él. Sólo que habiendo permanecido el cano todo

el día en el patio el día de su fuga fracasada y habiéndose reproducido esto varías veces después, decide no volver a subir a él hasta que el tiro esté enganchado o a punto de estarlo. Conviene con los polacos que le cargan, que amontonarán todos los detritos hacia atrás de modo que dejen delante un espacio libre, donde pueda ocultarse. Un camarada, en cuanto él haya subido, amontonará sobre él papeles y periódicos, de modo que no quede ni aplastado ni ahogado. Él, por su parte, lleva constantemente bajo su uniforme una protección, que recubre sus vestidos de evasión. Cada día espía la oportunidad, pero o el centinela está demasiado alerta, o los basureros son alemanes, o el patio está lleno de vigilantes, o el carro espera cargado varias horas antes de que el tiro venga a buscarlo.

De la ventana de un barracón se ve la ruta de acceso al campamento. Richard se pasa en ella el día. El 17 de octubre, ve llegar el tiro cinco minutos por lo menos antes de que penetre en el campamento, el 17 de octubre, ¡más de un mes después de su primera tentativa! Todas las circunstancias parecen favorables. Se está cargando el carro, el centinela está poco atento, se acercan los caballos y van a penetrar en el campamento. Con unos cuantos movimientos rápidos se despoja de sus vestiduras y se mete en el cano; unos camaradas extienden periódicos sobre él. Espera. Los cinco minutos le parecen largos. El tiempo no quiere correr. Para conservar su sangre fría se impone la labor de contar los segundos. Los minutos, los cuartos de hora pasan. Nada ocurre. No sacan hoy la basura. Un camarada, al pasar, informa a Richard: «No tienes suerte, muchacho —le dice a media voz—. Acaban de enganchar los caballos a un cochecillo que estaba parado ante el cuerpo de guardia. Ya se han ido».

La mala suerte le persigue, en efecto. Para no ser sorprendido le es preciso estarse hasta la noche en su maloliente escondite; de tiempo en tiempo se acercan ordenanzas y vierten sobre él el contenido de las cubetas. Un servicio de vigilancia organizado por su amigo Bléhaut, desde el crepúsculo, le permite volver a su

habitación. Cuando llega se desploma, desalentado, sobre un escabel. ¡No logrará escapar jamás de este recinto! ¿Será verdad lo que dicen prisioneros y alemanes, que es imposible escapar de Burg?

* * *

Instalado desde 1914, este campamento ha cobijado después constantemente en el interior de sus alambradas, un mínimo de 300 oficiales. En 1918 su número se eleva a 700. Entre todos cuantos se han sucedido, sólo 3 en cuatro años han intentado escapar del recinto: 2 rusos y 1 belga. Uno de los dos rusos fué muerto; el otro herido, el belga cogido. Para escapar es preciso franquear los dos recintos terribles. No hay otra salida.

Esos recintos están separados —ya lo hemos dicho— por un foso, pero éste no presenta por todas partes igual forma. En un lado, está dividido en compartimientos de 5 a 6 metros de longitud por taludes de tierra perpendiculares a su eje y cuyo lomo aflora al nivel del suelo. La anchura de este lomo es de cerca de un metro. En ese lado, pues, el foso se presenta como una serie de cubetas de 6 metros de largo, de 3 metros de ancho en el fondo y de 1'6 metros de profundidad. Un hombre acostado boca abajo en una de ellas debe escapar a la vista de los centinelas apostados más allá del segundo recinto sobre el camino de ronda.

Sólo a fuerza de dar vueltas en torno del perímetro del campamento se da cuenta Richard de esta particularidad. Por este mismo lado el recinto interior no está constituido como en los demás por una empalizada; está formado por un enrejado de amplias mallas de alambre espinoso, de forma rectangular, de 17 centímetros por 45, demasiado estrechas para dar paso a un cuerpo de hombre. Richard concibe la idea de ensanchar una con ayuda de garfios de hierro de modo que se aproximen sus lados a los de las mallas vecinas. Un camarada, muy diestro en el trabajo del hierro, le fabrica

estos ganchos. Para que los pinchos del alambre del borde inferior de la malla, que han de soportar todo el peso del cuerpo no desgarren sus ropas ni se claven en sus carnes, lanzará sobre ellos una manta plegada en ocho dobleces.

Resueltos estos pormenores, queda aún una dificultad, la mayor. ¿Cómo pasar entre dos centinelas distantes una cincuentena de metros uno de otro, franqueando un camino iluminado de modo tan intenso que se ve igual que en pleno día? Richard decide vestirse con ropas de tonalidad neutra, que se confundan con el suelo: las confecciona con un pantalón viejo de un soldado ruso y un capote, los dos de color de tierra. Envuelve sus vestiduras civiles en un trozo de tejido de igual color, al cual da dimensiones inferiores a las de una malla. A la par intenta ganar a un centinela. Este trabajo es largo y difícil. Le es precisa más de una semana para hacer comprender a uno de los soldados de guardia que no arriesgará nada por su complacencia, que sólo se le pide un momento de inatención, que la autoridad alemana ignorará siempre el lugar exacto por donde se habrá efectuado la evasión. Para ganarle, Richard le remite 4 bizcochos cada día; su amigo Bléhaut se compromete después de la evasión, a distribuirle igual número a diario durante un período que no podrá ser inferior a un mes. Richard promete por su honor no decir nada si fracasa y es cogido. Si tiene éxito enviará desde Suiza a la familia del soldado, por intermedio de personas neutrales, un paquete semanal de víveres por lo menos hasta el fin de la guerra.

El 29 de octubre a mediodía este hombre anuncia a Richard que entrará de guardia aquella misma noche de 6 a 8 en el frente del campo que se presta a la huída y que mide cerca de 150 metros, guardado por tres centinelas; él se compromete a ocupar el de en medio. Aprovechando el momento en que los otros dos soldados se encuentren en los dos extremos del espacio que vigilan, Richard podrá franquear la línea a 70 ó 75 metros de cada uno de ellos. En esas condiciones la evasión sigue siendo peligrosa, pero es posible.

Al final de la tarde, Richard previene a tres amigos seguros. Dos le ayudarán a franquear el primer enrejado; el otro vigilará. Él se viste sus ropas de evasión. A las 6'30, después de una alarma ocasionada por una ronda imprevista de oficiales, llega el momento decisivo. Una emoción intensa oprime a Richard. Por un instante experimenta «el más fuerte deseo de *no ir*» que ha sentido en toda la guerra. Un segundo y el decaimiento pasa. Los recintos están tan fuertemente iluminados que percibe todos los pormenores de la fisonomía de los tres centinelas. La sombra de un barracón y el color de su traje le favorecen. En cuanto los dos centinelas de las alas se alejan del centro, coloca sus garfios, se desliza a través de la malla, se arrastra hacia el foso, sus amigos le tiran su paquete de ropas, quitan los ganchos y se alejan. Aplastado contra el reborde del foso espera a que los dos centinelas, después de haber vuelto al centro se alejen de nuevo, para recomenzar la misma maniobra con el enrejado exterior. Sus mallas son más estrechas aún. Pasa con trabajo. Sus ropas se enganchan, se desgarran; él se araña. No importa: franquea el recinto inexpugnable. A toda prisa quita sus garfios, franquea el camino de ronda y echa a correr. El viento, que sopla con violencia, impide a los centinelas oír el ruido de su carrera. Cuarenta metros y se halla en la oscuridad. Momentáneamente, está salvado.

Su intención es alcanzar en la noche misma la vía férrea a 25 kilómetros, en Magdeburgo. En esa gran estación espera pasar más fácilmente desapercibido que en otra pequeña. Para ir más de prisa sigue el camino que ha estudiado de antemano. A siete u ocho kilómetros del campamento bordea un bosque, y en él penetra para cambiar de ropa. Algunos minutos le bastan para operar una transformación completa; sale de la fronda, en la que deja escondido su viejo uniforme, trajeado como un paisano cualquiera. Vestido con un traje azul marino, y un sombrero verde tiene un aspecto verdaderamente germánico. Al franquear el foso que cierra el bosque, camina sobre ramas muertas caídas, que crujen. Un guardavía —la línea férrea bordea la carretera— sale de su caseta,

escucha e intenta ver en la obscuridad. Al cabo de algunos minutos, al no oír nada, vuelve a su refugio. Durante todo este tiempo Richard ha estado inmóvil; no se atreve a moverse. Al cabo de un cuarto de hora, lenta, silenciosamente, vuelve a partir. Evita la carretera, camina a campo traviesa en la oscuridad de la noche, tropezando con los vallados, resbalando en los fosos. Cae en un arroyo fangoso; sus piernas se mojan. Esto le inquieta. Teme no poder tomar el tren con un pantalón sucio. A la luz de su lámpara de bolsillo se da cuenta de la poca importancia del incidente. No piensa sino en llegar rápidamente a Magdeburgo. Por eso vuelve a seguir la carretera. A las 9 de la noche se ve obligado a cruzar una aldea; es imposible contornearla, tan pantanosos son los prados que la rodean. Hay una fiesta local. Unos caballitos de madera desgranan sus valses chillones; iluminado brillantemente proyecta sobre la carretera un rectángulo de claridad. Un hombre se fija en aquel forastero a su paso y le sigue. Después de haber intentado distanciarle, Richard hace más lento el paso, se deja alcanzar por él, le saluda con un «*Gute Nacht*» gutural; el otro vacila, se vuelve y finalmente le deja marchar.

A las 11'30 penetra en Magdeburgo. No sabe dónde se encuentra la estación principal, por no haber podido procurarse plano de la ciudad. Inspecciona los nombres de las calles, en busca de una indicación. En vano. Finalmente, aborda a dos mujeres que vuelven a su casa con paso rápido, y las interroga; ellas le indican la dirección. Va en seguida para consultar el indicador, ya que ignora el horario de los trenes. En los cuadros anunciadores de la sala de espera ve que no hay trenes para Brunswick antes de cinco horas. Vuelve a la ciudad al azar, deteniéndose en los escaparates cerrados, sentándose en el suelo en los rincones sombríos. En cuanto un agente de policía se acerca —se oye el ruido de sus botas— se levanta y toma el paso rápido del señor que vuelve a su casa a una hora tardía.

A las cinco, está de nuevo en la estación, toma una cuarta clase para Brunswick. A su entrada en el vagón, saluda a todo el mundo

con un «*Guten Tag*» gutural y se aísla en un rincón donde finge leer o dormir. El tren le pone a las 8, en Brunswick. Después de haberse aseado en el lavabo —donde la vigilante, al verle tan sucio, le mira con aire desconfiado— sale de la estación.

No hay tren para Hannóver antes de la una de la tarde. ¡Cinco horas que pasar inadvertido! Va al jardín público. Aprovechando que está solo en un bosquecillo, recose la manga de su americana que deja ver la camisa; vaga, en seguida, a través de la ciudad y vuelve al jardín. ¡Mediodía por fin! Se acerca la hora de la partida. ¡Acabadas las largas estancias en el escaparate de las tiendas, donde con el pretexto de admirar un dibujo o un par de zapatos, no se busca sino ganar tiempo!

A las cuatro de la tarde, el tren le deja en Hannóver, de donde parte un cuarto de hora después, en un tren ómnibus, para Düsseldorf. Esta parte del viaje es movida. En el transcurso del viaje, hacia las seis de la tarde, un joven sube a su vagón y le pregunta en dialecto algo que no alcanza a comprender. Intenta desembarazarse de él con un «No comprendo», gruñón. El otro insiste, repite su pregunta. Obtiene la misma respuesta en tono furioso. Sorprendido, sale al corredor. Como el tren sigue parado, Richard desciende del vagón y se refugia en el otro extremo del tren, en un compartimiento cuya lámpara no funciona.

Allí, nuevo encuentro. Un alemán, extendido sobre la banqueta, le pide cerillas para su pipa. Comprende la pregunta y la satisface. Bien a pesar suyo, la conversación se entabla entre él y su compañero de ruta. El alemán es locuaz y cuenta todas sus historias familiares; es ferroviario. Afortunadamente, pregunta poco. Richard le dice que es dibujante en una fábrica de guerra y que va a Dusseldorf. Al saber esto, el alemán quiere llevárselo con él. «Ya verás —le dice— qué bien estaremos en mi hotel; haremos una buena comida al llegar. No hará falta la tarjeta de víveres. Tendremos cuanto queramos». En la estación de Düsseldorf, le cuesta trabajo desembarazarse de él; sólo lo logra diciéndole que acaba de ver a su familia esperándole.

El próximo tren para Colonia no parte hasta el día siguiente a las cuatro de la madrugada. Desde las 11'20 de la noche hasta esa hora vaga por Düsseldorf como lo hizo la víspera en Magdeburgo. La hora feliz del tren llega por fin. A las 6 está en Colonia. El tiempo de admirar largamente la Catedral cuya masa enorme dibuja una silueta monstruosa en el cielo y es preciso volver a partir. Se pone en camino a las 8 para Aquisgrán adonde llega a las 10. La última etapa por vía férrea se ha efectuado felizmente.

El resto de la mañana, lo emplea Richard en detenerse ante los escaparates de los comercios admirando cuanto está expuesto. Fatigado, por estas repetidas paradas, se mete en una iglesia donde su aparente fervor le permite estarse una hora prosternado al pie de los altares. A mediodía gana el paseo de Bellevue, al norte de la ciudad. Es un bosque muy extenso, desde donde la mirada descubre todo el terreno hasta la frontera, a 7 kilómetros de allí. Su primer cuidado al llegar a tal lugar es buscar un banco solitario, para sentarse y comer. Rápidamente come unos bizcochos y chocolate que lleva ocultos. Desde su salida del campamento, prácticamente, no ha comido nada, salvo uno o dos bizcochos mascados con rapidez en un rincón y algunas tazas de un «*ersatz kaffee*» nauseabundo pagado a 10 *pfennig* en las cantinas de las estaciones.

Gana en seguida la extremidad de la colina. Desde allí, la vista se extiende sobre toda la llanura del Norte. Después de haber comprobado que está solo, saca su mapa y se orienta. Permanece largo tiempo así, grabándose las líneas del paisaje en la vista; después de un largo instante se vuelve. A treinta metros de él un oficial alemán le contempla, suspicaz. ¿Será apresado? Algunos minutos aún finge continuar el examen de su mapa; después, sacando una revista alemana del bolsillo, se pone a leerla, alejándose del oficial. Anda lentamente siguiendo las avenidas menos frecuentadas. El oficial le sigue siempre; se asegura de ello sin volverse, describiendo zigzagues. En un momento dado el paseo franquea la cabeza de un barranco frondoso. Unos arbustos, al revolver de un sendero, le ocultan a su espía, y se mete entre las

matas a toda velocidad, penetra a través del monte bajo y se deja ir por la ladera de la colina. Un rodeo y héle en la carretera de Richterich, que lleva hacia el Norte, Son las dos de la tarde.

¿Qué hacer? ¿Volver a Aquisgrán? Imposible. La alarma puede ser dada. Vale más continuar lentamente hacia el Norte. Los alemanes no desconfiarán de un paisano bien vestido, caminando reposadamente. Según los informes de los prisioneros evadidos se debe poder, sin muchas dificultades, aproximarse de día hasta un kilómetro de la frontera. La vigilancia no se intensifica sino de noche y entonces comienza desde la salida de Aquisgrán.

A 3 kilómetros de la ciudad, se cruza con un destacamento de 20 soldados en uniforme de campaña. Son guardafronteras que vienen de un relevo de guardia. El suboficial que les manda y marcha a la cola, le contempla detenidamente; se vuelve para saber lo que hace ese paisano en la carretera y adónde va. Un espejillo de bolsillo permite a Richard ver su manejo sin volverse.

Algunos centenares de metros más lejos, bajo un viaducto, otra tropa de igual importancia ha formado pabellones. La guardia entrante, probablemente. Pasar ante ella sería imprudente. Richard da media vuelta y vuelve hacia Aquisgrán con el aire de un paseante. No ha recorrido un kilómetro cuando descubre en un cruce de caminos al suboficial que le ha mirado con tanto detenimiento un cuarto de hora antes. Escolta a un soldado aspeado que no puede andar y espera un tranvía con él. No hay medio de evitarle, el suboficial le ha reconocido. Richard se dirige hacia él: «Señor suboficial, ¿ha pasado hace mucho el tranvía para Aquisgrán?». «Acaba de partir aún no hace cinco minutos». «Muchas gracias, señor suboficial; en ese caso regresaré a pie a Aquisgrán». El suboficial queda tranquilo, Richard continúa su camino en la dirección indicada hasta la primera estación. Allí, con un brusco rodeo, toma el camino que, por la aldea de Saffren le conduce de nuevo en dirección a la frontera.

El tiempo es espléndido. En aquel magnífico día de otoño los campesinos se apresuran a hacer sus últimas labores; la llanura está

llena de ellos. Varios, al ver a Richard, dejan su trabajo. ¿Qué hace a 4 kilómetros de la frontera este señor bien portado que anda a cortos pasos, leyendo un periódico y sentándose a ratos en las cunetas? Richard comprende que inspira desconfianza. Para disiparla saluda a cuantos encuentra con un «*Guten Tag*» tan gutural como le es posible. Su intención es ganar un bosquecillo situado sobre la colina de Laurensberg, a menos de un kilómetro de la frontera, y ocultarse en él hasta la noche.

Le faltan aún quinientos metros y está sentado en un mojón, cuando resuena tras él el galope de un caballo. ¿Va a ser cogido tan cerca de la meta? A algunos metros de él el jinete detiene su caballo. Antes de que pueda hacerle ninguna pregunta Richard le interroga: «Buenos días, querido señor, ¿adónde va usted tan de prisa?». El jinete se desconcierta y necesita unos segundos para encontrar la respuesta. «Voy a vigilar a unos prisioneros rusos que trabajan para mí detrás de aquel cerro». Richard adivina que miente. Quiere conservar la ventaja adquirida y dirigir a su gusto la conversación. «Probablemente es usted labrador en el Laurensberg», y ante una respuesta afirmativa continúa: «Yo habito en Aquisgrán, y he querido aprovechar esta excepcional jornada de buen tiempo». La conversación continúa, amistosa; hablan del campo. Al cabo de algunos minutos el granjero se va; no se ha atrevido a pedir a Richard su documentación. ¿Cómo llegar hasta el bosque? Si lo intenta en seguida, los campesinos que le rodean le verán y le denunciarán. Antes de la caída de la noche los alemanes habrán tenido tiempo de registrar aquellos grupos de árboles. Cuando está indeciso por la conducta a seguir, una religiosa y una niña vienen hacia él: se dirigen hacia la colina. Le abordan. Le dicen que van a llevar la comida a un labrador, junto al bosque. Es la ayuda dichosa. Les pide autorización para acompañarlas. Cuando los campesinos le vean marchar al lado de una religiosa y una niña, ya no se inquietarán. Llegados junto al labrador, cuenta la misma historia: «Habita en Aquisgrán y quiere gozar de aquel bello día». Los minutos pasan. La noche llega, lentamente. Deja al labrador,

como si se volviera a Aquisgrán, después penetra en el bosque, y vuelve a salir de él para demostrar a los que puedan espiarle que no quiere ocultarse. Nadie se mueve. Una última mirada al horizonte y entra de nuevo en los bosquecillos. Busca el espacio más espeso. Sin cuidarse de las espinas, se oculta lo mejor posible, aplastado contra el suelo, echándose las matas sobre él. Espera la noche.

Dan las ocho a lo lejos. Richard se levanta. La última etapa. Hasta entonces ha llevado su buen uniforme oculto bajo sus ropas civiles. Ahora, hace a la inversa.

Desde ese bosque a la frontera holandesa, ni siquiera un kilómetro. El terreno está compuesto en su mayor parte de prados que se inclinan en dulce pendiente hacia el Noroeste. Durante toda la noche patrullas, la mayoría acompañadas de perros policías, circulan sin descanso. Además, centinelas espaciados cada cien metros están colocados en un caminito que bordea la frontera y no se halla alejado de ella sino algunos metros. Richard sabe que las praderas que debe franquear están limitadas al Norte por una vía férrea que va de Este a Oeste, y al Sur por una carretera paralela. Esta carretera la ve; se encuentra a cincuenta metros de él. Está, pues, en el buen camino. Una brújula luminosa sujeta a su muñeca le indicará por lo demás a cada instante la dirección a seguir.

A las 8'15 de la noche, lentamente, sale del bosque; antes de franquear el lindero, se quita los zapatos, los sujeta a los bolsillos de su americana vieja y rodea sus pies de calcetines gruesos; andará así sin hacer el menor ruido. Doblado sobre sus rodillas, lo alto del cuerpo adelantado, llega a la carretera. Del otro lado, un enrejado de alambre rodea la pradera. Hay que franquearla rápidamente, ya que en cualquier momento puede surgir una patrulla en el camino. Falta tiempo para buscar un paso. Richard escala el cierre. En ese momento, la Luna, desembarazada de las nubes que la oscurecen, ilumina el paisaje, se ve distintamente a veinte metros. Unas terneras que pasan la noche en sus pastos se levantan a su lado, inquietas por su presencia y huyen en la dirección de su marcha. Richard se pone a correr a su lado a cuatro patas; en algunos

minutos franquea más de cuatrocientos metros. Su carrera le lleva al extremo opuesto de los pastos, cerca de un campo labrado. Escucha, allí, ansiosamente. Ningún ruido. Aprovecha el paso de una nube sobre la Luna para franquear este segundo cierre. Algunos metros arrastrándose por un surco y se inmoviliza. Cinco minutos pasan así. Ruidos de pasos: es una patrulla. Seis soldados desfilan por un sendero a veinte metros de él. No le ven. Su conversación destaca en la noche, su voz llega lejos, hablan de sus conquistas.

Cinco minutos más de inmovilidad, y después Richard vuelve a arrastrarse. Recorre así cuarenta o cincuenta metros y se detiene de nuevo en un surco. Su traje de color neutro no permite a dos pasos distinguirle del suelo. Oye hablar a su derecha; dos alemanes se interpelan, a alguna distancia, a su izquierda; otro tose. ¿Será aquélla la última barrera antes de Holanda? Se orienta por la dirección de las voces, para pasar a igual distancia de los dos centinelas más cercanos, y después vuelve a emprender la marcha hacia adelante.

Rastrea así 200 metros y se detiene. Una mirada a su reloj luminoso. Marca las 10'35. Está arrastrándose desde hace cerca de dos horas. Debe haber franqueado la frontera. Hasta entonces ha marchado hacia el Noroeste, ahora rectifica y se dirige en derechura al Norte para dar con la vía férrea. Una gran masa de tierra surge ante él; es el terraplén del ferrocarril. Su dirección es NO.-SE. Está, pues, en Holanda. En Alemania corre por una trinchera y su dirección es E.-O. Richard se alza, franquea los rieles sin hacer crujir el balasto, y mira. Ante él, muy cerca, dos casas iluminadas. Se acerca a la primera. Un hombre oculto en la sombra de la puerta surge a un metro de él, y pregunta: «¿Tienes la contraseña?». «No, no la tengo» —le responde. Inmediatamente, su interlocutor se pone a gritar desaforadamente: «¿Cómo? ¿Cómo?». Richard huye. Dándose cuenta de que no es perseguido, se detiene, reflexiona. ¿No será un contrabandista que le habrá tomado por un aduanero y habrá querido prevenir a sus camaradas del interior de la casa para que oculten sus mercancías? No puede seguir en la ignorancia del

lugar donde se halla. Se acerca lentamente a la segunda casa, y escucha a través de la puerta; en el interior hablan una lengua parecida al alemán, pero que no es alemán. Se envalentona, llama y pregunta en alemán: «¿Estoy en Alemania o en Holanda?» sin dejar de estar preparado a emprender la fuga. Una mujer joven aparece en el umbral con un niño en brazos; se recorta en negro su silueta sobre la luz que, bruscamente, rasga la noche. «Está usted en Holanda, señor, en la aldea de Bocholtz». Richard llora. ¡Es el fin de todas sus miserias!

Capítulo II

UN HOMBRE DE SUERTE

El sargento Morcheoine. – En el laberinto de Arras. – La lucha en la trinchera. – Prisioneros. – El campamento número 2 de Múnster. – En la aldea de Kattenvenne. – Una mina para huir. – Trabajo inútil. – Preparativos de evasión. – La huida. – En tierras de libertad.

En los últimos días de junio de 1915, el sargento Morcheoine, del regimiento número 236, ocupa, con su regimiento, el laberinto al norte de Arras. En este lugar la lucha es áspera, violenta, obstinada. Alemanes y franceses, a algunos metros los unos de los otros, se espían, prontos a aprovechar el menor desfallecimiento. Sus trincheras son informes, agujeros abiertos por proyectiles de cañón unidos rápidamente por una zapa, y excavaciones demolidas por el cañón o por los torpedos.

La compañía de Morcheoine, la 24, que ocupa un saliente, es de las más castigadas. Desde hace ocho días, está sometida a un bombardeo incesante; el 17 de junio, éste aumenta aún en violencia. Sin duda, el enemigo prepara un golpe de mano o un ataque. A las 9 de la noche las ráfagas de artillería se intensifican. Bruscamente, una cincuentena de alemanes, cubiertos por esa preparación, se lanzan sobre uno de los pequeños puestos de la compañía, ponen fuera de combate a todos sus defensores y se instalan en él. Queriendo aprovecharse de este primer éxito, avanzan a lo largo de la zapa que une el pequeño puesto a nuestra primera línea. Con granadas de mano intentan rechazar a los nuestros. La defensa se organiza por nuestra parte. En la zapa misma, levantamos una defensa con sacos terreros. La lucha se localiza en torno a ese punto. Las granadas vuelan por ambas partes. Para triunfar de nuestra resistencia, los alemanes traen una ametralladora, que coge en enfilada a nuestra trinchera y hace en ella imposible todo movimiento; nuestros soldados, para no ser alcanzados, tienen que pegarse a las paredes del parapeto, incrustarse en los alvéolos que han cavado en la jornada. Ni una zapa para abrigarse momentáneamente. Su situación se hace

insostenible. Sus reservas de granadas se agotan. No se puede pensar en reaprovisionarse en tanto que la artillería enemiga bata sin descanso las retaguardias de nuestra primera línea.

Les habían dicho que serían relevados sobre las 9 de la noche. ¡Con qué impaciencia esperan a sus reemplazantes! A las 10 saben que este feliz relevo no tendrá lugar; las tropas que debían efectuarlo, faltas de guía, se han perdido en el laberinto. En el mismo instante, los cohetes de iluminación faltan. La noche es sombría; no se ve a dos metros. Nuestras ametralladoras, a 800 metros a retaguardia, no disparan más que de cuando en cuando algunas bandas al azar. El fuego se extingue por nuestra parte. De las dos secciones de la 24 compañía, que ocupan la primera línea sólo quedan en pie 13 hombres. No tienen para defenderse más que su fusil y algunos escasos cartuchos. A una señal, el fuego de fusil cesa del lado enemigo. Los alemanes saltan al mismo tiempo sobre el parapeto, dominando a los nuestros antes de que éstos hayan tenido tiempo de darse cuenta. Otros, franqueando la barricada de sacos, se precipitan en la excavación. Más de 30 granadas caen en nuestra trinchera hiriendo a todos cuantos se encuentran en ella. La lucha es demasiado desigual; no tiene salida. Los nuestros han de rendirse.

Una hora más tarde, cuando nuestra propia artillería, tardíamente prevenida ejecuta su fuego de cortina a vanguardia de nuestra primera línea y por encima de ella, se les fuerza a replegarse sobre las trincheras alemanas para ser dirigidos hacia Vitry-en-Artois. Allí se forma un destacamento de una cuarentena de suboficiales y de soldados, pertenecientes todos a la 53 división, a quienes la suerte ha sido contraria. Un tren los conduce a Douai, después a Aquisgrán. En esta estación, se les agrupa con otros prisioneros procedentes del ataque del 16 de junio para dirigirles al campamento número 2, de Múnster: llegan allí el 21. Se les encierra en una barraca de donde no se les deja salir bajo ningún pretexto. Es preciso que no vean a sus camaradas prisioneros ya antiguos. Éstos podrían indicarles los medios de eludir las preguntas que les serán hechas en el

interrogatorio. Es preciso también que no puedan darles informes sobre la situación en nuestro frente. Durante esta detención, se les somete a un régimen alimenticio deprimente. Por la mañana y por la noche no reciben más que una papilla hecha con una harina muy densa que se deposita en el fondo de los recipientes y que en la boca produce la impresión de una arena fina, que cruje bajo los dientes, régimen tanto más terrible cuanto que es impuesto a unos desgraciados que, desde hacía más de una semana, estaban en las trincheras donde, a consecuencia del bombardeo, el aprovisionamiento era precario. Todos nuestros prisioneros sufren hambre.

Morcheoine tiene algunas nociones de alemán. Sus guardianes se dan cuenta de ello y le designan como intérprete en un *kommando*. El 14 de julio, parte con 800 de sus camaradas para hacer unos trabajos de cultivo en Kattenvenne, aldehuela a 25 kilómetros al nordeste de Múnster, en dirección de Osnabrück. El batallón de prisioneros es repartido en cuatro compañías de trabajadores: 49 a, 49 b, 49 c, 49 d, que son puestas a disposición del Ayuntamiento para trabajos de roturación. La compañía de la cual Morcheoine forma parte está instalada a 1.500 metros de la aldea, cerca de una explotación agrícola importante.

Los 210 hombres que la componen están alojados en una granja. Cuenta ésta en el piso bajo y en el primer piso con dos series superpuestas de lechos constituidos en el piso bajo por hamacas y en el primer piso por catres con jergones. Esta granja está rodeada con un cercado de alambres espinosos, de 3 metros de alto, vigilado constantemente, día y noche, por centinelas pertenecientes a un puesto de policía alojado fuera del recinto, a unos 20 metros.

El trabajo impuesto consiste en nivelar el suelo arenoso de la landa; para esto es preciso cargar en vagonetas Decauville la tierra de todos los sitios donde forma montículos y verterla en las cavidades. Al principio, se llega a un acuerdo entre los inspectores y nuestros prisioneros; éstos deben, a diario, remover un número determinado de vagonetas, después de lo cual pueden volver al

campamento. Los alemanes se dan cuenta al cabo de algunos días que han pedido una labor demasiado fácil. Quieren aumentarla. Los nuestros prolongan la duración de su trabajo, disminuyendo su rendimiento. Ante esta resistencia pasiva, sus vigilantes ceden.

Desde fines de 1915, muchos prisioneros intentan evadirse. Sólo por unas horas una de sus tentativas, extremadamente audaz, no tiene éxito. En su misma barraca unos prisioneros sierran un trozo del entarimado, y lo levantan; por debajo de él comienzan un túnel. Todas las noches se encarnizan en el trabajo. Su zapa, que entiban a medida que la van haciendo, avanza rápidamente, 10 metros, 15 metros, 20 metros de túnel son cavados. Suben y ocultan en un rincón del granero la tierra que van sacando. La penúltima noche llega. Según sus cálculos están a varios metros más allá de la alambrada. Al día siguiente, un centenar de entre ellos podrá salir por allí para intentar ganar nuestras líneas; suponen ya la alegría de su llegada. Con el alma dichosa se entregan durante la mañana a sus trabajos de roturación. A su vuelta a mediodía, un espectáculo inesperado les desespera. Las tablas del entarimado, que cerraban la trampa, están levantadas y la salida del subterráneo deshecha. Su astucia ha quedado descubierta. Se ven obligados al instante a colmar aquel túnel que tanto tiempo les ha costado cavar. Hasta marzo de 1916, Morcheoine no piensa en escaparse. En su *kommando*, la mayoría de los prisioneros pertenecen a su regimiento, a su compañía, algunos incluso a su sección. Muchos son jóvenes, hasta hay varios que pertenecen al reemplazo de 1915. Ninguno habla ni entiende el alemán. Morcheoine considera que su deber le obliga a quedarse junto a ellos para aconsejarles, ayudarles, defenderles. Sus funciones de jefe de destacamento le permiten ahorrarles más de un sufrimiento. Ha logrado, sobre todo, organizar el servicio interior del campamento de manera que el comandante tenga que intervenir lo menos posible.

En marzo de 1916, el destacamento se renueva casi por completo. En adelante Morcheoine no tiene ya razones para seguir en cautividad. Sus nuevos camaradas, antiguos prisioneros, han

rodado ya su miseria por muchos campamentos; su instrucción está hecha; pueden defenderse. Traen por lo demás con ellos lo que hasta entonces ha faltado en el *kommando* para poder evadirse: mapas. Desde su llegada, Morcheoine piensa en partir. Quiere volver a Francia. Algunos camaradas, al corriente de su proyecto, intentan disuadirle. ¿No está en un rincón tranquilo? A estos partidarios del menor riesgo, él les recuerda su deber. Con otro suboficial, el sargento Saviniano René, del 285 regimiento, deciden probar la suerte.

Sus preparativos son largos. No quieren partir sino perfectamente equipados. La mujer de Morcheoine le envía desde Francia trajes de paisano, lámparas eléctricas de bolsillo, brújulas, cizallas, etc. Todo esto le llega fácilmente gracias a la organización del servicio de paquetes. Un grupo de prisioneros va a buscarlos a la estación de Kattenvenne por la mañana. Encargado de llevar el libro registro, que todos deben firmar en prueba de que su paquete le ha sido entregado, Morcheoine ha obtenido que los paquetes le sean dejados algunas horas a la llegada para inscribirlos en el registro. Y así, sólo hasta las cinco o seis de la tarde se distribuyen. Los alemanes los registran en ese momento. Durante ese lapso de tiempo, y sobre todo, a la hora del almuerzo, son aligerados por sus destinatarios de todo lo prohibido: cartas, periódicos, trajes. Algunas veces, un paquete inocente preparado por anticipado con antiguos embalajes, ocupa el lugar del nuevo. Sus guardianes no se dan cuenta de nada.

La primera dificultad que Morcheoine tiene que vencer es procurarse un mapa. Copia uno a gran escala y bastante exacto que posee uno de sus camaradas, el ayudante Borel, del 27 regimiento territorial, que, antes de escapar, le promete, además, enviarle en caso de éxito informes detallados sobre el itinerario seguido por él.

A comienzos de mayo, Borel parte solo sin grandes medios. Huye durante unos trabajos. En una faja, bajo el traje, oculta algunos bizcochos. Esto le basta. Su energía le hace triunfar. Dos meses después, Morcheoine recibe de él los informes prometidos; le

permiten rectificar el mapa, seguir paso a paso el mismo itinerario; minuciosamente, están descritos todos los puntos de observación y los más peligrosos. Hay una indicación verdaderamente preciosa, el lugar por donde debe franquearse la frontera, en las cercanías de un punto fácil de encontrar: un molino con un salto de agua.

Corriendo octubre, Morcheoine y su camarada están prontos a huir: tienen trajes, medicamentos, brújulas, lámparas, víveres; nada les falta. Como víveres disponen de bizcochos, latas de carne en conserva, chocolate, medio litro de coñac, pastillas de kola y de jugo de carne. Poseen también unos polvos especiales propios para despistar perros, compuestos a partes iguales de tabaco y pimienta. Cada uno lleva un saco tirolés, un gran zurrón y una lata. Queda por fijar un último detalle, la hora de la partida. Por la noche los alemanes pasan lista dos veces. La primera hacia las 6 y media y la segunda a las 9, después de haber encerrado a los prisioneros en sus barracas. Morcheoine y su camarada deciden marchar entre esas dos listas, hacia las 7, en el momento en que el centinela del patio es relevado. Durante algunos minutos la vigilancia disminuye; precísales a cualquier precio aprovechar esos minutos de inatención, sin lo cual el franquear la alambrada es imposible. La barrera, en efecto, está violentamente inundada de luz por tres de sus lados mediante tres proyectores de acetileno colocados cada uno en un ángulo del campo de modo que iluminen una cara en enfilada. El cuarto, el que se encuentra próximo a la entrada, está aún más brillantemente iluminado por una lámpara grande de incandescencia por benzol colocada sobre una columna. Aprovecharán para llegar a la alambrada la obscuridad que proporciona una enorme caja de carbón instalada en una de las pequeñas caras laterales, en la inmediata proximidad de la barrera y al lado opuesto a la lámpara de incandescencia.

El 7 de noviembre deciden intentar la aventura. Durante la jornada transportan su equipaje a la cocina, muy cerca del recinto. Por la noche, a las 7, arrastrándose sobre el vientre, cizalla en mano, Morcheoine abre rápidamente un paso entre los alambres. Un

camarada les pasa su equipaje. Ya están fuera. Rápidamente, se lanzan al campo.

Su deseo de evitar todo encuentro les hace ser de una prudencia extremada. Sólo marchan de noche. Por la mañana, entre las cuatro y las cinco de la madrugada, se detienen y buscan un lugar propicio para ocultarse. Si un campesino pasa cerca del lugar donde se ocultan, tiemblan hasta que desaparece. Urracas, cuervos de ojos perspicaces denuncian a veces su escondrijo, dando vueltas por encima de ellos con graznidos aturdidores. Nadie presta atención a su algarabía.

Saviniano René ha partido con malos zapatos; sus dos tacones se le caen en la primera noche; sufre mucho a causa de su calzado. Cuando la noche es obscura se preparan una comida substanciosa, pero no parten en general hasta las 10 de la noche, cuando los campesinos están ya en sus casas. Marchan a campo traviesa y cruzando bosques, dirigiéndose casi únicamente con la brújula. Haciendo esto, evitan, contorneándolos, de lejos, pueblos y aldeas e incluso las casas aisladas.

Sólo una vez encuentran a un alemán. Una noche, hacia las 10 y media, en un camino hondo, cerca de Schoeppingen, tropiezan con un joven; le saludan con un vigoroso «*Guten Nacht*». La existencia de bestias feroces que llevan desde hace algunos días les ha procurado fisonomías de bandidos, que acentúa la luz incierta de la Luna. Su interlocutor, turbado, les responde «*Guten Nacht*» y desaparece rápidamente.

Antes de alcanzar la frontera holandesa, tienen varios graves obstáculos que franquear. Atraviesan el Dortmund-Ems-Kanal por un puente. Imposible hacer lo mismo por el Ems, del que todos los pasos les han sido señalados como bien guardados. Felizmente, descubren una barca un poco al sur de Greven. Ella les saca del apuro: un afluente del Ems es vadeado. Se encuentran por fin delante del Dincel y atraviesan éste cerca de un aserradero por encima de la presa del salto de agua.

El 13 de noviembre a las 11 de la noche, llegan al arroyo del Aa. Estaban buscándole desde la víspera. Esta corriente, de dirección al principio Sur-Norte, se desvía en seguida en ángulo recto y corre de Este a Oeste para entrar en Holanda. Hacia las 2 de la madrugada del 14 contornean Alstaette; es su séptima noche de marcha. A las 4 de la madrugada escuchan el ruido del salto de agua del molino anunciado. Es la frontera. Han tardado más de una semana en recorrer cien kilómetros. Durante algunos centenares de metros, se arrastran por la landa; después, dirigiéndose hacia una estrella que les indica su brújula, se yerguen; están, ciertamente, en Holanda. Sobre la orilla del Aa ven a dos individuos pescando; se acercan a ellos, les interrogan. ¡Están en tierra libre! Al entrar en la aldea de Buurse la inscripción del buzón de correos «Post Nedderland» les confirma en su certeza. Su alegría es profunda. Se abrazan, sin preocuparse de frotar una contra otra dos barbas de ocho días.

Capítulo III

LA LUCHA EN POS DE LA LIBERTAD

En los alrededores de Maubeuge. – El teniente Derache es apresado. – El campamento de Klaustal. – Quince días de libertad. – Una nueva evasión por una alcantarilla. – Otra vez prisioneros. – La fortaleza de Zornsdorf. – Nuevos preparativos de fuga. – Un ruso traidor. – Al campamento de Heilberg. – Evadido de nuevo. – El fracaso en los linderos del éxito. – El campamento de Ellwangen. – Alemanes de guardarropía. – Inútil evasión. – Al fuerte IX de Ingolstadt. – Un plan abortado. – Los inconvenientes de hablar francés. – Fracaso tras fracaso. – El fuerte X. – Derache huye de él. – ¡Está usted en Holanda!

El teniente Derache, del 29.º batallón de cazadores alpinos, agregados al grupo ciclista de la 5.ª división de caballería, toma parte con esa unidad en la campaña de agosto de 1914 en Bélgica, tan corta, tan llena de acontecimientos y tan pródiga en duras fatigas. El 10, franquearon gozosamente la frontera. «¡La guerra, por lo menos, no se desarrollará en territorio francés!». Pero, ¡ay!, son demasiado débiles para luchar contra las masas alemanas; han de retroceder ante ellas; el 23, dejan, llorando, nuestros postes fronterizos tras ellos. La fortuna les ha hecho traición.

Mientras la 5.ª división de caballería toma espacio, para continuar cumpliendo su misión de cubrir el flanco exterior de nuestros ejércitos, el grupo ciclista, a petición reiterada del gobernador de Maubeuge, refuerza la guarnición de la plaza. Los alemanes la sitian. En algunos días logran colocar en batería una artillería numerosa de grueso calibre; nuestras piezas, inferiores en potencia, en alcance, en número, con municiones escasas, son pronto aplastadas. La defensa se hace imposible.

Durante los últimos días del sitio, el gobernador pide a sus mejores tropas que ataquen al enemigo para dificultar su avance; el grupo ciclista toma parte en varias de estas salidas. El 7 de septiembre, cuando corre el rumor de la rendición de la fortaleza, el grupo se halla al norte de la plaza. Todos quieren huir. Los caminos a sus espaldas están cortados. No pueden escapar a lo inevitable: son hechos prisioneros. Los oficiales del grupo ciclista son transferidos a la ciudadela de Magdeburgo, donde no sabrán hasta diciembre, por un prisionero, nuestra victoria del Marne.

Derache se desconsuela; querría volver a la lucha. Escapar de Magdeburgo, de aquel amontonamiento de piedras donde cada

puerta está guardada por un centinela, no hay ni que pensarlo. En agosto de 1915, los alemanes le sacan por fin de la ciudadela, para encerrarle en el campamento de Klaustal, en el Harz. Allí la vigilancia sigue siendo severa, los obstáculos difíciles de franquear, pero ya no son muros de piedra ni pesadas puertas de madera reforzadas de hierro, contra las cuales las manos no pueden nada, cualquiera que sea su ardor.

El campamento de Klaustal se compone esencialmente de un gran barracón de madera que puede contener de trescientos a cuatrocientos oficiales, rodeado a 30 ó 40 metros por una doble barrera rectangular de alambre con cuatro blocaos en los ángulos, cada uno con una ametralladora, que puede tirar en todas direcciones. Estas barreras están distantes una de la otra unos cuatro metros; en sus intervalos circulan centinelas de un modo permanente. Por la noche se completa su servicio con patrullas que recorren el recinto exterior.

Desde su llegada al campamento, Derache piensa en evadirse, pero, para ello, necesita un camarada. El capitán Lambert del 75.º de infantería, se ofrece a acompañarle en la aventura; ganarán a pie la frontera holandesa.

Primera dificultad: ¿cómo huir? De día, imposible. De noche están encerrados en un barracón cuyas puertas se cierran con cerrojos por el exterior y cuyas ventanas están provistas de rejas de hierro; y centinelas vigilan todas las salidas. Para evadirse tendrían que dar por la noche a sus guardianes la sensación de que están dentro de su dormitorio, quedándose, sin embargo, fuera del edificio. Después de haber estudiado varios proyectos, Derache y Lambert adoptan el siguiente, el más sencillo: Dos belgas que de día trabajan en el arreglo del campo, les substituirán por una noche, mientras ellos se encierran en la barraca de las herramientas, para salir de ellas después de la queda.

Éste es el plan que ponen en ejecución. El 7 de agosto de 1915, a las 3 de la tarde, ocultos a las miradas de los centinelas por algunos camaradas al tanto de su empresa, se refugian en el

depósito de herramientas y se deslizan bajo el entarimado, que saben está muy alto respecto del suelo. Las 6 de la tarde. Suena una corneta: llamada. Un cuarto de hora más tarde, el grito de una corneja llega hasta ellos. Es una señal convenida. No todo está concluido. Patrullas circulan en torno a las barracas; una de ellas penetra en el depósito de herramientas; felizmente, no acribillan el entarimado a bayonetazos como tienen por costumbre.

Las 7 de la tarde. Estalla una tormenta. Los alemanes cesan en sus búsquedas. A las 9, la lluvia continúa cayendo con violencia; tanto mejor: los centinelas han tenido que guarecerse en sus garitas. Derache y Lambert salen de su escondrijo y se arrastran hasta la primera alambrada. Ayudándose mutuamente, se deslizan por debajo de los alambres y renuevan la operación en el segundo recinto. La obscuridad de la noche, no rasgada por ninguna lámpara, facilita su fuga. Son libres, pero comprenden que su libertad es precaria. Para dirigirse, sólo tienen la hoja de un atlas al 1/1.000.000, y ni siquiera una brújula. Sus provisiones se reducen a algunos bizcochos y un poco de pan duro. Derache sólo posee su uniforme, y su único vestigio de traje de paisano consiste en una gorra belga. Lambert igualmente.

Su intención es franquear la frontera holandesa. Para alcanzarla, han de marchar hacia el Noroeste. A su salida del campamento, a 2 kilómetros del recinto, encuentran una carretera que va en esa dirección. La siguen. Andan toda la noche. Al llegar el día, se refugian en espesuras, en el interior de bosques o bosquecillos.

El tercer día de su evasión, unos cazadores les sorprenden cuando, descalzos, reposan de sus fatigas. Huyen a escape, con el calzado en la mano y despistan a los alemanes. El octavo día llegan al Weser. Es demasiado ancho para pasarlo a nado y no hay barca alguna en sus orillas. Hay que encontrar un puente. Ven tres, pero en sus entradas hay garitas. ¿Estarán guardados? Se esconden en las cercanías y observan; oyen los pasos del centinela que va y viene. No pueden pasar. Siguen la orilla del río y se remontan más al Norte; su miseria es grande; desde hace cuatro días no deja de

llover y sus harapos están calados; no comen nada caliente y no pueden entrar en calor.

El décimo día, hacia las 11 de la noche, en medio de una lluvia violenta, llegan cerca de un nuevo puente. No hay garita a su entrada. ¿No estará guardado? Avanzan, con prudencia. Llegados hacia el centro de aquél, un centelleo les llama la atención: es una bayoneta que brilla. Hay allí un centinela. Sólo hay ése, pero, ¿cómo pasar por delante de él? Vuelven sobre sus pasos, descorazonados, y se ponen de acuerdo. No pueden seguir errando indefinidamente. Intentarán, pues, la aventura. Los dos, bien tapados con su capuchón, pasarán francamente, cantando Derache «*Die Wacht am Rhein*»; el centinela no desconfiará de ellos. Dicho y hecho. Franquean el puente sin incidente. En el primer bosque que encuentran, reposan; están agotados; la voluntad firme de llegar les sostiene.

Al décimoquinto día, en el momento en que el alba comienza a apuntar, buscan en torno de ellos un bosque donde ocultarse. No lo hay a la vista: sólo la llanura desnuda. Por las señales indicadoras deben estar muy cerca de Paderborn. Continúan andando. Por fin, a la derecha, divisan un bosquecillo. Se dirigen hacia él; será su refugio durante el día. No están sino a una decena de metros de él cuando un «*Halt!*» gutural resuena. Aparece un centinela que estaba escondido debajo de un árbol. Intentan huir; «*Halt!*», grita, de nuevo, el centinela, apuntándoles con su fusil, en tanto que da la alarma al puesto con un enérgico «*Raus*» (Fuera). A este grito, una quincena de alemanes salen de una barraca, les rodean; han tropezado con el puesto que guarda la entrada al campo de tiro de la guarnición.

Al principio les toman por rusos, les registran, les maltratan. Prevenida la guarnición de Paderborn, envía a buscarles para encerrarles en la cárcel civil. Al llegar a la población son insultados por el populacho, tratados de espías, escupidos. Pasan siete días en una celda, interrogados a diario. Los alemanes desean saber cómo se han escapado y si han tenido cómplices. El séptimo día, una

escolta vuelve a llevarles a Klaustal. A toda prisa, sus guardianes les han preparado dos celdas de madera gruesa. La puerta está enrejada. En el interior, un mobiliario rudimentario, un lecho de campaña, un escabel y un cartel que reza: «Comida, a tal hora. Retrete, a tal hora». Se les aísla de todos. Una inscripción clavada al exterior de la barraca prohibe el acercarse a sus camaradas. «*Sprechen verboten, ge faehrlich*»[4].

Pasan así treinta largos días, encerrados como fieras, con sólo una sopa diaria, sin una sola salida. Después de esta larga detención, les envían al campamento de Hannóver-Munden, en la confluencia del Werra y del Fulda. Su llegada es un acontecimiento: ¡son los primeros evadidos! Todos los prisioneros les interrogan; quieren conocer las dificultades con que han luchado, las circunstancias de su captura. Los que sueñan con seguir su ejemplo, les piden consejos.

* * *

Derache sólo piensa en volver a empezar. Se pone de acuerdo con tres compañeros: el teniente Serviès, de la aviación, conocido antes de la guerra por sus *loopings*; el subteniente Chalons, de ingenieros, y el teniente aviador d'Arcy, de la marina británica.

El campamento de Hannóver-Munden, establecido entre el Weser y una carretera, tiene la forma de un gran cuadrilátero. En el centro se encuentran unos barracones de tablones, cerrados con cerrojo desde el exterior por la noche, y comunicantes por un pasillo con unas letrinas enteramente cerradas. Existe en tal edificio una puerta para los basureros, cerrada también exteriormente con un enorme candado. Hay además otra salida que no se utiliza jamás y que asimismo se cierra con un enorme candado. Cerca de las letrinas hay una gran fosa para las basuras, casi enteramente subterránea; es como una habitación de dos metros de alta, recubierta en sus paredes laterales de planchas que emergen unos veinte o veinticinco

centímetros del suelo natural. Tres recintos de alambradas y en cada ángulo un blocao con ametralladora, terminando en un mirador, cierran el campamento y lo aíslan del mundo exterior.

En uno de sus paseos incesantes a lo largo de las barreras, Derache ve que una ligera depresión de terreno parte en las proximidades del estercolero y termina en el Weser. ¿No será el indicio de que una canalización une a la ciudad de Munden con el río? Si hay una alcantarilla, se debe poder llegar a ella partiendo de una zapa desde el estercolero: ofrecería un camino seguro para evadirse.

¿Cómo saberlo? ¿Cómo poder llegar hasta el estercolero ante todo? Hay dos medios. En el recinto de los retretes ya hemos dicho que hay una puerta llamada de los limpialetrinas, cerrada exteriormente por un fuerte candado. La extremidad de las armellas en las que se introduce éste son visibles desde el interior y han sido remachadas para que ofrezcan una resistencia mayor. El teniente Serviès se dedica a ellas y las levanta. Una noche, por impulsos sucesivos, las empuja al exterior, el candado cae, el paso está libre. Para poderle utilizar varias noches, es preciso que los guardianes no vean tales transformaciones. Serviès cierra la puerta, después de cuidar de meter las dos armellas en su alvéolo. Con ayuda de una cuerda sujeta a su parte inferior, la cierra con un golpe seco, echa hacia atrás las armellas, las envuelve con miga de pan ennegrecida. Los alemanes no se darán cuenta de nada.

El segundo paso es de un acceso más difícil. Es una puerta que da a la barraca. Cerrada con llave, está además afianzada con un cerrojo al exterior. No se puede proceder con ella como con la otra; el camino desde allí al estercolero es más largo; no será, pues, utilizada sino en caso de necesidad.

El 30 de septiembre, hacia las 9 y media de la noche, los cuatro conjurados salen por la primera puerta; el centinela que monta la guardia en el patio se pasea entre la barraca y la entrada al campamento y no puede verles. De un salto se meten en la fosa de las basuras, desclavan dos tablas del centro de una pared lateral

—su reborde superior llega hasta unos 0'3 metros por encima del nivel del suelo— y las levantan. Uno de ellos excava la tierra con una pala de hierro, otro la recoge con una cubeta de hojalata, un tercero la esparce por toda la fosa y el cuarto vigila. Cada 45 minutos aproximadamente alternan, cumpliendo por turno cada trabajo. A las 12 y media, después de haber vuelto a clavar las dos planchas, regresan a la barraca, cierran la puerta y ganan sus camas. Diez noches seguidas repiten la operación, sin poner a nadie al corriente de su proyecto, por miedo a una indiscreción.

La octava noche, chocan con un muro de ladrillo. Faltos de herramientas para horadarle, se ven obligados a profundizar más y pasar por debajo. La extracción de la tierra se hace pronto penosa, tanto más cuanto que su galería, de 0'7 metros de alta, no está entibada. El dozavo día, alcanzan la alcantarilla; con dificultades infinitas atacan la obra de albañilería y practican una abertura; en cuanto queda practicable saltan al canal. Éste, de sección rectangular, mide 0'8 metros de alto por 0'6 metros de ancho. El agua sólo se eleva 0'1 ó 0'15 metros. Serviès y Derache penetran en ella. Avanzando lentamente, marchando de rodillas, tropiezan con toda clase de detritos, se hieren con cascos de botellas. Bruscamente, ante ellos aparece un agujero luminoso. La alcantarilla, casi horizontal hasta allí, se inclina en rápida pendiente, para desembocar en el muelle del Weser violentamente iluminado por la Luna. Una reja, de fundición, muy alta, les separa del exterior; no es posible deslizarse entre ella y la bóveda pero sí, con dificultades, pasar por debajo entre ella y la obra de albañilería en que se apoya.

Su salida está asegurada. Se trata ahora de procurarse material de evasión: brújulas, mapas, trajes. En ello se ocupan. Un ordenanza logra comprarles una brújula. Un día en que les llaman a la *Kommandature* para un asunto de paquetes, aprovechan una distracción de los empleados para substraer un lote de mapas de la región a escala de 1/50.000.

Estos preparativos les ocupan todo el mes de noviembre. A comienzos de diciembre, están preparados, pero el Weser viene crecido. Tiene tal nivel que la mayor parte de la alcantarilla está inundada. No pueden huir por ese camino. Hay que esperar a que el río baje.

El deshielo les procura inquietudes. Uno de los últimos días de diciembre, uno de ellos se da cuenta de que el terreno se hunde cerca del estercolero; la entrada de su zapa se ha hundido. No estando entibada, la bóveda de tierra de 0'2 a 0'3 metros de espesor no ha podido resistir las intemperies. Es preciso que los alemanes no se den cuenta de ello, sin lo cual todo su trabajo está perdido. La noche siguiente, con un frío extremado, salen de nuevo, saltan a la fosa, y con pequeñas maderas, intentan entibar la entrada de su zapa. Sólo lo logran incompletamente. No pueden colmar por completo el agujero que se ha formado. Derache, para salvar momentáneamente la situación, tiene la idea de disponer una tablilla a algunos centímetros por debajo del suelo natural, sobre el hundimiento que se ha producido, y colocar tierra encima. Los alemanes no se dan cuenta de nada. Algunos días más tarde, uno de sus equipos vacía la fosa; el *feldwebel*, mocetón enorme, se estaciona largo tiempo sobre aquella reparación sin que se hunda. Los conjurados, sin embargo, desean consolidar el techo de su zapa. La misma noche, a las 9 y media, salen para repararla; vuelven a medianoche sin haber logrado resultados apreciables; desgraciadamente, no pueden cerrar bien la puerta al entrar. A las 6 de la mañana, antes de nacer el día, hacen una nueva tentativa para dejar todo en su lugar. Los dos primeros del equipo caen en poder de una patrulla, que les arresta inmediatamente. Los alemanes quedan prevenidos de que se preparaba una evasión. Todo el día buscan por las barracas trajes de paisano, brújulas; no encuentran nada; no piensan en el estercolero. Derache y d'Arcy estiman que les interesa partir lo antes posible, sin lo cual, los guardianes acabarán por descubrir su zapa; el Weser ha comenzado ya a bajar y pueden utilizar la alcantarilla.

El 10 de febrero, hacia las 4 de la tarde, cuando ya obscurecía y debían entrar los prisioneros en sus barracas, atacan la puerta de la barraca rápidamente y substituyen las armellas del cerrojo con miga de pan. Algunos minutos más tarde, después de la lista, salen por allí, vuelven a ajustar la puerta, saltan al estercolero, entran en su zapa, en la cual se encierran después de haber cuidado de abatir sobre ellos las tablas. Para no arriesgarse, demasiado en el muelle del Weser, no se ponen en marcha hasta las 9 de la noche. Vestidos con trajes viejos, han rodeado con dos pares de vendas sus pantorrillas para protegerse lo mejor posible contra los cascotes de botellas; llevan en torno a su cuello sus trajes y sus provisiones enrolladas en una tela encerada, y así equipados se sumergen en la alcantarilla y se deslizan por debajo de la reja del colector. A las 9 y media salen al muelle, a tales horas desierto.

Están tan cerca del campamento que se exponen a ser vistos por un centinela o por una patrulla. Corren a la orilla, que está revestida de un muro en suave pendiente provisto, de metro en metro, de anillas para amarrar las barcas. Se suspenden de ellas y recorren así cerca de 200 metros; después saltan a una espesura que habían visto desde mucho tiempo antes y allí cambian de traje. Las telas enceradas, demasiado usadas, que envolvieron sus fardos, no han preservado del agua a sus ropas. Sólo una piel de gato colocada en el centro del paquete de Derache, regalo de un camarada, está casi seca. Contaban con aquellos efectos secos para calentarse. Con una temperatura de varios grados bajo cero, se ponen, tiritando, sus trajes empapados; inmediatamente después parten en derechura hacia el Oeste.

A eso de las 10 y tres cuartos oyen un toque de corneta lejano; es la señal de alarma; su fuga es, pues, conocida en el campamento. En la lista de las 6 de la tarde sus camaradas han respondido por ellos. Por la noche, debían poner en sus camas un maniquí para que las rondas, al pasar por los dormitorios, no notaran su ausencia. Por una razón inexplicable no se ha colocado maniquí en el lecho de Derache. Hacia las 9 y media de la noche, un suboficial de servicio

dándose cuenta de que el lecho de aquél está vacío interroga a los oficiales presentes; éstos responden que su camarada ha debido salir momentáneamente de la habitación, pero que volverá pronto. El tiempo pasa y Derache no vuelve. Los alemanes se inquietan y pasan lista general. En la habitación de d'Arcy descubren un maniquí en su lecho. Ha habido, pues, evasión. Inmediatamente dan la alarma a una compañía de Infantería y la lanzan en persecución de los fugitivos. Se organiza una verdadera cacería. Los soldados encuentran fácilmente las huellas de los fugitivos en la nieve fresca, que aparece manchada aquí y allá de la sangre que mana de las heridas que se han hecho en las rodillas. A medianoche, una violenta tempestad de nieve se declara; borra toda huella y hace la persecución menos viva; Derache y d'Arcy están, de momento, salvados.

A las 3, extenuados, ateridos por el frío, caen al pie de un árbol. Necesitan reposar. Derache se adosa contra el tronco y d'Arcy entre sus piernas; están así hasta las seis, apretados uno contra otro, intentando calentarse mutuamente. D'Arcy sufre de tal modo por el frío que teme no poder resistirlo. Derache le da una parte de su piel de gato y se preparan una taza de caldo Kub, que les recalienta; a las siete pueden ponerse en marcha.

Comprenden que no podrán, con tal frío, recorrer a pie varios centenares de kilómetros; sucumbirían antes. Han de intentar la aventura y tomar el tren hasta corta distancia de la frontera. Este proyecto es peligroso. Derache está mal vestido; con su pantalón de cazador de infantería, azul obscuro, cuya franja ha arrancado; su esclavina verde y su gorra vieja parece un mozo de cuerda. D'Arcy, aparte su gorra, con sus ropas de oficial de la marina británica, tan semejantes a un traje civil, podría pasar por un *gentleman*, pero no habla una palabra de alemán. Viajar así es difícil. ¡Qué importa! Hay que probar. No tomarán sino trenes ómnibus, porque creen que éstos estarán menos vigilados.

Todo el día marchan atravesando un bosque para ganar la estación de Altenbecken, adonde llegan por la noche. Derache pide

dos billetes de cuarta clase para Hertford; pero desconoce las costumbres, no sabe que hay que colocar el dinero de los billetes en un platillo que el empleado atrae hacia sí haciendo girar el aparato entero. Esto da lugar a un incidente que está a punto de descubrirles. En espera del tren, se instalan fuera del vestíbulo en dos troncos de madera. Llega el tren; un compartimiento de cuarta clase está libre; penetran en él y fingen dormir. D'Arcy tiene su pañuelo apoyado contra la mejilla simulando dolor de muelas; un soldado alemán, que pasa por el corredor, quiere emprender conversación con él. Le pregunta varias veces a dónde va: «*Wohin fahren Sie*». D'Arcy no le contesta. Para desembarazarse de él, le vuelve la espalda. El alemán se asombra, pero acaba marchándose.

Llegan a Hertford a la una de la madrugada. No hay tren para Osnabruck antes de las 8. Continuarán el camino a pie; durante el día se detendrán, se ocultarán en un bosque, y por la noche volverán a la vía férrea. Hacia las 6 ganan una espesura, extienden en el suelo sus telas enceradas y se echan tiritando. A las 3 de la tarde un ciclista penetra en el bosque y da con ellos. «¿Qué hacéis aquí con esta temperatura?». «Estamos enfermos», le responde Derache. Esta explicación no satisface al ciclista, y, aunque se despide de ellos con un «Hasta la vista» amistoso, comprenden que irá al próximo pueblo a denunciarles. Escapan a campo traviesa, en dirección opuesta a la que él ha tomado.

A las 5 y media penetran en una pequeña estación y piden dos billetes para Osnabruck. En el tren ómnibus, que les lleva lentamente, comprueban que en cada estación asoma una cabeza en su compartimiento. ¿Qué significa esto? Al entrar en la estación de Osnabruck, ven en el andén una sección en armas y un gran número de gendarmes, que, en cuanto ven su vagón, le señalan con el dedo. Ya no hay duda: están descubiertos. Con el tren en marcha, saltan por la portezuela opuesta. Les persiguen. Durante más de diez minutos, huyen a través del dédalo de vías para caer en un foso entre unos rieles que no habían visto. Son cogidos.

Durante su trayecto hasta la *Kommandatur*, son insultados, maltratados por la multitud. Después de ser interrogados, se les envía a la cárcel, a unas celdas infectas, donde están 4 días en espera de la escolta que vuelve a llevarles a Hannóver-Munden. El comandante del campamento quería saber cómo se han escapado, pues su zapa no ha sido descubierta. Habiéndole respondido d'Arcy que, como aviador, ha volado llevando a Derache como pasajero, se encoleriza y les hace conducir a una celda.

Su escapatoria vale a d'Arcy 50 días de prisión. Derache, como reincidente, es condenado a 60. Sufren su pena en el cuartel de los pontoneros de Hannóver-Munden. El régimen a que se ven sometidos es atroz; no les llevan su escudilla de sopa hasta la noche; deben comer en la obscuridad, a veces hasta sin cuchara. D'Arcy debería haber sido libertado el quincuagésimo día, pero es sometido al mismo plazo que su compañero de infortunio, que fué condenado a 60.

* * *

Al salir de su calabozo, Derache es enviado a la fortaleza de Zomsdorf, cerca de Berlín. Allí está encerrado Garros, a quien los alemanes guardan con cuidado especial. Desde hace más de un año intenta escapar, sin conseguirlo. Derache y Garros deciden, cueste lo que cueste, huir. Están sometidos a tal vigilancia que comprenden que no pueden salir por sorpresa; sólo les queda una salida: el subterráneo. Éste debe medir 140 metros por lo menos, pasar por debajo del foso y acabar en una rampa muy pronunciada en la contraescarpa. Cinco oficiales: Garros, Derache y los capitanes Pott, Mondielli y Sajou, se dedican a un trabajo formidable; algún otro se agregará a ellos a medida que los trabajos avancen y las dificultades se hagan mayores; pero no serán jamás más de diez.

Horadar un túnel tan largo sin entibarlo es imposible; seguirán, pues, en casi toda su longitud, la vía de comunicación que conduce

desde el interior del fuerte a una de las caponeras que flanquean el foso; ella les servirá de bóveda. En la casamata donde se aloja la mayoría, cortan en el entarimado una trampa de un metro cuadrado. Este trabajo es ejecutado de modo tan perfecto, que los alemanes no se dan cuenta de él: está oculto, además, por una mesa, recubierta con un tapete, colocada de continuo sobre la abertura. Entre el entarimado de la casamata y el suelo existe un vacío que servirá para almacenar la tierra que se extraiga del túnel.

El suelo de la casamata es de cemento. Su ataque presenta grandes dificultades. Con las paletas de la chimenea, único instrumento de que disponen, los prisioneros tienen que trabajar horas enteras para ahondar algunos centímetros. Quitada la primera capa, su avance en el suelo natural es más rápido. Uno cava, otro recoge la tierra en un saco hecho con la tela de un jergón y el tercero lo transporta bajo el entarimado de la casamata y lo esparce allí.

Todas estas operaciones se ejecutan de noche. Garros, con tubos metálicos de jabón Gibbs, en los cuales coloca hilos trenzados de algodón empapados en aceite, llega a confeccionar lámparas portátiles. Los conjurados trabajan a su luz vacilante. En cuanto el túnel alcanza una longitud de 10 metros, el que está a la cabeza de la zapa comienza a experimentar dificultades respiratorias. La atmósfera se hace irrespirable cuando llegan a 15 metros. Felizmente tropiezan con un tubo de aireación, y sin tardanza se apresuran a perforar su envoltura de alfarería; un aire nauseabundo llega en seguida a la zapa, pero es aire al fin y al cabo. Gracias a ese hallazgo fortuito, el túnel progresa rápidamente. Llega pronto a la región de comunicación del fuerte con la contraescarpa, sigue uno de sus muros de sostén al interior de la galería, y su techo está constituido por las losas de cemento del susodicho conducto de aireación.

Mientras el túnel sigue este conducto, el trabajo es fácil; cada diez metros los conjurados le perforan de nuevo; el aire se renueva en la zapa. Después de un recorrido de 50 metros, el tubo de

aireación desaparece en la envoltura que le rodea. La atmósfera se hace irrespirable. Es preciso renovar el aire. Garros tiene la idea de unir todas las latas de leche condensada vacías que pueden encontrar, quitarles los dos fondos, colocarlas unas a continuación de otras en un tubo de tela encerada cosida a su alrededor muy apretada de manera que se sostengan. Fabrica así un tubo de aireación que coloca en la última toma de aire. Pueden progresar así 10 metros más; a los 12, vuelve a faltar el aire; es preciso detenerse. Con hojalata, Garros construye una hélice, que gira alrededor de un eje introducido en un gran carrete de hilo, que funciona como una polea; se puede así agitar el aire y se ganan aún una decena de metros más.

En aquel momento el agua penetra en la zapa. Primero creen que procede del foso que rodea a la caponera. Debe, pues, ser en cantidad limitada. Se la recoge en botellas que se vacían en el tubo de aireación; la maniobra se renueva varias noches seguidas; el nivel del agua en el foso no desciende, con gran asombro de los trabajadores. El tubo de aireación —se dan cuenta de ello a los cinco días— comunica con el foso. El agua que entra y que se vierte en el tubo de aireación con mil dificultades, vuelve a él. Hay que renunciar a agotarla y contornear el foso. La operación es difícil; los prisioneros han de hacer un codo brusco de 90º a su derecha; marchan así 8 metros. Un nuevo codo en ángulo recto a su izquierda les vuelve a poner en una dirección paralela a la envoltura de comunicación.

Cuanto más se alejan de la boca del túnel, más difícil se les hace el trabajo. Se producen desprendimientos que son arreglados como se puede. A cada codo, sea en dirección, sea en altura, es preciso un hombre de enlace para desatar el saco de la cuerda que le une a su camarada de delante y atarle a la que le mantiene en comunicación con el compañero de atrás. Para facilitar la tarea del equipo, es preciso aumentar el número de los conjurados. A mediados de julio son ya 10.

En este momento, Garros sabe que podrá ser ayudado en el exterior del fuerte. Ha encargado, algunos meses antes, a un médico francés, evacuado conforme a las convenciones internacionales, que entregue una clave a un amigo, para comunicar libremente con él. Gracias a ese lenguaje convencional, Garros le pide que le ayude a evadirse, y para ello pone toda su fortuna a su disposición. Se le advierte por carta que compre a diario el *Berliner Tageblatt*. Cuando vea una esquela de defunción correspondiente a un tal Otto Freitag, sabrá que es una comunicación que le está destinada. Toda unidad por encima de 20, al mencionar la edad, indicará el número de días durante los cuales un agente le esperará a 6 kilómetros de Zornsdorf, en un puente, desde medianoche hasta las 2 de la madrugada. El primer día en que el agente se estacionará en el puente será precisamente un mes, día por día, después de la publicación de la esquela. Para que Garros se dé a conocer deberá silbar el vals de *La Viuda Alegre*. Si hubiera que modificar algo, se haría en otra esquela a nombre de Otto Lülling Freitag. El *Berliner Tageblatt* del 15 de julio publicó la esquela de defunción de un tal Otto Freitag de 23 años de edad. El agente esperaría, pues, en el punto y hora indicados, desde el 15 al 18 de agosto.

Los conjurados deben trabajar activamente a fin de estar preparados para esa fecha; desgraciadamente falta el aire en el fondo de la zapa y están aún a la mitad del foso. Un oficial prisionero, puesto al corriente de lo que ocurre, construye un verdadero ventilador con chimenea de aireación. Aunque muy corpulento, quiere colocarlo él mismo para ayudar a sus camaradas. Se introduce con gran trabajo en la zapa e instala su aparato; su chimenea, de reducida sección, desemboca entre las hierbas del foso. Ningún centinela la ve. Se reanuda el trabajo, febrilmente. Pero, poco a poco, todos los oficiales detenidos han sido puestos al corriente del gigantesco trabajo. Un oficial ruso de la reserva, que bebe todo cuanto encuentra bebible, escribe al comandante de la fortaleza anunciándole que le dará a conocer un secreto muy

interesante si le entrega una suma de dinero y una cantidad de alcohol.

El intérprete alemán encargado de las relaciones con los rusos, impulsado por un ignorado sentimiento —asco por la bajeza del acto o falta de reflexión—, muestra la carta al oficial ruso más antiguo del campamento, un coronel. Este advierte a los conjurados franceses. ¿Qué hacer? Ahorcar al delator. Hubiera sido la solución. El coronel ruso declara que el oficial, a quien ha amenazado, le ha jurado no revelar nada. Le hará vigilar, además, por sus camaradas. Pero cuatro días después, el 23, a la hora de la lista en las casamatas, el oficial ruso se refugia junto al oficial alemán y le dice: «Sáqueme usted de aquí: quieren ahorcarme».

Desde este momento es seguro que los alemanes estarán pronto al corriente del proyecto de evasión. Es preciso, pues, trabajar de prisa para salir lo antes posible. Al día siguiente por la noche, la del 24 al 25 de julio, hacia las tres de la madrugada, habiéndose roto todas las cuerdas de enlace, se interrumpe el trabajo dos horas antes que de costumbre. Apenas el último conjurado ha salido de la zapa cuando se oye en el campamento una barahunda general. La campana suena. Una sección de infantería, con un oficial al frente, revólver en mano, invade la casamata. El oficial va en derechura a la mesa, la desplaza, hace abrir la trampa, baja al túnel, lámpara eléctrica en mano y el revólver en la otra. Después de haber comprobado que el subterráneo está vacío, se retira, dejando un centinela para guardar la entrada del túnel. Los oficiales comprometidos aprovechan su ausencia para hacer desaparecer los efectos sucios que podrían probar su participación en los trabajos. Cuando los alemanes vuelven y registran baúles y maletas, no encuentran nada. No pueden castigar a nadie. Hacen evacuar la casamata y reparten a los que la ocupan entre las otras. Algunos días más tarde dispersan por los diversos campamentos de Alemania a aquellos de quienes sospechan que han participado en la tentativa.

⁎ ⁎ ⁎

Derache es enviado a comienzos de octubre de 1916, con uno de sus compañeros, el capitán Sajou, al campamento de Heilberg, en Baviera. Es un cuartel de caballería rodeado de un muro extremadamente elevado, en torno al cual están apostados, al exterior, varios centinelas. Además, en el interior, han puesto, a unos diez metros antes del muro, una triple barrera de alambradas. Entre éstas y el muro circulan otros centinelas que ven cuanto pasa en el patio. Un edificio que sirve de depósito de forrajes queda aislado; se encuentra en la parte de patio comprendido entre el muro y las alambradas.

A menos de cavar un túnel, es imposible —al parecer— escapar, tanto más cuanto que los alemanes ejecutan repetidos registros en las habitaciones. Sajou y Derache estiman, que, normalmente, no pueden intentar nada, pero puede presentarse alguna circunstancia favorable. Para poder aprovecharla, deben estar constantemente preparados. Derache vuelve a procurarse un traje de paisano con un pantalón de caza, una esclavina verde y un sombrero cortado de una manta vieja. Sajou tiene su pantalón de infantería de marina de grueso paño azul, del que ha hecho desaparecer la franja roja, y una guerrera colonial muy abierta sin ninguna señal exterior, ni galones ni emblemas. Cada uno de ellos dispone de un saco con víveres y una aguja imantada que, fija sobre un corcho por su eje, se transforma en una brújula. Ocultan todos sus medios de evasión en un jergón, excepto sus trajes, que llevan constantemente bajo el uniforme. De este modo están prontos a aprovechar la primera ocasión.

La víspera de Todos los Santos, hacia las 3 y media de la tarde, un avión alemán vuela largamente sobre el campo; todo el mundo lo contempla, incluso los centinelas. Intenta aterrizar en las cercanías. Los alemanes no quieren perderse nada del espectáculo, que se complica bruscamente porque el avión capota al llegar al suelo. Los centinelas se apresuran a socorrerle.

Para Derache y Sajou, es la circunstancia feliz anhelada. Saltan de sus camas, se apoderan de sus sacos y se deslizan por las alambradas. Tienen apenas tiempo de prevenir a un camarada: «Intentad que a la lista de la noche no se den cuenta de nuestra ausencia». Fuera del recinto se arrastran vivamente hacia el depósito de forrajes. La puerta está abierta y penetran en el cobertizo. Hasta el techo, donde hay una claraboya, se amontonan las pacas de heno comprimido. Las escalan; un esfuerzo más y están en el granero, donde se ocultan entre el montón de heno. Algunos minutos más tarde, oyen a los alemanes circular debajo de ellos, cargar unas pacas y, finalmente, cerrar la puerta grande.

Llega la noche, la hora de la lista pasa, el campo sigue en calma: sus camaradas han podido disimular su ausencia. A las 8 Derache y Sajou deciden salir; pero, ¿por dónde? ¿Por el techo quitando tejas o por la puerta de abajo, forzándola?

Intentan el primer medio. Levantan, con precaución, una teja; se les escapa, se aplasta contra el suelo, haciendo en el silencio de la noche un ruido formidable. Renuncian a escapar por allí. Descienden de su granero con muchas dificultades y llegan al suelo. Atacan la puerta. Intentan quebrantarla con pequeñas sacudidas. Resiste. Después de varias tentativas, se lanzan contra ella, con todas sus fuerzas; se entreabre, lentamente, rechinando de un modo lamentable. Tienen miedo. ¿No acudirán al ruido los centinelas? Ansiosos, se echan al suelo; pasan cinco minutos. Nada anormal. Corren al muro y lo escalan ayudándose mutuamente. ¡Están libres!

Su intención es seguir la vía férrea de la Selva Negra que, desde Offenburgo conduce a Pfillingen para desde allí ganar la curva de Schaffouse. El mapa de un atlas que con gran trabajo han podido procurarse no les da sino una idea general del camino a seguir. Tendrán que orientarse por las líneas generales del terreno. Para abreviar la duración de su viaje, están resueltos a tomar cuantos trenes ómnibus puedan.

Los dos primeros días que siguen a su evasión, Derache y Sajou marchan de noche; al comenzar la tercera, Sajou tiene los pies tan

hinchados que no puede ponerse los zapatos. Continúa su marcha con alpargatas. En cada silo de remolachas que descubren, cogen algunas, que hacen cocer por la noche en los abetales donde se refugian, a fin de ahorrar sus provisiones.

El séptimo día después de su partida, los prados que tienen que atravesar se hallan tan inundados, es tan difícil la marcha por ellos, que se deciden a seguir por las carreteras.

La décima noche, a las 9, atraviesan una aldea al oeste de Baden-Baden. Sajou comete la imprudencia de hablar francés en voz alta. Dos individuos se detienen. Los dos fugitivos apresuran el paso. Apenas han recorrido unos centenares de metros cuando escuchan acercarse a dos ciclistas; se tumban en la cuneta, detrás de un seto. Desde allí, pese a la obscuridad, se dan cuenta de que se trata de dos gendarmes. ¿Irán en su persecución? Después de algunos minutos de espera vuelven a seguir su camino. Un cuarto de hora más tarde dos ciclistas vienen hacia ellos. Vuelven a tenderse en la cuneta. Son los dos gendarmes: uno se detiene y se oculta detrás de un árbol y el otro continúa hacia el pueblo. Esta maniobra quita a Derache y Sajou toda ilusión: están descubiertos. Arrastrándose, ganan un bosquecillo cuya masa se entrevé a unos cincuenta metros de ellos. Andando sobre ramas muertas, hacen ruido que descubre el lugar donde se ocultan. Llegan unos coches a la carrera por el camino; deben ir llenos de campesinos que van a participar en la batida.

Aprovechando aquellos minutos de calma, Derache y Sajou recorren el bosquecillo; por el lado opuesto de la carretera, está limitado por unas marismas; no pueden, pues, ir más lejos. Si siguen en el bosque están perdidos; sólo queda un recurso: ganar la Selva Negra, cuyos primeros contrafuertes se abren al otro lado de la carretera a algunos centenares de metros solamente. Pero para ello es preciso atravesar el camino. Se arriesgan a ello. Arrastrándose, pasan por entre los grupos, que se están repartiendo los sectores que batir. En cuanto han recorrido algunas decenas de metros, se levantan, y, rápidamente, ganan los grandes abetales. Suben, sin

detenerse, hacia sus cimas. Debajo de ellos, cerca de la carretera se oyen gritos y numerosos disparos que repercuten en la noche. A las dos de la madrugada llegan a lo alto del bosque. Sofocados, fatigados, se dejan caer al pie de un gran abeto, decididos a descansar hasta el día siguiente en que, por excepción, caminarán de día.

Sajou se halla tan agotado, que durante toda la noche tiene alucinaciones. La fiebre le hace creer que los campesinos le prenden. Por la mañana declara a Derache que no puede continuar. Que prosiga su camarada solo la aventura; él descansará todo el día y al siguiente verá lo que puede hacer.

Con gran sentimiento, Derache tiene que abandonarle. Todo el día marcha por entre los abetos. Por la noche se decide a bajar a la carretera. ¿No está a más de 20 kilómetros del lugar donde estuvieron a punto de detenerlos? Pasa cerca de una granja aislada. Se envalentona y llama a la puerta. A la mujer que le abre, le pide un pedazo de pan. Aterrada, la granjera le da un pan de tres libras. ¡Está salvado! Rápidamente, mordiendo el pan, que le parece delicioso, llega a la carretera y vuelve a tomar la dirección hacia el Sur.

A las 10, se levanta una fuerte borrasca de lluvia y de nieve; la marcha se hace penosa; le es preciso detenerse. En la primera aldea que encuentra, busca un lugar donde reposar, pero la iglesia está cerrada y la verja del cementerio sujeta con un candado. En un rincón de sombra descubre una granja con un pórtico; se apelotona sobre un banco de madera, cerca de la puerta. Sacando su piel de gato, se está allí, hasta las 3'30 de la madrugada tiritando, dormitando a ratos y temiendo dormirse por completo.

A las 3 y media la puerta se abre y el granjero pasa a 50 centímetros de él y se dirige hacia la bomba para sacar agua. En cuanto entra, Derache sale de su abrigo provisional. A su izquierda, columbra una altura y se dirige hacia ella. En el estado de fatiga en que se encuentra, sin ninguna provisión, necesita ganar lo antes posible la frontera. Tomará el tren de la noche. Durante el día, se

estará escondido en una de las colinas que dominan la llanura. Aquélla donde se encuentra al amanecer no ofrece ningún amparo, está enteramente plantada de vides, que el otoño ha despojado ya de hojas. Imposible ocultarse allá. Al otro lado de una pendiente, por el contrario, se alza un castillo, con un bosquecillo espeso a sus pies. Decide refugiarse en él. En el fondo de la vaguada que separa las dos vertientes corre un arroyo; bebe largamente en él y lava sus zapatos y los bajos de sus pantalones, transformados en placas de barro. Unos niños que van a la escuela pasan cerca de él; viéndole entregado a los cuidados de su tocado, le toman por un desertor y gritan «*Polizei! Polizei!*». Se aleja en sentido opuesto y, a través de una pradera artificial gana el ansiado bosquecillo. Se hunde en él, dichoso: su monte bajo le ofrece un refugio, provisional por lo menos. Por una abertura del valle descubre la vía férrea que ha de conducirle hacia la frontera. La contempla largo rato y su vista le da valor. Un feliz presagio le tranquiliza. Una muchachita pasa junto a él sin verle en la espesura en que se ha refugiado.

A las 4 de la tarde, en cuanto la obscuridad se hace, baja hacia la vía. En la pequeña estación de Rull, consulta el horario. El próximo tren para Offenburgo no parte hasta las 5; ¡aún una hora de espera! Para no vagar por la aldea, camina por la carretera hacia el Norte durante 35 minutos y en seguida da media vuelta. Ninguna dificultad se le presenta en la estación ni en el recorrido. A las 9 y media de la noche llega a Offenburgo para volver a salir media hora más tarde; durante este trayecto, está solo en su compartimiento. Cuando desembarca a la una en Pfillingen, es el único viajero del tren.

A la salida de la estación, se orienta. Según la única información que tiene, debe seguir constantemente la vía férrea Donaueschingen-Grimmeishafen, a cuyo lado va una carretera. Para guiarse, le basta no franquear esa vía férrea. Después de algunas búsquedas, da con una gran carretera y un cartel le indica que conduce a Donaueschingen. Está en el buen camino; así, pues, marcha con paso alegre hacia la libertad. A las 5 franquea el Danubio en Donaueschingen; a las 6, a cuatro kilómetros más al Sur,

penetra en una gran llanura blanca por la nieve; en caso de sorpresa, los rasos arbolillos serían poco amparo para ocultarse…

Algunos centenares de metros más lejos, una compañía, desembocando por un camino de travesía, sigue su misma ruta: va a hacer el ejercicio. El *feldwebel*, que marcha a la cola, mira detenidamente a aquel hombre miserablemente vestido que se dirige hacia la frontera. Derache comprende que le es preciso ocultarse por el momento. En cuanto un pliegue del terreno oculta a la compañía, corre hacia un bosquecillo de unas tres o cuatro hectáreas y se refugia en él durante todo el día, tiritando de frío, sin comer, Espera la noche.

A las 7 de ella abandona su refugio y gana el fondo del valle; de lejos distingue la vía férrea con sus señales luminosas. Está tan fatigado que tiene prisa por terminar la aventura, y por ello avanza francamente por la carretera. Para contornear una población demasiado iluminada, se desliza a lo lago del talud del ferrocarril; esta medida de precaución le hace caer en una patrulla que ha levantado su tienda al borde mismo de la vía, entre la estación y el pueblo. Para evitarla, quiere franquear los rieles, su pie tropieza con un alambre tendido a 20 centímetros del suelo y que hace funcionar una aguja distante y cae sobre el balasto, haciendo ruido. Un centinela colocado a algunos metros acude, bayoneta en ristre, gritando: «*Halt, halt!*». Derache huye, y él le persigue. Al querer saltar a un campo para ganar un bosquecillo, se enreda en los alambres de un disco, cae al foso, y el centinela le pone la bayoneta al pecho «¿Adónde va usted?», le pregunta. «Voy a Grimmelshafen y desde allí a Schaffouse, donde habito». «¿Cómo se llama usted?». «Luciano Brandt: soy suizo». «Está prohibido marchar a lo largo de la vía férrea». «No lo sabía». «¡Fuera del foso, cochino!». Con una brusca sacudida, el alemán le saca de allí, le pega un puntapié y le empuja hacia la carretera. ¡Ha creído su explicación!

Derache se aleja rápidamente, sube a una cresta, se orienta y después parte en derechura hacia el Sur. A la una de la madrugada, un arroyo le corta el paso: es el Wütach. Por un informe procedente

de un oficial prisionero, sabe que ese torrente, cuyas aguas se deslizan rápidas, mugiendo de roca en roca, es poco profundo y poco ancho; vacila un momento antes de entrar en él; ¡hace tanto frío en aquella noche de noviembre! Se resuelve, sin embargo. Las aguas glaciales le envuelven. A su salida sólo está a algunos centenares de metros de la frontera. Este pensamiento le galvaniza. Lentamente, encorvado y con las piernas encogidas, marcha hacia el Sudeste. Bruscamente, a consecuencia del baño glacial, le dan calambres. No puede mover las piernas, que se le paralizan. Con toda su energía intenta arrastrarse. Imposible. Para no caer, le es preciso tenderse en el suelo, y poco a poco se arrastra con gran trabajo. No podrá recorrer así los 300 metros que le separan de la frontera, no podrá franquear el cordón de centinelas que la guardan. En mitad de los pastos, a algunos metros de él, distingue un gran cobertizo con el piso levantado unos quince centímetros sobre el suelo. Se desliza dentro. Está lleno de heno. Envuelve sus piernas con su gran piel de gato, acumula el heno sobre todo su cuerpo; el calor le reconfortará y triunfará de los tenaces calambres. Tiene tiempo: son apenas las dos. Podrá franquear la frontera antes del día.

Desgraciadamente, no ha contado con la fatiga. El calor le ha ayudado a dormirse. El sonido de una campana le despierta. El *Angelus* suena en un campanario vecino y el día comienza a nacer. Se levanta de un salto: sus piernas han recobrado su ligereza. Cueste lo que cueste, es preciso pasar. Si sigue en ese cobertizo, será descubierto. Sale, se orienta y se desliza hacia el Este; no ha recorrido 100 metros cuando, muy cerca de él, ladra un perro, se precipita sobre él y le prende por el pantalón. Acuden dos soldados. Es cogido. Le conducen al puesto fronterizo, donde hay de un modo permanente diez hombres y diez perros especialmente amaestrados para seguir la pista a los evadidos.

La triste peregrinación de los prisioneros de guerra vuelve a comenzar. Después de un internamiento de tres días en la prisión de Grimmelshafen, Derache es conducido escoltado a Heilberg, donde

purga un castigo de 30 días de prisión. A su salida es enviado a Halle, donde permanece dos meses, y después al campamento de Ellwangen en Wurtemberg.

Sajou, por su parte, tampoco tiene suerte. Dos días después de separarse de Derache, llega de noche a la vía férrea y la sigue hasta una pequeña estación. Como no sabe alemán, no puede tomar billete. Aprovecha la parada de un mercancías para introducirse en un vagón. Espera así poder acercarse a la frontera. Juzgando por la posición de la locomotora, el tren debe dirigirse hacia el Sur. ¡Pero se encamina hacia el Norte! Cuando se detiene, Sajou sale del vagón; aunque aún es de noche y el tren para en una vía muerta, un guarda agujas le ve y da la alarma. Es detenido.

* * *

Ellwangen, adonde Derache llega en febrero de 1917, es un campamento de reciente creación. Su comandante el *Freiherr* (marqués) von Goemingen se ha jactado de que las evasiones serán imposibles, gracias a las disposiciones tomadas por él.

A primera vista el campamento se parece a cualquier otro. Barracones en el interior; en torno una triple hilera de alambradas espinosas; más allá una empalizada. El campamento tiene forma rectangular, con blocaos en los cuatro ángulos con mirador y ametralladoras. Centinelas circulan constantemente entre la empalizada y las alambradas, y hay otros al exterior de aquélla.

Lo que hace dificilísima toda evasión es el rigor de la disciplina. Por la noche, aunque las rondas por la línea de centinelas son incesantes, se ha organizado, además, un sistema de patrullas por el interior. Todas las alambradas se iluminan violentamente con grandes lámparas eléctricas colocadas de 25 en 25 metros. Los equipajes de los prisioneros son examinados casi a diario.

No puede pensarse en una evasión por los medios ordinarios. Derache se pone de acuerdo con otros dos oficiales; Mondielli y Pott

y con un intérprete francés, Vigilens, que habla admirablemente el alemán. Saldrán por la puerta grande del fuerte. Fingirán ser el *Freiherr* von Goemingen que acompañará hasta la puerta a un oficial alemán, acompañado de dos hombres de escolta armados, que figurarán haber traído un prisionero.

Decididos a este proyecto, falta procurarse los medios de ejecución. La gran dificultad consiste en la confección de los uniformes. A Vigilens, que ha de representar el papel del *Freiherr* von Goemingen, le es preciso un uniforme de ulano, es decir, una gorra con ancha franja amarilla, y una capota gris claro. Derache, para representar un oficial de infantería, necesita también una capota gris claro y una gorra con franja roja. Los otros dos prisioneros, para simular los soldados de la escolta, deben ir armados con fusil y bayoneta y estar provistos de un casco. ¿Cómo procurarse esos uniformes?

Las gorras rusas presentan gran analogía con las gorras alemanas. Derache y Vigilens se procuran dos. Con papel rojo y amarillo fabrican las franjas. A condición de que el paso ante los centinelas sea al amanecer o cuando anochece, pueden pasar por gorras alemanas. Igual ocurre con las capotas gris claro. Están constituidas por dos esclavinas de cazadores alpinos sobre las cuales han sido cosidas unas camisas blancas recubiertas de una gasa gris comprada al cantinero, con el pretexto de representar una comedia. Salvo con mucha luz, imitan perfectamente la gran capa de los oficiales alemanes. Cuellos de igual color que las franjas de las gorras y trozos de madera sujetos a la parte baja de las capotas para simular las vainas de los sables, completan el disfraz de Derache y de Vigilens. La confección del armamento de los dos hombres de escolta es más complicada. De una tabla procedente de un catre se cortan las partes de madera de los fusiles. Un tubo de gutapercha simula el cañón. Los portafusiles son reemplazados por trozos de cartón barnizados, cosidos con bramante. Dos capotes azul oscuro que, de noche, parecen negros, substituirán a los legítimos.

Los cascos se fabrican bien o mal con trozos de cartón barnizado, ajustados sobre una forma de madera.

Quince días bastan para lodos estos preparativos. El 25 de febrero, todo está dispuesto. Los prisioneros tienen miedo de que el color del bigote de Vigilens les traicione. Son de un soberbio color negro, mientras que los del *Freiherr* von Goemingen son de un rubio pálido. Deciden teñírselos. Creen que una o dos aplicaciones de agua oxigenada bastarán. Con gran sorpresa observan que el efecto no es inmediato. ¿Qué hacer? Vigilens se lo afeita.

El 26, a las 6 de la mañana, el equipo se reune en el patio de un barracón. Miradas a derecha e izquierda. No hay alemán a la vista. Los cuatro lucen uniforme alemán. Vigilens, para evitar que se vea la falta de sus bigotes, levanta frioleramente el cuello de su capota; después se dirige hacia la salida. Desgraciadamente es miope, pero como sosia del capitán von Goemingen, que no lo es, ino puede llevar lentes y hay que dirigirle a cada paso.

En cuanto les ve, el centinela de la primera puerta abre los dos batientes. La misma maniobra se repite en la segunda y tercera. Los centinelas, cuadrados, ven desfilar a la pequeña tropa. Después de la tercera puerta hubieran debido girar inmediatamente a la izquierda para tomar un sendero que conduce a Ellwangen. No hay otro camino. Vigilens, que no ve nada, se interna fríamente a campo traviesa, con gran asombro del tercer centinela que se pregunta en qué piensa el *Freiherr* von Goemingen. Mondielli, para reparar el error, dice en alta voz en francés a Vigilens: «Por aquí». El centinela sigue impertérrito. En el sendero que conduce a Ellwangen, encuentran a muchos soldados. Todos, respetuosamente, se apartan y saludan al capitán von Goemingen.

Un kilómetro más allá, el sendero bordea un bosquecillo; penetran en él y se quitan allí sus uniformes, que ocultan cuidadosamente en lo más denso de una espesura. Operada la transformación, se alejan y marchan hasta las 9. Una niebla espesa les oculta a las miradas e, intensificando los ruidos, los hace más perceptibles; esto les advierte de la aproximación de cualquier

persona. A las 9, en el momento en que la niebla va a levantarse, se refugian en un gran bosque: permanecerán ocultos en él todo el día para ponerse en marcha a la caída de la tarde.

A las 8 de la noche, reanudan su camino. Por la mañana sé habían lanzado sin dirección sólo preocupados de alejarse. Para llegar a Ulm, se ven obligados a pasar de nuevo por cerca del campamento. Sólo están alejados de él unos kilómetros cuando, hacia las 11, escuchan repetidos toques de corneta que proceden de aquella dirección. Su evasión está descubierta. No se acobardan. Han logrado escapar en condiciones tan inverosímiles que están convencidos de que llegarán a franquear la frontera. De día reposarán; sólo andarán de noche y vivirán exclusivamente de los víveres contenidos en los sacos que llevaban ostensiblemente sobre su uniforme Pott y Mondielli y bajo su capota Derache y Vigilens.

La tarde del cuarto día, descansan en pleno bosque, bajo una choza de ramajes, felices y confiados. Pott, que no ha querido abandonar su fusil, deseando conservarlo como recuerdo, lo han dejado fuera, cerca de la puerta, apoyado contra un árbol. A las 3 de la tarde, un cazador pasa cerca, ve el fusil y se aproxima. Pott y Mondielli se alejan. Vigilens llega y entablan conversación. Vigilens da una explicación arbitraria: «Van a Ulm a trabajar en una fábrica de municiones». El cazador no se deja engañar por aquella historia inverosímil. No duda de que se encuentra ante prisioneros armados. Aunque les deja con un «Hasta la vista» amistoso, comprenden que va en busca de refuerzos. Inmediatamente cogen sus sacos de costado y se dirigen hacia un gran bosque que ven a lo lejos, pero para alcanzarlo hay que cruzar una gran carretera y franquear un espacio descubierto. En los campos trabajan numerosos labriegos que les verán y se fijarán en ellos; más vale ocultarse en las cercanías. A través de unas praderas en que no se ve a nadie, corren a un bosquecillo situado a trescientos o cuatrocientos metros, penetran en él y se tienden a diez metros de la linde para vigilar los alrededores. Cuentan con la noche para salir de aquel mal paso.

Pasa así una media hora. Comienzan a tranquilizarse y a creer que el cazador no les ha denunciado. Mondielli empieza a recoger maderas para encender fuego cuando, bruscamente, una patrulla de cuatro alemanes desemboca ante ellos. Vigilens, encargado de la vigilancia de aquel sector no les ha visto. Mondielli, Pott y Derache escapan. Se lanzan a la pradera. Una tropa de 15 alemanes, civiles y militares, todos armados con fusiles, les persigue. Para escaparles, corren a toda prisa hacia los grandes bosques. Los alemanes les gritan «*Halt!*» dos o tres veces, y después disparan contra ellos. Ningún tiro les alcanza. Pott se desploma el primero, destrozado por la fatiga; Derache, cincuenta metros más lejos cae. Un centenar de metros más allá le toca la vez a Mondielli. Los cuatro están otra vez prisioneros.

Dos días después viene a buscarles una escolta para llevarles de nuevo a Ellwaugen. El *Freiherr* von Goemingen, furioso por haber sido burlado, quiere que los fotografíen a su llegada al campo. Ellos se niegan. «No somos criminales» —declaran. Después de haber estropeado una porción de placas, un fotógrafo logra retratarlos en grupo. El *Freiherr* von Goemingen está contento. En caso de nueva evasión podrá enviar su filiación a todas las fronteras.

Para vengarse de ellos, ha imaginado una ceremonia que no resulta como desea. Ha decidido hacerles desfilar ante sus camaradas reunidos, contando con que se burlarán de ellos y que el ridículo impedirá a otros seguir su ejemplo. El coronel Collignon, del 106 de infantería, el oficial de mayor graduación del campamento, adivina la maniobra del *Freiherr* von Goemingen en cuanto sabe la vuelta de los cuatro evadidos y el desfile para el día siguiente. Pide a sus camaradas que para acoger mejor a sus compañeros se pongan sus mejores ropas y sus condecoraciones. Cuando Derache, Pott, Mondielli y Vigilens penetran en el patio, rodeados de un piquete armado como para una ejecución, el coronel Collignon clama: «A mi voz de mando. Firmes». Todos los oficiales se inmovilizan, rindiendo homenaje a la voluntad desgraciada. La ceremonia es tan

conmovedora, que todos los ojos se llenan de lágrimas. El *Freiherr* von Goemingen mismo, aunque furioso, se ve obligado a saludar.

Acabada la ceremonia, los cuatro evadidos son enviados a la prisión de la fortaleza de Ulm, donde pasan de 70 a 75 días sometidos a un régimen espantoso, privados de noticias de sus familias, a las cuales, por su parte, no pueden escribir. Cada uno de ellos es encerrado en una celda aislada de la que no salen ni una vez durante su detención. Su régimen alimenticio está reducido a su más simple expresión: una sopa y 150 gramos de pan por día.

* * *

A su salida de la prisión, en abril de 1917, Derache es enviado al fuerte IX, cerca de Ingolstadt. Allí están reunidos los oficiales que ya han intentado la evasión, a los que los alemanes tratan como verdaderos fugados de la justicia. Las huídas o tentativas de huída del fuerte IX han sido tan numerosas, que han revelado todos los puntos débiles de la vigilancia. El mando los ha corregido. A comienzos de 1917 no es prácticamente posible hallar un medio para escapar. Derache y Pott, que han vuelto a encontrarse, buscan, sin embargo, un medio de evadirse. Al cabo de varias semanas nada han descubierto aún. Sólo les queda un recurso: sobornar a algún centinela. La penuria alimenticia se hace sentir cada vez más en Alemania, y esperan que alguno de sus guardianes acepte primero alimentos, dinero después y que escaparán gracias a su ayuda. Pero, ¿cómo entablar las primeras negociaciones?

Las casamatas que les sirven de habitación se encuentran bajo la muralla principal y toman luz de un estrecho camino de ronda a lo largo del foso. En las ventanas enrejadas dejan como olvidados bizcochos, latas de conservas; ocultos tras los cristales, esperan que un alemán los coja, para conocerle y poder hablarle más tarde. Varios días seguidos, Derache intenta el experimento. Ningún alemán se arriesga. Entonces, renuncia. Pott ensaya a su vez. Su

ventana da a un ángulo de la muralla y es más fácil acercarse a ella sin ser visto. El segundo día, un soldado alemán, rodeándose de mil precauciones, se apodera de tres bizcochos. Al día siguiente, Pott coloca en su ventana dos latas de conservas con una carta sin firma, prometiendo 400 marcos a quien le ayude a huir. Desgraciadamente, no se fija en que el suboficial que comprueba el estado de los barrotes no ha efectuado aún su ronda. Como ocurre en las estaciones importantes, en que un empleado provisto de un martillo comprueba el estado de los ejes y ruedas, todos los días un *feldwebel*, armado con un pesado martillo de 15 kilos, comprueba el estado de los barrotes. Con un solo golpe se asegura de que están intactos y no han sido limados. El *feldwebel*, al efectuar su ronda, columbra el paquete y a su lado un papel. Sospechando una maniobra por parte de algún oficial prisionero, se aposta emboscado en las cercanías y espera. En el momento en que el soldado alemán recoge el paquete, ve a Pott detrás de la ventana. El soldado alemán, detenido e interrogado, confiesa haberse hecho otra vez culpable de la misma falta y entrega el papel. Pott, aunque se defiende negando ser el autor de la carta, es llevado ante un Consejo de Guerra, por tentativa de corrupción de un soldado, y es condenado a varios meses de prisión.

Este medio de entrar en conversación con los centinelas es, pues, malo. Pero si se quiere llegar a algo hay que relacionarse con ellos. Derache, exasperado, dirige la palabra a un centinela un día de noviembre, creyéndole, por su fisonomía, apto para comprender la combinación que piensa proponerle. No la rechaza; la acepta. Rápidamente convienen un plan de evasión. Por una suma de 200 marcos, entregada inmediatamente y con la promesa de ulteriores envíos de víveres, por intermedio de Suiza, promete asegurar la complicidad de un camarada, abrir a Derache las dos primeras puertas del fuerte y ayudarle a franquear la tercera; pero pide algunos días para poner a punto el proyecto.

Dos días después entra en su habitación y le entrega dos gorras de soldado alemán, para él y uno de sus camaradas. Les dice que se

preparen a vestirse de soldados todas las noches a partir de las 6 y media de la tarde; el día de la evasión, vendrá a buscarles y les abrirá la primera puerta, donde estará de guardia, la que conduce desde el interior del fuerte al puente levadizo y que se encuentra a algunos metros de su celda. Uno de sus camaradas, del cual dice estar seguro, se hallará a la otra extremidad del puente levadizo y no les preguntará nada. Queda una tercera puerta que franquear, la de un pequeño bastión que cubre las cercanías inmediatas al fuerte. Como no puede responder de ese centinela, aconseja a los prisioneros que se dejen caer en la hierba en cuanto franqueen el puente levadizo, que se arrastren hasta la muralla, que es poco elevada y que la salten. Detrás de la avanzada no hay nunca centinelas —afirma.

Al día siguiente, a las 6 y media de la tarde, viene a buscar a los dos franceses, que se precipitan tras él. Un camarada a quien se han confiado y que vigila su partida desde la ventana de la casamata, les llama, bruscamente. Detrás del muro de la avanzada brillan bayonetas; hay alemanes emboscados. Derache corre a la ventana y ve también las bayonetas. ¡Han sido vendidos! Rápidamente hacen desaparecer sus gorras, sus brújulas y mapas. Como esperan ser registrados, confían todo este material a unos camaradas. Contrariamente a sus previsiones, los alemanes no registran nada; el soldado con el cual han tratado ha llevado su delicadeza hasta no denunciarles personalmente.

* * *

¡Otra tentativa fracasada! Derache busca en vano un medio de salir de aquella prisión. No encuentra ninguno. Llega el invierno, muy riguroso; los fosos del fuerte se hielan. El 25 de diciembre, cuando pasea sobre la muralla, ve a un suboficial alemán patinando sobre el hielo del foso, entre las dos líneas de centinelas que ocupan las dos orillas y están colocados a una distancia de 50 metros uno

de otro. Ninguno de ellos se ocupa del suboficial. Al ver esto, Derache tiene una idea: se disfrazará de suboficial, se deslizará al foso y pasará por entre los centinelas.

Inmediatamente comunica su plan a uno de sus amigos, el teniente Forestier. El día siguiente, 26 de diciembre, hacia mediodía, salen de su casamata y trepan a la muralla. Derache se ha vestido de suboficial y Forestier, de soldado alemán, lleva puesta la gorra que le procuró a Derache su última tentativa de evasión; lleva al hombro varios carteles de madera, provistos cada uno de un piquete y ostentando en grandes letras la palabra «*Verboten*» (prohibido), análogos a los que en el fuerte abundan por doquier; bajo el brazo izquierdo doblado lleva un pico. Derache va armado con un metro de madera.

Con naturalidad, clavan uno de los carteles alineándolo con otros ya existentes. Los centinelas vecinos les contemplan y no dicen nada. Descienden el talud de tierra movediza que conduce hacia el foso, franquean el camino de ronda, y entran en la nieve. A 10 metros del borde, Derache se detiene y ordena a Forestier que haga un agujero. Éste lo hace: gravemente, se inclina Derache sobre el agujero y mide con su metro el espesor del hielo que anota en un *carnet*. Diez metros más lejos recomienzan la operación. La repiten varias veces dirigiéndose hacia el borde exterior del foso, entre dos centinelas; por última vez anotan el grueso de la capa de hielo; después cruzan el camino exterior de la ronda, escalan el pequeño talud que precede al glacis, y se dirigen hacia la carretera que conduce a Ingolstadt. Allí encuentran a la guardia entrante, una cincuentena de hombres, que vienen a tomar el servicio del fuerte. Pasa por su lado sin decirles nada. Ellos ganan un bosquecillo a 200 metros del fuerte, donde se despojan de sus ropas. Otra vez libres.

Su plan es tomar el tren en Ingolstadt, a 9 kilómetros de allí, y llegar por vía férrea a Aquisgrán, desde donde ganarán a pie la frontera. A partir de la estación de Ingolstadt, se separarán. Si uno de ellos es cogido, el otro podrá continuar y quizá salvarse. Llegan sin tropiezo a la estación media hora antes de la salida del tren para

Ratisbona. Cada uno toma su billete por separado. En el andén de la estación Forestier, mocetón de 1'9 metros, de rostro muy francés, se acerca a Derache y le hace una pregunta en su idioma patrio. Esta imprudencia les pierde. Sin duda un alemán ha escuchado su conversación. No han pasado cinco minutos cuando un suboficial sale de la *Kommandatur* y se dirige en derechura a Forestier; un minuto después, hace una señal. Se acercan algunos soldados. Forestier es apresado. Derache quiere esquivarse; pero el suboficial le señala con el brazo, varios soldados se precipitan sobre él y es detenido también.

Su libertad no ha durado sino algunas horas. La misma noche son conducidos al fuerte IX. El general que manda la plaza de Ingolstadt les precede. Se concede el maligno placer de interrogar al comandante del fuerte acerca de sus prisioneros. «¿No ha tenido usted ninguna nueva evasión en estos últimos tiempos, mi querido capitán?». «No, mi general —responde—; nuestro servicio de vigilancia es muy completo y estrecho para que ningún prisionero pueda escapar». ¿Y éstos, entonces? —responde el general señalando a Derache y Forestier. Fué precisa una seria investigación para conocer el medio empleado para evadirse. Esta escapada les vale 40 días de prisión. No los cumplen, sin embargo, porque el número de castigados en el fuerte IX es tan grande que las celdas están retenidas para varias semanas. Hay que hacer cola para ocuparlas.

* * *

Este nuevo fracaso no descorazona a Derache; por el contrario, le encorajina y quiere huir a cualquier costa. Con sus amigos Pott y Mondielli, intenta de nuevo la aventura. Los *landtwehrianos* (reservistas) que prestan servicios salen del fuerte sin dificultad durante el día. Simularán serlo ellos y disfrazados de soldados alemanes, franquearán, en pleno día, las puertas del fuerte.

El 19 de febrero de 1918 salen de su casamata, un cuarto de hora después del relevo de los centinelas, a fin de que éstos no puedan saber si alguna patrulla de servicio ha entrado durante la guardia anterior. En esta evasión, Mondielli desempeña el papel de jefe de patrulla; Derache y Pott llevan cada uno a la espalda un saco, al parecer lleno de patatas y que contiene, en realidad, sus ropas y provisiones. La salida se efectúa sin dificultad. A su aparición los centinelas abren las puertas sin preguntar nada. Una vez más están fuera de su prisión. Con este pensamiento descienden gozosos la carretera que conduce a Ingolstadt; en el primer bosquecillo cambiarán de ropa. A 20 metros de la puerta exterior tropiezan, desgraciadamente, con un suboficial alemán que les reconoce; con un grito da la alarma al puesto; son cogidos casi inmediatamente. Su libertad, esta vez sólo ha durado unos minutos. Esta tentativa vale a cada uno un nuevo castigo de una treintena de días de prisión, que se agrega a los que ya tienen en su activo. Derache totaliza más de 200 días de celda; una razón más, piensa, para escapar definitivamente, antes de que les llegue su turno para gustar de nuevo los beneficios de tal régimen.

* * *

Desde su vuelta al fuerte, busca otro medio de fuga. En los últimos días de marzo descubre uno que exige preparativos largos y minuciosos. El fuerte IX no posee sino una entrada. Un puente levadizo, echado sobre el foso, da acceso a un largo corredor construido en el eje mismo de la obra, que atraviesa en gran parte de un modo subterráneo. Entre la masa de la muralla y el puente levadizo, se ensancha para formar un patio interior. Allí desembocan, perpendicularmente, dos corredores estrechos que conducen a las casamatas donde están alojados los oficiales prisioneros. Cada uno de esos corredores está cerrado en su desembocadura al patio por una pesada puerta de hierro que por la noche se asegura con un

cerrojo exterior. Al atardecer, después de la lista, los oficiales prisioneros no pueden huir. Sería locura, en efecto, intentar evadirse por ventanas provistas de enormes barrotes, muy próximos los unos a los otros y cuya solidez es comprobada a diario.

Derache observa una diferencia en el servicio de los centinelas; los llamados a prestar servicio son siempre conducidos en orden y marchan en formación compacta; los relevados, al contrario, vuelven aisladamente o por parejas. Franquean así sucesivamente las tres puertas del fuerte para ir al puesto de guardia, que se encuentra a una veintena de metros más allá del recinto. Derache decide sacar partido de tal observación; se deslizará entre los centinelas relevados y franqueará como ellos las puertas del fuerte. Uno de sus antiguos camaradas de evasión, Pott, le acompañará. La operación no puede efectuarse sino de noche —sin lo cual serían fácilmente reconocidos. Es preciso, pues, ocultarse de día en las cercanías del corredor central de manera que no sean encerrados en sus casamatas después de la lista de la noche.

En ese corredor hay un ensanchamiento de la bóveda que forma recodo y que sirve de depósito de carbón. Cerrado con tablas, está provisto de una puerta que no se cierra jamás. Allí se ocultarán durante el día para esperar el relevo de medianoche. Dos camaradas responderán por ellos a la hora de la lista y colocarán en su cama maniquíes, de los cuales se podrán hacer mover los brazos y las piernas a distancia al paso de las rondas.

Necesitan dos uniformes de centinela. Bien o mal arreglan y ajustan viejos capotes franceses; en la oscuridad podrán ser tomadas por capas alemanas, Casco, fusil, bayoneta son confeccionados con madera pintada; los portafusiles son de cartón barnizado; igualmente de cartón las medias botas que oprimen los bajos de su pantalón y se unen tan estrechamente como es posible a sus borceguíes. Tienden cartón mojado sobre un bol para darle la forma de un casco. Pintado de negro, con una patata en su cima, pintada también de negro, recuerda de lejos la silueta del casco

alemán. Pero para que la ilusión sea posible, es preciso que no se vea sino en la penumbra.

Normalmente, el corredor central está mal iluminado. Dos lámparas de aceite, colocadas una a la entrada, cerca del puente levadizo, y la otra en el cruce del corredor central y el patio interior, proyectan dos débiles resplandores de luz vacilante. Derache cree que aún son demasiado vivas. Obtiene del soldado francés que hace oficios de lampista que alimente poco esas lámparas, de modo que bajen de luz hacia las 11 y tres cuartos de la noche, esto es, algunos minutos antes del relevo, sin que los alemanes tengan tiempo de arreglarlas antes de su evasión.

El día designado, el 25 de abril, Pott y Derache se encierran a eso de las 3 de la tarde, con sus fardos, en el depósito de carbón. Cierran la puerta y esperan los acontecimientos. A las 9 y media de la noche, la calma más absoluta reina en el fuerte; a la hora de la lista su ausencia no ha sido notada. Pasan las horas lentamente. El momento de actuar se acerca, sin embargo. A las 11 y 50 de la noche la guardia entrante pasa ante ellos. La luz decrece, favoreciéndoles. Se deslizarán entre la columna desperdigada de los centinelas relevados, cuando un primer grupo les preceda unos cuantos metros y antes de que el grupo siguiente haya entrado en el corredor central. A medianoche, un primer centinela relevado pasa ante ellos y se dirige al cuerpo de guardia. Dos minutos más tarde, aparecen otros dos centinelas y siguen adelante. Ha llegado el momento. Surgen de su escondrijo y saltan al centro del corredor. Han colocado bajo sus suelas trozos de tela para que con el ruido no fueran a volverse los de delante. En cuanto están en el centro del corredor, se quitan aquella suela de trapo y se quedan inmóviles. Cuando escuchan tras ellos ruidos de pasos que se acercan a la entrada del corredor, se lanzan francamente hacia delante, haciendo resonar el suelo bajo sus tacones.

Heles ante el centinela de la puerta interior. «Contraseña» —les pregunta éste. No han pensado en este detalle. ¿Estarán ya cogidos? «*Last doch gehen*» (Bien está), responde Derache. El centinela,

probablemente familiarizado con tales respuestas de los abrumados centinelas, no insiste. Igual pasan la segunda. La tercera está abierta. La franquean y se dirigen en derechura hacia la casa donde está instalado el puesto de policía, pero, algunos metros más lejos, vuelven rápidamente a la derecha. El tercer centinela, algo extrañado por sus actos, inquieto al no verles penetrar en el cuerpo de guardia, marcha hacia ellos. Derache y Pott corren. El centinela da el grito de alarma al puesto. Unas patrullas salen inmediatamente y recorren la llanura. No encuentran nada. Derache y Pott han huído cada uno en dirección diferente. Habían previsto el caso y se habían dado cita para la una de la madrugada en una parcela de bosque a 1.500 metros del fuerte. Por etapas ganarán Ratisbona, y allí tomarán el tren hasta Aquisgrán.

A medianoche se encuentran en el lugar de la cita; a las cinco se detienen y se ocultan todo el día. Al fin del tercero sufren un susto. Se disponen a partir cuando un cazador da con ellos. Huyen a toda velocidad. Gracias a la noche, logran distanciarle; tres o cuatro kilómetros más lejos se detienen agotados, descorazonados. Pese a este incidente, alcanzan sin obstáculo Ratisbona al caer la noche, a eso de las 6. Antes de entrar en la ciudad se separan; en adelante irán cada uno por su lado, a fin de que la captura de uno no implique fatalmente la del otro.

Como el primer tren ómnibus para Nuremberg no sale hasta las 10 de la noche, pasean por la ciudad. Derache, en sus peregrinaciones, da con un bar automático. Penetra en él. Al principio no ve a la venta ningún alimento sólido; se toma uno tras otro tres grandes *bocks* de cerveza que apagan su sed. Examinando mejor, ve en una fuente unos *sandwiches*; agota el surtido. El camarero que ve disminuir su provisión, le pregunta con regocijada sonrisa: «¿Le gustan?». «Sí, mucho».

Con el hambre un poco calmada sale del bar. Fuera, pegado al escaparate, un individuo lamentable mira con codicia el interior de la tienda: es Pott. Su traje debería bastar para señalarle a la atención policíaca. Ha perdido el botoncillo posterior de su cuello de papel,

que se le sube hasta el centro de la nuca. Las mangas de su americana son desiguales, están mal cosidas en los hombros. Cuando su primera evasión, los alemanes quisieron arrebatársela con el pretexto de que era una prenda de paisano; ante su protesta, consintieron en dejársela, pero antes de devolvérsela, cortaron una banda ancha, la cual reemplazaron por tela roja. Para evadirse, Pott ha quitado esa tela, ha acercado los dos bordes y ha procurado coserlos; sólo lo ha logrado de una manera imperfecta. Habiéndoles acercado el azar siguen juntos y toman el tren para Nuremberg, adonde llegan a las 11 y media.

Un expreso parte quince minutos después de la medianoche en dirección a Colonia. ¿Lo tomarán? Es imprudente y contrario a su decisión de no utilizar sino los trenes ómnibus, en los cuales jamás pide a los viajeros la documentación la policía; pero el éxito de su primera etapa, la gran ganancia de tiempo que les procuraría la continuación de su viaje en tren expreso les incitan a no tomar en cuenta las resoluciones dictadas por la prudencia, tanto más cuanto que el hambre les empuja a actuar rápidamente.

A su llegada a Nuremberg, saltan al tren de Francfort instalándose cada uno en un compartimiento diferente. El de Derache es rápidamente invadido. Son todos hombres. La mayoría tienen sueño; corren las cortinillas y apagan la lámpara. Derache no pide otra cosa; se apelotona en el rincón opuesto a la puerta de entrada y finge dormir. Uno de sus vecinos, creyéndole sumergido en un sueño profundo, teme que no se despierte en la estación en que debe bajar. A cada nueva parada del tren, le da un golpecito en las rodillas y le dice: «Estamos en Aschaffenburgo», «Llegamos a Würzburgo». Derache le da las gracias. Hacia las cinco, un *feldwebel* pasa por el vagón y pide a los viajeros sus papeles, que examina a la luz de una gran linterna fijada a un botón de su guerrera y que, a cada movimiento, oscila sobre su orondo vientre. Derache se cree perdido. No tiene ningún papel. Esconde la cabeza detrás de la cortina y finge dormir más profundamente que nunca. Todos los

viajeros, dócilmente, tienden su tarjeta de ciudadanos alemanes. El inspector pasa sin fijarse en él.

El tren llega a Francfort a las 6 y media. A la salida de los viajeros, Derache no ve a Pott. ¿Habrá sido detenido? Examinando el horario de los ferrocarriles, comprueba que no hay tren para Colonia por la orilla derecha, antes de la tarde. En cambio hay uno por la orilla izquierda a las 7 y media; es un tren obrero que le dejará en Colonia cuatro horas más tarde. Lo toma.

No le ocurre ningún incidente durante el viaje. Los compartimientos están llenos de obreros que duermen, fuman o leen. Ninguno de ellos dirige la palabra a Derache. Vestido como ellos, deben tomarle por un compañero. En Bingerbrück, hay que cambiar de tren. Derache baja al andén por donde un oficial alemán pasea con su gran capa gris claro. Tiene la impresión de que es seguido. Se detiene para leer el horario y el oficial alemán le imita. Entra en los retretes y está en ellos más de un cuarto de hora. El oficial alemán espera a la puerta. Viendo reaparecer a Derache, marcha hacia él y le dice. «*You are a english officier*» (Usted es oficial inglés). Derache dice que no le comprende. «Soy belga». «¿Qué hace usted en Alemania?». «Estoy empleado en Maguncia en una fábrica de guerra». «¿En cuál?». «Una fábrica de motores de aviación». «¿Su nombre?». «La casa Sulz». «Sígame a la *Kommandatur*».

Imposible escapar. Derache ha respondido al azar. Tres horas más tarde, la *Kommandatur* sabe que en Maguncia no hay fábrica de motores que se llame Sulz. Nuevo interrogatorio. Hablando con bastante corrección el ruso, intenta hacerse pasar por soldado de dicha nacionalidad: si lo logra será internado en un campamento de soldados y podrá evadirse de él con más facilidad. Registrándole encuentran sobre él un billete de un marco de Ingolstadt. Los alemanes telefonean inmediatamente a esa ciudad; su identidad es pronto conocida. Quieren obtener de él noticias de Pott; declara, y es la verdad, que ignora dónde se encuentra, después de lo cual lo encarcelan. Está en un calabozo durante cuatro días, sin apenas

recibir alimento. Se queja al oficial de guardia alemán, quien le responde: «Señor, es la guerra». El quinto día, una escolta del fuerte IX viene en su busca para reintegrarle a su antigua prisión.

* * *

El 30 de abril, a las 10 de la mañana, franquea de nuevo el puente levadizo del fuerte IX. En el corredor central se agolpan los camaradas; es la tradición. Esperan en masa al oficial evadido que vuelve al redil. En cuanto éste les ve rebusca en sus bolsillos y les arroja a rebatiña los objetos que son de su mayor afecto: brújula, mapas, gorra, dinero. Todo es recogido por manos amigas y desaparece, para serle devuelto después del cacheo. Los soldados, intimidados, no se atreven a decir nada.

Tres días más tarde, el fuerte IX es suprimido como campamento de prisioneros; los oficiales detenidos en él son repartidos en otros varios. Los incorregibles van a una prisión cercana, el fuerte X, casi idéntico al IX. Derache es uno de ellos y se alegra. En ese nuevo campamento podrá haber probabilidades y a él le corresponde buscarlas.

Algunos días después de su llegada, observa en un patio interior unas tinas colocadas a lo largo del muro. Dos soldados franceses, a diario, las transportan una a una sobre un pequeño vehículo de dos ruedas a modo de rudimentaria camilla compuesta de dos largueros sobre los que se deslizan las asas de los recipientes, y van a vaciarlas fuera del recinto. Derache sigue sus operaciones. Los dos soldados alemanes armados que les conducen al exterior del fuerte les acompañan hasta el puente levadizo y les esperan en él para acompañarles en su próximo viaje.

¿Por qué no utilizar ese nuevo medio de transporte? Si pudiera entrar en una de esas tinas sería, quizá, fácil encontrar la libertad. Al día siguiente se informa por los soldados franceses; les pide detalles acerca de las operaciones que efectúan al exterior y después les

confía su proyecto. Al principio intentan disuadirle: No le será posible entrar en una tina. Los centinelas alemanes están siempre presentes en el momento en que vierten el contenido de la tina en una fosa *ad hoc*. Estas razones no parecen decisivas a Derache. El mismo día, intenta deslizarse en uno de los recipientes y lo logra difícilmente. Aunque pequeño, no puede alojar sus piernas; su cabeza emerge en parte fuera del recipiente. ¿Podría elevarse éste por medio de un cartón? Acaso, pero sería un mal expediente.

Durante veinticuatro horas, Derache reflexiona en ello. Finalmente piensa en una nueva manera de colocar las piernas; de ese modo podrá entrar en la tina. Al día siguiente prueba de nuevo y ve que su cabeza sólo sobrepasa ligerísimamente el borde superior.

Resuelto esto, advierte a los soldados franceses y les explica su plan. A pretexto de higiene, colocarán en adelante sobre cada una de las tinas una tela de embalaje. Los centinelas se habituarán a verlas así. Cuando él salga tres días después, irá oculto a las miradas. Para impedir que los alemanes asistan a la operación de vaciar la tina, propone a los dos franceses, que en cuanto hayan franqueado la última puerta, corran a toda velocidad por la pendiente que conduce a la fosa, como si tuvieran deseos de estirar las piernas y retozar un poco. ¿Qué harán los alemanes? O les dirán que marchen lentamente, o correrán como ellos, o les dejarán tomar delantera. No estando la fosa a más de 100 metros del fuerte, no han de temer que sus prisioneros se les escapen. Si una de las dos primeras hipótesis se realiza, la evasión está fracasada; es, por el contrario, muy fácil en el tercero, que es el más verosímil con soldados de la *landsturn* (segunda reserva), mayores de cuarenta años. Los dos franceses escuchan la proposición de Derache y hacen algunas objeciones. Al fin, piden cuarenta y ocho horas para reflexionar y madurar los pormenores del proyecto; y empiezan a cubrir sus tinas con un trozo de tela de embalaje.

Aquel mismo día reservaba a Derache una sorpresa. Un suboficial alemán le advierte la llegada de un paquete para él y lo abre en su presencia. Contiene un magnífico uniforme de cazadores de

infantería, con galones desmesuradamente largos y granadas enormes. Derache entra en posesión de él. El envío le intriga, porque no ha encargado ningún uniforme a Francia. Examinándolo con más detención ve que los galones no están cosidos a las mangas y que sólo algunas puntadas los fijan sobre el paño; igual ocurre con las granadas. Intrigado, prosigue su examen. Los bolsillos de la guerrera, que son los únicos que le dan aspecto militar, se quitan fácilmente descubriendo bolsillos normales de americana.

La enorme franja amarilla que adorna las dos perneras del pantalón tampoco está cosida sólidamente; diez o doce puntadas a lo más. Quitándola se obtiene un pantalón civil correctísimo. Este descubrimiento entusiasma a Derache. En sus últimas evasiones ha fracasado porque iba miserablemente vestido y llamaba la atención. Prudentemente, recose el vivo, los galones, las granadas e intenta volver a fijar sobre la guerrera los cuatro bolsillos militares. Le sorprende entonces su forma inusitada, la multiplicidad de sus pliegues al interior. Despliega uno: es la cuarta parte de una gorra. Con los cuatro, en una hora de trabajo se puede hacer una gorra de buen aspecto como el resto del vestuario.

Gozoso con esta sorpresa que le envía uno de sus parientes, piensa en aprovecharla en seguida. Renuncia, sin embargo, a huir dentro de la tina. En verdad sólo tiene una confianza limitada en tal medio de evasión, pero estima que no debe desperdiciar ocasión alguna. Si le cogen se servirá de su traje transformable para otra tentativa.

Dos días después, los dos soldados franceses le anuncian que están dispuestos a correr los riesgos de ayudarle. Se citan para el día siguiente. Por la noche, Derache informa de sus intenciones a un camarada para que en caso de necesidad prevenga a su familia. Aquél a quien se dirige, el teniente Kalin, le ruega que le permita acompañarle. Derache consiente. Le esperará una hora en un bosquecillo que desde lo alto de la muralla le señala, en la llanura.

Al día siguiente, deja efectuar dos viajes a los soldados franceses, que, en cada uno, bajan una tina. En ese momento se

introduce en la tercera. Los dos soldados la levantan con precaución, la llevan no sin trabajo hasta los largueros de su carretilla, la sujetan, y después quieren empujar el carretón; pero el peso está mal repartido y la tina amenaza caerse. Uno de ellos se mete entre las varas, mientras que el otro, con el pretexto de empujar, mantiene el equilibrio. Nadie piensa en que debajo del trozo de tela de embalar va un ser humano.

Los dos soldados alemanes esperan al equipo en la puerta exterior del fuerte; en cuanto la franquean, los dos franceses parten a toda velocidad saltando, jugando. Los alemanes les siguen, lentamente. Los dos soldados advierten a Derache del éxito de su estratagema diciéndole bajito: «Todo va bien» y después: «Vamos a verter». En cuanto llegan al foso, vuelcan la tina. Derache sale de ella difícilmente. Los alemanes no están a más de veinticinco metros. Afortunadamente la hierba está muy alta y le oculta a los dos soldados de la escolta y a los centinelas del fuerte. En cuanto la operación queda efectuada, los dos franceses vuelven a subir corriendo hacia el fuerte. Los alemanes dan media vuelta y les siguen. Derache está libre. Se arrastra a través de las hierbas y alcanza el bosquecillo a 100 metros del fuerte donde se ha citado con su camarada. Media hora más tarde éste se le reune; desgraciadamente ha perdido su sombrero. De parcela en parcela de bosque se alejan hasta cuatro kilómetros del fuerte. Hacia mediodía, se detienen para limpiarse, comer unas tabletas de chocolate y confeccionar una gorra a Kalin con la parte baja del *chandail* de Derache.

A la caída de la noche, se ponen en marcha. Siguen el camino ya recorrido por Derache en su última evasión. Este encuentra la huella del fuego que encendieron y de las patatas que asaron. Dos kilómetros antes de llegar a Ratisbona, se separan. Seguirán el mismo itinerario para aprovecharse de los informes que poseen. Kalin quiere reemplazar su gorra por un sombrero. Como habla bien el alemán, está seguro de que la compra le será fácil.

Los dos vuelven a encontrarse en el andén de la estación de Ratisbona, esperando el tren de Nuremberg. Kalin parece un mendigo que hubiese robado un sombrero magnífico. En Nuremberg, vuelven a encontrarse en el bar automático donde, un mes antes, Derache satisfizo su hambre. Los dos toman el tren para Francfort adonde llegan a las seis de la mañana.

En el fuerte X habían decidido no tomar ningún tren que circulara por la orilla izquierda del Rin, porque la vigilancia en ellos parecía mucho más activa que en la orilla derecha. El primer tren ómnibus de Francfort para Colonia por Giessen no salía hasta las 8 de la noche y les es preciso esperar veinte horas, sin saber adónde ir. Derache, para pasar el tiempo, se dirige al jardín de la ciudad. Media hora después se encuentra con Kalin quien le hace observar la imprudencia que cometen estándose todo el día en Francfort, donde, a cada instante, un policía puede pedirles su documentación. Además, para ir a Colonia en tren ómnibus, tardarán dos días y llegarán agotados. ¿Cómo cumplir en esas condiciones la etapa suprema para la cual necesitan todas sus fuerzas? Tomando el expreso de las 8'30 estarían en Giessen a las 10 y al comenzar la tarde en Colonia. Podrían llegar a Aquisgrán aquella misma noche e intentar la aventura. Derache, ante los peligros que corren, sigue el consejo. Los dos, separadamente, toman billete para Giessen. El tren llega lleno. Suben al mismo vagón, se instalan en el mismo corredor, en extremos opuestos. Todo va bien. A las 9'45, de pronto, Derache ve a Kalin entre dos gendarmes; uno de ellos le vigila mientras que el otro continúa pidiendo su documentación a los viajeros. Aprovechando un momento de distracción, Derache entreabre la portezuela, se desliza fuera, cierra y se sienta en el estribo del vagón pegándose contra la pared. El tren penetra en aquel momento en la estación de Giessen; en un cambio de vía disminuye su velocidad. Derache salta a tierra, cruza las vías y huye a campo traviesa. Encuentra soldados franceses que trabajan en una explotación. No se atreve a preguntarles nada para no llamar la atención de los alemanes. Al cabo de diez minutos de marcha rápida, llega al espeso

bosque hacia el cual se ha dirigido desde que saltó del vagón; se interna en él y se esconde temiendo ser perseguido.

Permanece allí día y medio, nutriéndose exclusivamente de hojas. Muriéndose de hambre sale el 21 de mayo por la noche y gana la estación de Giessen. Un tren ómnibus de noche le lleva hacia Colonia, adonde llega en las primeras horas de la mañana del 22, hambriento. Para reponerse busca un bar automático donde el cliente pueda servirse sin pronunciar una palabra, pero no lo encuentra. Sin poder más, entra en el primer bar que encuentra y compra *sandwiches*. Va en seguida a la estación, de donde a mediodía parte un tren para Aquisgrán por Düren. Viaje interminable que le permite darse cuenta de los movimientos de tropas. Anota los números de las unidades que encuentra. En esos trenes ómnibus, donde los viajeros no hacen más que subir y bajar, no se encuentra una sola vez en situación delicada. Nadie le dirige la palabra. Llega sin incidente a Aquisgrán a las 11 de la noche.

Los informes que posee sobre el resto del recorrido son ya precisos. Sólo es difícil la salida de Aquisgrán. Sabe que el mínimo de dificultades se encuentra tomando la carretera de Richterich que conduce hacia el Norte y que es muy frecuentada a consecuencia de la existencia de numerosas fábricas en la región. La línea de tranvías número 7 conduce en esa dirección. Desde las últimas casas de Aquisgrán o, en todo caso, en cuanto haya pasado la barraca de madera que marca la cabeza de línea de los tranvías, debe girar a la derecha. Evitará así la carretera de Richterich, muy vigilada. Continuando su marcha en esa dirección llegará a un gran talud, resto de una antigua vía férrea desviada. Según las indicaciones que posee es preciso seguir hasta un disco rojo, en la vecindad del puente en el que la nueva vía férrea se une al antiguo trazado para, desde allí, marchar hacia el Oeste. Se encontrará así en un pasadizo por el cual circulan los contrabandistas y en el cual la policía alemana cierra voluntariamente los ojos.

Hasta la salida Norte de Aquisgrán. Derache se adapta escrupulosamente a los consejos que le han sido dados. Después de

la barraca del tranvía, vuelve a la derecha, pero allí tropieza con un laberinto de vallas. Un perro se lanza sobre él y le arranca un trozo de pernera de su pantalón. Logra, sin embargo, llegar a la vía férrea y la sigue, dirigiéndose hacia el Norte. A medianoche distingue el disco rojo; se dirige hacia éste, cuando, a 200 metros ante él, columbra tres siluetas. Es una patrulla. Desciende del talud y huye hacia el Oeste. Los alemanes le persiguen. Salta un arroyo por entre juncos y se oculta. La patrulla pasa a su lado sin verle.

Diez minutos después vuelve a partir con dirección aproximada al Oeste; su brújula, no luminosa y muy pequeña, no le sirve para gran cosa. Se dirige por las estrellas. Llega así cerca de la gran carretera de Richterich en el punto en que es cortada por el nuevo trazado de la vía férrea. La sigue durante cincuenta metros; después quiere pasar al otro lado. Imposible. Ve ante él un gran muro. Lo contornea por el Sur y en este momento se da de manos a boca con dos soldados alemanes, quienes viéndole marchar en dirección a Aquisgrán no le dicen nada. El muro acaba, al fin.

Derache está a 6 ó 7 kilómetros, todo lo más, de la frontera y tiene que tomar las mayores precauciones para recorrer esta última etapa. Marchará deslizándose con el cuerpo doblado y las rodillas a ras del suelo. Llegado a una aldea se detiene para orientarse, cuando se escucha ruido de pasos de caballos. Es una patrulla de caballería. Se tumba contra la puerta de la iglesia, bajo el peristilo que está muy obscuro. Los jinetes pasan sin verle. Cuando desaparecen, sale de su abrigo y después de la aldea.

Está completamente desorientado. No ve el disco rojo. Su brújula no le da suficiente indicación. El cielo, cubierto, le oculta la polar. Es difícil orientarse. Pese a todo se coloca de cara al Noroeste e intenta seguir esta dirección. Va arrastrándose, evitando hacer el menor ruido. Debe atravesar de ese modo varias líneas de centinelas sin darse cuenta. Al cabo de varias horas de andar así, tropieza con un espeso seto, difícilmente franqueable. Según sus informes, está muy próximo a la frontera. Lo bordea buscando un paso, sin dejar de arrastrarse. He aquí un agujero en el seto. Pasa, prudentemente, la

cabeza. Ante él, un centinela. Antes de que pueda verle se alza y corre en derechura hacia el frente. El alemán, sorprendido, grita varias veces «*Halt!*» y después dispara.

Derache ha tenido tiempo de recorrer 50 ó 60 metros. Al primer disparo se echa al suelo y sigue, arrastrándose. No sabe dónde está… Al cabo de media hora de marcha, ve, ante él unas lámparas eléctricas. Marcha hacia ellas, penetra en una especie de muelle, busca una inscripción. No hay ninguna. Pero más allá existe un almacén y sobre él un título en grandes letras: «Kolonial-waaren». ¡Maldición! ¡Está aún en Alemania! El día llega. ¡Está perdido! Quiere salir de la aldea para ganar un talud y cae sobre un soldado armado. Emprende la fuga, pero como está agotado le cogen en seguida. Otros dos soldados vienen a ayudar al primero, le rodean, le llevan a la aldea. Derache intenta hacerles hablar: no comprende lo que le dicen. A la luz de las lámparas de la aldea ve que no llevan los cascos alemanes. Pregunta dónde se encuentra. «En Holanda», le responden. Loco de alegría da un grito de satisfacción. Olvida su fatiga y el hambre que le tortura. No siente ya las heridas de sus pies, de sus manos, de sus piernas. Los soldados holandeses, que le han tomado al principio por un contrabandista, le llevan adonde pueda reponerse.

Está libre por fin, y sobre aquella tierra de libertad encuentra a su amigo Pott, con el cual intentó su penúltima evasión y que, más dichoso que él, había logrado pasar la frontera un mes antes.

Capítulo IV

DE FRANCIA A SUIZA PASANDO POR ALEMANIA

El cabo Gautheron. – La lucha en Morhange. – Herido y prisionero. – «El Gallo encadenado». – En el campamento de Ludwigsburgo. – Gautheron y otros huyen. – De nuevo en Ludwigsburgo. – En una cantera. – Preparando la evasión. – Diez prisioneros logran huir. – El refugio inesperado. – De nuevo en marcha. – En la patria de Guillermo Tell.

Durante dos largos días, el 19 y 20 de agosto de 1914, en Morhange, nuestras tropas, sublimes de valentía, embriagadas de sacrificio, se empeñan en triunfar de los alemanes, sin lograr echarles de las trincheras desde largo tiempo atrás preparadas y alguna de las cuales es de cemento; contra ellas, nuestra artillería resulta impotente. Es una lucha desigual en un campo de batalla lleno de trucos. En ciertos momentos, la fortuna parece querer recompensar nuestra audacia, nuestra voluntad de vencer, pero, finalmente, nuestros asaltos más enérgicamente conducidos fracasan ante ametralladoras colocadas al amparo de casamatas. Es preciso renunciar a la esperanza tan acariciada de sitiar a Metz la Bella, renunciar a conquistar por asalto los fuertes que rodean el corazón de esa ciudad siempre francesa y renunciar a libertarla. Es, incluso, preciso evacuar ese campo de batalla, regado con nuestra sangre y sobre el cual tantos de los nuestros se han sacrificado. La dura retirada comienza. El enemigo, por su parte, ha sufrido grandes pérdidas. No puede perseguirnos. No lanza sobre nosotros sino algunos elementos ligeros que nuestras retaguardias contienen fácilmente. El grueso de nuestro ejército se repliega sin ser inquietado.

El 20, al finalizar el día, el 20.º cuerpo de ejército se retira sobre Nancy en dos columnas. La retaguardia de una de ellas está formada por el 37.º regimiento de infantería; la 12.ª compañía forma su punta extrema y cierra la marcha. Sus patrullas retroceden de uno a otro punto de apoyo por saltos sucesivos, siempre prontas a hacer frente. Una de ellas está mandada por el cabo Gautheron, sacerdote a quien la movilización ha arrancado a sus estudios teológicos y que ha dado muestras de su valor en Berçaize-la-Petite

y en Réchicourt. En Morhange ha desafiado a la muerte. En la tarde del 20 sufre un ataque de disentería. La enfermedad unida a la fatiga le aniquilan. Se desembaraza de su mochila para seguir a sus camaradas, pero el cansancio es excesivo. A las 6 de la tarde cae en la carretera. Un minuto de postración y en seguida su voluntad le impulsa de nuevo: no quiere caer en manos de los alemanes. Vuelve a partir, vacilante. El jefe de su compañía, dándose cuenta de su estado, le autoriza a seguir como pueda.

La noche no interrumpe nuestra marcha; es preciso escapar a la presión enemiga. En los bosques vecinos de Hampont, Gautheron pierde todo contacto con su unidad; le es imposible encontrar sus huellas. Hacia medianoche, completamente perdido, se detiene en una granja aislada cerca de Avricourt. Vuelve a partir, al día siguiente, al alba.

Para reunirse con su unidad, se dirige en derechura hacia el Oeste, a campo traviesa. Hacia las cinco de la mañana, cuando escala penosamente una colina, dos disparos parten de la linde de la aldea de Saint-Médard, a 200 metros de allí. Una bala le alcanza en la cadera y cae. La patrulla enemiga que ha disparado contra él le recoge y le conduce a Saint-Médard. Juzgándole demasiado grave para enviarle a retaguardia, le dejan apoyado en un árbol, vendándole su herida y prosiguen su reconocimiento.

En cuanto ha desaparecido, Gautheron intenta alejarse. Después de repetidos esfuerzos, se pone en pie. Quiere llegar a Marsal, donde, según algunos campesinos, hay aún tropas francesas. En el camino encuentra a un labriego lorenés que lleva su misma dirección y que le ayuda a andar. A 1 kilómetro de Marsal, se detiene. El lorenés continúa. Penetrará solo en la aldea. Si los alemanes ocupan la localidad volverá a fin de prevenir a Gautheron. En el caso contrario, le enviará unos camilleros franceses. Pero, desgraciadamente, el buen hombre tropieza con 20 ciclistas alemanes que se lo llevan, amenazándole. Otra patrulla de jinetes descubre a Gautheron y le empuja brutalmente hacia Avricourt. Está prisionero.

Al día siguiente es evacuado al interior de Alemania. Después de un viaje de más de veinticuatro horas a través de Baden y el Wurtemberg, llega el 23 a Gmund, donde es hospitalizado durante quince días en la «Neue Kaserne», del 10.º wurtemburgués. Faltos de sitio, le expiden el 5 de septiembre a un campamento donde un doctor continúa cuidando como puede a nuestros desgraciados heridos.

Gautheron cura lentamente. Le es preciso más de un año para recobrar el libre juego de todos sus músculos y ponerse en estado de poder recorrer durante varios días seguidos largas etapas. Aprovecha su forzada inacción para redactar y componer, con algunos camaradas, un periódico secreto cotidiano titulado «*El gallo encadenado*», cuyo objeto es mantener intacta la moral de nuestros prisioneros.

A fin de diciembre de 1915, es enviado a otro campamento, el de Ludwigsburgo-Eglosheim. La disciplina es en él espantosa. El jefe, el capitán Marcker, apodado «el Tigre», suprime a un barracón de 150 prisioneros el derecho de escribir o recibir la más mínima correspondencia durante 15 días, porque cinco hombres, al volver de unos trabajos, han colgado de la percha sus capotes llenos de barro. Prohibe la distribución de todo paquete postal a esa misma barraca por igual período, porque en una lista, a medianoche, un gracioso ha imitado el maullido de un gato.

Desde hace tiempo, Gautheron piensa en evadirse. Se pone de acuerdo con tres camaradas que sabe tienen los mismos deseos que él. Los cuatro logran hacerse enviar el 3 de febrero de 1916 a un destacamento de cultivos, compuesto de 15 prisioneros, al norte de Wurtemberg, en Queckbronn, a 15 kilómetros de Morgentheim. Durante el día trabajan en los campos bajo la vigilancia de los campesinos, a quienes han sido asignados. Por la noche son encerrados bajo llave en dos locales diferentes: 7 en una cuadra, 8 en un cobertizo acondicionado para ello.

Gautheron y sus tres camaradas habitan en el cobertizo. Su primera idea es forzar la puerta, pero operando así harían ruido y

despertarían a sus guardianes que se alojan a 15 metros de allí. Si son cogidos, el forzamiento les conduciría ante un Consejo de guerra. Buscan otro medio. Un domingo, suben al granero del cobertizo. Está lleno de paja, de tablas, de ramajes. Desembarazan uno de los rincones de los objetos que en él se encuentran, y después levantan una de las anchas tablas que forman el pavimento. La desclavan y la alzan. Debajo está el vacío, su alojamiento. El entarimado del pavimento forma también el techo del cobertizo. Vuelven a colocar la tabla, sin clavarla. Es un paso que queda preparado. Sus guardianes no se dan cuenta de nada. El 12 de junio de 1916, por la noche, ayudados por sus camaradas que no se evaden, ganan el granero. La escalera que le sirve comunica con el exterior. Están libres.

Gautheron ha preparado minuciosamente su fuga. Se llevó un mapa del Estado Mayor del campamento de Gmund y una brújula del de Ludwigsburgo-Eglosheim. Esos objetos no le abandonan nunca. En el *kommando* de Queckbronn, él y sus camaradas de evasión se aprovechan de la relativa libertad de que gozan para hacerse comprar chaquetas azules de mecánico, gorras y trajes de paisano, sobre los cuales los alemanes se limitan a coser inmensos vivos amarillos. Con un tirón pueden arrancarse y nada distingue ya a un prisionero. Llevan, además, una gran cuerda de 20 metros, provista a cada extremo de un doble gancho; piensan servirse de ella para el paso de ríos y torrentes, arrojándola de una a otra orilla como un arpón. Los cuatro están provistos de un saco tirolés. Los llenan con los víveres de los paquetes llegados de Francia para ellos (bizcochos, chocolate, salchichón, azúcar).

A su salida del cobertizo, andan unos cincuenta metros por la carretera y después cortan a campo traviesa en derechura hacia el Sur. Han decidido marchar de noche y descansar de día hasta la frontera suiza. No habían contado con la lluvia. Les sorprende a la jornada siguiente y cae durante tres días sin interrupción. Sin ropa de recambio, se quedan transidos de frío en los bosques donde tienen que pasar el día. Sus víveres se estropean; los bizcochos se

reblandecen y se transforman en una papilla incomible; el chocolate se funde. La fiebre se apodera de ellos. Dos caen seriamente enfermos. En esas condiciones desesperan de poder llegar a la frontera. ¡Está aún a más de 150 kilómetros! Les es preciso marchar de prisa. De día seguirán los caminos poco frecuentados y descansarán de noche. Esperan poder hacer así etapas de 30 kilómetros hacia el Sur, en lugar de los 10 ó 12 kilómetros que recorren difícilmente por la noche. Esta decisión es causa de su pérdida. La primera jornada en que modifican su modo de operar, se hacen detener al cruzar la aldea de Stachenhausen, en los alrededores de Künzelsaû; tropiezan con una patrulla de gendarmes que les conduce a la prisión de la localidad.

Un suboficial de Ludwigsburgo viene a buscarles al día siguiente para conducirles al campamento. Son sometidos en él al régimen habitual de represión. Después de 9 días de prevención, en el Consejo de guerra son condenados a 21 días de calabozo, con ración de 300 gramos de pan negro por día, y una sopa caliente cada cuatro días. Durante todo el período de su detención, no se les tolera sino un solo paseo de una hora. Ocho días después de su salida de la prisión, el 23 de julio, les envían a los cuatro, a título de castigo, a un destacamento encargado de extraer piedras en una cantera de Illingen, en los alrededores de Pforzheim. No están mucho tiempo. Tres semanas después, huyen de nuevo.

* * *

En esa cantera a cielo abierto, están empleados 19 franceses, de los cuales 18 son evadidos capturados. En compañía de condenados de Derecho común alemanes, han de hacer agujeros para barrenos, con barra o con máquina de aire comprimido; cargar vagonetas y romper piedras con una maza de cinco kilos. Considerados como malas cabezas, capaces de evadirse de nuevo, son objeto de una vigilancia dura e implacable. Por la mañana, para su aseo, les llevan

a un arroyo, donde todos deben lavarse unos junto a otros. Por la noche, después de su jornada de trabajo, les obligan a reintegrarse inmediatamente a su habitación; de tiempo en tiempo se les concede el gran favor de dejarles respirar un cuarto de hora. Los tres guardianes se colocan entonces, a una cuarentena de metros uno de otro, de modo que forman los tres vértices de un triángulo equilátero y prohiben a sus prisioneros que franqueen las líneas así trazadas.

Por la noche les encierran en una habitación del piso entresuelo de un molino. Un mes antes, los prisioneros que allí había escaparon con llaves falsas; unos oficiales inspectores han visitado el local y ordenado las medidas de precaución más minuciosas para hacer imposible toda evasión. La habitación toma luz por tres lados diferentes, por cuatro ventanas, cerradas cada una por gruesos barrotes de hierro. La cuarta pared tiene en su centro una puerta que conduce al exterior por un largo corredor. Nada se puede intentar por ella; es extremadamente sólida: todas las noches los landwehrianos la cierran con llave, le echan el cerrojo y le ponen un candado. Al menor esfuerzo para forzarla, serían descubiertos, porque sus guardianes duermen en una habitación contigua y una claraboya encristalada les permite, en todo instante, sin dejar el lecho, ver lo que hacen los prisioneros.

Es preciso salir por una ventana. Estando el molino adosado a una pendiente pronunciada, tres de entre ellas son bastante elevadas, pero su elevación no llega a constituir un obstáculo. La gran dificultad es que dan las tres a un patio interior donde está atado día y noche un perro muy vigilante, que ladraría al menor ruido. La cuarta ventana, situada en la cara que da a la gran carretera, escapa a su vigilancia. Ésta es la que es preciso utilizar. En ese punto el piso está sensiblemente al mismo nivel que la carretera.

Para salir, hay que romper los barrotes que la cierran y que, sólidamente entrecruzados, forman verdaderas mallas de unos 0'25 metros de lado. Tres barrotes redondos, verticales, de una pulgada de diámetro, están fijos por encima del dintel mediante

tirafondos de cabeza cuadrada; atraviesan tres barrotes planos, colocados horizontalmente y emplomados en sus dos extremidades. Los barrotes verticales no están emplomados en su parte baja: terminan en punta aguda que penetra hasta muy hondo en el antepecho de la ventana. Alambre lleno de púas entrelaza todas estas mallas y forma un laberinto inextricable.

Los prisioneros intentan, primero, desemplomar los barrotes horizontales, pero, faltos de instrumentos adecuados, tienen que renunciar a ello. Observan que destornillando los tirafondos de los barrotes verticales pueden hacerlos deslizar hacia abajo, dejando un espacio por el que a duras penas podrá pasar un hombre. La maniobra inversa, que hubiera consistido en hacer deslizar hacia arriba el barrote vertical, es imposible, porque el alero del techo, que está apenas a 10 centímetros por encima del dintel, detendría su carrera antes de que su extremidad inferior hubiera alcanzado el nivel del antepecho.

Encontrado el punto de salida, hay que arreglar la cuestión del vestuario. Para impedir toda evasión, los prisioneros deben, en cuanto llegan al molino, depositar todos sus efectos, incluso el calzado, en el piso superior, en una habitación especial. El domingo —o durante la semana a petición y en caso de necesidad— uno de sus guardianes les conduce a esa habitación y les deja retirar de su fardo aquello que necesitan, a condición de que lo cambien pieza por pieza y que coloquen lo que se quitan en dicho fardo o lo lleven al lavadero. Sus ropas de diario deben ser colgadas en el corredor antes de acostarse. Los viejos *landwehrianos*, después de haberlas contado, hacen cada noche el recuento de los zapatos, pantalones, americanas, capotes alineados en el corredor. Cuando han comprobado que esos efectos son en número igual que el de sus administrados, cierran la puerta de la habitación; están seguros de sus prisioneros.

Al cabo de tres semanas, los cuatro camaradas han logrado equiparse de nuevo para otra tentativa. Varios, a su llegada al molino, llevaban ya dos pantalones, uno sobre otro; ocultan

inmediatamente uno en el jergón que les sirve de armario secreto. Multiplican después las visitas a la sala de los equipos. Mientras uno distrae al centinela, los otros ocultan algunos efectos que se llevan como suplemento. Los zapatos desaparecen en las mangas de las camisas que se echan con displicencia al brazo; los pantalones se ocultan bajo las americanas desabrochadas. El centinela no ve nada.

Para disponer de noche de su capote, del cual no poseen otro ejemplar en su fardo, hacen notar al *Gefreite* encargado de su vigilancia que desde su llegada no han dado ningún motivo de queja; al contrario, trabajan de firme. Piden, a cambio, que esa prenda de abrigo les sea dejada de noche para cubrir su lecho y protegerles del frío. No tienen que temer que escapen, ya que de noche les quitan incluso los zapatos. Su petición tiene éxito y les es concedida.

Ya están completamente equipados; se escaparán de uniforme. Esta dificultad no les inquieta, porque están resueltos a evitar todo encuentro y, para esto, a no marchar sino de noche y por fuera de las carreteras. Durante su primera tentativa, sufrieron sobre todo por la lluvia. Calados, transidos, no podían calentarse en sus abrigos de los bosques. Bajo los chubascos, azúcar y chocolate se deshacían en sus sacos, lo cual, forzosamente, reducía sus reservas alimenticias. Gautheron y sus amigos, instruidos por la experiencia, se proveen de grandes impermeables. Lo logran gracias a la estratagema siguiente: A su salida de la prisión, en el campamento Eglosheim, piden les permitan comprar nueve metros de una tela encerada que mide por lo menos 1'25 metros de ancho para recubrir las mesas sobre las cuales comen y esto ¡en nombre de la higiene! Los alemanes acceden. Inmediatamente compran tres telas enceradas de nueve metros de largo de un color negro mate. Cada una de ellas, dividida en tres trozos de tres metros de largo, les servirá de abrigo impermeable.

Como la primera vez, llevarán cada uno un saco tirolés, pero renuncian a la gran cuerda con gancho, para llevar un centenar de cuerdecillas de 1'5 metros de largo. Con ellas pueden atar ramajes y

crearse verdaderos escondrijos. Incluso pensaron en utilizarlas para formar balsas con las cuales cruzar ríos. En cada saco, amontonan de 100 a 120 bizcochos de guerra, latas de conservas de carne y legumbres secas, tabletas de chocolate, azúcar, un frasco de alcohol de menta, todo ello extraído poco a poco de sus paquetes.

Siguen poseyendo el mapa y la brújula que les sirvieron en su primera evasión. Gautheron ha logrado sustraerlos a los alemanes, envolviendo la brújula en una pelota de lana de zurcir y deslizando el mapa en la cartera de su saco tirolés. Casi todos poseen una lámpara eléctrica de bolsillo con pilas de recambio que les permitirán sondear rápidamente el terreno o leer la indicación de un poste.

El 16 de agosto por la noche, el *Gefreite*[5] responsable de su guarda, les cuenta y recuenta, comprueba en el corredor el número de pantalones y de pares de calzado. En cuanto está convencido de que no falta ninguno, les da las buenas noches, cierra la puerta y echa el cerrojo. Los prisioneros dejan pasar cinco minutos; después se precipitan a la ventana, rompen los alambres, destornillan el barrote vertical de la derecha y le hacen deslizar hacia abajo. A las 11 y media todo está preparado. El camino está libre.

De los dieciocho prisioneros, diez están dispuestos a huir. Para no constituir una tropa demasiado numerosa, que por eso mismo llame la atención, se dividen en tres grupos de 3, salvo el de Gautheron que es de 4. Todos seguirán el mismo itinerario, pero sin esperarse unos a otros y operando aisladamente. En cuanto queda constituido, cada grupo se aleja hacia el Sur.

El grupo de Gautheron se orienta en dirección general hacia Stuttgart. Nueve noches seguidas, marcha desde el crepúsculo al amanecer, evitando los caminos frecuentados, siguiendo sólo los senderos, contorneando todas las aglomeraciones, cortando, con frecuencia, a campo traviesa. Permaneciendo de día en los bosques, los cuatro evadidos duermen por turno. Pese a estas precauciones, experimentan momentos de fuerte emoción.

En la noche del 20 al 21, después de haber franqueado varios arroyos que descienden hacia el Neckar, llegan a un valle muy

encajonado por donde corre un afluente del Neckar, el Eschach. Fatigados por el enorme esfuerzo, con sus ropas mojadas por el rocío hasta más arriba de las rodillas, agotados por el calor y a la vez transidos por la humedad, buscan, a la aurora, un lugar donde ocultarse para pasar el día. Siguen en aquel momento el borde superior de un barranco. Bruscamente, los pasos de uno de ellos resuenan sobre algo metálico. Se detienen, asombrados. Una placa cuadrada, de aproximadamente un metro de lado, se ofrece a sus miradas. Creen que es un pozo. Como tienen sed, levantan la trampa, dirigen hacia el fondo el haz luminoso de sus lámparas eléctricas. Una habitación de 4 metros de larga, por 2 de ancha y 1'8 metros de alta se les revela. Una escalera conduce a ella y descienden, intrigados. Allí no hay más que herramientas llenas de herrumbre. El lugar, es, pues, poco frecuentado. Suben, inquietos, sin saber dónde están. A la luz del día, que ya ha llegado, inspeccionan el horizonte en su derredor. Están cerca de un bosque. No se ve ningún poblado, y sí unas casas aisladas a más de un kilómetro. El escondrijo, es, pues, excelente; estarán abrigados y ocultos. Bajan, cierran la trampa, se acondicionan y se tienden, dichosos. Duermen con toda quietud desde las 3'30 hasta las 2 de la tarde. Media hora después, iluminados por un rayo de luz que deja pasar la trampa, están acabando una frugal comida compuesta de salchichón, chocolate y bizcochos, cuando oyen, casi encima de sus cabezas, pasos y ruido de voces. Escuchan, aterrados. ¿Estarán perdidos? Los pasos se acercan. Contienen su respiración. Un hombre que habla a media voz pasa por la trampa, se para algunos minutos, se aleja. Se oyen poco después algunos disparos de carabina. Al cabo de cinco minutos todo ruido cesa. A la caída del día, salen prudentemente del bienhadado abrigo. ¿No serán espiados? A 30 metros, del otro lado del barranco, se alzan unos blancos. Todo se explica. Un aficionado ha venido por la tarde al campo de tiro a disparar contra unos cartones. El subterráneo sirve para guardar herramientas y objetos necesarios para el entretenimiento y reparación de los blancos.

Después de haber pasado cerca de Rottweil, franquean el Danubio por el puente de Pfhoren, a 6 kilómetros al este de Donaueschingen y pasan la jornada del 25 al 26 de agosto en las alturas de Furstenberg.

Según sus informes, no están más que a 10 kilómetros de la frontera. Desde su puesto de observación ven en el bosque un ancho claro: ha sido abierto para una línea de transporte de fuerza eléctrica y va seguida en toda su longitud por un camino de explotación. Durante largo tiempo contemplan aquella brecha que debe conducirles hacia la libertad.

A la caída de la noche, salen de su abrigo y toman aquel camino; avanzan así rápidamente. Le abandonan, sin embargo, al cabo de algunos kilómetros, por miedo a dar con una patrulla o un centinela. Se dirigen rectamente hacia el Sudoeste, siguiendo las indicaciones de la brújula; marchan cruzando el bosque, tropezando con las raíces salientes de los árboles, enganchándose en las matas, golpeándose contra las ramas. A cada instante se detienen y escuchan; después de algunos minutos de espera, vuelven a partir. Marchan así más de dos horas, sin descubrir un solo centinela.

Llegados a la linde de un bosque, se detienen de nuevo, escrutan los alrededores, y escuchan. Ningún ruido. Ante ellos una pradera desciende en dulce pendiente, y más lejos colúmbrase vagamente un campo de trigo. Arrastrándose, cruzan el prado y alcanzan el campo. De pronto, un ligero silbido del que marcha a la izquierda del destacamento les advierte que, desde su puesto, se ve algo interesante. Unas siluetas negras se perfilan a cincuenta pasos. ¿Son centinelas? ¿Árboles aislados? ¿Postes indicadores? Imposible darse cuenta. Durante varios minutos, el pequeño grupo queda inmóvil, examinando con cuidado los alrededores. La Luna sale por fin de las nubes que la ocultaban. Tres postes se perfilan. Siguen sin ver un centinela. ¿Será la frontera? Según los cálculos de Gautheron, deben acercarse a ella, si no la han pasado, pero, ¿cómo apreciar una distancia en una marcha por un bosque, franqueando colinas y barrancos? Lenta, silenciosamente, se acercan los cuatro a los

postes. Con un haz de luz los iluminan sucesivamente. El de en medio tiene dos águilas alemanas y las palabras «*Deutches Reich*»; el de la izquierda «*Baden*», el de la derecha, alejado unos cuantos metros «*Schweiz-Suisse*». De un salto se precipitan sobre él, leen y releen aquella palabra de esperanza. Un cartel, a su lado, indica la dirección de Bargen, la primera población en tierra libre. Alegremente siguen el camino que conduce a ella, deteniéndose en cada bifurcación para comprobar su dirección, ya que cualquier error de camino, en aquella avanzada suiza, podría serles funesta y podía volver a llevarles a Alemania. Poco antes de Bargen, son detenidos por un guarda fronterizo suizo. Para que no se pierdan, les guía él mismo hasta Schaffouse, adonde llegan el 26 por la mañana. Agotados, pero felices. Se han salvado del infierno alemán.

Capítulo V

UNA EVASIÓN DEL CASTILLO DE HIRSCHBERG

Una prisión para oficiales. – El comandante De Goys llega a Hirschberg. – La capilla del castillo y su utilidad para evadirse. – El teniente Diamant-Berger. – Un aviador que… vuela. – En marcha hacia la frontera. – Un «profesor» y «su hijo». – Viajan por ferrocarril. – En un restaurante. – «Mi pobre padre está sordo». – El alemán que hace hablar. – En Francfort. – En Colonia. – De nuevo en el tren. – Llegada a Aquisgrán. – «¿Quieren mostrarme su documentación?». – Rastreando. – «Bocholz. Reino de Holanda».

Entre Nuremberg y Ratisbona se alza, sobre un contrafuerte del Jura franconiano, el castillo de Hirschberg, antigua fortaleza convertida en residencia estival de un prelado bávaro. Transformado durante la guerra en prisión para oficiales, conserva buen aspecto a pesar de los años. Sus dos torres puntiagudas, sus largas y altas murallas grises, le hacen aparecer tanto más sombrío cuanto que se levanta en medio de uno de los más dulces paisajes de Franconia. Las praderas jugosas alternan con los negros bosques de abetos; aquí y allá emergen por encima de los árboles los techos rojos de granjas ocultas en lo hondo de los valles, como manchas de carmín en aquel verde paisaje.

Allí están encerrados desde 1915 más de 150 oficiales prisioneros, rusos y franceses. Autorizados a pasear algunas horas diarias por el estrecho camino de ronda que corre entre la masa del castillo y el parapeto de piedra, no piensan en admirar la riente Naturaleza; sólo tienen un pensamiento: huir… Esta idea les obsesiona. Todo lo reducen a ella.

Evadirse de Hirschberg es difícil. Los prisioneros han de volver temprano a sus habitaciones, estrechas celdas, con ventanas guarnecidas de gruesos barrotes de hierro. Además, todas dan a un patio interior donde se pasean, con un ir y venir incesante, dos centinelas con el fusil cargado. Toda la noche resuenan sus pasos sobre las anchas losas de piedra. Su martilleo y las notas chillonas del reloj que desgrana las horas, son la única distracción de quienes sufren por falta de libertad.

¿Cómo evadirse con aquellos dos centinelas en el patio, con aquellos que vigilan los corredores y forman un rosario ininterrumpido a lo largo del muro del recinto, con los grandes faros

eléctricos, que en cuanto llega la oscuridad, inundan con una luz cegadora todos los alrededores, con esa muralla de más de ocho metros de alto sobre los fosos del castillo? ¡No se puede intentar lo imposible!

* * *

El 4 de noviembre de 1917, el comandante aviador De Goys llega al campamento de Hirschberg. Prisionero desde el 27 de mayo de 1915, en que su avión, después del bombardeo aéreo de la fábrica de gases asfixiantes de Ludwigshafen, fué derribado en el Rin por los alemanes, ha intentado ya evadirse varias veces. Estas tentativas le han valido ser llevado de campamento en campamento y de prisión en prisión. Se hallaba últimamente en Ingolstadt, en el campamento especial de los evadidos, en el fuerte IX; pero como castigo por su última evasión, el comandante alemán le fija como nueva residencia la fortaleza de Hirschberg.

A su partida de Ingolstadt, el general gobernador de la plaza le manda llamar y le pregunta: «¿Por qué señor comandante se evade usted sin cesar? Pasa usted el tiempo en la prisión. Sepa que es imposible escapar de nuestras manos. Renuncie a ello: sus esfuerzos serán inútiles». A este discurso, De Goys responde: «No ha leído usted, sin duda, el comunicado francés de hoy, mi general; se dice en él que el capitán Pinsard ha abatido su décimo avión alemán. Y, ¿no estaba Pinsard prisionero en Ingolstadt hace dos años? ¿No le recuerda usted?». «Sí; pero eso era antes y, además, Pinsard tuvo cómplices en la plaza». Y el general, despechado, no prosigue la conversación.

Cuando De Goys, después de su evasión llegue a Amsterdam, no dejará de enviar una tarjeta postal al general gobernador de la plaza de Ingolstadt con estas palabras: «El comandante De Goys le anuncia que ha recobrado su libertad».

⁎ ⁎ ⁎

Tan pronto llega a la fortaleza de Hirschberg, De Goys busca los medios de salir de ella. Encuentra varios y los estudia metódicamente. Seis días después de su llegada ha elegido ya.

Existe entre las construcciones de la fortaleza una capilla que los prisioneros pueden frecuentar algunas horas al día. En la fortaleza, sólo una de las ventanas de esa capilla no tiene los barrotes de hierro que cierran las otras. Se llega a ella por una tribuna reservada a los alemanes cuyas habitaciones quedan a su altura.

Para impedir que los prisioneros lleguen a ella, la escalera de caracol que conduce hasta allí desde la capilla está cortada por una pesada puerta, provista de sólido cerrojo y cerrada con llave.

Esta ventana da, a unos cinco metros de altura, sobre el camino de ronda que circunda a la fortaleza, y que, con una anchura de dos metros, constituye la parte superior de las fortificaciones, dominando en una decena de metros el terreno que le rodea. Las ramas superiores de algunos árboles del bosque, en medio del cual se levanta la fortaleza, vienen a rozar la cresta.

La vigilancia exterior se efectúa sobre ese camino de ronda. Día y noche, están apostados en él centinelas a cincuenta metros unos de otros, inmóviles, en extremo atentos, con el arma cargada.

Para darse cuenta de los alrededores de la plaza, De Goys se disfraza de soldado francés. Así enmascarado se desliza en el dormitorio reservado a los ordenanzas. Allí, desde una ventana enrejada que da sobre el camino de ronda, observa a los centinelas. Un poco antes de la caída de la noche, abandonan su puesto para acudir rápidamente al ángulo de la fortaleza que les es más cercano, donde hay un jefe alemán que, probablemente, les da el santo y seña para la noche y les recuerda alguna consigna especial, después de lo cual vuelven a su puesto y a su inmovilidad. Esa maniobra es una falta; durante ese tiempo, el servicio de vigilancia se debilita.

Provisto de su cronómetro de bombardeo, De Goys anota varios días seguidos el tiempo empleado en tales movimientos. Calcula que

la duración de ese momento favorable oscila entre cuarenta y cincuenta segundos. Esa observación le dicta su plan. En el corto lapso de tiempo en que los centinelas vuelven la espalda y se alejan unos cincuenta metros, tiene que saltar de la ventana de la tribuna al camino de ronda; lanzarse sobre las ramas de un árbol que aflora la muralla y bajar los diez metros que separan su copa del suelo.

¿Cómo ganar la ventana de la tribuna? El teniente de la reserva Gouël, capturado después de una grave herida, no posee la resistencia física para evadirse, pero tiene gran destreza de manos y es absolutamente adicto a sus camaradas. A él es a quien De Goys pide que abra la puerta que cierra la escalera de la tribuna. Gouël se pone en seguida al trabajo. Con miga de pan toma el molde de la cerradura. Con un viejo trozo de hierro que forja calentándolo en la estufa de su habitación y que trabaja y horada con una lima redonda que substrae en la cantina, construye poco a poco una llave que se adapta a la cerradura que se desea abrir.

De Goys quiere huir a Holanda. El teniente belga Bastin, detenido por un centinela al norte de Aquisgrán en el momento en que iba a franquear la frontera, le ha comunicado los seguros informes recogidos por él acerca de la vigilancia enemiga. Son informes que él quiere tener en cuenta. Franquear a pie los centenares de kilómetros que separan Hirschberg de esa frontera sería demasiado largo. La experiencia ha enseñado a De Goys que es posible circular por ferrocarril con tal de hablar correctamente el alemán. Claro que es preciso no ser interrogado en el camino por la policía especial o por las autoridades militares. Es un riesgo que hay que correr. Pero en todo caso, es más fácil el éxito en tren que por carretera. De Goys se decide por este medio.

La travesía de Alemania en ferrocarril necesita un conocimiento perfecto del alemán. De Goys no conoce sino los rudimentos. Necesita la ayuda de un camarada que hable muy correctamente esa lengua, para evitar en el camino toda palabra que pueda serle funesta. Se dirige a dos de sus camaradas de cautividad que hablan alemán; les propone que le acompañen. El primero le declara que su

proyecto de salida de la fortaleza le parece loco e irrealizable: «Nos haríamos matar como conejos por los centinelas, si llegábamos siquiera a alcanzar el camino de ronda». El segundo, convaleciente aún de una herida, se reconoce incapaz, sintiéndolo, de las acrobacias que suponen el salto de cinco metros desde la ventana de la capilla al camino de ronda y el descenso de diez metros a lo largo de los árboles.

Avanza, en tanto, el trabajo de Gouël. Después de varios ensayos, una primera llave queda encajada en la cerradura, pero los bozos pueden ser extraídos. Una segunda es construida inmediatamente. La puerta de la escalera de la tribuna puede ser abierta. El cuadro de las fases de la Luna indica que es preciso apresurarse. Debe iluminar durante la primera parte de la noche, para reconocer de lejos la línea fronteriza de centinelas, que no se puede, al contrario, esperar franquear sino en noche sombría. El viernes 23 de noviembre, en que la Luna se pone a las 12'53, es la fecha extrema en la cual es preciso llegar a la frontera para tener ocasión de pasarla entre la puesta de la Luna y el nacimiento del día.

De Goys, inquieto por no encontrar compañero de ruta, se fija en un joven oficial de caballería, el teniente Diamant-Berger, que da cursos de alemán a sus camaradas, cursos a los cuales él asiste para perfeccionarse. Ese oficial habla el alemán con un acento muy puro. De Goys le habla aparte y, con pretexto de conversar con él en alemán, le hace diversas preguntas. Sabe así que durante la guerra ha pasado a petición propia de caballería a infantería; que ha sido hecho prisionero en Verdún, después de haberse defendido con el mayor valor. De Goys le estudia, adivina en él las cualidades de decisión, voluntad, energía que son precisas para una evasión y, a quema ropa, le propone que le acompañe en la tentativa que prepara. Diamant-Berger acepta. El acuerdo se sella entre aquellos dos hombres, que deciden no abandonarse el uno al otro por nada. La experiencia mostrará con qué seguridad habrá juzgado el

comandante De Goys al hombre que eligiera así como camarada en una empresa difícil y llena de peligros.

La misma noche, los dos oficiales se deslizan en la capilla. Con infinitas precauciones abren la puerta, suben la escalera de la tribuna y alcanzan la ventana, objeto de sus fatigas. De Goys la abre sin ruido, pero se da cuenta de que el alféizar de la ventana constituye una verdadera aspillera de más de un metro de profundidad. Su base presenta una fuerte inclinación. La ayuda de un camarada será necesaria para saltar de allí al camino de ronda. Una sábana, a la cual se cogerán, les permitirá alcanzar, sin resbalar, el borde extremo de la ventana. Los dos conjurados oyen desde esta tribuna voces de alemanes que ocupan locales contiguos. La recíproca debe ser cierta. Tendrán, pues, que actuar en el mayor silencio. Acabada la inspección, la ventana es cerrada, así como la puerta de la tribuna; por ese lado todo está preparado para la evasión.

Todos esos preparativos ocupan hasta el martes 13 de noviembre. Es preciso que la evasión se lleve a cabo lo antes posible. De Goys posee un equipo completo: traje de paisano, sombrero bávaro con pluma, anteojos de oro, mochila, víveres para varios días, lámpara eléctrica, brújula y mapas. Todo esto le ha ido llegando lentamente por paquetes, por los ordenanzas y por los mismos alemanes. Ha podido substraerlo a la vigilancia de los guardianes y a los registros a que se ha sometido después de cada una de sus fugas frustradas. Ha encontrado incluso el medio de conservar mil marcos, a pesar de la prohibición de llevar dinero encima, dinero que será indispensable para el viaje. Reparte con Diamant-Berger cuanto puede ponerse en común o dividirse, pero falta encontrar para éste un traje civil.

De un artillero adquiere un pantalón de gabardina negra. Quitándole las franjas rojas, da de lejos la ilusión de un pantalón de paisano. Cambia su guerrera por una chaqueta de infantería de marina, azul oscuro, muy abierta, y su capa de caballería por una capota de paño negro. Su gorra es cortada de un chaleco viejo.

El sábado 17, todos los preparativos están terminados, pero los conjurados estiman que no es prudente ponerse en marcha un domingo. En tal día todos los caminos están llenos de paseantes y los trenes van repletos de viajeros. Son mayores los riesgos de hacerse detener.

El lunes 19 de noviembre, a las 5 de la tarde, mientras anochecía, los dos prisioneros, vestidos con sus trajes de paisano bajo el uniforme, ganan la capilla donde les esperan Renouard y Gouël. Envuelven sus botas con zapatillas de punto para no hacer ruido, abren silenciosamente la puerta de la tribuna y suben para esperar el minuto favorable. Unos camaradas adictos han organizado un sistema de vigilancia para señalarles la desaparición de los centinelas. De Goys ha entreabierto ya la ventana, Gouël desenrollado la sábana que debe servirles para deslizarse; los dos prisioneros están reunidos preparados a saltar.

En este momento les señalan que una patrulla sube al piso superior. Es algo anormal. El oficial francés observador agrega: «Suponemos que va a apostarse en una de las ventanas que dominan el camino de ronda para disparar contra los evadidos en cuanto salten». ¿Estarán descubiertos, traicionados? Otro observador anuncia que los centinelas están reunidos en torno al suboficial de guardia. ¡No hay que vacilar! Sin pensarlo más, De Goys se ase a la sábana que sus camaradas sujetan y desaparece. Se deja caer. Diamant-Berger, tras él, ejecuta la misma maniobra. Los dos hombres, bajan la cabeza, esperando una descarga, se precipitan hacia la muralla; a algunos metros, vueltos de espalda, están los centinelas, agrupados e inmóviles. De Goys se lanza hacia el árbol que tenía elegido de antemano y de rama en rama se desliza hasta el suelo. Diamant-Berger le sigue, pero, habiéndose cogido a una rama demasiado flexible, queda suspendido y después cae. Dos brazos vigorosos le cogen en el momento de llegar al suelo y amortiguan su caída. Los dos camaradas ruedan con la violencia del choque y después se levantan y se esconden en un matorral. Algunos segundos después,

reteniendo su respiración, oyen encima de ellos el paso pesado y cadencioso del centinela que vuelve a su puesto.

Durante ese tiempo, Gouël cerraba suavemente la ventana, hacía desaparecer toda huella de evasión y cenaba la puerta de la capilla, de modo que los alemanes no supieron jamás por dónde se había verificado la evasión.

Entre tanto llega la noche, los grandes faros eléctricos proyectan su claridad en torno a la fortaleza; una a una se encienden las luces en las granjas, se escuchan los ladridos de los perros a través del bosque, se cierran puertas… De Goys y Diamant-Berger se alejan a paso de lobo de los muros de la fortaleza, con el pecho lleno de alegría y ansiedad.

La primera fase de su evasión está terminada. ¡En ruta ahora para recorrer los 500 kilómetros que les separan de la frontera holandesa!

* * *

Han decidido efectuar a pie, durante su primera noche de libertad, el trayecto Hirschberg-Neumarkt, o sea más de 40 kilómetros. En Neumarkt, tomarán el tren para Nuremberg y de allí continuarán por Francfort, Colonia y Aquisgrán. Ésas son las grandes líneas del plan que van a seguir.

Desde su salida del castillo de Hirschberg se dirigen hacia Neumarkt. Para evitar los encuentros, siempre peligrosos, en las cercanías de un campamento de prisioneros, ganan en seguida los bosques que recubren lo más alto de la meseta; siguen su linde en dirección general del Nordeste. Unos niños que vuelven de la escuela, pasan a su lado; afortunadamente se anuncian con su charla en alta voz. De Goys y Diamant-Berger, al oírles, se ocultan detrás de los árboles.

Después de esta alarma se detienen, decididos a no continuar su camino hasta más tarde. Una rama que cae, una ardilla que salta

sobre la alfombra de hojas, todo les inquieta. Una lluvia fina y fría comienza a caer; la saludan con alegría, pues obligará a los habitantes del campo a meterse en sus casas.

Al descender al valle, De Goys y Diamant-Berger cruzan un pueblo grande sin encontrar a nadie. Al cabo de una hora de marcha llegan al canal y después al pequeño ferrocarril local que debe guiarles hasta Neumarkt: basta con seguir los rieles. El canal está desierto. Ni una barca, ni una lancha. Las casas de los guardas están cerradas. Sólo un perrillo los ventea y ladra cerca de ellos. El último tren de la pequeña línea de Neumarkt pasa por su lado, a 10 metros. El alentar ruidoso de la locomotora les ha prevenido a tiempo y se tumban en un foso para dejarle pasar.

A cada instante consultan los postes indicadores. Las casas se acercan; están en los alrededores de Neumarkt. Son, aproximadamente, las 5. Ya comienzan a pasar campesinos y obreros, con sus herramientas al hombro, y cambian con Diamant-Berger los saludos habituales. De Goys y él se dirigen a la estación; en tanto llega el alba, descansarán en un rincón.

Se tienden en el suelo, al pie de una empalizada, cerca de una vía muerta, apretados uno contra otro para calentarse. Se hallan tan fatigados que se duermen inmediatamente. Las primeras luces del día les despiertan, transidos a causa de la lluvia.

En el momento de ponerse en camino para la estación, De Goys, se da cuenta, de pronto, al sacudir a Diamant-Berger, que éste, durante su sueño, ha debido tenderse sobre algo maloliente. «¿Cómo diablos penetrar así en un compartimiento?», le dice. «¡Nos echarán!». Y vedlos, raspando con un cuchillo el paño de sus trajes, ya bien gastado, y lavándolos con agua para intentar quitarles el olor revelador. Después de lo cual, aseados lo mejor posible, la barba ya crecida, se ponen en camino, temiendo no tener el aspecto que conviene a apacibles ciudadanos.

Ya están en la estación. Algunos viajeros se hallan ya en ella. Diamant-Berger busca en un indicador la hora de salida de su tren para Nuremberg, pero no da con ella. De Goys le coge del brazo:

«Ya la he visto; es a las siete; tenemos tiempo. Vámonos de aquí, todo el mundo nos mira».

Su compañero le sigue. Nace el día, sucio, las ventanas se abren. La antigua ciudad de techos agudos y casas de maderas medievales se despierta. Para pasar el tiempo, los fugitivos leen los nombres de los comerciantes, los títulos de las posadas; marchan sin detenerse, andando varias veces las mismas calles de pavimento desigual. Se exponen así menos a despertar la atención que volviendo a la estación. Antes de regresar a ella, Diamant-Berger propone a su compañero entrar a beber algo caliente a un café. Les queda aún media hora. Más vale estar sentados en un restaurante que en un banco; llamarán menos la atención. El argumento es acertado. Abren la puerta de una *Wirtschaft* (posada). En un rincón sombrío se sientan ante una mesita negra. Una joven bávara inquiere qué desean; les trae dos *mokas* —en verdad una infame mixtura de bellotas— una caja de cigarros y un periódico. De Goys finge leer mientras Diamant-Berger traba conversación con la *kellnerin* (sirvienta). Ella no da muestras de la menor señal de extrañeza al oírle hablar. La prueba les da confianza.

Llega la hora del tren. En la taquilla Diamant-Berger pide dos terceras para Nuremberg. El empleado se asombra: «¿Nuremberg? El tren ha salido hace una hora; el próximo es para Ratisbona». «Excúseme —responde Diamant-Berger—: ha sido una equivocación: dos terceras para Ratisbona». El empleado, sin dificultad, le da los dos billetes. El comandante De Goys, al leer el horario, se ha equivocado de columna. Este error les ha procurado un momento de emoción y les obliga a un rodeo. ¡Qué importa!

A su entrada en la estación, el tren está ya lleno de soldados. En un compartimiento encuentran libre un rincón. De Goys se instala en él y en seguida se sumerge en una lectura apasionante. Diamant-Berger se sienta a su lado y se absorbe en un profundo ensueño. Se da cuenta, sin embargo, de que su mutismo parece extraordinario. En el tren, los alemanes, tienen la costumbre de hablar constantemente y contar a sus compañeros de ruta sus historias,

incluso las más íntimas; fué necesario emitir algunas consideraciones: «¡Qué tiempo!»… «¡Nuestros pobres diablos en el frente, no deben estar bien, no!». «¡Cuánto deben sufrir!». Todos le aprueban. El hielo está roto y la conversación se hace general. Los *feldgrauen* cuentan historietas del frente. Diamant-Berger marca de tiempo en tiempo su admiración y su aprobación con un «*so, so!*», término admirativo que en realidad nada dice, o con un: «*Ganz richtig. Wunderschoen*» (Muy bien. Admirable).

Las diez. Han llegado a Ratisbona y salen de la estación. En seguida, consultan el horario. El próximo tren con dirección a Nuremberg es a las tres de la tarde. Cinco horas de vagar. Puesto que el azar les ha conducido allí, comprarán los objetos que pensaban procurarse en Nuremberg; no se detendrán en esta población e irán directamente a Francfort.

Se dirigen hacia el centro de Ratisbona. Las calles están ya muy animadas. He aquí una sombrerería. Diamant-Berger entra en la tienda para comprar un sombrero flexible; su gorra llama demasiado la atención. Elige rápidamente, pues tiene prisa por reunirse con De Goys, que no ha querido acompañarle, por miedo a tener que contestar a alguna pregunta. Al salir no le encuentra. De Goys reaparece al cabo de algunos minutos. Un mozalbete le ha abordado para preguntarle algo, y él se ha alejado para no responder. En las mismas condiciones compran un paraguas, guantes, unos lentes de oro. Diamant-Berger rectifica su aspecto y adquiere el de un alumno que acompañara a un profesor Knatsch.

Los relojes de la ciudad, contestándose el uno al otro, desgranan las doce campanadas de mediodía. El hambre atormenta el estómago de los dos fugitivos. ¿Dónde almorzar? ¿En una posada modesta o en un restaurante *chic*? Se deciden por este último; correrán menos riesgos. Se instalan al fondo de una gran sala, en una mesa separada. ¡Qué alegría! Un mantel blanco, orfebrería brillante, flores, una minuta elegante. Una sirvienta se acerca a ellos, solícita.

—Señorita —le dice Diamant-Berger—, mi padre y yo partimos ayer de viaje olvidando nuestras tarjetas de alimentación. Es un olvido sensible, pero espero que nos podrá usted servir pese a ello.

—Sí, señor. No se preocupe. Ya arreglaré eso con el *maître d'hotel*.

Les sirve pan blanco y dos platos de carne.

De Goys y Diamant-Berger pensaban aprovecharse del aislamiento de su mesa para cambiar algunas ideas y comunicarse sus impresiones. Imposible. Un comandante se instala a su lado. Saludos corteses de una y otra parte Los dos fugitivos se absorben en la lectura de periódicos que relatan la victoria de los ejércitos austroalemanes sobre los italianos. El comandante, pese a su recogimiento, parece querer entablar conversación. Una elegante viajera entra y se sienta a poca distancia de ellos. El jefe alemán sólo tiene ya miradas para ella; están salvados…

Prolongan su comida lo más posible. En aquel establecimiento de lujo se sienten seguros. Después de haber bebido un *ersatz-kafee*, salen, con un grueso cigarro en la boca. Para esperar la hora del tren, van al jardín público. Gracias a su forma circular, pueden recorrerlo varias veces sin llamar la atención.

Media hora antes de la salida del tren van a la estación: «Dos billetes de segunda clase para Francfort del Mein», pide Diamant-Berger. El experimento matinal les ha bastado; viajarán en adelante en segunda: las gentes son menos locuaces que en tercera. Algunos minutos antes de su partida, un oficial de gran uniforme, seguido de varios soldados armados, sale de la sala de espera. ¿Estarán descubiertos?… El tren entra bajo el *hall*. El oficial sube a un compartimiento. Ha sido una falsa alarma…

Se instalan uno frente a otro, sumergidos en la lectura de periódicos. El oficial pasa incesantemente por el corredor y despierta su inquietud. Baja, por fin, en Nuremberg. Respiran más libremente. Poco después aparece un revisor y pica sus billetes sin decir nada.

Nuevo susto en Wurzburgo. En el compartimiento sólo queda un capitán de artillería. El obstinado silencio de sus compañeros de

viaje le asombra y los mira a hurtadillas; hay que dirigirle la palabra, para que no se dirija a De Goys que desde hace cinco horas lee o duerme. «Mal tiempo, mi capitán». «¡Ah, sí, muy malo!». «Debe ser tristísima en el frente una lluvia así». «¡Oh, sí, muy triste!». El capitán pregunta a Diamant-Berger si irán al vagón restaurante y a qué serie. Él responde: a la primera y toma dos *tickets*; el capitán hace lo mismo. Traban conversación. Diamant-Berger confía a su nuevo amigo que su padre es sordo y que esa enfermedad le pone neurasténico. Esta confidencia, y la proposición que le es hecha de comer los tres juntos, conmueve al capitán; compadece al pobre hombre y se dedica de nuevo a la lectura de una novela.

De Goys ha adivinado el sentido general de la conversación y aprovecha una momentánea salida del capitán para adquirir pormenores. No quiere en modo alguno comer con él. Al anuncio de que la comida está servida, Diamant-Berger se excusa por no poder acompañar al capitán: su padre sufre de tal modo de dolor de cabeza y de reumatismo articular que no puede ir a la mesa. No volverán a ver al *Rittmeister*, que desciende directamente del vagón-restaurante en una estación próxima.

Están solos una hora. Se hallan tan fatigados que la inmovilidad a que se han condenado desde que entraron en el vagón, les hace caer en una dulce somnolencia. Luchan en vano contra el sueño. Sólo saben la hora de llegada a Francfort; el nombre de las estaciones que pasan no les dice nada.

En cada estación, la parada del tren les despierta. Dos horas antes de Francfort dos viajeros hacen irrupción en su compartimiento. Uno se sienta en un rincón y no dice nada. El otro, caricaturesco, habla sin cesar. Al principio monologuea para explicar que ha estado a punto de perder el tren; luego, bruscamente, después de haber mirado detenidamente a los fugitivos, les interroga: «¿De dónde vienen ustedes que se han puesto tan sucios?». «De Ratisbona. No puede usted imaginarse qué sucios están los caminos por allí. No ha cesado de llover durante una semana». «Ya lo sé. Y, ¿adónde van así?». «Vamos a Francfort».

«Hombre, es curioso, yo también. ¿Tendremos, pues, el placer de viajar juntos? ¿De dónde son ustedes?». «Yo de Francfort». «Como yo. Es una verdadera suerte encontrar un compatriota».

Se hace peligroso continuar tal conversación. Diamant-Berger comprende que su interlocutor va a hacerle preguntas cada vez más precisas a las cuales no podrá responder. Hay que cortar. «Excúseme —dice—, pero tengo un sueño terrible. He andado toda la mañana y me agradaría dormir un poco». «Sí señor, haga lo que guste». El alemán se hunde en su rincón. Diamant-Berger en el suyo y finge dormir. Su falso sueño dura dos horas. ¡Francfort!…

Los dos franceses bajan rápidamente. De Goys, que ha comprendido el diálogo, dice en voz baja a Diamant-Berger: «Acaban de decir "*Sisindzwei*" (son dos). Estamos descubiertos. Van a avisar a la policía al salir de la estación; nos pedirán los documentos. Hay que despistarlos. Sígame usted».

Mientras los alemanes toman los corredores de la izquierda, los dos evadidos se precipitan por la derecha para salir del vagón, se deslizan entre la multitud, tienden su billete al empleado y cuando se vuelven, ven tras ellos, siguiéndoles, pero con un ligero retraso, a sus dos compañeros de ruta. Aprovechan que quedan separados de ellos por un grupo de licenciados para correr algunos metros y hacer un brusco zigzag detrás de un edificio. Ante ellos hay una puerta de salida poco frecuentada. ¡Ya están fuera! He aquí la Kaiserstrasse, la gran calle. ¿Salvados? No. Tras ellos, a una treintena de metros, unas sombras y la silueta del alemán gordo que les persigue. Apresuran el paso y, en la primera esquina, escapan hacia la ciudad vieja que Diamant-Berger conoce. Después de un recorrido de un centenar de metros se detienen bruscamente. Nadie les sigue. Están allí, inmóviles durante diez minutos, y después continúan apaciblemente su paseo por las avenidas. Los grandes reverberos eléctricos tienen sus globos pintados de azul y están encaperuzados con un cono para concentrar su luz en el suelo. Francfort teme a nuestros aviones…

A medianoche están de nuevo en la estación. No saben la hora del primer tren para Colonia. No pudiendo descansar en ningún sitio, aceleran el viaje. El horario les reserva una sorpresa agradable. Un tren parte a la una de la madrugada para Colonia: el tiempo de tomar un café y pedir a la taquillera dos billetes de segunda clase para Colonia y el tren llega. De Goys se sienta en un rincón y Diamant-Berger a su lado. Afluyen los viajeros y un comandante, de gran uniforme, se sienta junto a ellos. Es muy locuaz y no deja de hablar. Algunos kilómetros después de haber salido de Francfort, los viajeros ven un inmenso incendio hacia el Oeste. «Una gran desgracia —declara el comandante—. Es la mayor fábrica de productos químicos de la región que está ardiendo desde la noche pasada; una bomba de uno de esos cochinos franceses la ha incendiado». Diamant-Berger se ve obligado a lamentar la catástrofe.

Poco después, el vagón se vacía. Sólo queda con ellos una mujer de cierta edad. Muy habladora charla sin cesar y compadece al «pobre padre» por su sordera que le impide tomar parte en la conversación. El tren se detiene. «Todo el mundo debe apearse» —gritan los empleados con gran asombro de los viajeros. La dama quiere informarse, y los tres se acercan al jefe de tren. La vía no está libre. Varios trenes de prisioneros italianos la ocupan. Van al *buffet* y beben una taza de *ersatz-kaffee* que les calienta. Se llama a los viajeros para Colonia. Un tren eléctrico viene a recogerles y es tomado por asalto. De Goys y Diamant-Berger pierden a su compañera en estos azares y viajan de pie en el corredor. Están tan apretados unos contra otros, que escapan a todo interrogatorio. Bruscamente gimen los frenos y paran de golpe. Los viajeros chocan unos con otros. «Todo el mundo debe apearse», vuelven a gritar los empleados. La vía vuelve a estar embotellada por convoyes de prisioneros italianos. Es preciso esperar más de una hora en la estación de Coblenza a que quede despejada.

Un tren que viene de Maguncia los recoge: A las diez están en Colonia. Su trayecto en ferrocarril está completamente terminado.

Sólo les queda por hacer una etapa hasta Aquisgrán.

Según su plan, no deben acercarse a la frontera hasta la una de la tarde. Tienen, pues, tres horas que perder en Colonia. Como soldados con permiso que quieren gozar de su libertad hasta la hora de la llamada y que no sabiendo adónde ir prefieren vagar por la ciudad antes que volver al cuartel, siguen a la multitud, al azar, y se dejan guiar por ella. En medio de un refugio ven a un limpiabotas. ¡Feliz encuentro! Están tan sucios que esperan de un momento a otro que un policía les pida su documentación. Mientras que De Goys se instala en el sillón, el alemán emprende conversación con él. Diamant-Berger cuenta la historia de costumbre: «Mi pobre padre está completamente sordo, no oye nada». «Pobre diablo, pobre diablo», repite constantemente el limpiabotas. Un peligro más vencido. Ya están limpios sus trajes y sus zapatos. Si no fuera por su barba, estarían presentables. Se les tomaría por dos alemanes recién salidos de sus casas.

En seguida hacen sus últimas compras. En una quincallería adquieren dos tenazas cortantes, para romper las alambradas; en una librería se procuran los planos de Colonia y de Aquisgrán. Este último, sobre todo, les interesa. Quieren salir de la ciudad sin preguntar el camino a nadie.

Ahora hay que almorzar; no cenaron la víspera y el hambre les acosa. ¿Adónde ir? Según su costumbre eligen un restaurante *chic*: el «Koelner Hoff», que un pasante amable les indica. Pocos clientes hay en él. Un *maître d'hotel*, de etiqueta, rígido como un soldado en posición de firmes. Diamant-Berger encarga un almuerzo tan copioso como la minuta lo permite. La palabra propina les dispensa de enseñar sus tarjetas de alimentación. El almuerzo es malo, pero calma sus dolores de estómago. Acabada la comida, dignos, se levantan saludando amigablemente a un general que almuerza junto a ellos.

Un cuarto de hora antes de la partida del tren, están en la estación, ante la taquilla. El empleado se exalta y estupefactos le oyen decir: «No hay tren por la tarde. El próximo parte a las 19».

«¿Está suprimido, entonces, el de las 13?». «¿No recuerda usted entonces que hoy es miércoles? ¡Horario de domingos!». «Es verdad: lo había olvidado, perdone, volveremos esta noche».

No sabían que en los ferrocarriles renanos el miércoles es día festivo. Tienen que esperar seis largas horas paseando por la ciudad. Siguen a la muchedumbre. Les conduce ante la catedral. Entran, y, escogiendo un rincón aislado, se arrodillan. ¡Es un descanso! Estudian, ante la capilla de la Virgen, el plano de Aquisgrán. El tranvía número 7 conduce desde la estación hacia la puerta Norte. Es una indicación preciosa. Están en la catedral hasta que sus rodillas les duelen de apoyarse en la madera de los reclinatorios. En seguida vuelven a emprender su paseo sin fin.

A las 6 y media de la tarde están de nuevo en la estación. Toman sus billetes y se instalan en un compartimiento que no tarda en llenarse. La conversación se hace general rápidamente. Los éxitos de los ejércitos austroalemanes en Italia hacen esperar una paz próxima. El aire se ha obscurecido: todo el mundo fuma, quien en pipa, quien cigarros. Un farolillo de aceite envía sobre el conjunto una luz amarillenta y vacilante. Apenas se ve. La conversación degenera con rapidez en charlas particulares, afortunadamente…

Ya están en Aquisgrán. Son las 10 de la noche. A la salida de la estación hay dos gendarmes. No piden la documentación más que a los soldados; a los paisanos no les preguntan nada.

Según los informes del teniente belga Bastin, que el estudio del plano de la ciudad ha confirmado, De Goys y Diamant-Berger deben salir de Aquisgrán tomando el tranvía de la línea número 7, que les conducirá a la puerta «La Panthor», al norte de la población. Descubren ese tranvía y lo toman. Tienen que cruzar la ciudad. Bajan antes de pasar «La Panthor». Allí, según el plano que posee De Goys, deben ir al jardín público, al borde de la ciudad, que les permitirá, escalando algunos muros, ganar el campo. Evitarán así las puertas, que están guardadas por centinelas. Su trayecto se realiza sin grandes dificultades. Ya están fuera de Aquisgrán. La segunda parte de su evasión está acabada. Les falta ahora pasar la frontera.

⁎ ⁎ ⁎

En cuanto salen de la ciudad, ganan una saliente de terreno desde donde la vista se extiende hacia el Norte. Distinguen luces lejanas. Son, probablemente, las de una aldea holandesa; Seguir la carretera general es peligroso. Irán a campo traviesa, orientándose con la brújula. No están más que a tres kilómetros del Limburgo holandés. Con la esperanza de llegar pronto, parten alegremente, descienden una pendiente y vuelven a la llanura; avanzan con precaución, encorvados, atentos a los menores ruidos.

Ante ellos se alza un viaducto del cual distinguen los arcos monumentales que se destacan sombríamente en el cielo. Un tren pasa por él. Ya no hay duda, es una vía férrea. En el mapa antiguo que De Goys ha podido procurarse antes de su partida de Hirschberg, ese viaducto no existe. ¿Se habrán equivocado? Tras ellos está Aquisgrán. Según la brújula, están en la buena dirección. ¿Acaso la desviará algún objeto metálico? Vuelven atrás y recomienzan el mismo camino; llegan al mismo punto. Un centinela está allí, ante ellos, bajo el arco. Se desvían, pasan por debajo del viaducto y llegan a un lugar cubierto. Desplegando el mapa, ocultándolo bajo uno de sus capuchones, lo consultan a la luz de una lámpara eléctrica de bolsillo. En su trayecto no deberían encontrar esa vía férrea. ¿Qué hacer? Se enervan. De Goys propone la única solución prudente: reposar y reflexionar. Se tienden en la hierba mojada y se comunican sus impresiones. Estarse allí hasta el día es imposible. Prosiguiendo su marcha, pueden aumentar su error, chocar con obstáculos imprevistos. Mañana, volverán a Aquisgrán, se informarán y, si es posible, comprarán un mapa. Se duermen.

El frío les despierta pronto. Va a nacer el día. Pasan unas sombras cerca de su refugio. Se levantan vivamente. Olvidando en su precipitación los paraguas y las gafas, se dirigen hacia Aquisgrán por la carretera. Bajo el viaducto, vuelven a ver al centinela, metido en su garita. «*N'Morgen*» (buenos días,) le grita Diamant-Berger.

«*N'Morgen*» le responde aquél. El día se acentúa, la ruta se anima. Gendarmes, aduaneros vuelven de sus rondas a lo largo de la frontera, la mayoría en bicicleta. Todos, al pasar, dan unos buenos días amistosos.

De Goys y Diamant-Berger entran en Aquisgrán en el momento en que la ciudad despierta. ¿Adónde ir? ¿Vagarán por las calles hasta la noche? Pueden ser observados y pedirles sus documentos. ¿Estarán varias horas en la catedral? Un estacionamiento demasiado largo en ella ofrece igual peligro. Una mala idea se les ocurre: «¿Y si fuéramos a un hotel? Nadie nos molestaría allí». «¿Por qué no? Así podremos descansar todo el día».

Sin pensar en el peligro que corren, se ponen a la busca de un hotel; descubren uno de buena apariencia y entran. El portero les acoge con una reverencia amable. Le piden una habitación amplia con dos camas. La hay como la desean, pero… «Perdónenme que les importune, pero las órdenes son formales. ¿Quieren mostrarme su documentación?». ¡Petición terrible! ¡Están perdidos! Diamant-Berger comprende que hay que ganar tiempo. «Es muy natural». Hace el gesto de llevar la mano al bolsillo interior de su americana y continúa: «Pero, recuerdo ahora que tenemos que hacer aún dos o tres diligencias en las que tardaremos poco más de una hora. Haga usted preparar la habitación. Nos instalaremos a la vuelta». «Está bien, señor. Los señores pueden ordenarme lo que gusten».

De Goys y Diamant-Berger salen y toman la primera calle a la derecha. El comandante, por los gestos, ha comprendido la conversación. Si el portero, desconfiado, avisa a la policía, pueden ser aprehendidos. Hay que almorzar rápidamente, intentar procurarse un mapa y ganar tan pronto como sea posible el campo.

Ya están en la fonda de la estación. Son apenas las nueve. El *ersalz-kaffee* que les sirven no calma su hambre. La camarera, ganada con una propina, les sirve algunos restos de la cena del día anterior. Sólo les falta encontrar un librero complaciente. Se detienen ante una librería al parecer bien surtida. Diamant-Berger penetra en

ella, compra dos docenas de tarjetas postales, una novela, periódicos… El librero, en el momento de pagar, le hace la pregunta habitual: «¿Nada más, señor?». Es la frase esperada. «¡Ah, se me olvidaba! Vamos de excursión por la región y no nos hemos provisto de un mapa. ¿Tiene usted alguno?». El librero busca en sus carpetas y le muestra un mapa en gran escala. Lleva su amabilidad hasta explicarle los signos convencionales.

Cuando Diamant-Berger vuelve con su mapa, De Goys no puede creer en su suerte; después, en su prisa por conocer el error que han podido cometer la víspera, despliega en plena calle el mapa oculto entre las páginas de un periódico y expresa su alegría al reconocer la vía férrea con la cual chocaron el día anterior y el terreno que recorrieron; estaban en la buena dirección…

Ganan de nuevo «La Panthor» y siguen la gran carretera hacia la frontera. Cada vez que pasan cerca de algún alemán, Diamant-Berger hace en alta voz alguna exclamación: «¡Ah, si mamá lo hubiera sabido!». «¡Esto es extraordinario!». «¡Déjame el periódico!». A mediodía llegan a una posada, entran y piden un litro de vino, instalándose cerca de una ventana desde donde se ve la frontera; reconocen el terreno, en particular la colina Vetschau, que deben ganar antes de franquear la línea de centinelas, según les indicó Bastin.

La sirvienta no se ocupa de ellos. Retoza con un soldado con permiso. Con toda tranquilidad pueden consultar su mapa e incluso su brújula para tomar datos. A doscientos metros de ellos, un bosquecillo les ofrece el refugio de sus espesuras. En él se ocultarán hasta la noche. Pagan, fingen volver hacia Aquisgrán y toman, treinta metros más allá, un sendero que les conduce en derechura a su refugio. Nadie les ha visto. Eligen unos matorrales, lejos de todo sendero y se ocultan. Una capa les sirve de colchón y la otra de manta. Vigilan por turno. Desde su salida de Hirschberg son sus primeras horas de sueño reparador; comen después los bizcochos que han traído consigo y su última tableta de chocolate.

Cuando llega la noche, salen de su escondrijo y ganan tranquilamente la carretera hasta una plazoleta donde se agrupan varias casas. Más allá, se encuentra la primera línea de centinelas. Se ponen de rodillas, enrollan sus capas y se las colocan en bandolera. Desgraciadamente, cometen la imprudencia de hablar. Unos muchachos, atraídos por las primas de captura, les oyen y les dan caza. Se escapan con gran trabajo.

Cuando están fuera de peligro, intentan orientarse. Oyen el tic-tac del molino. La Luna les permite entrever su silueta. Una mirada a la brújula; se aplastan contra el suelo y a la luz de su lamparita, encendida bajo una de sus capas, leen la indicación del azimut y la refieren al mapa. Están en la llanura al oeste del molino, a 300 metros de la posada donde se detuvieron por la mañana.

Vuelven a emprender, lentamente, la marcha, encorvados y con infinitas precauciones. Un hombre les roza; se dobla bajo el peso de un fardo: probablemente un contrabandista. Esto les prueba que aún hay demasiada luz para ellos. La Luna permite ver a 50 ó 60 metros. Esperarán a que se ponga, sobre la una. Para pasar el tiempo hacen ejercicios de visibilidad, se esfuerzan en darse cuenta hasta qué distancia reconocen a un hombre en pie, a un hombre que se arrastra. Este experimento les tranquiliza. Verán a los centinelas, que siempre están de pie, antes de que ellos puedan verlos. Observan la posición de las aldeas fronterizas, cuyas luces se ven: se hallan a unos quinientos metros de la frontera.

A la una, bajo una lluvia fría, se ponen en marcha. Diamant-Berger no deja de mirar a la brújula. De Goys cuenta las distancias. Andan aún doscientos pasos, dobladas las rodillas, con el cuerpo inclinado. Después se tumban. En adelante se arrastrarán; avanzan de rodillas por el fango; a veces se sumergen en grandes charcos de agua obscura y fría, que les hace tiritar; retienen su respiración y se detienen cada treinta pasos. ¡Ruido a su derecha! Pasan tres soldados, arma al brazo, con una lámpara eléctrica suspendida de un botón de su capote; no ven a los dos fugitivos, que se han aplastado

contra el suelo. En esa postura continúan avanzando; incluso cuidan de no despegar mucho los brazos, para disminuir su visibilidad.

Muy cerca de ellos oyen unos pasos y advierten la silueta de un hombre: es un centinela con su fusil. Se aleja al cabo de un momento. Se aprovechan para avanzar de nuevo rastreando. Ante ellos se alza una masa sombría: es el talud que bordea un camino; en su parte más alta hay una cerca de tres hileras de alambres espaciosos. De Goys levanta el más bajo. Diamant-Berger se desliza al otro lado y hace pasar a su camarada. Se presenta un segundo obstáculo, idéntico; repiten la misma maniobra y escuchan. Nada… Temiendo que alguna patrulla alemana circule por territorio holandés, continúan arrastrándose. La brújula les guía. Recorren 60 ó 70 metros y descansan. Son insensibles al frío, a la lluvia que les azota, el barro que les impregna. Confunden el menor arbusto con un centinela. Andan así 500 metros. Una valla; la bordean. A su lado hay una vía férrea. Ya no hay duda: están en Holanda. Siguen los rieles. Una estación. El andén está desierto: «Bocholz: Reino de Holanda». ¡Libres! ¡Están libres!…

Capítulo VI

QUERER ES PODER

El combate de Rossignol. – El cabo Fossey prisionero. – Un francés y un alsaciano. – Una evasión con 4 marcos por todo capital. – En los Alpes bávaros. – Hambre y… hartazgo. – Para qué sirven los zuecos en ocasiones. – Apresados a un kilómetro de la frontera. – Nueve meses de prisión. – Bromas pesadas. – En Puchheim. – De evasión en evasión. – En Rusia. – De Vilna al Báltico. – Aprehendidos en la mar. – En Heubing. – De nuevo en Puchheim. – El éxito al fin.

El 22 de agosto de 1914, el cuerpo de ejército colonial abandona la región de Baalon por la de Neufchâteau, en Bélgica; es una ruda etapa de 40 kilómetros, pero el mando, creyendo aún lejos al enemigo, quiere franquear de un salto la región forestal de los Ardennes belgas para encontrar más allá un terreno más fácil y más apto para maniobrar. Conforme a este designio, el cuerpo de ejército, para marchar más de prisa, se divide en dos columnas, sin enlace entre ellas. Las tropas marchan alegremente, dichosas con la amistosa acogida que se les hace. En las aldeas les dicen: «Desconfiad. Desde hace algunos días los alemanes andan por esos bosques y se atrincheran en ellos». Son prudentes consejos que nadie escucha. Sólo ligeras patrullas han podido filtrarse hasta allí, piensan todos. No podrán sostenerse ante nosotros.

No ha nacido aún el día cuando el cuerpo de ejército colonial penetra en los grandes bosques de los Ardennes. No lleva ante él tropas en descubierta. El regimiento de cazadores de África se ha unido al grueso demasiado tarde para prestar ese servicio. Marcha detrás de las cabezas de vanguardia de la infantería. La bruma, además, lo oculta todo, lo envuelve todo con un velo de misterio.

Bruscamente, hacia las 8'30, el combate comienza. La vanguardia entera entra de pronto en batalla. El enemigo ataca violentamente en Rossignol y en la carretera que desde dicho pueblo conduce a Samoigne. Desde todas las alturas hace converger el fuego de sus ametralladoras sobre el fondo de la cubeta que seguimos. Desde Saint-Vincent se oye el cañoneo y la fusilería; su intensidad crece por instantes. A las diez, la primera brigada colonial (l.º y 2.º regimientos) está cercada ya en Rossignol. Para romper el círculo que les oprime, los «marsuinos» cargan locamente hacia los linderos

del bosque donde adivinan al alemán: quisieran llegar al contacto, abordarle a la bayoneta. El regimiento de artillería colonial que les apoya toma posiciones sobre la carretera. Sus baterías, aunque bajo el fuego de la artillería enemiga, intentan castigar a la infantería contraria. Lucha desigual en que los nuestros dan pruebas de bravura, energía y heroísmo.

El segundo batallón del 1.er regimiento de infantería colonial, desde las ocho, se afirma en una colina, a dos kilómetros al oeste de Rossignol. Bajo el fuego superior del enemigo, sus unidades se funden, se desorganizan, pero, pese a todo, resisten. Hacia las once, algunas refluyen hacia un bosquecillo que corona el centro de la colina. Desde allí hacen, de nuevo, frente. Se reconstituyen grupos en torno a los oficiales aún válidos. En el corazón de los que luchan heroicamente aún no ha muerto la esperanza. ¿No vendrán en su socorro las unidades que les siguen?

Los refuerzos no acuden y es preciso replegarse. A las doce y media llega la orden de batirse en retirada por escalones, para ir a ocupar una segunda colina más cercana a Rossignol, donde se reunen ya varias fracciones del 1.er batallón, que también ha sufrido graves pérdidas.

Aquellos centenares de hombres se imponen la misión de detener al enemigo. La lucha se hace feroz. En su exaltación, los heridos, indiferentes al dolor, siguen en sus puestos. A ningún precio querrían abandonar a sus camaradas; tiran hasta que sus fuerzas se agotan. Las municiones, ¡ay!, escasean. Las recogidas a los muertos se agotan. Al anochecer, cuando el Sol desaparece en el horizonte, nuestras ametralladoras enmudecen y los tiros de fusil se hacen raros. Los alemanes, dándose cuenta de nuestra situación, lanzan sus últimas reservas; a su paso arrastran a las tropas de primera línea, que, diezmadas, siguen aferradas al suelo desde hace varias horas. Contra aquella masa aulladora que cae sobre ellos, se defienden aún bravamente los «marsuinos»; pero son aplastados por el número; la mayoría perecen. En su loca rabia, los alemanes se encarnizan con nuestros moribundos. Una cincuentena de soldados

de Hesse rodean a una decena de los nuestros, casi todos heridos, agrupados en torno al cabo Fossey, cerca de un calvario. No quedan cartuchos. Toda resistencia es imposible. Hay que rendirse. Los alemanes, a la bayoneta, se precipitan sobre ellos. A Fossey le despojan de la faja de franela que rodea su cintura y se sirven de ella para atarle los brazos a la espalda. Sin piedad para su herida, le tiran al suelo; con su corbata negra de «marsuino» le atan los pies, lo colocan ante un muro y alejándose algunos pasos, le apuntan. Surge un oficial y grita una orden. Los cañones de los fusiles se bajan. Empujan a Fossey y a sus camaradas heridos a una casa desmantelada, donde dos médicos franceses operan. Están prisioneros.

Al día siguiente son sacados de esa ambulancia provisional aquellos que pueden andar y ser reunidos con otros desdichados. Las calles de Rossignol están llenas de cadáveres; cuerpos de paisanos y soldados yacen confundidos. Soldados alemanes inspeccionan las casas. Cinco de ellos salen de una persiguiendo a dos desgraciadas mujeres que huyen de su bestialidad. Una lleva en sus brazos un niño. Para castigarlas por no detenerse a su voz de mando, disparan contra ellas. Una cae al borde del camino, rueda como una bola, ¡está muerta! Los salvajes están desencadenados; toda civilización ha desaparecido.

Durante cinco días nuestros prisioneros permanecen en un campamento, confundidos los oficiales con sus hombres. No se les distribuye nada. El 28 de agosto, los que están válidos son embarcados en un tren camino de Alemania. Fossey va entre ellos. Dirigido al campamento de Lechfeld, en Baviera, permanece en él dos meses dedicado a trabajos de transporte de materiales, al • montaje de barracones y a labores de saneamiento.

A comienzos de noviembre, todos los «marsuinos» de Lechfeld son concentrados en el campamento de Puchheim, a 18 kilómetros al este de Munich, donde sólo existen algunos barracones, que servían antes de la guerra para cobijar aviones. En aquel terreno hizo Pégoud sus exhibiciones en 1914. Se trata de alzar un gran

campamento para prisioneros. Todo el día son empleados los nuestros en diversos trabajos, durante los cuales, tan diversos son, les es fácil substraerse a la vigilancia de que son objeto.

Fossey trata de aprovechar esta circunstancia favorable. Desde hace algún tiempo ha trabado amistad con un soldado, Hémon. Los dos se han confiado su mutuo deseo. Poniendo en común, sus recursos, deciden intentar la aventura; pero si su energía es grande, sus medios son limitados. Fossey ha recibido de Francia un giro de cinco francos que ha podido cambiar contra tres marcos. ¡Es toda su fortuna!

Su plan es sencillo. La lista de los prisioneros sólo se pasa una vez por semana, el jueves; deciden abandonar el campamento un viernes, para que su falta no sea notada hasta seis días después. ¿Cómo salir del campamento sin ser vistos? A la extremidad de los barracones se están edificando letrinas con fosa subterránea. Utilizarán esos trabajos; al final del día, se meterán en esa fosa y esperarán la noche, y entonces se lanzarán al campo. La cuestión de vestuario se resuelve fácilmente. Los prisioneros trabajan mezclados con obreros civiles alemanes; éstos, al llegar al campamento, se quitan sus trajes limpios para endosarse otros de trabajo. Con prendas cogidas hoy a uno, mañana a otro, Fossey y su amigo se constituyen un completo equipo de vestiduras civiles.

El 6 de diciembre de 1914 ponen su proyecto en ejecución. A las 4 y media de la tarde saltan a la fosa, después de haber tirado a ella el fardo con sus ropas de paisano. En la fosa misma se quitan sus uniformes de «marsuinos» para ponerse los civiles. Dan las 5. A esta hora, los prisioneros vuelven a los barracones para ser encerrados toda la noche, mientras centinelas armados rondan a su alrededor. A las 5 y media, cuando ya la noche ha cerrado por completo, salen de la fosa, se alejan de las luces de los barracones y se dirigen hacia el muro que rodea el campamento. Constituido por piquetes de madera y placas de cemento armado, mide tres metros de alto y es de difícil escalada. Ayudándose mutuamente, Fossey y Hémon lo franquean pronto, tanto más cuanto que una luz temblorosa que se acerca

rápidamente a ellos, anunciadora de la llegada de una patrulla, les excita a ir de prisa. Saltando el muro, corren en derechura durante varios minutos y después se detienen. Nadie les sigue.

Las dificultades comienzan. No saben nada acerca de las precauciones que hay que tomar para no caer en los puestos de vigilancia alemanes, nada sobre las posibilidades de franquear la frontera. Como primeros evadidos de su campamento, carecen de las lecciones de la experiencia, que poseerán los que más tarde intenten substraerse a la cautividad. Su única arma es su deseo de volver a Francia; no poseen ni mapa, ni brújula, ni llevan provisión alguna. Sus únicos recursos son algunos efectos que llevan a la espalda en su saco tirolés y ¡4 marcos! Con esta suma comprarán pan a lo largo del camino. Hémon no sabe una palabra de alemán; Fossey sólo algunas frases, como: «*Ein Pfund brot, bitte*» (Una libra de pan, si me hace el favor).

Su primer cuidado en cuanto se ven fuera del campamento es orientarse. Marcharán hacia el Sur, dejando tras ellos a la polar, un poco a su derecha; al cabo de una hora, encontrando una carretera que tiene esa dirección, la siguen. Al amanecer, Fossey comienza a cojear: sus zapatos le causan daño. En la obscuridad de la fosa se ha puesto el zapato derecho en el pie izquierdo y viceversa; repara su error, pero, ¡nueva catástrofe!, su pantalón, demasiado apretado, se desgarra y su americana no oculta el siete. Se desconsuela. ¡Adelante, a pesar de todo!

A las 8 bordean un gran lago entre Inning y Greifenberg; junto a la orilla, ven un pantalón que se balancea cerca de un embarcadero. Un marinero ha debido ponerlo a secar. Una pernera, que toca en el agua, es de un magnífico negro; la otra, movida por el viento, está aún manchada de barro y parece verdosa. Fossey se apodera de él y lo ata sobre su saco para que acabe de secarse.

En tan extraño traje llegan a la aldea de Inning, en el momento en que salen los obreros de una fábrica. Los obreros se burlan de ellos; no pudiendo responderles, apresuran el paso y, en cuanto pueden, se meten en un bosquecillo. Allí, Fossey cambia de

pantalones después de haber limpiado lo mejor posible la pernera sucia del que tan oportunamente ha encontrado. Prosiguen en seguida su camino. Por la tarde cruzan Greifenberg. Nadie les inquieta. La nieve cae tan densa que la mayoría de los habitantes están metidos en sus casas; algunos, sin embargo, se han reunido ante el escaparate de un almacén, donde un mono disecado, vestido de soldado francés, excita su hilaridad.

A la caída de la noche, agotados, temblando de frío, penetran en una granja llena de heno, a alguna distancia de la carretera, lejos de toda habitación, y se duermen.

Al día siguiente continúan su marcha; seguirán así durante once días, evitando las aglomeraciones, tomando caminos de travesía. El tiempo, extremadamente frío, disminuye, afortunadamente, la circulación por las carreteras; por otra parte, habiendo sido aún muy raras las evasiones de prisioneros, Alemania no ha tomado todavía medidas de conjunto para descubrirlas. Gracias a esta reunión de circunstancias favorables, su marcha es relativamente fácil.

El segundo día, al cruzar una aldea, Fossey se arriesga a entrar en una panadería y compra una libra de pan. Ocho veces repite la misma operación, sin incidente. El décimo día comete una imprudencia que puede ser fatal. No tiene sino 70 *pfennig*; el kilo de pan cuesta 50. No teniendo pieza de un marco para que le devuelvan la moneda, coloca sus piezas de 10 *pfennig* sobre el *mostrador*, contando a media voz: «*Zehn, zwanzig, dreizig, vierzig*, "*cinquante*"». La muchacha que le sirve le mira asombrada. Se da cuenta de la tontería que acaba de cometer. Sale rápidamente de la panadería, se une a Hémon y huyen a toda prisa.

Por la noche intentan, por dos veces, encontrar una granja donde guarecerse; no lo logran. Pasan la noche apelotonados uno contra otro, pegados contra un muro. El octavo día después de su partida llegan a los Alpes Bávaros, pero una vez allí, no saben hacia dónde dirigirse y comienzan a vagar.

El undécimo día, a las doce, están completamente extenuados; no han comido nada desde la víspera. Con los 10 *pfennig* que les

quedan, no pueden comprar nada. Tanto peor; mendigarán un trozo de pan. En ese momento llegan a una cima. Ante ellos, un poco separada del camino, se alza una gran casa aislada. ¡Si la granjera estuviera sola! Llegan hasta la puerta. En el interior todo está en orden. En la inmensa habitación de abajo, una gran estufa esparce una dulce temperatura, un jamón cuelga de una escarpia; en la mesa hay pan negro, manteca, patatas cocidas, restos de una comida anterior. Aquellas provisiones atraen sus miradas. Hacen ruido. Ningún eco. Envalentonados, suben la escalera, llegan a una puerta. Está cerrada. La fuerzan y ven que la habitación está vacía. Las siguientes también lo están. Se hallan solos en la casa. Los habitantes deben de estar en su trabajo. Rápidamente, descienden, comen y meten en su saco lo que no pueden comer. La prudencia aconsejaría partir inmediatamente, ¡pero se está tan bien en la casa! Quieren explorarla. Suben al primer piso. Un ruido, bruscamente, les sobresalta. Alguien entra. Están perdidos. Una inspiración súbita: ven cuatro pares de zuecos en el descansillo de la escalera; los cogen y los precipitan unos tras otros, con todas sus fuerzas, en la escalera, haciendo un ruido espantoso, que repercute en toda la casa. La puerta del piso bajo se abre de nuevo. Esperan un minuto y bajan. No hay nadie en la habitación común. Abren la puerta y desaparecen en la noche que llega.

Al día siguiente tienen menos suerte. Marchando al azar, topan con un puesto alemán. No sabían que se hallaban tan cerca de la frontera, sin lo cual hubieran marchado a campo traviesa. Desde hace doce días andan sin descanso y sus zapatos están destrozados. Con una temperatura siempre por debajo de cero, no han comido, aparte del banquete inesperado de la granja, sino tres kilos de pan cada uno, ¡doscientos cincuenta gramos diarios! A pesar de tales privaciones, han fracasado sólo a un kilómetro de la frontera, habiendo hecho, por carecer de mapa, el doble del camino necesario.

Cuatro soldados les conducen a la cárcel civil de Lindau. Les toman, al principio, por espías franceses. La multitud les rodea, les

insulta, les grita, les apedrea. Dos días después, esposados, los reintegran a Puchheim. Llegan a las 10 de la noche. Son conducidos ante el jefe del campamento, quien hace que se quiten sus trajes de paisano y les dice en una carcajada salvaje: «No volveréis a ver vuestra Francia: seréis fusilados», y les hace conducir a un calabozo.

Al día siguiente son interrogados. Los alemanes querían saber dónde se han procurado sus trajes de paisano. No contestan. Se suceden los interrogatorios, sin resultado. Durante todo este tiempo siguen en su calabozo, sin mantas, sin trajes de abrigo, con una temperatura que siempre está por debajo de cero.

El 8 de febrero de 1915, tres meses después de su entrada en el calabozo, les advierten que comparecerán al día siguiente ante el Consejo de guerra de Munich. Para que puedan presentarse dignamente ante él, les imponen un aseo. Les dejan su barba de tres meses, pero les cortan el pelo al rape, les proporcionan una guerrera demasiado grande para ellos, un pantalón rojo, un par de botas viejas, un enorme gorro de cuartel cortado de un pantalón encarnado. Están ridículos, pero quizá esté hecho a propósito. El presidente del Consejo de Guerra de Munich recomienza el interrogatorio habitual. «¿Quién les procuró los trajes de paisano que llevaban al evadirse?». No obtiene tampoco éxito. El cabo Fossey es condenado a nueve meses de prisión y el soldado Hémon a ocho. El cabo sufre condena mayor porque es considerado como suboficial y porque «ha confesado su crimen de una manera cínica».

Del 20 de febrero al 21 de diciembre de 1915 purga su pena de nueve meses, primero en la fortaleza de Oberhaus, cerca de Passau, después en la prisión de Nuremberg. Es el período más duro de su cautividad. En la fortaleza de Oberhaus sufre, sobre todo, hambre. Sólo les echan su pitanza a través del ventanillo de la puerta, por la noche, cuando ya la obscuridad es completa; no tienen cuchara; su hambre es tal, que comen incluso como los animales en la gamella, sin saber lo que tragan; para no perder un átomo de alimento, lamen el fondo, como perros.

En la prisión de Nuremberg están sometidos al régimen de reclusión. Cada uno de ellos está aislado en una estrecha celda de tres metros por dos, que no recibe luz sino por un estrecho ventanillo abierto en el techo. Gruesos barrotes verticales y horizontales recortan la escasa luz, que cae en pequeños cuadrados. Como mobiliario, un lecho de campaña que el guardián dobla todas las mañanas a las 6 y sujeta con un candado al muro para no soltarlo hasta por la noche, a las 9, un escabel y una mesa. Ninguna lectura. Tres veces al día les pasan, a través del ventanillo, una pitanza siempre insuficiente: una infusión de bellotas por la mañana; legumbres cocidas con 200 gramos de pan a mediodía, y un caldo de legumbres por la noche. Como distracciones, la misa dominical, que los prisioneros oyen en unos a modo de cajones enrejados, y un paseo de una hora diaria, ¡oh, ese paseo! En medio de un patio de unos 20 a 25 metros de lado, los alemanes han edificado una torre de 2 metros de diámetro y de 3'5 metros de alta. En torno de ella han elevado según los sectores salidos del centro del cuadrilátero, tabiques de dos metros de altura que dividen el resto del patio en 8 patinillos de algunos metros cuadrados. Los prisioneros, uno a uno, penetran en el patio por una puerta que da a uno de esos recintos, después de allí pasan a la torre, desde donde son repartidos por un sistema de puertecillas que se cierran con cerrojo tras ellos en una de esas ocho cajas. Pueden pasear allí una hora diaria, a condición de no hablar, de no gritar. Un centinela colocado en lo alto de la torre les vigila, Una vez cada dos meses, están autorizados a escribir una carta de algunas líneas a su familia. Las cartas que se les dirigen les llegan rara vez, según el humor de sus guardianes, y nunca un paquete.

No hay broma pesada o sevicia de que no se les haga víctimas.

Un día, uno de los oficiales anuncia a Fossey que un paquete acaba de llegar de Francia para él; le hacen bajar a la habitación donde está un *feldwebel*. Este abre el paquete. Contiene un salchichón entero, confitura, salchichas. Un fulgor de deseo aparece en los ojos de Fossey. ¡Tiene tanta hambre! Avanza la mano para

coger el bienhadado envío. El *feldwebel*, con el sable, lo tira todo al suelo. «No: ahora no: queda apartado para cuando salga de aquí». Jamás lo volvió a ver.

La puerta de su celda se abre, otro día, bruscamente. Un grupo compuesto de un *feldwebel* de guardia, de un oficial y un sacerdote aparece. El *feldwebel*, rudamente, ordena a Fossey que se cuadre. El oficial, que habla muy bien el francés, es enviado, dice, del rey de Baviera: «Es usted un buen soldado y no le queremos mal. El Rey, para demostrar su benevolencia hacia los prisioneros, me ha autorizado a conceder algunos favores. Si desea usted algo, dígalo y si es razonable será concedido». Fossey no quiere pedir ningún favor, pero protesta por el modo inhumano como son tratados. Pide un solo favor: que le dejen solo y tranquilo. Esta respuesta le cuesta tres días sin sopa y sin pan. Su estómago siente de tal modo el hambre, que por la noche se revuelca en su jergón a causa de los dolores. Cada cuarto de hora, la campana de la prisión resuena cada vez más lúgubremente en sus oídos.

El *feldwebel* que excitó el hambre de Fossey mostrándole su paquete, inventa un suplicio más terrible aún. A comienzos del otoño, substituye al paseo entre los muros por otro que se efectúa en un patio de las mismas dimensiones. En su centro hay un césped, y en un ángulo un manzano cuyos frutos, en esta época del año, caen al suelo. Está prohibido a los prisioneros coger una sola manzana en la hora que dura su paseo. Un solo guardián, colocado en medio del césped, vigila a los prisioneros, que, colocados uno tras otro, a tres metros de distancia, dan vueltas sin cesar. La ocasión es tentadora. Pese a la prohibición, impulsado por el hambre, un prisionero aprovecha que el guardián está de espaldas para coger una manzana y guardarla en su bolsillo. El *feldwebel* que, sin que se dieran cuenta, estaba vigilando el paseo desde una ventana del edificio, se precipita sobre él, acabado el paseo, le arrebata la manzana, le muele a golpes y le hiere con su sable en el rostro. Dos alemanes presentes le ayudan. A puñetazos y puntapiés empujan al prisionero hacia su celda y le lanzan con todas sus fuerzas. El

desgraciado, asustado, se levanta, corre a la puerta, la cierra y se apoya contra ella: quiere protegerse contra sus verdugos. Éstos le rechazan violentamente y se arrojan de nuevo sobre él. Los otros prisioneros les han seguido y dan tales gritos, que aquellos brutos se detienen. Llega el oficial de guardia. El asunto es llevado a Consejo de Guerra. ¡El francés es condenado a doce años de trabajos forzados… por resistencia a la autoridad militar!

* * *

A su salida de la prisión de Nuremberg, el 22 de diciembre de 1915, Fossey vuelve al campamento de Puchheim, completamente agotado. Hémon le espera. En cuanto le ve le aporta una gamella con huesos molidos y pan recibido de Francia. Gracias a los paquetes recobra rápidamente su vigor. Sigue pensando en evadirse. Con otros dos coloniales, los cabos Dagorne y Leconte, concibe el proyecto de partir en pleno día, pero es preciso no ir embarazados con sacos. Sacarán sus víveres por anticipado.

Con este pensamiento, logran hacerse nombrar para un servicio que va, a diario, hasta una cantera. Todos son coloniales, gentes duras. La labor es ruda. Para molestar a sus guardianes, cantan una canción de circunstancias. La cantera se extiende al borde de un campo cuya tierra, en este mes de marzo, acaba de ser removida. Bajo los surcos, a diario, ocultan Fossey, Dagorne y Leconte provisiones. A fines de marzo, todo está preparado. A cambio de alimentos se han procurado un mapa, una brújula y trajes civiles.

El 7 de abril, por la mañana, se meten entre los que van a descargar vagones a la estación. Se han puesto sus trajes civiles, gorra, americana, pantalón. Han fijado sobre su chaqueta con sólo dos puntadas la gran franja vertical de tela roja que, de lejos, distingue a los prisioneros. Con un solo tirón, pueden arrancarla y transformarse en obreros alemanes. A su llegada a la estación se destacan uno a uno del grupo de sus camaradas, arrancan su

insignia de prisioneros y se dirigen hacia un gran bosque donde se han citado. Apenas han recorrido algunos centenares de metros, cuando ven a varios alemanes corriendo tras ellos: sus vigilantes se han dado cuenta de su evasión. Es una carrera de velocidad. Los tres franceses corren al bosque y penetran unos cincuenta metros. El bosque es espeso. A toda prisa se suben cada uno a un gran abeto. Recubiertos por el ramaje, permanecen inmóviles. Escapan así a todas las patrullas que, varias veces, recorren el bosque. A las 11 de la noche, cuando los alemanes ya les creen lejos, descienden de su refugio aéreo, regresan a la cantera, desentierran sus provisiones y recomienzan el viaje que ya Fossey hiciera dieciséis meses antes. Se dirigen hacia Suiza. Cuatro días después, al cruzar una aldea, les reconocen como franceses evadidos. Las gentes les rodean y son detenidos. Conducidos a la prisión, regresan seis días después de haberlo abandonado, al campamento de Puchheim. Fossey es castigado con catorce días de calabozo. La pena es menor que cuando su primera evasión. Los alemanes se han humanizado, porque saben que se aplica a sus prisioneros trato idéntico al que ellos dan a los nuestros.

* * *

Algunos días después de su salida de la celda, el 28 de abril, el jefe del campamento manda llamar a Fossey. «¡Ah, ya está usted aquí, viajero incorregible! Va usted a poder dar curso libre a sus ideas vagabundas. Está usted designado para ir a Rusia, verá usted a sus amigos los mujiks. ¡Qué suerte tiene usted de viajar así!». Aquella misma tarde, con algunos otros rebeldes, parte para Cassel, donde se organiza el convoy destinado a Rusia. La partida tiene lugar el 12 de mayo. A los prisioneros, amontonados en un vagón de ganado al que llaman el «*sleeping* de las vacas», les entregan los guardianes como único alimento, algunas gamellas de sangre podrida; después ponen un candado al vagón y ¡adelante! Pasarán

así cuatro días, sin salir, sin sitio siquiera para tenderse, condenados a satisfacer todas sus necesidades en esa caja de madera que rueda sin cesar. Cuando el tren se detiene en una estación cualquiera, llaman a las puertas pidiendo que abran. No les responden sino con injurias y amenazas. El aire se hace irrespirable, tan espantoso es el olor que desprende aquella podredumbre humana. La cuarta noche después de su partida, el tren se detiene en una vía muerta; abren las puertas y los prisioneros salen vacilantes como si estuvieran borrachos, y respiran con placer el aire vivo de esta noche de primavera. Después, limpian el vagón. Les dan un poco de alimento y les permiten lavarse. Al cabo de dos horas han vuelto a recobrar su aspecto humano. Se les puede hacer montar de nuevo en el vagón para recorrer los 50 kilómetros que aún les separan de Vilna. Cuando desembarquen en la gran ciudad polaca, podrá presentárseles a la población. No tendrán un aspecto demasiado lamentable.

En Vilna son repartidos en varias explotaciones. A culatazos, a patadas, los soldados de la escolta levantan a aquéllos a quienes el hambre, la fatiga y la fiebre hacen caer al suelo. Fossey forma parte de un destacamento enviado a la granja de Giry, sobre el Vilia, a una docena de kilómetros al norte de Vilna. Allí, los alojan en un gran establo, al cual ponen un candado por fuera. Desde el día siguiente por la mañana, comienza el trabajo. El alimento que reciben es ilusorio; les es preciso, sin embargo, conformarse con él, pues no reciben ya paquetes. Los sufrimientos son inexpresables. Algunos días tienen que ejecutar trabajos de gran fuerza, abatir árboles, transportarlos, y no les distribuyen, la mayoría de las veces, más que una sopa diaria.

Fossey y un suboficial, el ayudante Serès, deciden escaparse. Quieren ganar el mar Báltico y desde allí, en barca, las costas rusas. El proyecto, a primera vista, parece irrealizable; necesitan recorrer más de 200 kilómetros por país desconocido, cuya lengua ignoran; no tienen ni mapas ni víveres de reserva. Si llegaran al mar, no saben si encontrarán medio de transporte, ni siquiera saben dónde

está el frente ruso. No importa: tienen confianza en su estrella. Se dicen que en ese país de grandes bosques les será fácil escapar a toda persecución y alcanzar el golfo de Riga, tanto más cuanto que habiendo sido en este frente extraordinariamente raras las evasiones, las precauciones tomadas por los alemanes no se parecen en nada a las adoptadas en las fronteras holandesa, suiza, y tras sus propias líneas en el frente francés. Lo que les preocupa más es la cuestión de víveres; no pueden, sin recibir paquetes, quitar nada de su comida para ponerlo en reserva. Vivirán sobre el país.

El 12 de junio, son destinados a un equipo que debe trabajar en una ladrillería. Repartidos en pequeños grupos, cavan el suelo. Serès y Fossey aprovechan un momento de inatención para ganar un bosque próximo. Para dirigirse sólo tienen una brújula y un vago croquis de la región. Todo el día lo pasan en el bosque, marchando constantemente hacia el Norte. A las 8 de la noche llegan a un claro donde se alza una granja aislada. En la *isba*, hecha de gruesos troncos horizontales reunidos con un mortero de arcilla, están sentados unos hombres que acaban de volver del trabajo. Fossey y Serès no saben una palabra de ruso. «*Franzusky, Franzuski*», dicen, señalándose, e indican con gestos que tienen hambre. Les dan un enorme pan, jamón, huevos, un vaso de vodka. Se separan de aquellos lituanos dándoles gracias como pueden. Aprovechando la corta duración de las noches de estío, andan hasta las 11. En ese momento se detienen en pleno bosque, cerca de un campo de fresas, que devoran.

A las 2, casi al amanecer, vuelven a ponerse en camino. Van, así, marchando de día por las zonas forestales, mendigando su pan en las granjas donde la palabra «*Franzuski*» les hace ser bien acogidos; duermen de noche en las cabañas de leñador o al aire libre. En un mes, cruzan Lituania y Letonia. El 11 de julio llegan a las cercanías del golfo de Riga, a las orillas del lago de Angen. Descubren allí una barca, antigua embarcación de recreo, sólida, provista de cuatro remos. El Báltico está allí, a menos de un kilómetro. El lago comunica con él por un canal de 30 metros de anchura. Se esconden

durante todo el día en las malezas vecinas. A medianoche saltan a la embarcación y franquean sin dificultad el canal. A las 2 están ya a más de un kilómetro de la costa. Reman desesperadamente, dirigiéndose hacia el Este, cuidando de mantenerse a 4 ó 5 kilómetros de la costa baja, que se confunde en el horizonte con la superficie del mar. A las 9 están a punto de contornear un cabo que avanza hacia el Norte. Picarán luego de nuevo hacia el Este. Dos horas más de lucha y se hallarán en aguas rusas. Están llenos de esperanza cuando ven una canoa automóvil acercarse a ellos a toda velocidad. Está tripulada por tres alemanes uniformados. En cuanto están al alcance, uno de ellos grita: «¿Quién sois?». No contestan. Repite la misma pregunta. Sus compañeros cogen fusiles y apuntan a los que huyen. Serès y Fossey están perdidos; confiesan su nacionalidad y su situación. Los aduaneros alemanes están estupefactos; no esperaban encontrar franceses en estos parajes.

* * *

Después de una estancia de dos días en la prisión de Riga, son reconducidos a Giry. Sufren un castigo disciplinario de tres semanas de celda y después son enviados a la isla del Silencio. Tal es el nombre dado por nuestros prisioneros a un campamento establecido sobre la estrecha banda arenosa que separa la laguna de Memel del mar Báltico. Están expuestos a todas las intemperies. En verano, en los barracones recubiertos de cáñamo, en medio de arenas que reverberan al sol, el calor es insoportable. En el invierno el viento reina en ese paisaje desolado: sus ráfagas sacuden los barracones y hacen más insoportable aún el rudo clima del Báltico. Fossey está poco tiempo en ese antro miserable. Al cabo de tres meses es devuelto a su campamento de origen.

Para no volver al de Puchheim, que está lejos de toda frontera, declara pertenecer al de Heubing, en el Gran Ducado de Baden, a 70 kilómetros apenas de Suiza. Sin comprobar sus palabras, la

autoridad alemana le dirige hacia ese punto. Llega en los primeros días de diciembre de 1916; su primer cuidado es preparar su fuga. A cambio de víveres que recibe de Francia, se procura, por medio de algunos alemanes, ropas de paisano, una brújula y un mapa hasta la frontera suiza. El 7 de diciembre, se hace incluir en una sección que va a la estación en busca de paquetes. Allí escapa una vez más a la vigilancia de sus guardianes. Debajo del carro de los bagajes ha escondido un pequeño paquete que contiene sus víveres y sus ropas. Lo coge tranquilamente, se pone una gran capa y una gorra de confección alemana y se aleja con el paso no precipitado, pero sí rápido, de un buen ciudadano alemán que tiene prisa por volver a su casa en un anochecido glacial. Anda durante dos noches, escondiéndose de día en los bosques de abetos. El frío violento le hace experimentar duros sufrimientos, pero presenta la ventaja de retener en sus casas a los habitantes de las regiones que cruza y disminuye, incluso, la actividad de los gendarmes. Además, él ha tenido en cuenta la temperatura. Sus ropas, extremadamente calientes, su capa y calzado impermeable le permiten soportar las bajas temperaturas. Ha cuidado de proveerse de caldo Kub, de harina de legumbres secas, de una cacerola, de alcohol solidificado. Se prepara tres o cuatro veces diarias sopas calientes y lucha así contra el frío.

El 9 por la mañana, hacia las 9, habiendo cesado de caer la nieve, quiere desembarazarse de la que recubre sus ropas; se levanta del seto donde se había ocultado y se sacude. Dos cazadores están allí, a 30 metros de él; no los había visto. Se acercan y le piden explicaciones. Una vez más es detenido, después de haber recorrido más de la mitad del camino que le separaba de la frontera.

Conducido al campamento de Heubing, es castigado con 14 días de calabozo, como lo atestigua la orden del jefe de la 17.ª compañía de prisioneros, que dice así:

17 Gefang Komp.
V. Batl.

Bestraft wird der franz. Kriegsgefang. FOSSEY, Leon, der 17 Gefang Komp, mit 14 Tag streng Arrest, weil er sich unerlaubterweise vom Arb. Kdo Heübing entfernt hat.

L. B. v. 13-XII-16
Roth

Strafantritt. M. 20-12-16.
3-1-17
Walser. U. O. d. Arrest. C.

Su traducción es:

17 Compañía de Prisioneros.
5.º Batallón.

El prisionero francés Fossey, León, de la 17.ª compañía de prisioneros, será castigado con 14 días de arresto riguroso por haberse alejado sin autorización del campamento de trabajadores de Heubing.

Entrado en prisión el 20-12-16.
Salido el 3-1-17.

Es un castigo extremadamente duro en esta estación. Un día de cada tres permanece sin alimento, los otros dos no recibe más que una ración insuficiente. En esas celdas en donde los postigos de las ventanas no cierran y el vidrio está roto, los alemanes sólo dan a sus prisioneros una sola manta.

Terminado su castigo, Fossey confiesa proceder del campamento de Puchheim; obra así porque espera encontrar allí camaradas y, con ellos, intentar de nuevo la aventura; no quiere volver a comenzarla solo. La tensión de espíritu del aislado es horrible; siendo dos, las fatigas son más soportables y, sobre todo, uno puede dormir mientras el otro vigila.

A su llegada al campamento de Puchheim, en enero de 1917, Fossey es inmediatamente enviado a una celda para purgar cincuenta días de *Streng-Arrest* por su penúltima evasión. Este nuevo castigo que continúa el de Heubing, le abate en extremo. En un barracón de planchas que no juntan han practicado los alemanes

celdas individuales de 3 metros de largo por 2 de ancho. Ninguna toma luz directa. Su puerta se abre a un corredor central. Los prisioneros condenados al *Streng-Arrest* son encerrados con prohibición absoluta de hablar. No tienen manta, cualquiera que sea el rigor del frío. Durante tres días no reciben sino 150 gramos de pan cada 24 horas y les dejan sin jergón. Al cuarto día les distribuyen, además, una sopa que, teóricamente debería ser caliente y que prácticamente no lo está, y cuyo valor alimenticio es muy débil. Para ese día se les facilita, generosamente, un jergón. Al día siguiente el ciclo vuelve a empezar.

A su salida de la cárcel, a comienzos de marzo, Fossey está en un estado espantoso; el menor esfuerzo le fatiga, le sofoca. Su primer cuidado es reponerse; su robusta constitución y los paquetes recibidos de Francia le devuelven rápidamente las fuerzas. En cuanto se siente más repuesto, prepara una nueva evasión. Un camarada del campamento se ha procurado un mapa al 1/300.000, que comprende la región. Con tintas de policopiar que mandan comprar en la ciudad, con pretexto de hacer los programas para una fiesta, lo reproducen un gran número de veces, cuidando de hacerlos en pequeñas hojitas de papel que pueden unirse. Para evitar que el sudor y la lluvia lo estropeen y lo destiñan, lo recubren con una capa de barniz.

Fossey se procura una brújula, ropas; separa, poco a poco, provisiones que en débil volumen contengan gran valor nutritivo y se conserven fácilmente. Hecho esto, necesita escoger un compañero de evasión. Se dirige, primero, a su antiguo compañero Leconte, que también está dispuesto desde hace muchas semanas a aprovechar la primera ocasión. Algunos días antes de su partida, un soldado, Dallet, les pide acompañarles y le aceptan.

Deciden partir a primeros de abril. La mayor dificultad consiste en franquear, sin ser vistos, el muro del recinto. Los alemanes lo han dejado como estaba en diciembre de 1914; su altura de tres metros les parece suficiente para evitar cualquier evasión. Se han contentado con iluminarlo con potentes lámparas eléctricas

colocadas al exterior, a distancia de unos cuarenta metros una de otra, y a rodearlo de un cordón de centinelas.

En un saliente, el recinto forma un ángulo recto, cuyas dos caras miden cada una cosa de cuarenta metros. Los alemanes sólo apostan allí un centinela, que se pasea sin descanso de un extremo al otro de su sector de vigilancia. Cuando está en uno de los costados, no ve lo que ocurre en el otro, y viceversa. Nuestros prisioneros aprovecharán esa circunstancia. Se repartirán por las dos caras. Cada uno saltará cuando vea al centinela desaparecer tras el saliente, para recorrer la otra parte del recinto.

En las cercanías se encuentra la panadería del campamento. Fossey se hace emplear en ella. En un rincón organiza un depósito de víveres; poco a poco va llevando sus provisiones. El 5 de abril, por la noche, todo está preparado. Al final del trabajo, Fossey, Dallet y Leconte se esconden en la panadería. Cuando la noche llega, Leconte, que debe salir el primero, se echa su saco a la espalda y se dirige hacia una cara. Pasan cinco minutos sin ruido sospechoso. Ha logrado su intento. Dallet debe seguirle. Fossey le ayuda a escalar el muro, porque una antigua herida le impide lograrlo solo. Está en lo alto del muro y va a saltar cuando aparece una patrulla por el interior del recinto. Descubre a los dos fugitivos y se precipita sobre ellos gritando: «Un prisionero escapa».

Dallet salta, Fossey no puede. Abandonando su saco, se precipita en dirección a los barracones. La panadería le oculta un momento a la patrulla, se precipita al rincón que le es conocido y echa el cerrojo. Los alemanes miran rápidamente por el interior del edificio, sin rebuscar a fondo. Están persuadidos de que el prisionero que no ha podido saltar el muro, se ha refugiado en su barracón y que no pensará en huir. Lo importante es ciar caza al que ha escapado. La patrulla sale del campamento y se reune con el centinela, que, avisado, ha visto huir a Dallet. Intentan atraparle. Fossey, antes que otras patrullas tengan tiempo de aparecer, sale de su escondite y corre al muro. Ya no está el saco: la patrulla lo ha recogido. ¡Tanto peor! Salta el muro, ve ante él a alemanes que, para cazar a Dallet

dan un rodeo y se pierden en la noche. Los tres prisioneros habían previsto que podrían verse obligados a separarse y se han citado en un bosquecillo fácilmente reconocible, a 3 kilómetros al nordeste del campamento. Los alemanes no les buscarán allí; pensarán que habrán tomado la dirección Sur para ganar lo antes posible Suiza.

Hacia las 22, Fossey se desliza prudentemente en el bosque. Escucha: nada se oye. Bajito imita el grito del mochuelo. Otros dos, semejantes, le contestan. Son sus dos camaradas. Los tres se reunen. En el saco de Fossey se encontraban sus ropas de paisano y víveres. Pero a pesar de todo continuarán. Se racionarán un poco más. Lo esencial es que Fossey haya conservado sobre sí sus mapas y su brújula.

Después de haber dado un gran rodeo para evitar las patrullas que deben buscarles, llegan a la vía férrea de Munich a Memmingen. Deciden seguirla hasta los alrededores de esta ciudad. Atraviesa constantemente una región boscosa, lo cual facilita su viaje. No marchan sino de noche, evitando las carreteras, siguiendo de tiempo en tiempo los caminos de travesía, pero sin perder de vista la vía férrea; con gran frecuencia toman los senderos que la bordean; franquean el Lech por el puente del ferrocarril y contornean los pueblos. Por la noche se ocultan en los bosques, descansando por turno.

Desde Memmingen van en derechura hacia el Oeste y marchan así dos largas noches por este país en extremo boscoso, hasta llegar a la vía férrea de Biberach a Stokach. Allí, cambian de dirección. Oblicuan hacia el Sur, siguen un rato la vía férrea de Engen-Stokach, que abandonan para llegar por Engen a la línea Engen-Singen. Abandonan esta última a 20 kilómetros al norte de Singen, para ir rectamente hacia Hilzingen. Por prisioneros que han intentado evadirse siguiendo ese mismo itinerario, conocen aproximadamente los emplazamientos de las líneas de centinelas en esta región.

El noveno día después de su partida de Puchheim, lo pasan cerca de unas ruinas que, según su mapa, están a tres kilómetros de la vía férrea. Se consultan: se hallan aún a 25 kilómetros de la frontera.

¿Los recorrerán en una o en dos etapas? Tienen interés en permanecer el menor tiempo posible en esta zona, que está muy vigilada. Intentarán, pues, la aventura definitiva la próxima noche.

Parten al crepúsculo para llegar a medianoche a la frontera, andan a campo traviesa hacia el Sudoeste. Antes de abordar la carretera de Hilzingen a Hofwigen, que adivinan a lo lejos por los coches que la siguen, y en la cual se encuentra la primera línea de centinelas, se desembarazan de cuanto pueda molestarles. Efectúan esta operación en la cuneta de un pequeño caminillo de travesía que va a parar a la carretera, cuando escuchan pesados pasos en el sendero. Una patrulla avanza. Se arrastran hasta un grueso árbol y se aplastan entre dos surcos. La patrulla se detiene, luego vuelve a partir. Esperan algunos minutos; después se dirigen hacia la carretera. Marchan inclinados, en fila india, prontos a tenderse. A un golpe seco dado sobre el traje de uno cualquiera de ellos deben echarse al suelo. Intentan adivinar la situación de los centinelas. Un perro ladra a cien metros, a su derecha. ¿Dará la alarma? No. Unos hombres marchan cadenciosamente por la carretera: es un relevo. El centinela cree que su perro le ladra a él y le hace callar. Están a punto de tropezar con otro centinela, pero oblicuan a la derecha y franquean la carretera arrastrándose. Todo sigue en calma.

Algunos centenares de metros más lejos, deben encontrar una vía férrea sobre la cual saben que los alemanes han establecido su segunda línea de centinelas. Se acercan lentamente, deteniéndose cada dos o tres minutos para escuchar. Cuando se juzgan en proximidad inmediata de la vía férrea, se inmovilizan durante un cuarto de hora y escuchan atentamente; quisieran poder aumentar el poder de sus sentidos, ver en la noche, escuchar los más imperceptibles ruidos. Poco a poco, sin embargo, por ruidos de pasos, por toses, por el choque de la culata del fusil al dar en el suelo, llegan a localizar la situación de los centinelas que se encuentran a derecha e izquierda de ellos. Pasan entre dos de esos centinelas arrastrándose de rodillas. Llegados al borde de la vía férrea, vuelven a escuchar si llega algún tren; después se levantan y

ponen gran cuidado en no hacer crujir el balasto, en no poner el pie sino en rieles o traviesas metálicas.

Más allá caen en un terreno pantanoso. Prosiguen su marcha lentamente, evitando producir el menor chapoteo. He aquí un pequeño canal de riego que debe conducir al río en el cual les han dicho que está establecida la tercera línea de centinelas. De lejos, distinguen el curso de agua por los sauces que le rodean; su contorno forma una sinuosa línea sombría; se oye el ligero rumor del agua. De rodillas en el fango se acercan, lentamente. ¿Dónde están apostados los centinelas? A fuerza de voluntad llegan a distinguir unas sombras que se mueven. Avanzan hasta el centro del intervalo que separa a dos de ellos. ¡El río! Entran en su cauce; es poco profundo, según sus noticias. Lo cruzan despacio. Llegan a la orilla opuesta. La frontera suiza sólo está a 200 ó 300 metros. No están aún salvados. Pueden caer en manos de cualquier patrulla emboscada. Continúan aún durante diez minutos su marcha silenciosa a través del pantano. El suelo, bajo sus pies, se va haciendo más firme. Juzgan que deben estar ya en Suiza. Una carrera desenfrenada de unos diez minutos y se detienen ahogados al borde de una carretera. Se ocultan en la cuneta, detrás de unas matas. Esperarán a que pase alguien, solo, para interrogarle. Transcurre media hora. Una mujer avanza, sola, con un cesto al brazo. Cuando pasa junto a ellos, Fossey sale de su escondite: «¿Estamos en Suiza, señora?». «Ciertamente», les contesta. No escuchan sus explicaciones. ¡Qué les importa el nombre de la aldea más próxima! Los tres se abrazan. ¡Volverán a ver Francia!

Capítulo VII

LOADO SEA GUTENBERG

Michel, el músico. – La bayoneta y la ametralladora. – «*Halt!*». – El hospital de Hannóver. – En Múnster. – Ventajas de un chubasco inesperado. – La huída. – Apresado otra vez. – A punto de ser fusilado. – Azúcar y amarguras. – Unión franco-belga. – De nuevo en libertad. – Un gendarme confiado. – ¿Para qué huir? – Triste regreso. – Un prisionero vale dos panes. – Michel impresor. – Los beneficios de la imprenta. – «¿Me da usted un fósforo, gendarme?». – La libertad ocho días antes del armisticio.

Michel ama la música. Desde muy joven toca el cornetín de pistón. Por eso, en cuanto llega al 119.º regimiento, en Courbevoie, es incorporado a la banda y pasa en ella los dos años de su servicio militar. Clasificado como músico, cuando pasa a la reserva es destinado como camillero al grupo regimental; en calidad de tal es movilizado en 1.º de agosto de 1914. Esa función le agrada poco. Prefiere algo más activo. Solicita hacer la campaña en las filas. Su petición es aceptada en seguida. Siempre serán precisos hombres en primera línea, es la idea del momento. Michel parte el 6 de agosto de Courbevoie con la 5.ª compañía.

El 119.º regimiento, afecto al ejército de Lanrezac, desembarca en Amagne-Ligny el 8 de agosto. Inmediatamente comienza nuestra marcha hacia el Norte. Vamos en socorro del ejército belga atacado por los alemanes. Nuestras tropas franquean la frontera encantadas con nuestra ofensiva. Recibidas con entusiasmo por los belgas, van confiadas hacia la batalla. Y llega Charleroi.

Impacientes, no piensan más que en atacar. Convencidas de que el alemán no resistirá en el ataque a la bayoneta, en cuanto pueden, la calan y se lanzan adelante. Los más enérgicos asaltos fracasan bajo el fuego de un enemigo demasiado superior en número, Las balas de las ametralladoras siegan secciones enteras. Nuestros primeros fracasos no nos descorazonan. ¿No se nos ha enseñado que es necesario no dejarse abatir jamás? Si un primer esfuerzo no ha logrado nada, es preciso encarnizarse y renovarlo hasta imponer al enemigo la propia voluntad. El 119.º regimiento aspira a la victoria y está pronto a todos los sacrificios con tal de conquistarla. Por tres veces, ataca. A las 9, el 2.º batallón, al cual pertenece Michel, recibe la orden de echar al enemigo de las cercanías de un

pozo de carboneo en torno al cual se ha instalado. No puede lograrlo. A mediodía, renueva su ataque y fracasa después de sufrir graves pérdidas. Tales son, que, de momento, pasa a la reserva. La batalla continúa. Poco a poco los nuestros refluyen. El 119.º se pega al terreno. Cubre la retirada. A las 6 de la tarde, el 2.º batallón es lanzado de nuevo al ataque, con la misión de liberar a los otros dos.

En hilera de a uno, por secciones, gana la última ondulación del terreno que les separa de los alemanes; éstos, a 800 ó 900 metros de allí, jalonan la cresta militar de una segunda altura. Entre las dos posiciones, un valle de pendientes suaves, sin el menor resalte, sin el menor abrigo.

Los nuestros, en cuanto están a la vista del enemigo, se lanzan adelante por grupos de 10 a 12 tiradores, ampliamente espaciados. Corren 50 metros y se pegan al suelo. Nuestra línea se sitúa en el fondo del valle. No está más que de 400 a 500 metros del enemigo. Un esfuerzo vigoroso y caeremos sobre él. Un grito de «¡Adelante!» es dado por alguien y repetido por todos. El batallón, con sus jefes a la cabeza, parte a la carrera. Pero el enemigo conoce nuestra táctica. Para defenderse ha concentrado en esta parte de su frente numerosos medios de combate. Nuestros infantes son acogidos con fuegos convergentes. Algunos se desploman, otros tropiezan y caen algunos pasos más allá. Pero el asalto continúa. El capitán que manda la 5.ª compañía precede a sus hombres y les anima con su ejemplo. De pronto, cae. Dos balas le han alcanzado en el vientre. Las pérdidas son demasiado grandes; la línea se detiene, se agazapa, después retrocede.

Michel ha visto caer a su capitán y quiere socorrerle. Treinta metros les separan. De un salto intenta llegar hasta él. Una ráfaga de ametralladora crepita. Tres balas le hieren. Una roza su tibia derecha; la segunda atraviesa su muslo izquierdo; la tercera el pie izquierdo. Ésta es la que le causa la herida más grave, pues rompe varios huesecillos. Cae al lado de su capitán. Otros dos soldados llegan hasta ellos e intentan llevarlos a retaguardia para ponerlos fuera del alcance de las balas enemigas y unirlos al regimiento.

Con su paquete de cura individual, Michel detiene la hemorragia de su muslo y después sigue al grupo de su capitán. Todos se alejan lentamente. El campo de batalla se ha vaciado. De tiempo en tiempo, algunos disparos, algunos gemidos de heridos, algunos estertores de agonizantes. La mayoría de los nuestros están heridos en el vientre o en los muslos. El enemigo ha apuntado a la línea visible formada por nuestros pantalones rojos, destacándose de nuestros capotes azules.

Los cuatro franceses siguen el camino recorrido antes del ataque. Se dirigen hacia una parcela de bosque a 150 metros de allí, con la esperanza de encontrar a algunos camilleros. Éstos han debido seguir el ataque y les ayudarán. Michel, que se arrastra penosamente sobre su lado derecho, sigue de lejos. Cae la noche. Debemos estar en plena retirada. Las luces de algunos disparos que tira aún nuestra artillería se alejan cada vez más. Hay que aprovechar la obscuridad para escapar del enemigo e intentar hallar un medio de transporte. Los heridos podrían ser evacuados hacia un hospital de retaguardia. El grupo vuelve a partir. Michel sigue, cada vez más alejado. Reuniendo todas sus fuerzas, tiene a veces que rechinar los dientes para no desfallecer. Su dolor le atenaza. Pierde pronto de vista al grupo formado por el capitán y los dos soldados no heridos que le sostienen. Ha dado 50 ó 60 pasos fuera del bosque cuando oye unos roncos «*Halt!*» ante él. Su capitán —lo sabrá después por los dos soldados que le acompañaban— ha tropezado con una patrulla enemiga y ha sido hecho prisionero.

Para evitar su suerte, Michel se arrastra más a la derecha y con dirección Oeste. Sigue mientras sus fuerzas se lo permiten. Recorre así algunos centenares de metros. Muertos y heridos por doquier. Ninguna ayuda posible. Al amanecer, le es imposible continuar. Se detiene en pleno campo. No puede sustraerse a su destino. Que ocurra lo que quiera. A mediodía, unos soldados alemanes le descubren y le vendan. Está a 800 metros de un caserío. Unos belgas, paisanos requisados por los alemanes, le transportan a él. Algunas horas más tarde un coche se lo lleva. Es cuidado 2 ó 3 días

en un centro de heridos y después enviado a Charleroi, donde los alemanes han transformado un colegio en ambulancia. En la planta baja, en el primero, en el segundo, han alojado a sus heridos. Los nuestros están reunidos en el desván. Diez días después, Michel es declarado transportable. Con heridos alemanes, es evacuado al hospital de Hannóver, donde está hasta diciembre. La cautividad ha comenzado ya para él.

En cuanto está un poco restablecido —enero de 1915—, es internado en el antiguo campamento de artillería de Múnster. Nada ha sido preparado para alojar a nuestros prisioneros. Estos duermen provisionalmente en las antiguas cuadras. Se les emplea todo el día en edificar barracones. El trabajo es penoso y sufren frío y hambre. En abril, en el momento en que el campamento comienza a tener organización, Michel es enviado con equipos de trabajadores a las cercanías de Hannóver, al campamento de Celle, que los alemanes construyen. Las mismas pruebas que en Münster recomienzan.

Michel piensa en evadirse. Es una tradición en su familia. Su padre, prisionero en San Quintín durante la guerra de 1870-71, se escapó de las prisiones enemigas, volvió a su regimiento y continuó la campaña.

Desde su llegada a Münster, Michel ha declarado que era camillero, y, por tal título, ha pedido ser repatriado. Desgraciadamente, las autoridades del campamento consultan su ficha. Descubren que fué hecho prisionero en Charleroi, armado y sin llevar brazalete alguno. Por su mentira es castigado con cinco días de prisión. Es su primer castigo, al que seguirán otros.

Si quiere recobrar su libertad, tiene que conquistarla. Su herida del pie le sigue haciendo sufrir; la de la pierna está aún mal cicatrizada; es incapaz del menor esfuerzo. Le precisa recobrar su antiguo vigor; sus piernas deben permitirle poder hacer largas etapas consecutivas. Se entrena a diario en andar. En diciembre de 1915, puede considerarse curado. Sus heridas le hacen sufrir menos. Ha recobrado la elasticidad de los músculos de sus piernas.

Varios días seguidos es enviado de servicio fuera del campamento, bajo la vigilancia de un soldado alsaciano. Él, que al principio de su cautividad no hablaba una palabra de alemán, se ha dedicado a aprender la lengua. Puede hablar con el soldado alsaciano sin que los otros prisioneros puedan seguir su conversación. Se queja de su cautividad. El otro le confía que siente verse obligado a servir a un país que detesta. Las relaciones entre los dos hombres se hacen pronto cordiales. Michel puede pedir a su nuevo amigo una brújula, un mapa y una lámpara eléctrica. Éste se las procura. Puede intentar evadirse. El invierno es demasiado crudo para pretender recorrer a pie los 400 kilómetros que separan al campamento de Celle de la frontera. Es preciso, por tanto, esperar una temperatura más clemente. Michel fija, pues, de antemano, la primavera como época de su partida.

El campamento está bien guardado. Una triple hilera de alambradas espinosas lo aísla. Cada uno de estos recintos tiene tres metros de alto. Respecto de la del centro, distan, la exterior, de 40 a 50 metros; la interior, 7 a 8. Entre las dos exteriores, circulan centinelas durante el día. De noche, se instalan en garitas elevadas provistas de potentes lámparas eléctricas, que inundan de luz las cercanías del campamento; éste tiene cuatro puertas estrechamente vigiladas. Un cuerpo de guardia está en las cercanías de cada una de ellas. Desde la puesta del Sol hasta el amanecer está prohibido a los prisioneros salir de sus barracones, que, por medida de precaución, están cerrados con cerrojos. Patrullas, con perros, circulan, con orden de disparar sobre cualquier prisionero que vean. Esa consigna la ejecutan al pie de la letra.

Toda salida a viva fuerza es imposible. En aquel terreno llano y arenoso, es imposible cavar un túnel. Habría que entibarle fuertemente y hacerle desembocar muy lejos del recinto. Su longitud mínima tendría que ser por lo menos 300 metros. Esto produciría escombros que no podrían ocultarse. Para huir hay que aprovechar algunos de los servicios que se realizan fuera del campamento.

Están siempre guardados por centinelas, pero se puede esperar un momento de distracción.

Entre los servicios diarios, Michel piensa que uno de ellos es particularmente favorable para sus designios. Es el de aprovisionamiento, que se efectúa a algunos kilómetros del campamento. Una asmática, y ya retirada antes por vieja, locomotora, apartada en un apartadero de ocasión, arrastra unos vagones con los víveres y material precisos. Los prisioneros que descargan esos vagones se reparten en pequeños grupos. En un momento dado, a uno de ellos acaso le sea posible escapar a la vigilancia de los centinelas.

A Michel le cuesta gran trabajo ser admitido para ese servicio, que es muy solicitado, pues los prisioneros que a él se dedican logran de cuando en cuando substraer algunos víveres. Después de varias peticiones infructuosas, Michel lo logra al fin. De los paquetes que recibe de Francia, y que son repartidos con parsimonia, ha separado una cuarentena de bizcochos y chocolate. Esos víveres van siempre con él en un gran zurrón cortado de un faldón de capote. Todos los prisioneros hacen igual. No quieren separarse jamás de la fortuna que para ellos representan esas provisiones.

Del mapa, que ha recortado, Michel no conserva sino la faja de tierra que se extiende entre el campamento y la frontera. Después de plegarlo cuidadosamente, lo ha cosido en torno a su quepis entre la badana y la tela. Su lámpara eléctrica está oculta entre su faja de franela. Ha envuelto su brújula, que es muy pequeña, en un trozo de papel y la ha colocado en lugar de la máquina de un reloj comprado a un ruso. Los alemanes, pese a sus búsquedas para hallar tales objetos, indicios ciertos de un propósito de evasión, no pueden descubrirlos.

Desde mayo de 1916, Michel espía el momento de huir. La ocasión se presenta por fin el 17 de agosto de ese año. El servicio de aprovisionamiento está en pleno trabajo cuando, a eso de las 10 de la mañana, estalla una violenta tempestad. La lluvia cae a torrentes. A toda prisa los alemanes se refugian en los vagones. Sólo

dos centinelas quedan en las garitas frente al tren, vigilando a nuestros prisioneros, que se apelotonan debajo de los vagones.

Michel mira en torno suyo. Nadie en los campos. Un bosquecillo se alza a unos 1,200 metros de allí. Se desliza fuera del vagón por el lado opuesto a aquél en que están los dos centinelas y después, doblado en dos, corre a lo largo del tren. El segundo centinela está muy cerca y puede verle entre dos vagones; pero es preciso arriesgarse. Anda despacio, cuidando que no ruede ninguna piedra del balasto, que podría traicionarle. Pasa ante el centinela protegido por la masa de los vagones. No le ve; la lluvia cae cada vez con más fuerza en ráfagas oblicuas impulsadas por el viento. Todos los trabajadores se han puesto al abrigo del agua. Llegado a 150 metros del tren, Michel abandona la vía férrea y corre a toda velocidad, encorvándose todo lo posible. La distancia a recorrer es larga. Si los alemanes le ven, no dejarán de disparar contra él. Le falta el aliento y se ahoga. ¿Se detendrá? No: un esfuerzo más. Llega agotado y sin respiración; con los miembros rígidos por el esfuerzo. Está así un cuarto de hora. No podría dar un paso más. Poco a poco se recobra. Busca una espesura y se mete en ella en espera de la noche. ¡Con tal que los alemanes no organicen una batida con sus perros! Éstos le descubrirían fácilmente. Las horas transcurren con lentitud. Espera la obscuridad con impaciencia: sólo ella le permitirá alejarse. ¡Llega, por fin! Va a poder probar su suerte.

Para llegar a Holanda, tiene que recorrer 350 kilómetros. Las noches son cortas, pero claras. No seguirá las carreteras, sino que marchará a campo traviesa. No podrá recorrer más de 25 kilómetros diarios. Necesitará, pues, trece o catorce días para alcanzar la frontera. A las 9 de la noche, abandona su abrigo provisional y se dirige hacia el Oeste-noroeste, en la dirección general de Neuburgo, Diepholz, Quakenbruck y Meppen. Evita con cuidado las aglomeraciones, marchando con preferencia a través de los bosques. No se acerca a las carreteras sino para leer las indicaciones en los postes o para beber en las cunetas que en esta región pantanosa están siempre llenas de agua. Las primeras noches transcurren sin

incidente. En los alrededores de Quakenbruck, se ve obligado a cruzar una importante vía férrea. Cuida de franquearla lejos de toda estación y de todo puesto vigía. Es visto, sin embargo. Un alemán que circula por aquel lugar, le interpela. Huye, pero se engancha en los alambres que bordean la vía y cae. Felizmente el alemán no le persigue y sale del paso con algunas erosiones. Esta alarma le hace más prudente aún.

El 13.º día después de su partida, debe, según sus cálculos y las localidades cruzadas, encontrarse ya cerca de Holanda. Van a comenzar para él las dificultades. Sabe que todos los caminos están guardados. Para llegar a la frontera tiene que cruzar un pequeño río, afluente del Ems, que corre con dirección general hacia el Nordeste. Debe franquearle a toda costa. Por un instante piensa en cruzarlo a nado, pero está sofocado y cansadísimo. Vacila en desnudarse. Teme que el frío del agua le sobrecoja y le impida proseguir su esfuerzo. Los puentes están guardados, pero quizá encuentre algún árbol puesto de través para el paso de los peatones. Va a nacer el día. ¿Qué hacer? La silueta de unos grandes árboles aparece junto a él. ¿Será un bosque? Se metería en él y podría descansar toda la jornada. Es la solución más prudente, aunque desde la víspera se le han agotado los bizcochos y está viviendo de patatas comidas crudas recién arrancadas en los campos. Pero lo que él creyó bosque, ¡ay!, se reduce a una cortina de árboles. Detenerse allí, cerca de la frontera, sería peligroso. No ofrece escondrijos, debe ser vigilado por las patrullas y los habitantes de la comarca circularán por allí. Es preciso continuar. Seguirá el río hasta encontrar un paso. Un camino encajonado va en dirección Oeste. Le sigue y llega así a un puentecillo. Lo examina atentamente. En la claridad que llega, no ve ningún centinela en sus cercanías. Se arriesga a cruzarle rápidamente.

Al otro lado, el camino recorre una colina escarpada. Para llegar a la cima no puede seguir a campo traviesa: la pendiente es demasiado pronunciada. Seguir el caminillo es un albur que correr, pero no puede hacer otra cosa. Dos minutos más y el peligro estará

pasado. Al volver de una curva del camino brilla un fulgor de acero: la bayoneta de un centinela. Ha caído en un pequeño puesto que se ha cavado un abrigo en el flanco de la colina. Antes de que haya podido hacer el menor gesto es rodeado por tres alemanes, llevado al puestecillo, y desde éste, algunas horas más tarde, a la prisión de Meppen. Dos días después, un soldado de la compañía de guardia en Celle viene a buscarle. Antes de partir por tren, le advierte que tiene orden de disparar contra él al menor gesto sospechoso.

A su llegada al campamento es aporreado y metido en una celda. Al día siguiente le sacan para llevarle ante el capitán Lenz. Todos los prisioneros le conocen bien. No hay vejación que no invente en contra de ellos. Algunas semanas antes les ha hecho servir durante muchos días una sopa de remolachas casi crudas. Pese a su hambre, no pueden tragar aquella sopa azucarada e insípida. Protestan. Haciéndose cargo de sus reclamaciones, el capitán les da la razón. Para que la sopa cueza lo suficiente, ordena que, a diario, 12 prisioneros estén de servicio toda la noche en la cocina, sin que este servicio suplementario les exima de su trabajo habitual. En el momento de la distribución, hace vaciar en las marmitas el contenido de un tonel de arenques salados. La mezcla azucarada y salada es, ahora, realmente incomible. Esta bromita es repetida tres días seguidos.

En cuanto Michel es introducido en su oficina, el capitán Lenz le pregunta por qué medio se ha evadido. El servicio de aprovisionamiento volvió, en efecto, sin que su falta fuera notada. Su fuga continúa siendo un misterio y Michel se niega a contestar. Ante su mutismo, el comandante se impacienta. Da orden de reunir al día siguiente a los prisioneros en dos filas, con la espalda vuelta al recinto alambrado. Cuando están inmovilizados en un «firmes» impecable, hace conducir ante ellos a Michel entre dos centinelas, con la bayoneta calada, y le hace colocar inmóvil frente a su línea. Declara que los prisioneros de guerra están sujetos a las leyes militares alemanas y que los evadidos serán equiparados a desertores. Este crimen es castigado en Alemania con la pena de

muerte. Michel será, pues, fusilado. Los intérpretes traducen sucesivamente al francés, al inglés y al ruso la alocución del jefe del campamento, y después los prisioneros desfilan ante él. Más de una hora transcurre así. Al fin, la ceremonia concluye. Michel es llevado de nuevo a su celda, en la que sus guardianes le hacen entrar de un empujón.

Este desfile ha producido en él una profunda emoción. Querría haberse descarado, haber dicho algo a sus camaradas, pero no ha podido hacerlo, tan seca tenía la garganta.

Sus reflexiones son lúgubres. ¡Mañana será fusilado! La noche es larga, interminable. Piensa en su familia. Al amanecer, resuenan pasos en el corredor que conduce a su celda. Él espía, escucha el menor ruido. No hay duda: vienen a buscarle para conducirle al poste fatal. Se defenderá. Intentará escapar o morir luchando. En el campamento nada puede intentarse porque los guardianes son muy numerosos. En cuanto salga del recinto, saltará sobre uno de los soldados de la escolta y le desarmará. Luchará. Pero lo que sucede es que le traen café hecho con castañas tostadas. Cree que la ejecución será para más tarde. Pese a su hambre, no puede tocar su desayuno. Su ansiedad es grande. A mediodía le traen una sopa. La ejecución debe haber sido aplazada para el otro día. Su suplicio se prolonga. La segunda noche es tan penosa como la primera. No puede pegar los ojos. Al día siguiente vuelven a traerle la sopa. Se tranquiliza. El jefe del campamento ha representado una comedia. Para evitar toda evasión, ha fingido ante los prisioneros que quienes intentaran escapar serían castigados con la muerte.

Michel pasa 21 días en su prisión. Un día recibe café, una sopa y 300 gramos de pan; al día siguiente sólo una sopa. Es el hambre, tanto más cuanto que las sopas, siempre claras, están hechas con cebada fermentada y no pueden calmar el hambre que lacera su estómago.

Cumplido el castigo, es trasladado al campamento de represalias de Hameln, sin que le dejen ponerse en contacto con sus antiguos camaradas, que deben creerle fusilado. Está allí dos meses. Hacia

mediados de octubre, es enviado a una azucarera a 8 kilómetros de Brunswick, en Vechelde.

Desde su llegada, Michel piensa en evadirse. Aunque nuestros prisioneros son empleados más especialmente en descargar remolachas, en lavarlas, en preparar los sacos de melaza; aunque estén siempre agrupados en servicios regulares y vigilados por centinelas, no dejan de estar en contacto con paisanos y pueden hablar con ellos. A cambio de chocolate, jabón, bizcochos, pueden procurarse sin grandes dificultades informes acerca de la situación en la región y los medios de circular por ella. Michel logra hacerse entregar una brújula, una lámpara eléctrica y mapas.

Los paquetes de víveres llegan regularmente; separa de ellos cuanto le parece necesario para su evasión: chocolate, bizcochos, extracto de carne, conservas. Almacena esas provisiones en un saco como los empleados por los turistas en Alemania. Un impermeable que ha recibido en un paquete le pone al abrigo de la lluvia. Con las ropas interiores de lana que posee podrá desafiar los mayores fríos.

Quiere, en efecto, aprovechar los días invernales para huir. Cuando hace frío los campesinos permanecen en sus casas y la circulación es menor. Las noches son, además, más largas y permiten etapas más considerables. Su primera evasión le fué, sobre todo, penosa porque estuvo solo 14 días sin encontrar jamás la menor ayuda moral o material. De día no podía tener un sueño reparador, pues necesitaba estar atento al menor ruido. Por eso esta vez no partirá solo. Entre los cincuenta compañeros de infortunio que trabajan en la fábrica, busca camaradas decididos a intentar la aventura. Prudentemente, explica sus deseos a algunos. Tres soldados belgas, hechos prisioneros en el Yser, deciden acompañarle. También ellos se ponen a acumular provisiones, informes, ropas de abrigo.

En febrero de 1917, están preparados. La estación es fría, pero hermosa. Deciden partir el sábado 2 de marzo. De día no pueden abandonar su trabajo, pues las puertas de la fábrica están estrechamente vigiladas. Aun logrando franquearlas, su fuga sería

inmediatamente descubierta. No pueden, pues, partir sino de noche, escapando del dormitorio.

La inmensa habitación donde duermen los cincuenta está situada en el primer piso de un almacén de azúcar. Ventanas provistas de sólidos barrotes de hierro dan, unas, las de la fachada principal, a un patio donde está instalado el cuerpo de guardia y donde vela permanentemente un centinela; y otra, asimismo provista de barrotes, da a un patinillo, al lado del anterior. Cada semana, los vigilantes comprueban el estado de los barrotes. Por la noche, pasada la lista, cierran la pesada puerta que da acceso a la habitación, y echan un cerrojo por el exterior. Los nuestros quedan así separados del mundo. El centinela, además, a cada relevo, da la vuelta alrededor del edificio donde están alojados los prisioneros.

Salir es cosa difícil: un solo medio es posible: saltar por la ventana que da al patinillo en cuanto releven al centinela. Eso supone tener de antemano los barrotes desempotrados o limados. Desempotrados sería dar lugar a que se apercibieran; es preciso limarlos.

Uno de los belgas que desempeña en la fábrica el empleo de ayudante del chofer, puede, gracias a sus funciones, robar una sierra para metales. La evasión es ya posible. En la noche del 1 al 2 de marzo, los prisioneros atacan los barrotes. La labor es ruda. Los barrotes son enormes y la sierra los muerde con dificultad. Son necesarias varias horas de trabajo, interrumpido sólo en los momentos de relevos de los centinelas, para hacer en uno de ellos dos profundas entalladuras. Un esfuerzo brusco y cederá. Hay que confiar en que al día siguiente el servicio de vigilancia no vendrá a comprobar su estado. Su última visita ha sido aquel mismo día. Durante la jornada del 2 el tiempo se dulcifica, e incluso llueve. Es un acontecimiento fastidioso, que contraría su evasión. Vacilan, dudan si aplazarla. Es imposible: los alemanes podrían de un día a otro inspeccionar de nuevo el estado de los barrotes, y si se dieran cuenta de que en uno de ellos había sido hecha una entalladura, como es natural, desconfiarían. Es preciso, pues, precipitar los

acontecimientos. Tanto peor si así que se evadan tropiezan con dificultades no previstas.

En cuanto los guardianes los encierran, el 2 por la noche, atacan la ventana. Acaban de aserrar el barrote. A las 10 de la noche cede al esfuerzo de 5 ó 6 hombres. Para actuar hay que esperar al próximo relevo. Diez minutos después, con ayuda de mantas sujetas por camaradas, bajan al patio, abren con una llave falsa la puerta que conduce al patio principal, y la cierran cuidadosamente. Están, de momento, fuera de peligro. En esta parte del recinto no circula sino un vigilante más preocupado de la guarda de sus sacos de azúcar que de la vigilancia de los prisioneros. El muro del recinto es bajo. Ayudándose uno a otro no tardan en franquearlo. Desean llegar a un bosque situado a 35 kilómetros de Vechelde y se dirigen a él en derechura. ¿Lo lograrán con tan mal tiempo?

La lluvia ha convertido en lodazales las tierras que el deshielo había ya reblandecido. Los campos se han transformado en pantanos. La marcha así es lenta y penosa. Hacia las 7, al nacer el día, no han recorrido sino la mitad del camino que les separa de su primer objetivo, y no pueden seguir marchando por aquella llanura desnuda. Serían descubiertos inmediatamente. Cerca de ellos, en la semipenumbra, ven unas fajinas de ramas amontonadas, probablemente destinadas a servir de soportes a plantas de guisantes o habichuelas. Cogen unas cuantas de esas fajinas de lo alto del montón, las hacen deslizar y las apoyan oblicuamente contra la masa que forman las demás. Así se procuran un estrecho refugio al pie del montículo. Se aprietan unos contra otros. Pasan allí, bajo la lluvia, una dura jornada de espera, temblando de frío. No pueden hacer el menor movimiento; están apenas a cincuenta metros de un camino por el cual circulan campesinos. Felizmente llueve sin descanso y en este domingo de Ramos, a nadie se le ocurre meterse por el campo, sin lo cual serían descubiertos.

Mal comienzo. Están inmóviles todo el día, con sus vestidos pegados al cuerpo. Su ansiedad es grande. Tienen miedo a que el dueño de aquel montón de ramas pase por allí y se inquiete al ver

los haces tumbados por el suelo. Bastará que se acerque unos metros y los descubrirá: tan mal cubiertos están. Sólo esperan la noche y saludan con alegría su llegada. Por fin van a poder andar y entrar en calor. Al día siguiente, al amanecer, llegan al bosque que constituía su primera etapa. Penetran más de un kilómetro en su interior. En un rincón espeso, un abeto enorme extiende sus ramas hasta el suelo. Se instalan debajo de ellas. Les abrigan algo de la lluvia, pero siguen teniendo frío. Los pocos bizcochos y chocolate que comen no pueden vigorizarles. No se atreven a encender fuego. Temen que el humo les traicione.

En aquel bosque experimentan, sin embargo, una sensación de tranquilidad mayor que la víspera bajo las fajinas. Están lejos de toda circulación. Duermen bajo la vigilancia de uno de ellos, por turno. Hacia las 3 de la tarde, un perro de caza surge en las cercanías; su amo debe seguirle. ¿Serán descubiertos? ¡Con tal de que no ladre! Para evitarlo le tienden trozos de bizcocho. El perro se los come, gozoso. A cincuenta metros, resuena un silbido. El perro parte y desaparece. Inmediatamente, los cuatro prisioneros alarmados, se escabullen y se refugian más lejos en un abetal aún más espeso. Son plantas jóvenes y penetran allí con grandes trabajos. Para abrirse camino tienen que separar las ramas que les azotan y les mojan. ¡Qué importa! ¡No irán a buscarles allí, de seguro!

La noche del lunes al martes pasa sin incidente. Han podido recorrer a campo traviesa una veintena de kilómetros en la dirección general del Oeste. Durante el día se ocultan en un bosque. La temperatura cambia en la noche del martes al miércoles. La lluvia cesa y el hielo vuelve. La marcha a través de los campos se hace absolutamente imposible. La inmensa llanura es una capa de hielo en donde resbalan a cada paso. Les es preciso seguir los caminos donde el tránsito durante el día ha impedido la formación de la capa de hielo. Al hacer esto cometen una imprudencia. Lo saben, pero no pueden hacer otra cosa. Atraviesan varios pueblos sin ser inquietados. El frío es tan rudo que los habitantes se han refugiado

en sus casas. La jornada del jueves se hace penosa por la nieve que cae. Los prisioneros tiritan. Uno de los belgas está enfermo y febril. Sigue, sin embargo, a sus camaradas. Durante cuarenta y ocho horas la marcha hacia el Oeste continúa. Los prisioneros recobrar, la esperanza. ¡Tal vez logren, pese a las condiciones desfavorables de la temperatura, llegar a la meta! En la noche del sábado al domingo, a eso de las 9, llegan a las cercanías de un gran poblado más importante que los atravesados los días anteriores. Está iluminado y deciden contornearle. El rodeo es relativamente fácil. Un claro de Luna espléndido ilumina el paisaje nevado y descubre el menor obstáculo. Su pequeño grupo es muy visible; sus siluetas se recortan en la albura y esto les traiciona. Apenas llegan a la carretera, cuando topan con un gendarme que les espiaba. Algunos vecinos que les habían visto le habían dado el aviso. Michel intenta la fuga. Imposible. El gendarme va acompañado por un perro que muerde inmediatamente la pierna al fugitivo. Es preciso rendirse. Los cuatro prisioneros son conducidos al pueblo. El gendarme les encierra en casa del burgomaestre, en una habitación situada encima de las cuadras y que sirve de almacén de forraje. Se llega a ella por una escalera exterior. Una claraboya se abre a ras del suelo. En el camino hablan con el gendarme, que es un buen hombre, dichoso por su captura. Cuenta a los prisioneros que cobrará 25 marcos de prima por cada uno y que podrá, con esa suma, comprar los huevos de Pascuas para sus chiquillos. Les hace saber que están a 14 kilómetros de Minden, no lejos de Loehne. Es tan confianzudo que ofrece un cigarrillo a cada uno, y hace que les sirvan en casa del burgomaestre un poco de café caliente y les den unas mantas y se olvida incluso de registrarles. Se contenta con quitar la escalerilla exterior y les anuncia que vendrá a buscarles al día siguiente para conducirles a Minden.

Los prisioneros conservan aún todo su material de evasión. La vigilancia es ilusoria: pueden volver a partir. Michel lo propone, pero los belgas están agotados. ¡Han sufrido tanto desde hace una semana! Hoy están al abrigo; el heno es suave, un calor pesado,

pero grato, sube de la cuadra. No piensan más que en reposar. Michel intentará solo la aventura. Para no dormirse, fuma, pese al peligro de incendiarlo todo. A eso de la una, abre suavemente la claraboya. Está cenada por un pestillo exterior, que cede a una presión enérgica. El suelo del granero está apenas a tres metros de tierra. Michel tira su saco al patio, se suspende con una mano al reborde de la claraboya, mientras que con la otra separa su cuerpo del muro y después, bruscamente, se deja caer. Llega al suelo suavemente sobre sus piernas en flexión, sin experimentar el menor daño. Recoge su saco, y se lo echa a la espalda. La granja sólo está rodeada de una alambrada muy baja y no hay perro. La fuga es, pues, fácil. Michel da algunos pasos por la carretera y después la deja y toma a campo traviesa con dirección al Oeste. Avanza lentamente porque la marcha por la nieve es penosa. Las condiciones atmosféricas les han obligado a acortar las etapas. Sus provisiones se agotan y aunque come cuanto encuentra, el hambre le atormenta. Comprende que no podrá seguir tal esfuerzo mucho tiempo. Debe acelerar la marcha y para ello seguir los caminos desafiando el peligro.

El incidente previsto no se hace esperar. Dos días después de su nueva evasión, tropieza en mitad de la noche con un guardia forestal que le detiene y le lleva a Osnabruck que había rebasado cosa de diez kilómetros.

El triste retorno hacia el campamento de prisioneros recomienza. Después de una estancia de tres días en la prisión de Osnabruck, es enviado al campamento de Hameln y después a la azucarera de Vechelde, donde sus camaradas de infortunio le han precedido ya hace cuatro días. Sabe que le corresponde fuerte castigo porque ha sido el promotor del complot y, además, es reincidente. Su evasión se complica porque ha sido acompañada de fractura, con robo de trajes en Vechelde, con perjuicio de obreros civiles, y de una manta del burgomaestre del pueblecillo donde fueron detenidos. Su situación es tanto más difícil cuanto que puede ser causa de que el suboficial que manda la guardia de la azucarera pierda su destino.

¡Éste es para él tan agradable! Agricultor acomodado de los alrededores, puede además de estar lejos del peligro cuidar de sus tierras. Esta evasión le ha puesto furioso. ¡Si le relevaran y le enviaran al frente! A su llegada a la azucarera, Michel recibe una serie de patadas y culatazos que le deja vacilante; y, después, el suboficial ordena que le bajen a la cueva y le aten con cuerdas contra el panel de una puerta. Una vez inmovilizado así, hace retirar a los soldados y desfoga sobre él su cólera abofeteándole. Michel no puede defenderse. No puede siquiera esquivar los golpes. Llora de rabia. Seis horas permanece atado a la puerta y después es lanzado a una cueva oscura sin jergón ni manta. Pasa en ella dos días sin recibir el menor alimento.

No le sacan de aquel lugar sino para conducirle a la prisión militar de Wolfenbuttel, donde es metido en el calabozo. El Consejo de guerra le condena a 14 días de calabozo obscuro, otros 14 de prisión severa y 21 de prisión ordinaria. En el calabozo obscuro le dan alimento dos días sí y uno no. El aire no llega a él sino por los intersticios de la puerta. En la prisión severa, le suprimen un día cada dos su ración de pan, pero su celda recibe un poco de claridad por una claraboya entejada y tiene derecho a un paseo de dos horas diarias en un prado bajo la vigilancia de sus guardianes. Es una gran mejora sobre el negro calabozo que mide como máximo 1'8 metros por 2'5 y no contiene sino una tabla como lecho, y donde manta y capote son tan sólo entregados por la noche para ser arrebatados por la mañana. La prisión ordinaria, en la cual no es privado de pan sino un día cada tres, le parece dulce. A fines de mayo, purgada ya su pena, vuelve a Hameln. No ha perdido la esperanza de evadirse.

Con dos camaradas, proyecta dirigirse hacia la costa. Con ayuda de la primera barca que encuentren intentarán pasar a Dinamarca. Cuentan con huir al prestar un servicio exterior. Desgraciadamente, los alemanes han decretado en el campamento de Hameln que todos los ocupantes de un barracón serán responsables de la fuga de sus camaradas y castigados con 5 días de prisión, lo cual, para ellos, supone una privación de 3 días de pan. Esta perspectiva incita

a algunos a impedir las evasiones, llegando incluso a la delación. Para incitarles, los alemanes han creado una prima. Los que se entregan a tan triste oficio, reciben como remuneración de sus informes, al comprobarse su exactitud, un regalo de dos panes. ¡Dos panes, para un prisionero hambriento, es mucho!

Probablemente Michel y sus dos camaradas son vendidos así. Cuarenta y ocho horas antes de su partida, son llamados a las oficinas con un pretexto y registrados. A Michel se le encuentra una brújula, un mapa y un cuchillo con filo, robado en un barracón alemán. Por ello es condenado a nueva pena de 30 días de prisión ordinaria, que cumple en Wolfenbuttel, después de lo cual vuelve al campo de Hameln, donde es sometido a una vigilancia especial. Debe presentarse cuatro veces al día al suboficial alemán de guardia, de modo que éste conozca todos sus pasos y acciones. Sus guardianes le aplican liberalmente el castigo normal, que se compone de cinco días de prisión o un múltiplo de cinco. Michel no se descorazona. Quiere volver a Francia, pero esta vez lo hará solo. Un grupo numeroso atrae más la atención. Además, no quiere llegar a la frontera fatigado, incapaz del serio esfuerzo que supone el franquearla. Esto exige llegar hasta sus cercanías en tren. ¿Cómo lograrlo? ¿Cómo salir de un campamento en que está tan vigilado?

Los alemanes, sin darse cuenta de ello, le proporcionan el medio. Michel es impresor de profesión. Los alemanes lo saben y como han montado una pequeña imprenta encargada de proporcionar al 10.° Cuerpo de Ejército todos sus impresos, le emplean en ese servicio especial. Dirige una pequeña máquina de imprimir movida con el pie. Cada papel que debe tirar le es entregado revestido de un «visto bueno» con la firma del oficial y el sello del Cuerpo de Ejército. La *Kommandatur* del campamento agrega el suyo y el jefe de él la firma. Michel aprovecha que en dos papeles esas firmas y sellos dejan un espacio blanco bastante importante entre ellos, y el texto para hacer saltar éste. Dispone así de dos papeles firmados, con todos los sellos reglamentarios. Con caracteres de imprenta compone dos notas de servicio. La primera autoriza al prisionero

francés Michel a salir del campamento para ir a la estación. La segunda le ordena tomar el tren para ir a Rheine.

Pone en esos papeles la fecha 1.º de noviembre de 1918. El 2, hacia las 8, se presenta en la puerta principal del campamento y muestra su papel al centinela. Éste, estupefacto, le conduce al suboficial de guardia, que da vueltas al papel en todos sentidos. La orden es formal y lleva todas las firmas posibles e imaginables. El suboficial lo devuelve a Michel y manda abrir la puerta. Tranquilamente, sin apresurarse, se dirige a la estación, donde, con su salvoconducto, le dan un billete militar de cuarta clase para Rheine.

De vez en cuando, algunos de nuestros prisioneros viajaban así. Los empleados en explotaciones agrícolas delegaban cada quincena aproximadamente a uno de los suyos para que fuera al campamento a recoger sus paquetes y ropas. El viaje de Michel sin escolta no constituía, pues, una medida excepcional que pudiera asombrar a los alemanes y despertar sus sospechas. Era poco corriente, pero todos habían visto viajar prisioneros en esas condiciones. En Hameln, Michel toma el tren para Hannóver. En esta estación cambia de nuevo y hasta Minden viaja con un grupo de prisioneros rusos conducidos por un centinela. Durante el viaje, un gendarme pasa por el corredor. Michel, entabla conversación con él. Le explica que trabaja en Rheine, que ha ido por un día a Hameln para servir de testigo en un asunto judicial, y ahora vuelve a su puesto. Como habla corrientemente el alemán, y va de uniforme, el jefe del puesto de vigilancia del lugar de donde depende le ha dejado partir solo. En apoyo de lo que dice, muestra su salvoconducto. El sello de la estación se ha agregado a los otros. El gendarme se convence. Hablan de todo un poco. Los prisioneros rusos y su vigilante bajan en Minden. El gendarme va hasta Osnabruck. Michel no le abandona. Cerca de él, está seguro. Nadie se atreve a preguntarle nada. Llegados a Osnabruck se despiden como viejos amigos. El gendarme se apea. El tren se ha vaciado. El compartimiento donde está Michel se llena de nuevos viajeros que se asombran de verle

allí. Para probarles que no tienen por qué temer, llama de nuevo al gendarme y le pregunta si tiene una cerilla. Éste se la proporciona. Michel le da las gracias. Nadie se atreve a preguntar nada. Algunas horas después, llega a Rheine sin obstáculo. No está más que a 40 kilómetros de la frontera. Ha podido así, sin fatiga y en menos de dos días, recorrer un camino que, sin su astucia, le hubiera exigido 10 ó 12 etapas. El peligro comienza entonces.

En cuanto llega a Rheine, corre a contravía. En un periquete se desembaraza de su capote y de su quepis. El pantalón que lleva es negro y el vivo, cosido ligeramente, es arrancado en un segundo. De su saco extrae un sombrero de fieltro. Parece un paisano cualquiera vestido con un pantalón negro, chaqueta de pana gris, sombrero y provisto de un saco tirolés. Sale de la estación siguiendo las vías y después se dirige hacia el Oeste, hacia Holanda, huyendo de todo centro. La segunda noche después de su partida de Rheine, se ve obligado a cruzar una vía férrea que le impide el paso. Toma toda clase de precauciones, pues tal operación es siempre peligrosa. Tiene miedo a tropezar con un vigilante, como en su primera evasión. Sin embargo es preciso pasar. Escala un terraplén, cruza rápidamente las vías y se desliza al otro lado. Cae en unas charcas; se levanta lleno de barro y continúa su marcha. ¿Está en Holanda? ¿En Alemania? No lo sabe y no se atreve a informarse. Pasa el día oculto en unos tubos de cemento. Según sus cálculos debería haber franqueado ya la frontera. Prefiere continuar aún marchando hacia adelante toda la noche siguiente. Sólo al otro día se atreve a presentarse en una aldea y a preguntar el nombre de la localidad. Está en Holanda y a más de 20 kilómetros de la frontera. ¡Salvado! El armisticio ponía fin a las hostilidades algunos días después.

Capítulo VIII

MARINOS EN TIERRA

El *Listrac* en el puerto de Hamburgo. – Internados. – *Deutschland über alles*. – El pontón *Siegfred*. – Fleuret. – Al campamento de Holzminden. – La primera tentativa de fuga fracasa. – Un Club de Evasión. – Fleuret electricista. – Otro intento de fuga fracasado. – De nuevo en la fábrica. – Nueva evasión. – Detenido en la frontera. – Trabajando… y pagando. – Huye una vez más. – El paso de la frontera. – Un gendarme holandés y una copa de ginebra.

Antes de la guerra, el vapor *Listrac* de la Compañía Worms, efectuaba viajes regulares entre Rouen, Dunkerque, Hamburgo y Rotterdam. El 25 de julio entra en Hamburgo. Los oficiales, al desembarcar, encuentran un aspecto particular a aquella ciudad que conocen de antiguo. En todas partes conciliábulos y conversaciones llenas de reticencias. Las orquestas de los cafés sólo tocan aires patrióticos. En las estaciones reina una actividad desacostumbrada. Franceses, rusos, ingleses abandonan apresuradamente la ciudad y vuelven a su país natal; su partida está justificada, los alemanes hablan claramente de guerra.

La carga del *Listrac* se hace rápidamente a instancias de los oficiales. Todo está listo el 29 por la mañana. El navío partirá aquella misma tarde a última hora. Pero una comisión de funcionarios del puerto se presenta a bordo y da orden de desembarcar cuantos productos alimenticios formen parte del cargamento. Algunos comerciantes retiran también sus mercancías, sobre todo las planchas de cinc. ¿Por qué? Algo extraordinario ocurre en Alemania. El capitán activa los preparativos. El 31 de julio, con sus papeles en regla, el *Listrac* apareja, desciende el Elba y llega a Cuxhaven. Acelera ya su velocidad cuando, en el instante de tomar el largo, un remolcador armado le aborda y le ordena que remonte el río y espere instrucciones. Las protestas del capitán son inútiles y es preciso obedecer.

Los alemanes fondean minas en los pasos; parecen temer un ataque contra sus puertos. Al día siguiente, 1.º de agosto, Alemania exulta de goce: El Reich ha declarado la guerra a Rusia. El *Listrac* recibe órdenes de volver a Hamburgo, a despecho del Derecho Internacional. Bajo la amenaza de los torpederos, tiene que

obedecer. En Hamburgo se siente ya prisionero. El cónsul de Francia prepara su equipaje, convencido de que Alemania nos declarará la guerra. La noticia es oficial al anochecido y el internamiento comienza.

Oficiales y tripulación quedan autorizados a permanecer a bordo del *Listrac* hasta el 16 de octubre. Durante este período la vida material es posible, gracias a los recursos del vapor. El entusiasmo de la población llega al delirio. Cada partida de tropas es saludada con las aclamaciones de la muchedumbre; la noticia de la toma de la ciudadela de Lieja excita todas las esperanzas. Gentes que no se conocen se abrazan en plena calle y se felicitan por el éxito. En todos los cafés, en todos los restaurantes, no dejan de tocar el «Deutschland über alles» y la «Wacht am Rhein». En cuanto esas notas resuenan, el público se pone en pie, emocionado, y acompaña a todo pulmón esos cantos guerreros. Para todos es la guerra «fresca y alegre», tan ciertos están de una victoria decisiva a breve plazo.

El 7 de agosto, la tripulación del *Listrac* es prevenida de que le está prohibido abandonar el barco a partir de ese día; vive bajo la vigilancia de la policía del puerto. Puede, sin embargo, procurarse los periódicos alemanes y seguir, aproximadamente, la marcha de las operaciones. Con el corazón oprimido conoce el rápido avance de los alemanes en Francia. ¿Podrá al menos detenérseles? Hacia el 6 de septiembre las noticias se rarifican: la batalla decisiva debe estar entablada. ¿Cuál será su resultado? Todos, ansiosos, esperan una indicación espían una indiscreción. El 14 de septiembre, un italiano, casado con una francesa, que se ha procurado periódicos de su país, viene a anunciarles la victoria del Marne. ¡Francia está salvada! Esta noticia les ayuda a soportar la ausencia de cartas, el dolor de sentirse inútiles.

El 17 de octubre, todas las tripulaciones de los barcos aliados inmovilizados en Hamburgo son internadas en un viejo pontón alemán: el *Siegfried*. Oficiales y marineros de 56 navíos ingleses, de tres navíos rusos, de un belga y de uno francés son amontonados en

las calas de ese buque fuera de servicio. Por todas partes se instalan lechos provistos de un mal jergón. La alimentación es infecta, los parásitos pululan. Apelotonados, privados de aire, sin espacio para pasear, los desgraciados pasan así dos meses de vida deprimente.

El 15 de diciembre, el éxodo hacia el interior comienza. El mecánico jefe del *Listrac*, Fleuret, es enviado al campamento civil de Holzminden, en el ducado de Brunswick. La alimentación es allí tan mediocre como a bordo del *Siegfried*, pero, en su conjunto, el campamento está menos sucio.

⁂

El pensamiento de que pueden pasar largo tiempo encerrados en ese recinto parece insoportable a la mayoría de los prisioneros. Aspiran a liberarse. A fines de diciembre de 1914 cuatro de entre ellos, huyen. La nieve, que cae desde hace varios días, ha recubierto el suelo con una capa de más de sesenta centímetros de altura y continúa espolvoreando el campo con grandes copos. Pero nada les detiene. Provistos de algunas provisiones y una brujulita, franquean en plena borrasca las dos alambradas que cierran el campamento; su fuga es, desgraciadamente, señalada por el maquinista de un tren que maniobra en las cercanías y que avisa a la guardia. Los dos camaradas que llevan las provisiones son cogidos en seguida; los otros dos, sin medios de continuar la ruta, tienen que rendirse.

Esta tentativa no podía tener éxito. Había sido preparada con demasiada precipitación, pero ha hecho nacer la idea de crear en el campamento un club de evasión, donde serán concentrados todos los informes que puedan facilitar la fuga y serán comunicados a los que deseen aprovecharlos. En la primavera de 1915, uno tras otro, varios internados intentar escapar. Todos fracasan por falta de informaciones y también por carencia de medios materiales.

Una de esas evasiones merece ser señalada por su audacia. A su entrada en el campamento, los prisioneros son conducidos a una

oficina especial, donde son registrados y desposeídos de su dinero y objetos que pudieran ayudarles a huir. Un día, un francés, internado civil, llega al campamento de Holzminden. En la visita obligatoria le despojan de su aparato fotográfico, de un mapa de la región y de su dinero. Terminada esta operación, el empleado, sin salir, le indica con la mano el barracón adonde debe dirigirse. El francés ha dejado, junto a la puerta, apoyada contra el muro, su bicicleta. El alemán no la ha visto, y él monta en ella, va al barracón y oculta su máquina en un rincón. Por la noche la disimula bajo el entarimado.

En los primeros días de abril de 1915, observa que un paisano alemán va todos los días al campamento en bicicleta para trabajar y que no lleva como señal distintiva más que un brazalete rojo; se confecciona uno idéntico, espía las maneras del obrero y se caracteriza a su imagen. Algunos minutos antes de mediodía, después de haber sacado su bicicleta, pasa a buena marcha ante los dos centinelas deseándoles *Mahlseit* (Buen apetito), y desaparece por la carretera. Cien kilómetros más allá es cogido: no hablaba lo bastante el alemán.

Un industrial de Tourcoing es el alma de este club de evasión. Se consagra enteramente a esa obra, ayudando con sus recursos personales a quienes quieren correr la aventura que su edad le impide a él. Presidente de la oficina de beneficencia del campamento, les asegura cuanto es necesario en trajes, calzado y víveres. Para tener brújulas, se dirige a un soldado alemán. Mediante una fuerte comisión, éste se encarga de comprarlas en la ciudad vecina. Lleva su conciencia hasta tal punto que, habiendo entregado una estropeada, que fué causa de que se perdiera un evadido, declara que, en adelante, las comprobará él mismo cuidadosamente antes de entregarlas.

Un internado que habita en Alemania desde la declaración de guerra, logra hacerse con varios mapas del Estado Mayor de la región. Otro prisionero, fotógrafo de profesión, los reproduce en un gran número de ejemplares. A esta documentación básica se agrega otra, fruto de la experiencia. Cada evadido cogido señala las rutas y

los puentes guardados, los que no lo están, los caminos menos frecuentados, los puentes de la frontera donde los centinelas están más espaciados, etc… Así, poco a poco, se constituye una documentación importante, y cada día más precisa.

En octubre de 1915, cuatro jóvenes, sin despertar la atención de los centinelas, escalan las alambradas del campamento a la caída de la noche. Hablando uno de ellos de un modo correcto el alemán, no vacilan en tomar el tren en una estacioncilla vecina. Atravesando Alemania de Norte a Sur, llegan a una veintena de kilómetros de Schaffouse. Dos días después de su salida del campamento están en Suiza.

Son los primeros evadidos del campamento de Holzminden. Este éxito anima a los otros. Los alemanes aumentan las precauciones, refuerzan la guardia, aumentan la iluminación del recinto, alzan las alambradas; a pesar de todo, las tentativas de fuga se multiplican. Todas fracasan de nuevo.

Los que desean huir intentan un procedimiento diferente. Consienten en trabajar en una fábrica o granja. En esos puestos gozan de una libertad relativa, tienen más facilidad para poner su proyecto en ejecución.

En agosto de 1916, Fleuret pide ser empleado en una fábrica de aparatos eléctricos de Mülheim. Este favor le es negado con el pretexto de que él está empleado en la oficina del campamento; algunas semanas después, en noviembre, por sorpresa, se incluye en un destacamento destinado a la mina Minister-Ochenbach en Brambauer, cerca de Dortmund. A causa de sus aptitudes, el contramaestre electricista le elige para el entretenimiento del material eléctrico. Le alojan en una casa particular. Él y otro francés llamado Périer viven en casa de una vieja polaca alemana con seis polacos y dos belgas. Duermen en una habitación apenas amueblada. Como internados pueden circular entre las horas de trabajo. Teóricamente, no deberían salir del límite de la aglomeración. Prácticamente, van adonde quieren.

Rápidamente, Fleuret y Périer traban conocimiento con una vecina simpática. Obrera de la mina, no le agradan las gentes del país. Nacida de padre ruso y madre polaco-alemana, casó con un minero de Alta-Silesia. Abandonada por él, con un niñito, ha tenido que ponerse a trabajar. El niño muere. Desesperada, sin recursos, se tira al canal, de donde es salvada con gran trabajo. Mal vista por la población a causa de ello, vive separada de todos, conservando un profundo resentimiento contra los que la rodean. Simpatiza, en cambio, con los dos franceses. Ellos le confían sus proyectos, sus esperanzas. Ella les pone en relación primero con un holandés que ha vivido en la región de Emmerich donde ha sido contrabandista, y después con un alemán que ha circulado mucho por la frontera por los alrededores de Barken. Los dos les dan útiles consejos. La obrera polaca consiente en guardarles en su casa sus brújulas y sus mapas.

En algunos días todo está preparado. Fleuret y Périer deciden partir el domingo 24 de diciembre con los dos belgas que habitan con ellos. Todos hablan alemán. Irán a pie hasta Lünen, pequeña ciudad situada a 6 kilómetros aproximadamente de Brambauer y allí tomarán el tren hasta Dülmen.

El 24 de diciembre ponen el proyecto en ejecución. La estación de Lünen está poco guardada. La toma de billetes es fácil, tanto más cuanto que hay afluencia en la ventanilla. Los cuatro fugitivos viajan en 4.ª clase. Périer y Fleuret suben a un compartimiento más que lleno en el cual un landwehriano, con permiso de convalecencia, maravilla al auditorio, compuesto en gran parte de mujeres, con relatos de incursiones de cosacos en las marismas de Pinsk, de donde él llega. Todos le escuchan con la boca abierta. Gracias a tal narrador, el trayecto se hace rápido. He aquí la estación de Dülmen. Ninguna petición de documentos a la salida. Un suboficial comprueba únicamente los permisos de los soldados.

La primera dificultad está resuelta. Los cuatro evadidos se internan en los arrabales de Dülmen. Para excitar menos las sospechas, van de dos en dos, con una separación de veinte metros. Al llegar a una plaza a eso de las 4 y media de la tarde, una

bandada de chiquillos les ve y grita: «¡Franceses, franceses!». Fleuret y un belga van en cabeza y fuerzan el paso. Périer y el otro belga toman una calle transversal. Las dos parejas se pierden de vista y no volverán a encontrarse por entonces.

Fleuret, en la duda del camino a seguir, pregunta a una aldeana el camino de la aldea de Merfelder; ella se asusta, pero da, no obstante, la explicación deseada. La noche, muy obscura, y el tiempo, muy frío, son propicios. Nadie por las calles. Los dos evadidos marchan rápidamente y pasan la aldea. El cielo se ha aclarado y pueden orientarse por la polar. Han estudiado tanto su itinerario, que andan sin vacilación. Dejando la carretera empedrada, toman un mal camino de travesía, poco frecuentado, que une a Merfelder con Gros-Recken. A mitad del camino entre ambos, hacen un alto y comen un poco de pan y chocolate. A medianoche llegan al cruce de caminos al sur de Gros-Recken. En la tarde y la noche han recorrido más de treinta kilómetros y están fatigados. Para tomar algún reposo, se detienen en una pradera en las cercanías de la carretera e intentan dormir, pero hace demasiado frío y tiritan. Además, Denismacker, el belga, está intrigado por una luz que se ve al otro lado de la carretera; insiste en continuar el camino e intentar hallar una granja aislada o un lugar propicio para el descanso. Continúan su marcha hacia la aldea. De pronto, un grito ronco: «*Hände auf!*» (¡Manos arriba!). A tres metros un fusil les apunta y una silueta obscura, con un casco en punta, se destaca en la noche. Han tropezado con un gendarme de Gros-Rocken que ha ocupado su puesto hace apenas un cuarto de hora. Advertido desde la víspera por teléfono de la evasión de un ayudante y un soldado francés del campamento de Dülmen, ha supuesto que pasarían por ese lugar y les espiaba. Lleva a los dos evadidos a casa de un viejo campesino cercano. Éste, con su escopeta entre las piernas, les guarda mientras el gendarme sigue su facción. Al amanecer vuelve para llevarles a la pequeña cárcel de Gros-Recken. El trayecto es penoso. Batidos por una borrasca de nieve, llegan a la aldea transidos de frío; allí los meten en dos celdas contiguas, verdaderas neveras;

pasan en ellas tres días, después de los cuales los devuelven a Brambauer, a la mina, donde encuentran a sus dos camaradas, que también han sido apresados.

Al día siguiente de su vuelta, Fleuret se ocupa en reparar un reóstato, pensando que será preciso ir a gustar de las delicias de la prisión —la tarifa mínima por una evasión es de quince días— cuando el ingeniero le manda llamar. Le pregunta las razones de su evasión, le sermonea, intenta persuadirle de que no se puede franquear la frontera. «Todos los que lo han intentado han sido detenidos», dice. Creyendo haberle convencido, le declara que no será castigado a condición de tener en buen estado el sector de iluminación que le está encomendado. Fleuret se compromete a ello.

La vida sigue como antes. Los cuatro evadidos continúan pensando únicamente en huir. El gendarme de Gros-Recken dejó a Fleuret su brújula, pero se apoderó de sus preciosos mapas, que procedían del campamento de Holzminden. Hay que procurarse otros. A fuerza de rebuscar encuentran una pequeña librería propiedad de una suiza-francesa, viuda de un alemán. Vende en su tienda el *Journal de Genève*. Un domingo, Fleuret va a su casa con un camarada. Compra el periódico suizo expresándose en francés, para dar confianza a la vendedora; se presentan como suizos y anuncian su intención de proseguir su viaje por Alemania. ¿Tiene mapas de Alemania, sobre todo de la zona Norte? Confiada, exhibe toda su colección. Compran los que les son necesarios. Algunos informes complementarios que reciben les animan a modificar su itinerario pasando esta vez por Emmerich. Efectuarán así casi todo el recorrido en tren. El holandés que conocen les ha asegurado que la estación de Emmerich no está guardada. Se hace por ella —afirma— un contrabando desenfrenado, lo que permite suponer negligencia en el servicio de vigilancia y aumenta las probabilidades de éxito. Durante todo el mes de enero estudian su plan. Su partida, fijada al principio para comienzos de febrero, es retrasada por una circunstancia fortuita. La última semana de enero, Fleuret se hiere en la mano al reparar una máquina y es conducido a la enfermería;

aprovecha el forzado reposo para poner a punto los pormenores del plan. El sábado 11 de febrero, obtiene su hoja de salida. La partida se acuerda para el día siguiente por la mañana. Un belga, arrestado aquel mismo día, falta a la cita. El tiempo es frío: hace de 12° a 13° bajo cero. La nieve, que ha caído en abundancia los días precedentes, se ha endurecido, el cielo es claro y las condiciones son favorables.

El 12 de febrero, los tres fugitivos toman el tranvía a las 7 y llegan a la estación principal a las 7'45. Obtienen sus billetes sin incidente. Cambian de tren en Oberhausen y siguen la línea Wesel-Emmerich-Holanda. No viajan en el mismo compartimiento. Provistos de periódicos y revistas, parecen interesarse en su contenido. Fleuret pasa un apuro serio con una joven que a toda costa quiere emprender conversación con él. Responde con monosílabos por miedo a que el acento le denuncie. Una circunstancia le hace más circunspecto aún. En el compartimiento se encuentran otros dos viajeros que no le inspiran confianza. Felizmente, la mujer permanece en el tren poco tiempo. En Emmerich, Fleuret desciende de los primeros, con un cigarrillo en la boca. Contrariamente a las afirmaciones del holandés, la estación está muy vigilada. Un destacamento de una veintena de hombres, en dos filas, guarda la salida. Un agente de seguridad pide documentación a cuantos le parecen sospechosos. Fleuret sale entre los primeros y pasa sin dificultad. Périer y el belga, menos afortunados que él, no pueden presentar el permiso de circulación que les piden. Inmediatamente son apresados.

Fleuret, en cuanto ve cogidos a sus dos amigos, sale de la estación; intenta hallar la carretera de Eltet. El plano sucinto de la ciudad bosquejado por el holandés es bastante imperfecto en cuanto a proporciones, no le permite orientarse y se pierde. Por fin pregunta el camino a una niña de unos diez años, que le responde, muy amable: «Sígame y le conduciré». Diez minutos después está en una carretera plantada de árboles. Un cuarto de hora de marcha y llega a un ligero montículo. Desde la calzada ve la aldea de

Huthun; un poco más lejos, en una eminencia, el campanario de Eltet, y, más a la izquierda, los bosques y las casas del arrabal del pueblo holandés de Zevensar, meta de su aventura.

De momento es preciso que pase el tiempo para que el paso sea ya de noche. Deja la carretera y finge interesarse en los juegos de unos jóvenes que patinan en un gran foso. Pasa así cerca de una hora, mientras examina atentamente la topografía de la frontera. A las 4 y cuarto de la tarde está a unos 5 kilómetros de Eltet; dos hombres viejos y tres mujeres pasan dirigiéndose hacia Huthun; les sigue de cerca, casi pisándoles los talones. Llegan al pueblo; algunos soldados vagan por las calles. En la plaza, Fleuret se detiene. Examina detenidamente la iglesia, detalla su arquitectura, y en tanto divisa un sendero que desemboca frente a ella. Éste es —según le han dicho— el que siguen los contrabandistas; a través de bosques le conducirá a buen puerto.

La noche llega, pero no es aún lo bastante obscura para arriesgarse; hay que esperar un cuarto de hora. Fleuret se desliza detrás de un contrafuerte de la iglesia, donde estará seguro. Algunos minutos más tarde, una alta y gruesa mujer, viniendo de la carretera de Emmerich, sigue el sendero: debe ser una contrabandista, Fleuret la sigue a distancia. Entra en el bosque y él regula su paso por el suyo, quedándose un poco a la izquierda. Vadean un arroyuelo y escalan una pendiente; van sin ruido, ahogando sus pasos. Bruscamente, ruido de armas. Un centinela grita: «*Wer da? Halte oder ich schiesse*» (¿Quién vive? Alto o disparo), y avanza, bayoneta calada. A su orden, Fleuret levanta las manos; el alemán silba tres veces, estridentemente. Llegan dos soldados. Una evasión más que fracasa.

Si Fleuret hubiera seguido las huellas de la contrabandista, a 20 ó 30 pasos más a la derecha, hubiera pasado. El *gefreite* y el soldado que acuden al llamamiento del centinela le llevan al puesto de guardia, a la entrada de Huthun, donde un *vice-feldwebel* le interroga. Intenta hacerse pasar por un minero alemán que desea efectuar algunas compras en Zevenaar, sobre todo chocolate, y debe

volver aquella misma noche a su familia. El *vice-feldwebel* está perplejo; incluso por un momento está a punto de soltar a su prisionero, pero el *gefreite* interviene en la discusión. «No es un alemán —dice—. Que nos enseñe sus documentos». Fleuret no los posee. El *vice-feldwebel* da la orden de registrarle y le hace que diga su nombré y su nacionalidad.

Conducido a Emmerich, es interrogado por un oficial y después metido en una prisión, donde ya se encuentran tres soldados alemanes. En cuanto el guardián cierra la puerta y apaga el gas del exterior, se ponen a interrogarle y le hacen preguntas sobre preguntas; él les explica su odisea. Inmediatamente se convierten en buenos camaradas. Uno de los tres alemanes, natural de Posen, ha sido cogido en el momento en que desertaba. Los otros dos están castigados por un retraso a la vuelta de un permiso. Todos desean el fin de la guerra y no dan muestras en verdad de ardiente patriotismo. Dos días más tarde, Fleuret es encargado, en compañía de uno de ellos, un renano, de fregar un corredor y aserrar madera. El trabajo es hecho rápidamente. Al volver a la celda están solos. Aprovechan este instante de libertad para hablar libremente. El renano, que conoce bien la región, indica a Fleuret los emplazamientos de los puestos de los centinelas, las horas habituales de las patrullas y de los relevos; le aconseja que, al salir de Emmerich, siga recto hacia el Nordeste en vez de al Norte y le da los informes más completos y exactos deseables; Fleuret los anota en su memoria.

Al día siguiente es conducido ante el juez de instrucción, que quiere inculparle de espionaje. Le acusa de haber sido documentado, ayudado, y tal vez acompañado por una persona alemana. No admite que haya podido, solo, tomar el tren en Dortmund, viajar y descender en Emmerich sin ser inquietado.

Después de cinco días de celda y de numerosos interrogatorios, le devuelven a Brambauer, donde, después de algunas vacilaciones, le reponen en sus funciones, no sin condenarle esta vez a veintiún días de prisión; sin embargo, como trabaja en una fábrica que

interesa a la Defensa Nacional, le autorizan a liberarse de esa pena contra el pago de una multa de 120 marcos. Fleuret opta por esta solución, pero no posee la suma exigida; por consejo de un obrero alemán, va a casa del comisario de policía y le ofrece pagar 10 marcos al mes. Después de una larga discusión, se ponen de acuerdo; Fleuret pagará 20 marcos mensualmente.

Vuelve al trabajo en la mina. Los cuatro amigos vuelven a comenzar sus preparativos de fuga. Durante todo el mes de marzo, el frío sigue siendo muy vivo. Deciden partir después del deshielo. Todo se organiza para el 14 de abril, pero la semana precedente a ese domingo es extremadamente lluviosa y el suelo se encuentra enfangado y los fosos llenos de agua.

Hay que esperar. Pero en tanto, Périer es encarcelado: algunos días antes había escrito a un contrabandista reputado en la región como facilitador de evasiones. Por esta vez ha entregado su carta a la policía. Enviado a la prisión de Lünen no podrá partir.

El sábado 28 de abril, todo está preparado. El tiempo es espléndido. Al día siguiente los tres cómplices, Fleuret y los dos belgas, Denismacker y Auguste, parten; toman el mismo tranvía y el mismo tren que la vez anterior. En Oberhausen, cambian de tren; pero en vez de continuar hasta Emmerich bajan en Dinslaken, donde, según sus informes, no existe vigilancia.

A la salida de la estación, siguen la gran carretera de Wesel que bordea el campo de tiro y desde donde descubren el campamento de prisioneros de Friedrichsfeld y llegan hasta el Lippe. No hay medio de franquearle sino por el puente, que está guardado por un centinela. Felizmente, su misión se limita a impedir toda tentativa de destrucción. Se contenta con examinar a quienes llevan paquetes. Los tres evadidos desfilan tranquilamente ante él, sin que se fije siquiera; además, está en animada conversación con una rubia y regordeta *Fraülein*.

Al comienzo de la tarde, Fleuret y los dos belgas cruzan Wesel. En pleno centro de la ciudad tienen un momento de inquietud; tres o cuatro chiquillos corren tras ellos; uno de ellos dice: «Parecen

espías». Denismacker les impone silencio. Ganan sin ser inquietados la salida Norte de la ciudad. Allí descubren fácilmente la plaza donde se estaciona el tranvía que conduce a Rees. Al dirigirse hacia el quiosco que ocupa la cabeza de la línea tropiezan con un soldado alemán empleado largo tiempo en la oficina del campamento de Holzminden, que podría reconocerles. Felizmente, también éste habla con una dama y no se ocupa de quién pasa. Fleuret y los dos belgas suben furtivamente al tranvía y a las cinco de la tarde llegan a Rees sin novedad.

A partir de esta ciudad tienen que seguir la carretera general de Emmerich. En el mismo momento en que van a entrar en esa carretera, una treintena de pasajeros desembarcados de un vapor del Rin salen de Rees. Siguen el mismo itinerario que ellos. Los tres evadidos se deslizan en medio de esa tropilla. Cruzan así sin obstáculo la aldea de Bienen, donde está establecido un puesto que ignoraban. El *feldwebel* que le manda se pasea, con el sable al cinto, ante la puerta de un restaurante, transformado en puesto de guardia, contemplando a las gentes. No sospecha que en aquel grupo, formado principalmente de mujeres y niños, se encuentran evadidos.

Estos últimos continúan en dirección a Emmerich. Deben, según su proyecto, dejar la carretera a dos kilómetros al sur del pueblo y marchar a campo traviesa con dirección al Nordeste. Dos kilómetros antes de llegar a este punto, dan con un centinela colocado en medio de la carretera. El belga que va en cabeza le pregunta si pueden pasar: el centinela dice que no: para ir a Emmerich hace falta un permiso especial. El belga escapa maravillosamente del mal paso: «Quería ver a mi tía que habita allí; pero iré otro día: gracias». Los tres vuelven, lentamente, sobre sus pasos. Viendo una granja aislada en medio de los prados, se meten en ella, se ocultan y estudian su mapa. Esperarán a que la Luna se ponga antes de intentar nada. No están más que a 4 kilómetros de la frontera; dos o tres horas de camino deben ser suficientes. Comen algunos bizcochos y chocolate, y dormitan, vigilando por turno.

A la 1'45, después de la puesta de la Luna, vuelven a partir. Fleuret, con una brújula luminosa en la mano, va en cabeza. Denismacker y Auguste le siguen a dos o tres pasos. Van primero hacia el Nordeste para evitar un castillo en el cual ladran los perros, y después hacia el Norte. Marchan lentamente, tan pronto encorvados como arrastrándose; franquean así una vía férrea, unas praderas delimitadas con setos de espinas que les desgarran; varias veces caen en fosos profundos que les es preciso atravesar. Esta marcha por terreno difícil, en la obscuridad, evitando todo ruido, les parece extremadamente larga. A cada instante miran el reloj luminoso; no comprenden por qué no están ya en el Landwehrkanal. Pasan a una pequeña distancia de dos o tres casas aisladas, en las cuales aulla un perro. Más lejos, al cruzar un sendero, Denismacker cree ver un centinela o una patrulla. Todos se tienden en el suelo y permanecen inmóviles. Pasa así un cuarto de hora. Prosiguen, al fin, siempre cruzando herbazales cerrados por alambres. A algunas decenas de metros de ellos, bruscamente, divisan una fila de álamos. Son los bordes del Landwehrkanal que separa a Holanda de Alemania.

En ese lugar, el canal mide aproximadamente 30 metros de ancho. Fleuret lo pasa a nado y explora la orilla. Nadie. No sabiendo nadar sus dos camaradas, les ayuda a pasar. Sin vacilar han entrado en el agua y han podido llegar sin perder pie a la orilla holandesa.

Son las 3'45. Sin volverse, recorren un centenar de metros hacia el Norte y después se detienen. A la luz de su lámpara de bolsillo que ocultan bajo sus ropas, consultan el mapa: están al oeste de Gondringen. No tienen ya por qué ocultarse, pero precisan encontrar pronto un abrigo, tan empapados están y tanto les hace sufrir el frío. Cruzan una gran pradera, a cuya extremidad se alza una pequeña granja; entran en el patio, llaman a la puerta. Nadie responde. Continúan hasta la aldea. Con sus ropas húmedas y llenas de barro, con sus bufandas negras atadas al cuello, parecen salteadores de caminos. Siguen un camino no empedrado que comunica con un grupo de dos o tres casas. Un hombre sale de una de ellas camino

de su trabajo. Al verlos, da media vuelta y cierra la puerta con llave. Le han asustado.

Apunta el día cuando divisan el campanario de Gondringen. Poco después llegan a una carretera regularmente cuidada. Se acercan, pues, a un lugar habitado. Un ciclista se aproxima y les pregunta de dónde vienen en ese estado. Al anuncio de su odisea se ofrece a llevarles a un hotel, pero a cuantos se dirigen se niegan a abrir con el pretexto de que la Ley holandesa se lo prohibe antes de las seis. No pudiendo hacer otra cosa, les conduce a casa del gendarme de la localidad, quien, después de haberles ofrecido una copa de ginebra, hace que les abran un pequeño restaurante donde pueden desayunar y limpiarse. ¡Están salvados!

Capítulo IX

UNA EVASIÓN ACCIDENTADA

Un descanso interrumpido. – El soldado Rebeyrolle. – El combate en los alrededores de Longpont. – Prisionero. – Hambre y sed. – Segador en Moulins. – Al *kommando* de Longwy. – Preparativos de evasión. – Huída a campo traviesa. – Llegada al frente de combate. – Cadáveres en el agua. – En las alambradas. – Entre dos fuegos. – En brazos de compatriotas.

El 124.º regimiento de infantería, después de haber ocupado durante cuatro meses Los más diversos sectores del frente norte de Verdún, es por fin relevado en abril de 1918. Abandona sin disgusto los paisajes de desolación y de muerte que le son familiares por el reposo a retaguardia prometido hacía tiempo.

Apenas llegado a la región de Nettancourt, un primer contingente de soldados con permiso parte y llegan refuerzos. Comienza la amalgama en las unidades. Oficiales, clases y soldados aprecian ese bienhadado período de descanso.

No debía ser de larga duración. Bruscamente, el regimiento es puesto sobre aviso. Algunas horas después, camiones automóviles lo recogen y lo transportan a Longpont. Los alemanes se han apoderado de la cresta del Camino de las Damas. Sus olas, cada vez más poderosas, desembocan en el valle del Aisne, extendiéndose en una serie de curvas concéntricas. Penetran cada vez más en tierra francesa. Es preciso, a toda prisa, levantar un dique para contenerles.

Desde su llegada a Longpont, el 28 de abril a eso de las once, el 124.º regimiento es enviado al frente. La tercera compañía es lanzada contra la aldea de Taux. Una de sus secciones, aquella de la cual forma parte Rebeyrolle, recibe la misión de establecerse en un puestecillo a 800 metros al norte de la aldea, en una pequeña eminencia. Algunas unidades se sostienen aún a algunos kilómetros más al Norte, pero no pueden contener el avance enemigo y lentamente se baten en retirada.

Para recogerlas y contener al enemigo, el mando ha decidido preparar una posición de repliegue. En ese trabajo es empleado el regimiento número 124.º. El suboficial que manda la sección de

Rebeyrolle mantiene a sus hombres ocultos en un bosque hasta la noche, ligeramente adelantados de la posición a ocupar en caso de ataque, a fin de sustraerlos a las investigaciones aéreas del enemigo. Llegada la noche, les hace desplegarse en la llanura; cada uno, a toda prisa, se cava un abrigo. La sección se organiza, en grupos de combate, ampliamente espaciados y mutuamente flanqueados. Terminado el trabajo, bajo la protección de centinelas que vigilan, toman un poco de descanso. Desde hace setenta y dos horas no han dormido los hombres. Es tal su fatiga, que pese a las explosiones de todas clases que conmueven el suelo —son nuestros depósitos de municiones que nuestras tropas en retirada vuelan— se duermen donde caen. A medianoche son despertados con este grito: «Rancho. La cocina rodante está a un kilómetro de aquí». Los menos fatigados se sacrifican. El ranchero se las ha arreglado: además de la ración normal, distribuye un pollo por escuadra. Esta comida substancial y caliente devuelve fuerzas y valor a todos. Media hora después la sección duerme con sueño más tranquilo. Al amanecer está en pie; disimula sus abrigos y después gana de nuevo el bosquecillo que la ocultó la víspera. Poco después aparecen nuestras retaguardias. Batiéndose en retirada por escalones sucesivos, intentan en vano, en cada repliegue del terreno, contener al enemigo. No logran sino retrasarle y tienen que ceder ante el número. Hacia las 10, los puntos de caída de los proyectiles de cañón se acercan, el ruido de la fusilería aumenta. El suboficial da orden de ocupar la posición de combate.

A mediodía surgen los primeros alemanes. Avanzan en líneas espaciadas sostenidos por el fuego de sus ametralladoras ligeras. Algunas de nuestras armas automáticas, colocadas en la posición preparada la noche precedente, se desenmascaran. El combate se emprende de golpe. De todas las crestas de los alrededores parten balas. Los alemanes envían ante sus líneas algunos de los prisioneros hechos la víspera para que animen a nuestros elementos de la nueva línea a que se entreguen. Todos se niegan. El combate crece rápidamente en violencia. El enemigo concentra su fuego en

algunas fracciones de nuestra línea, allí donde quiere operar. Varias de sus ametralladoras se dedican a la sección de Rebeyrolle. Ante sus ráfagas repetidas, los grupos de combate que forma tienen que refugiarse en los abrigos. Los alemanes aprovechan la lentitud de nuestro fuego en ese punto para impulsar sus elementos avanzados. Varias veces, éstos ejecutan saltos rápidos en nuestra dirección. Pronto están de 70 a 80 metros de nuestra posición, a distancia de asalto. Tiran con violencia sobre nuestra línea. La tierra vuela en copos color marrón en torno a nuestras trincheras. El enemigo prepara su ataque. De pronto, varios de sus grupos se levantan y avanzan contra la sección de Rebeyrolle. Dos fusileros-ametralladores se yerguen ante los nuestros, escalan el parapeto y de pie, para ver mejor, cogen bajo su fuego a la distancia de 30 a 40 metros a los infantes enemigos. En algunos momentos hacen que se echen a tierra. La mayoría caen, gritando; otros retroceden. El asalto está rechazado.

El enemigo lo renueva tres cuartos de hora más tarde. Los *minenwerfer* refuerzan la acción de las ametralladoras. Sus bombas, extremadamente mortíferas, de tiro preciso, causan grandes pérdidas a nuestras organizaciones y a sus defensores. El suboficial es herido y varios soldados caen. El enemigo renueva su ataque: éste progresa con el mismo ritmo que el precedente. Sus grupos llegan de nuevo a distancia de asalto; cuando quieren desembocar, un fuego a corta distancia los clava al suelo.

Para vencer el enemigo esta resistencia, que comprueba es obstinada, acude a su artillería. Proyectiles de 77 y de 105 milímetros arrasan nuestra posición. El suboficial, ya herido, es destrozado por uno de ellos. Otro estalla a menos de un metro de Rebeyrolle. Uno de sus cascos, enorme, le da en plena espalda; su mochila le protege, felizmente. Bajo la violencia del choque y de la emoción, cae desvanecido. No recobra el conocimiento hasta el momento en que, después de un tercer ataque, los alemanes penetran a la bayoneta en las trincheras niveladas por el fuego de su artillería. Los pocos sobrevivientes de la sección son conminados a

que se desprendan de su equipo. Han sido hechos prisioneros. Llega la noche.

Al cabo de dos horas de marcha, llegan a un barracón donde un intérprete les interroga, después de lo cual son registrados y despojados de cuanto poseen. Los soldados de la escolta les arrebatan incluso el poco tabaco que les queda en el bolsillo. Pasan la noche apareados en una cantera. Al día siguiente son enviados a Vailly, a unos 40 kilómetros. A su llegada, sin que se les conceda un minuto de reposo, tienen que transportar, en un recorrido de 2 kilómetros, desde la estación al hospital, heridos alemanes y franceses. Por la noche los aparean de nuevo en un patio. Pasan en él dos días y una noche. Su tropa aumenta a cada instante con nuevos prisioneros. Desde su captura sólo han comido un poco de pan y el hambre les tortura; se quejan inútilmente; no se les da nada y sólo se les concede algunos baldes de agua para beber.

El 1.º de junio, con un calor insufrible, son enviados a Laon. La etapa es de 30 kilómetros; tienen que efectuarla a pleno sol y entre nubes de polvo. El tormento de la sed se agrega al del hambre. A su llegada a la ciudadela de Laon, se lanzan sobre una sopa de ortigas cocidas, que sólo engaña su hambre unos momentos. Son cerca de 5.000. Mal alimentados, maltratados, se les emplea en la construcción de vías férreas y en la descarga de vagones. Los alemanes se sirven de ellos para transformar a Laon en estación reguladora. Terminados los trabajos, les dispersan.

Rebeyrolle es enviado con un pequeño destacamento a Stenay y pasa allí tres días. Les clasifican por oficios. A Rebeyrolle se le envía a Moulins, pequeña población a 50 kilómetros de Verdún, para ser empleado en la siega del heno y después para cortar árboles. Pasa allí seis semanas.

⁎ ⁎ ⁎

Desde entonces piensa en escapar; plantea varios modos y los somete a un amigo, que estimando escasas las probabilidades de éxito, no quiere acompañarle. Rebeyrolle busca otro compañero de evasión. En el momento de ir a poner en ejecución su proyecto, es enviado con varios camaradas al *kommando* de Longwy y allí le agregan al campamento de Ugny, aldeíta a 3 kilómetros. Los habitantes, aunque también sometidos a severas restricciones, les socorren y les dan, a escondidas, pan y tocino. Desde hace mucho tiempo no han pedido ocuparse en higiene. Los piojos les atormentan sin que puedan verse libres de ellos. Obtienen de los habitantes de Ugny algo de ropa interior que les permite mudarse y limpiarse. Esta medida de compasión excita el furor de los alemanes; prohiben, bajo pena de sanciones severas, toda comunicación entre los prisioneros y los habitantes, y redoblan sus brutalidades. Los prisioneros se ven obligados diariamente a jornadas de 10 y 12 horas de labor. Se les emplea en trabajos extraordinariamente penosos. Sobre todo han de aventar el grano a pleno sol. No se les concede sino una alimentación insuficiente: una sola sopa al día. El exceso de fatiga y la falta de alimento ocasionan entre ellos numerosos casos de disenteria.

Todo les impulsa a la rebelión o al menos a intentar la fuga. No es posible pensar en refugiarse en el Luxemburgo, lleno de tropas alemanas. El camino hasta Holanda o Suiza es peligroso. Hay que atravesar durante centenares de kilómetros las retaguardias enemigas. Rebeyrolle sólo ve una solución posible, por difícil que *a priori* parezca y por peligrosa que sea: la de atravesar las líneas. En todo caso es el camino más corto para volver a Francia.

El 25 de julio, un camarada le pregunta en secreto si posee una brújula. Sabe así, incidentalmente, que otros dos prisioneros han formado el mismo proyecto que él. Se entienden los tres. Partirán juntos. Se preparan para su evasión, esforzándose en procurarse informes y apartando algunos víveres. Algunos días más tarde, sea

que el secreto de su resolución haya sido mal guardado, sea coincidencia, otros dos prisioneros les hacen saber que quieren también pasar las líneas. La cuestión se complica. Partir escalonadamente es imposible: el primero provocaría la alarma y sus guardianes redoblarían las precauciones para evitar toda nueva evasión. Pero, por otra parte, una tropa de cinco hombres es demasiado importante para pasar inadvertida. Las ventajas y los inconvenientes son pesados: deciden huir juntos.

La falta de víveres de reserva les preocupa. Rebeyrolle mete en un sobre sus últimos veinte francos con una nota en la cual pide a los franceses que reciban el mensaje que le remitan víveres por valor equivalente. Después de varias tentativas infructuosas, logra, sin despertar las sospechas de los centinelas, lanzar ese sobre a un niño que ronda las cercanías del campamento; le hace seña de que lo entregue a los habitantes de la casa vecina. Estos ejecutan con buena voluntad lo que les piden y envían aquello de que disponen; desgraciadamente, el paquete no llega entero a Rebeyrolle y sus amigos.

Ponen aparte sus recursos supremos y economizan el pan que les distribuyen. Lo reciben, por regla general, cada tres días. Para tener una provisión más importante, partirán el día mismo de la distribución.

Uno de los cinco conjurados se procura un mapa del departamento, que arranca a un almanaque de correos y telégrafos. Otro, trabajando en la *Kommandatur*, copia un mapa alemán que da a conocer las grandes líneas de las organizaciones enemigas. Ya en posesión de estos documentos, pasan sus noches orientándose. Según sus cálculos, sólo tienen que recorrer de 35 a 40 kilómetros para llegar al frente. No dudan del éxito.

A última hora, un camillero, que debía ser de la partida, renuncia, cierto de ser libertado en breve. Los cuatro camaradas restantes deciden huir el 29 de agosto, pero hasta el último día no pueden ponerse de acuerdo sobre el medio a emplear para salir del campamento sin ser inquietados. Unos quieren horadar un muro,

pero esto les conduce a un jardín cercano al puesto de policía. Otro pretende que se deslicen por una ventana provista de dos barrotes de hierro, pero no pueden desmontarlos. Queda la claraboya del granero del piso superior, que no está enrejada, pero ¿cómo llegar hasta ella? El techo está constituido por planchas; las desclavan dando golpes desde abajo con una rama de árbol. Están ocupados en este trabajo cuando aparecen unos alemanes que les piden ayuda para subir a ese granero víveres que desean sustraer a la codicia de tropas de paso. Contrariamente a su costumbre, aceptan alegremente el trabajo con la esperanza de que podrá facilitarles la fuga. En cuanto llegan al granero, con la ayuda de una palanca de hierro desclavan algunas planchas y las recubren con mercancías ligeras. Podrán levantarlas fácilmente desde el piso bajo. Un alemán, al inspeccionar su trabajo, desplaza una capa de arroz; la plancha sobre la cual marcha, vacila; sin decir nada, vuelve a clavarla, así como las inmediatas. El centinela que vigila, el trabajo ya no les pierde de vista y los cuatro camaradas bajan sin haber podido preparar nada.

Vuelven a su primitiva idea: perforar el muro. Desde la caída de la noche, se ponen al trabajo. El muro es grueso: mide por lo menos 0'8 metros y se compone de varias hiladas de piedras colocadas en el sentido de su anchura. Cuidan de no tocar a la hilada exterior. Un simple empujón en el último momento la derribará. En cuanto la abertura les parece bastante ancha, la ocultan por el interior con una manta convenientemente colocada. En caso de visita inopinada, los centinelas no advertirán nada. Otra manta tendida en el suelo disimula las piedras y cascotes. Preparan en seguida su café —dan este nombre a una infusión de cebada y bellotas— así como unas tortitas con tocino y azúcar moreno. Es su última comida en cautividad. Cada uno de ellos lleva tres libras de pan. Esta provisión les parece suficiente, pues no cuentan estar más de tres días en camino. Acabados los preparativos, descansan, fingen dormir, sin lograr hacerlo. Esperan que den las once de la noche.

La iglesia del lugar da por fin las once campanadas. Bajo el esfuerzo común, el muro exterior se desploma. Rebeyrolle sale el primero. El agujero no es bastante grande. Después de tres ensayos infructuosos que reclaman ampliaciones, logra pasar primero las piernas y cae al jardín. Un ruido de voces le detiene. A quince metros de él se abre una puerta y sale de ella un rayo de luz. Unos soldados salen de la *Kommandatur*. ¿Adónde irán? Rebeyrolle se echa al suelo y retiene su respiración. La tropa enemiga se aleja, sin sospechar su presencia. Sus tres camaradas salen también. Con precauciones infinitas pasan ante la *Kommandatur*, ante la casa del guardián de la cuadra, ante la ventana del cuerpo de guardia y la del jefe del puesto. Ningún ruido, por ligero que sea, revela su marcha. Cruzan el jardín peligroso a algunos metros del centinela que guarda la entrada del campamento. ¡Por fin libres! Veinte minutos más tarde tienen que pasar junto al acantonamiento de las tropas. Lo realizan sin incidentes. La parte más difícil de la expedición les parece cumplida y la esperanza anida en sus corazones.

Rebeyrolle, con su brújula, lleva la dirección. Marcharán rectos hacia el Sur hasta dar con la vía férrea Longuyon-Spincourt. Las aldeas están llenas de soldados, las carreteras de convoyes y relevos. Para evitar todo mal encuentro, van a campo traviesa. Durante varias horas avanzan así. Franquean carreteras, atraviesan campos labrados, dan con una vía férrea. Ni su emplazamiento ni su dirección corresponden con las indicaciones de los mapas; más allá se encuentran ante un río de cinco ó seis metros de ancho con el cual no contaban. Están desorientados. El encuentro de una vía férrea no les había desconcertado, porque los alemanes las construyen en todos sentidos; pero el río les preocupa más. ¿Se habrán equivocado? Consultan de nuevo su brújula. Siguen el río hasta dar con un puente. Se detienen a alguna distancia, inspeccionándolo con la mirada. No está guardado. Lo cruzan rápidamente. Un centenar de metros más lejos se orientan de nuevo. Marcharán una vez más hacia el Sur hasta Spincourt. Aproximadamente una hora después vislumbran la vía férrea de

Longuyon a Spincourt; la reconocen por sus luces y la siguen a prudente distancia. En su prisa por llegar a nuestras líneas marchan hasta el amanecer. Necesitan un abrigo. A su alrededor se extiende una llanura desierta. Ni el menor accidente del terreno, ni el menor bosquecillo. Al otro lado de la vía férrea ven un talud de 1'5 metros de altura, coronado de malezas. Corren hacia él y se ocultan. Su marcha forzada les había hecho entrar en calor; para substraerse a las miradas se acuestan inmediatamente en la hierba húmeda de rocío. La reacción en un organismo tan fatigado no se hace esperar: tienen frío. Tiritan hasta la salida del Sol. Rebeyrolle, recaído en su disentería, piensa con tenor si podrá llegar a buen fin.

Durante todo el día, desde detrás de su talud, ven pasar transportes de tropas: son refuerzos destinados a contener nuestro ataque a Saint-Mihiel. A las 9 de la noche abandonan su escondrijo. Uno de ellos se destaca del grupo para asegurarse del nombre de la localidad que divisan. Vuelve a la carretera y la remonta hasta hallar un jalón kilométrico: están a un kilómetro y medio de Spincourt; deben dirigirse hacia Etain.

Antes, han de contornear Spincourt; según el mapa, la empresa tiene menos dificultades haciéndolo por el Oeste. Sin embargo, exige casi toda la noche; tropiezan con un campo de aviación, con unas patrullas, con unos pantanos. En cuanto pasan de las últimas casas de Spincourt, comienzan las primeras alambradas. Éstas no están guardadas y las salvan fácilmente. Es señal de que entran en la zona de los obstáculos. Rebeyrolle sufre de cólicos horribles que le agotan; sus piernas se debilitan, y a pesar de la ayuda de sus compañeros, que le sostienen, se arrastra penosamente. Viendo que les retrasa, les propone que le abandonen; pero ellos no aceptan. El mapa no les proporciona ya indicaciones útiles, porque los alemanes han construido nuevos caminos en todos sentidos y los postes indicadores colocados en los cruces están redactados en su lengua, ignorada por los cuatro evadidos. Se orientan sólo con la brújula. Las alambradas se multiplican. Sin saber cómo, se encuentran en un pueblo en ruinas: Etain. Según su proyecto, deberían contornearle

por la derecha con el fin de evitar el paso de dos ríos, pero se dan cuenta demasiado tarde de su error y no pueden retroceder, tanto más cuanto que el alba llega. Esta semiobscuridad les permite maniobrar mejor entre las ruinas, pero se dan cuenta, con estupefacción, de que están ocupadas y se oyen ruidos por doquier. Les precisa encontrar en seguida un abrigo. Cruzan un jardín y dos vías férreas. Rebeyrolle hace un esfuerzo desesperado. Ante ellos queda una llanura pelada, cortada por una línea de ferrocarril. La siguen aprovechando los fosos. He aquí un arroyo. El puente que le franquea podría, tal vez, servirles de abrigo y bajan a su arco. Pero observan, con disgusto, que los alemanes están minándole y comprenden que los trabajadores no tardarán en volver para reanudar el trabajo interrumpido por la noche. Hay que hallar otro escondrijo. A 300 metros ven un seto. Se precipitan hacia él. A 50 metros pasa un camino, encajonado, disimulado para los aviones. Durante todo el día circulan por él alemanes. Van en grupos de dos o tres hombres y en grandes intervalos. Esas precauciones indican que el frente está próximo. A través de las ramas vislumbran a lo lejos unas colinas surcadas de líneas blanquecinas. ¿Serán las trincheras francesas? La vecindad del frente les salva. Los alemanes no se atreven, en efecto, a abandonar su camino cubierto o sus trincheras para salir a campo abierto con peligro de caer bajo las ráfagas de nuestra artillería.

Larga jornada de ansiedad, de hambre, de sed. ¿Dónde estarán mañana? A las 9 de la noche parten para su última etapa, según creen. Tropiezan con caminos disimulados, con alambradas, con líneas de trincheras. Las franquean sucesivamente. La sed les seca la garganta. En su camino encuentran una caja de hierro enterrada: sirve de cisterna. Con idéntico impulso, se precipitan a ella. Sacan agua, beben largamente, y después, a la vez se detienen: el agua tiene un gusto raro. La huelen. No hay duda: debe de haber cadáveres en el fondo y son los que le comunican aquel sabor especial. Pero ante la tortura de la sed, beben resignados aquella agua maloliente y llenan con ella sus cantimploras.

Vuelven a emprender la marcha. Masas sombrías atraen su atención. Se acercan con mucha circunspección: son telas de enmascaramiento que ocultan piezas de grueso calibre. Rápidamente se alejan de esos parajes, donde deben hallarse centinelas. Siguen avanzando. Las alambradas están ya casi tocándose unas a otras. Un río, el Ome, les corta el paso. Entran en él con delicia y beben, renovando el agua de sus cantimploras. Arrastrándose, avanzan hacia un puente. Ningún centinela lo guarda: le franquean a toda prisa y se tumban. Se encuentran en medio de cobertizos en ruinas, cruzados por una línea Decauville. Van a levantarse cuando escuchan el resoplido de una locomotora: un convoy de municiones les roza. Cuando ha desaparecido entran en un terreno pantanoso, cortado de arroyuelos. Las grandes hierbas hacen su avance lento y penoso, pero les ocultan. Esto les tranquiliza. Ruido de voces les descubre la presencia de alemanes en un camino que no habían visto. A su vez, le siguen y les conduce a una planicie cortada por cuatro alambradas que tienen que franquear. Han escalado ya dos cuando oyen hablar a derecha e izquierda; se echan al suelo y permanecen inmóviles varios minutos; después prosiguen. Pasan la última alambrada cuando son netamente interpelados. Nuevamente se tumban. Al cabo de un rato comienzan de nuevo a rastrear hasta dar con una trinchera próxima. No hay centinela. Se izan sobre el parapeto opuesto y continúan arrastrándose quince metros. En ese momento, escuchan un rumor de voces. Sondean, en vano, los alrededores. Con el oído pegado al suelo, escuchan de nuevo: las voces proceden de lo hondo. Se encuentran sobre zapas ocupadas. La situación es crítica. Están en plena zona de vanguardia alemana. No pueden continuar avanzando en grupo y se separan. Dos de entre ellos se adelantan. Se prometen reunirse más lejos, cuando el peligro presente quede conjurado. Parten sucesivamente, siempre rastreando. Rebeyrolle, agotado, queda el último y pronto pierde de vista a sus camaradas. Un ruido sordo atrae su atención. Pensando que lo ocasiona un camarada, se arrastra en esa dirección hasta el borde de una

trinchera. Una piedra se desprende. Un centinela, atraído por el ruido, se acerca; él le ve a tiempo y se pega al borde de la trinchera sin dejar de arrastrarse. Pasa de nuevo tres, cuatro, cinco, seis galerías. Esta progresión le cuesta varias horas. No puede más cuando da con un bosquecillo de árboles despedazados. Destrozado por la fatiga, se tiende en el suelo, pero el sueño es vencido por la sed que le devora. La necesidad imperiosa efe beber le hace buscar una charca antes de que sea de día claro. Descubre, en un camino encajonado, a dos de sus camaradas, que se ignoraban uno al otro. Esta unión les da valor y se aumenta su confianza. Vuelven a arrastrarse. Al paso encuentran un arroyo bordeado de grandes herbazales y se ocultan en ellos con la mitad del cuerpo hundido en el fango.

Pasan allí casi todo el día. Al final de la tarde salen e intentan orientarse. Frente a ellos unas trincheras blanquecinas que coronan las colinas, son, sin duda, francesas; los alemanes no las poseen en esta región, afirma uno que ha estado mucho tiempo en aquel sector; se contentan con una línea de vigilancia constituida por pequeños puestos establecidos en los linderos de los bosques. A la caída de la noche vuelven a partir. Su mala estrella les hace tropezar con un puestecillo alemán. Interpelados por un centinela, retroceden. Cien metros más lejos encuentran un foso transversal que siguen durante un rato. Alambradas les detienen de nuevo. Franquean cinco para llegar a una planicie deshecha por los agujeros de los proyectiles de cañón. De tarde en tarde, algunos disparos. Según los fogonazos, deben encontrarse entre las líneas. Se arrastran aún 800 metros. Una red Brun, ¡al fin! Los alemanes no las tienen. Ya están seguros ahora de hallarse en la inmediata proximidad de nuestros puestos avanzados. Salvan tres sectores de excavaciones. En el momento de abordar el cuarto, que precede a una trinchera, temen ser acogidos a tiros. Prefieren no avanzar hasta el día para darse a conocer con más facilidad. Pasan así la noche, apelotonados unos contra otros. Bajo sus ropas mojadas, tiritan. A eso de las 5 y media franquean la última zapa. Pese a su certeza de

estar en la zona amiga, tienen miedo. ¡Si fueran a dar con alemanes! Se arrastran 15 ó 20 metros más y escuchan.

En una ligera pendiente ven un parapeto un poco levantado. Una zapa lo envuelve. Se ven las varetas de unas bengalas que sobresalen de la trinchera. Debe ser un puestecillo. Se acercan con prudencia. No están sino a algunos metros: escuchan de nuevo. ¡Hablan francés! Su alegría les hace perder toda prudencia. No piensan en que los centinelas, sorprendidos, puedan disparar sobre ellos. Se levantan a la vez, en tromba y penetran en el puestecillo. Son recibidos con los brazos abiertos. Todo el sector estaba prevenido de su probable llegada, porque el otro camarada del equipo había logrado, la víspera, ganar nuestras líneas. También ellos están salvados.

Capítulo X

FUEGO BAJO HIELO

El frío Lombard. – El comienzo de la cautividad. – El campamento de Maguncia. – A Stralsund. – Un futuro generalísimo bolchevique. – Preparativos de fuga interrumpidos. – A Gutersloh. – Ingleses *smart*. – Trabajo perdido. – El campamento de Bad Stuer. – Salida para Halle. – Judíos espías. – El escalo. – Utilidad de las columnas huecas. – Descubiertos. – Huída por el tejado. – Una mujer inoportuna. – Al campamento de Kustrin. – Trabajo interrumpido. – A Berlín. – En el fuerte IX de Ingolstadt. – Libre por unos minutos. – Otra evasión. – Ventajas de una buena pronunciación. – Apresado. – Otra vez en el fuerte IX. – Un alemán que se vende. – Nueva evasión. – Utilidad de los cinematógrafos. – En las alambradas de la frontera holandesa. – El desertor y la contrabandista. – Libre.

Alto, frío, plácido, Lombard no parece, a primera vista, un héroe de aventuras. Lleva una vida regular y cumple ritualmente todos los días, a las mismas horas, los mismos actos. Ese perfecto comerciante ha realizado, sin embargo, durante la guerra, las evasiones más inverosímiles. Su ardiente patriotismo, su energía le han inspirado los actos más locos; se ha lanzado a las aventuras más peligrosas. Su sangre fría y su perfecto conocimiento de la lengua alemana y de las costumbres de sus hombres le han permitido escapar a las más difíciles situaciones.

Al comienzo de la campaña, la mala organización de nuestros servicios de retaguardia le hace caer en manos del enemigo. Intérprete de la 4.ª división es evacuado el 8 de agosto de 1914 a consecuencia de una fuerte conmoción cerebral desde Jametz al hospital de Stenay, y después al de Sedán. Es hecho allí prisionero el 26 de agosto de 1914. Su cautividad ha comenzado.

Enviado al campamento de Maguncia, permanece allí hasta abril de 1915. En aquel lugar no se conocen los grandes acontecimientos de la guerra, pero sí la penuria alimenticia de Alemania. Al principio, los prisioneros reciben una alimentación casi normal. A partir de octubre de 1914 los alemanes disminuyen su ración, tanto en cantidad como en calidad. En aquellos campamentos improvisados falta el espacio. Nuestros prisioneros viven en ellos en condiciones de higiene espantosas. No tienen derecho siquiera a pasear. No hay distracciones posibles, aparte de las interminables partidas de cartas y de largas evocaciones de las dolorosas jornadas de agosto de 1914.

A comienzos de mayo de 1915, Lombard es trasladado al campamento de Stralsund. Vasto, bien construido, situado en una

isla arenosa, barrida por los vientos del Báltico, la vida es en él relativamente agradable. La crisis alimenticia es ya ruda. Cantinas privadas procuran a los prisioneros alguna dulcificación: se encuentran casi todos los productos posibles, pero a precios fabulosos. Los alemanes, aunque siempre rudos, toleran a ciertas horas paseos por la playa bajo la vigilancia de centinelas. ¿Qué podrían temer? Los prisioneros no pueden huir: el mar parece prohibírselo.

La sed de libertad, el pensamiento de que hacen falta a su país en cuya defensa no participan; el ardiente deseo de volver a ver a sus familias, de las cuales no reciben sino escasas noticias, les impulsan, a la huída a pesar de todo. Numerosos rusos, entre los cuales está Toukatchewsky, el futuro generalísimo del ejército bolchevique, intentan la aventura. Algunos entran en relaciones con contrabandistas, pidiéndoles que les transporten a alta mar. Otros, de noche, escapan de sus barracones, se apoderan de una barca y se lanzan a lo desconocido. Ninguno logra el éxito. Su fracaso no descorazona a los demás. Cada tres o cuatro días, al final de la jornada por regla general, resuena la orden: «¡Todo el mundo a los alojamientos!». Los prisioneros vuelven casi gozosos a ellos. Nuevos camaradas intentan con peligro de sus vidas reunirse a los suyos. En aquel campamento, franceses y rusos, mezclados, aprenden a conocerse mejor, a apreciarse más. Esta vida en común fortifica los lazos y crea una verdadera camaradería.

Lombard, piensa, desde hace tiempo, en evadirse. Asociándose a dos amigos franceses, los tenientes Pinsard y Copeau y a dos rusos Toukatchewsky y Gronov de Vladivostock, pedirán al mar que les lleve a las costas danesas. Para poner todas las probabilidades de su parte, huirán de su barracón en cuanto se pase la lista de la tarde, de modo que puedan apoderarse de una barca a eso de las 11 de la noche. Al amanecer estarán lejos de toda persecución. Para ellos la mayor dificultad es salir del campamento. Después de haber planteado los proyectos más diversos, se deciden a abrir un túnel en el suelo arenoso. Se dedican a ello con ardor, incluso el subteniente

Copeau que trabaja encarnizadamente a despecho de una grave herida en el vientre que supura de nuevo. Están en pleno trabajo cuando llega la orden de su partida para Gutersloh. Su galería tiene 7'2 metros de larga. ¡Diez metros más y hubieran desembocado fuera del recinto! Hay que abandonarlo todo. Los esfuerzos de dos semanas han sido en vano. Decepcionados, ocultan cuidadosamente el orificio de su subterráneo. Algunos días más tarde, seis ingleses intentan utilizarlo, pero son cogidos al desembocar en la playa.

El campamento de Gutersloh, en el que Lombard permanece desde comienzos de agosto hasta el 23 de octubre de 1915, es, aunque edificado también en terreno arenoso, de aspecto muy diferente. Contiene largos paseos. Arreglado cuidadosamente, se dan conciertos y se juega al tenis. Sólo la alimentación es detestable: pudiere decirse que no existe. Consiste en patatas heladas y en carne en descomposición. Es preciso vivir con los paquetes enviados desde Francia. Los que no los reciben tienen que gastar el sueldo que les es atribuido en las cantinas, donde se les venden muy caros los artículos de primera necesidad que pueden procurarse.

El espíritu del campamento es muy diferente al de Stralsund. En este último, todos los prisioneros formaban una masa común, animada del mismo odio contra Alemania. En Gutersloh, no ocurre así. Los oficiales franceses no pueden persuadirse de que son hermanos de armas de ciertos oficiales ingleses que viven allí en el lujo más extravagante, como si permanecieran en una playa de moda, sin cuidarse de la guerra. Esta actitud propia de un pequeño clan produce diferencias e impide la fusión de las nacionalidades. Los alemanes, gruñones o melosos, alternativamente, intentan sacar partido de esta situación para lograr la ruptura entre los diversos grupos. Uno de sus intérpretes, Langensieb, apodado *el Canario*, adulador a ratos, brutal e insolente en otros, es quien más trabaja en tal obra de disociación. A fuerza de rastrerías, logra introducirse en algunos grupos y hacerse de una familiaridad increíble con

algunos oficiales prisioneros preocupados, ante todo, de su bienestar. Les procura cuanto piden.

El terreno arenoso, sobre el que está establecido el campamento, no parece, a primera vista, que pueda favorecer las tentativas de fuga por subterráneo. La arena fina que lo compone no tiene consistencia y se desmorona a la menor presión. No se puede hacer progresar un túnel sin entibarlo a medida que se avanza. Procurarse planchas, postes, cortarlos a las dimensiones deseables constituye para los prisioneros una de las más inverosímiles empresas en que se pueda pensar. La evacuación de las arenas es, también, cosa difícil. Fatalmente debe dejar huellas a la entrada del túnel. Pese a esas condiciones desfavorables algunos franceses, a fuerza de observación paciente e inteligente, encuentran medio de intentar la empresa.

Una vía férrea penetra en el campamento. Pasarán bajo ella. Las traviesas de madera que soportan aquélla constituirán el techo de su zapa, y bastarán unas cuantas latas para mantener la tierra entre dos traviesas sucesivas. En un barracón al cual tienen libre acceso, y que se prolonga con un a modo de cenador, cavan un pozo vertical, y después se dirigen hacia la vía férrea, cuyo trazado siguen. En ese terreno fácil, la zapa avanza rápidamente. Además de Lombard, participan en el trabajo el teniente Pinsard, el subteniente Copeau, el capitán Desjobert, el teniente de Saint-Victor y algunos oficiales rusos.

Pero los alemanes necesitan vías férreas para equipar la retaguardia de su frente. Con este fin levantan cuantas son inútiles. La que une el campamento de Gutersloh a la red normal no es indispensable. Deciden levantarla. Una mañana, equipos de peones la desmontan; y uno de ellos, al destornillar un riel, cae a la zapa. El servicio de guardia se alarma. Se llega por el subterráneo hasta la barraca. No hay duda, una evasión se preparaba. Se interroga a todos los prisioneros sospechosos. Amenazas, promesas, nada sirve. Los alemanes no descubren nada. Cansados, dispersan entre diversos campamentos a los prisioneros conocidos por su

indocilidad. Lombard es, naturalmente, de los despedidos de aquel lugar reposado. Le envían al de Bad Stuer, en Mecklemburgo, clasificado como campamento de represalias, cuando, en realidad, era uno de los mejores, tanto desde el punto de las condiciones materiales de la vida como por el trato.

Los prisioneros, para su traslado desde el campamento de Gutersloh al de Bad Stuer, son agrupados en un pequeño destacamento al que vigila estrechamente un piquete de landwehrianos. En el tren que les conduce hacia su nueva cárcel, dos de entre ellos, los tenientes Pinsard y Reboul aprovechan un momento en que el tren disminuye su velocidad en una curva muy pronunciada, entre Ptitswald y Gauslin, mientras los centinelas hablan en el corredor, para abrir una portezuela y tirarse del tren. Debían ser, desgraciadamente, apresados algunos días más tarde en las orillas del Báltico, en Rostock.

En Bad Stuer reina la más franca amistad entre todos los prisioneros aliados. Los oficiales franceses que permanecieron allí desde octubre de 1915 a junio de 1916, recordarán siempre con emoción la camaradería estrecha que les unía a los oficiales rusos. En aquel pequeño campamento, todos se ingeniaban por hacer la vida de prisionero soportable a los demás.

Lombard no ha renunciado a sus proyectos. Piensa, como siempre, en evadirse. Con el subteniente Copeau, intenta partir desde la casa en que están alojados, pero tienen que renunciar a su empresa porque el agua invade la zapa, y la empresa es demasiado peligrosa. Unos rusos han comenzado un túnel en lugar más sólido. Van cavándole metódicamente, quizá con demasiada lentitud, pero no es posible hacerlo de otro modo para poder transportar al exterior las tierras removidas. Franceses y rusos se unen. A fines de mayo de 1916, después de cuatro meses de esfuerzos, los prisioneros dan fin a su obra. A pesar de los hundimientos provocados por las lluvias de primavera, el túnel alcanza treinta metros. Horizontal en los once primeros metros, se alza muy rápidamente, con pendiente de 20 a 30 por ciento, para desembocar

en la colina, más allá del recinto. Algunos días más y llegarán al aire libre. Pero, ¿es casualidad o denuncia? Una orden llega: todos los oficiales franceses de Bad Stuer son trasladados a Halle, y parten el mismo día. Los rusos utilizan el subterráneo tres días más tarde, pero ninguno de ellos logra llegar a Rusia. Todos son apresados.

* * *

Entre todos los campamentos, el de Halle quedará en el recuerdo de los oficiales que en él vivieron en 1916-1917 como uno de los más odiosos. Las condiciones de existencia en aquella antigua fábrica transformada en prisión, son espantosas. Es un enorme cuerpo de edificio de 15 a 16 metros de alto, extremadamente frío. Un techo muy sólido, puesto que ha sido construido para poder soportar mercancías y máquinas, le corta en dos en el sentido de la altura sostenido por gruesas columnas de fundición hueca que sobresalen 5 ó 6 metros más allá del techo y ascienden hasta el entramado, que sostienen. Los alemanes han instalado en el primer piso enormes dormitorios que dan todos a un corredor situado en uno de los lados de la casa, y que reciben luz por la otra fachada mediante pequeños ventanillos de 50 centímetros cuadrados que dan a una calle. En uno solo de estos dormitorios, iluminado por 5 ventanillos, se amontonan 66 oficiales. Tienen que vivir y dormir allí. Comen en el entresuelo, transformado a la vez en refectorio y sala de recreo. Como terreno de paseo no disponen sino de un patio en plena ciudad industrial. Una lluvia fina de polvo de carbón se deposita en él constantemente. Únase a esto la imposibilidad en que están de procurarse los más elementales cuidados higiénicos y se comprenderá que casi todos se ven atacados de eczemas. El jefe del campamento se distingue entre todos los carceleros por su chinchorrería. Rebuscas en los paquetes, en los jergones, sondeos del piso, en las chimeneas, se suceden sin descanso. Listas y llamadas son habituales. Sólo la alimentación, gracias al buen

espíritu de una comisión de, oficiales encargados de las compras, es durante largo tiempo suficiente y muy superior a la de los otros campamentos. Reina una buena camaradería que ayuda a soportar las estupideces que constituyen las represalias: supresión del vino, de la cerveza, de la música, del tenis, de los cuidados del dentista…

Desde el punto de vista de la evasión, el recinto de la fábrica no tiene nada impresionante; está constituido, como en casi todos los campamentos, por una doble hilera de alambres espinosos muy iluminada de noche y vigilada en todo tiempo por centinelas a 40 ó 50 metros los unos de los otros. Sin embargo, Halle tiene la reputación de una cárcel hermética. Se citan numerosas tentativas de evasión fracasadas. Unicamente el teniente Hardy logró escapar.

En Halle son vigilados todos los gestos y todas las conversaciones de los prisioneros. El espionaje interior está superiormente organizado: ha sido facilitado por la introducción al interior mismo del campamento de obreros sastres judíos polacos, con el pretexto de reparar efectos. Viviendo en contacto constante con los ordenanzas, se esfuerzan en hacerles hablar. Para saber las evasiones que se preparan, fingen interesarse en ellas y ofrecen incluso facilitarlas. Su campo de acción es el paseo; circulan por él sin cesar y sus ojos inquietos espían por todas partes; en cuanto un grupo de oficiales se forma, acercan a él el oído para sorprender cualquier confidencia. Su servicio es tan eficaz que todos los trabajos de subterráneos son denunciados por ellos apenas comenzados.

Esta vigilancia tenaz e inquietante no descorazona a Lombard. Se asegura ante todo la colaboración de dos ordenanzas agregados a su dormitorio. Con los capitanes Desjobert y Robinet, los tenientes De Saint-Victor, Paillos, Semin, Giovananelli, decide evadirse construyendo un subterráneo que pasará bajo los cimientos de la casa y les conducirá a la alcantarilla establecida en el eje mismo de la calle.

En un ángulo del lugar destinado a paseo se alza un estrado sobre el cual se coloca la orquesta en los recreos musicales que se ofrecen, de tiempo en tiempo, a los prisioneros. De allí partirán. El

lugar se presta maravillosamente. El estrado sólo tiene un muro lateral del lado de la sala frente a la cual se halla. Se puede fácilmente deslizarse bajo el piso y disimular provisionalmente los sacos de tierra. Se respira sin dificultad.

El suelo del piso bajo está formado de gruesos y redondos pilaretes de madera, plantados verticalmente y colocados uno contra otro para constituir una base sólida que pueda soportar pesadas máquinas. Quitan dieciséis de esos pilares, asegurándose así un paso de unos 80 centímetros cuadrados. Para evitar que los alemanes, si desplazan el estrado, descubran sus trabajos, confeccionan con cartón una tapa que se adapta exactamente a los otros pilaretes, y la pintan. Está tan bien imitada, que salvo pisándola es imposible darse cuenta de ella.

Obtenido este primer punto, atacan el subterráneo. Como instrumentos sólo poseen cuchillos y palancas de ocasión fabricadas por ellos mismos. El terreno es arcilloso y se trabaja difícilmente. ¿Cómo disimular los escombros? Los prisioneros piensan en las columnas de fundición que sostienen los techos; desde su habitación pueden llegar a su parte superior y, como están huecas, las llenarán poco a poco con la tierra que suban en sacos de la ropa disimulados bajo sus vestidos; los dos ordenanzas les ayudarán en esa tarea penosa y delicada, pues es preciso que no quede la menor huella de tierra que revelara a los alemanes su proyecto de evasión.

Bajo el estrado cavan primero un pozo vertical de dos metros de profundidad y desde ese punto una galería horizontal para ganar la alcantarilla: el ramal que cavan tiene 50 centímetros de alto por 40 de ancho. No progresan sino lentamente. Los desprendimientos que temían no se producen. En cuanto, según sus cálculos, han franqueado los cimientos del muro exterior del recinto, dan a su galería una inclinación hacia arriba, para unirla a la alcantarilla. En ese momento, sus ordenanzas les anuncian, que, desde hace dos días, los espías les hacen preguntas insidiosas y rondan el estrado. Los alemanes sospechan algo. Los prisioneros suspenden sus trabajos, afortunadamente. Tres días después, en una pesquisa, sus

carceleros descubren su subterráneo. El jefe del campamento, inmediatamente prevenido, lleva un equipo de peones que tapan concienzudamente el túnel, pero no puede descubrir ni a los autores de ese proyecto de fuga ni el lugar donde han ocultado los escombros.

Lombard y sus amigos están furiosos por el contratiempo. ¡Una veintena de horas de trabajo más y desembocaban en la ciudad de Halle! Este medio de fuga es tan seductor que no pueden renunciar a él. Varios hacen el razonamiento siguiente: «Ahora que los alemanes han descubierto nuestro proyecto, deben estar persuadidos de que renunciamos a él y que buscamos otro; no vigilarán ese sector del campamento. Volvamos a empezar en el mismo sitio». Y lo hacen así, rodeándose de un verdadero lujo de precauciones. Camaradas colocados de centinela les advierten por señales, sin cesar renovadas, de la aproximación de los guardianes o de sus espías, para que no puedan ser sorprendidos en pleno trabajo. Pese a todo, los alemanes descubren una vez más su subterráneo y lo destruyen. Ellos se obstinan en su proyecto. Por tercera vez son descubiertos, antes de haber podido siquiera quitar los pilaretes esta tercera vez. Renuncian, pues, a la idea del subterráneo.

Lombard y uno de sus amigos, el capitán Desjobert, piensan en huir por el lecho. La habitación donde viven no tiene cielo raso; por encima de sus cabezas no hay más que la techumbre. Ésta, en el eje mismo del edificio, está ligeramente levantada cosa de cincuenta centímetros, como si el arquitecto hubiera querido preparar lugar para el alojamiento de una gigantesca viga de un metro de ancho sobre la que se apoyarían algunos componentes de la armadura. A los dos lados de esa elevación se abren dos ventanillos de unos 0'5 de lado destinados a la ventilación del taller. Basculando en torno de visagras fijadas en su parte inferior, se maniobran por medio de cadenillas que penden y permiten abrirlos hasta unos 45 grados.

Pero es imposible llegar hasta tales ventanillos sin una escala. Lombard y Desjobert construyen una verdadera escala para

papagayos. Cada treinta centímetros tiene un nudo y pasados por esos nudos unos bastoncitos o travesaños de unos 25 centímetros de longitud. La cuerda la obtienen robándola, con ayuda de una llave falsa, de la habitación en que los alemanes colocan su material cinematográfico: es un flexible de 8 a 10 milímetros de diámetro suficientemente sólido para soportar el peso de un hombre.

Terminados sus preparativos, una tarde de noviembre, a eso de las 5, cuando la noche llega haciendo menos visibles los objetos aunque sin dejar de ser perceptibles, por una columna suben hasta la crujía y desde allí, con una pértiga, hacen entrar en un ventanillo un palo de unos 80 centímetros, colocándolo de modo que se apoye exteriormente en los bordes de la abertura. A este bastón va sujeta la escala. La subida se hace rápidamente.

El tejado está en pendiente poco inclinada y se une, como ya lo habían visto desde el exterior, con una terraza de casi su misma altura; no está separado de ella sino por una alambrada. La terraza da acceso al patio de una casa particular. Por la noche está vivamente iluminada y vigilada por un centinela especial; de día un centinela del recinto, colocado bastante lejos, pero que ve bien la terraza, basta para impedir cualquier evasión.

Protegidos por la obscuridad, Lombard y Desjobert llegan sin ser vistos a la alambrada, que es muy complicada. No hay manera de pasar ni por arriba ni por abajo. La cortan con unas tenazas que figuran en su equipaje evitando tocar a los hilos de soporte: al caer sobre el techo producirían un ruido que atraería al centinela. Prefieren, con paciencia, recortar un agujero en la red.

En cuanto queda practicable, pasan a la terraza y se arrastran hacia el patio. Lombard marcha el primero. Lleva una segunda cuerda, constituida también con cable eléctrico. Terminada por un gancho, les servirá para bajar desde la terraza al patio vecino. Mientras intentan fijar la cuerda, se abre una ventana de la casa fronteriza, a unos 20 metros. Aparece una mujer y mira al patio. Su mirada encuentra la de Lombard tendido boca abajo en la terraza. Aunque él haya tomado el aspecto de un obrero y vaya provisto de

una gorra de plomero, su posición con la cabeza fuera de la terraza, boca abajo y con una escala en la mano parecen sospechosas a la mujer, y grita. En todas las ventanas aparecen gentes que le hacen coro. Lombard se apresura. ¿Podrá desaparecer antes de la llegada de la guardia? Desciende cinco metros por su cuerda lisa y cae sobre el techo de un retrete, desde donde salta al suelo. Se prepara a correr cuando un centinela que ha oído el jaleo acude, furioso, bayoneta calada. Al ver a Lombard le apunta, pero vacila en disparar, tan numerosos son los alemanes que asisten a la escena y a algunos de los cuales podría herir. Se precipita sobre Lombard, que tiene que entregarse y sufrir sus violencias. Desjobert sufre la misma suerte.

* * *

Celda y Consejo de guerra: tal es el empleo de su tiempo durante los meses de diciembre de 1916, y enero y una parte de febrero de 1917. Cumplida su pena, Desjobert y Lombard son enviados a Küstrin, donde caen entre una serie de reincidentes: el teniente irlandés Hardy, cuyas aventuras por sí solas formarían un tomo, el teniente belga Bastin que anda en su quinta escapatoria, y Garros, alma de la excavación del túnel de 107 metros que, pasando por debajo de los cimientos del fuerte, debía conducir a pleno campo a los numerosos conjurados que en él trabajaban y cuya empresa acabó, como tantas otras, en denuncia. Poco tiempo después de la llegada de Lombard al fuerte, Garros y todos aquellos que tomaron una parte activa en la tentativa de evasión son trasladados a Ellwangen.

Habiendo quedado solos Lombard y Desjobert, montan un equipo franco-ruso y después anglo-franco-ruso, para intentar la continuación de la obra de Garros y encontrar su subterráneo. Han llegado al conocimiento de particularidades interesantes acerca del fuerte. Los ingenieros alemanes encargados de construirle en pleno terreno arenoso le han hecho descansar sobre una plataforma de

cemento a fin de prevenir atierres; si se puede horadar esa capa, se podrá progresar fácilmente por debajo y ella formará bóveda, importando poco que las paredes laterales se desmoronen.

En su misma habitación, vecina de la que ocupó Garros, Lombard y Desjobert comienzan su trabajo. Lentamente, con paciencia, disgregan la capa de cemento, formando un agujero lo suficiente sólo para dejar pasar a un hombre, y después parten inmediatamente en galería para alcanzar el subterráneo de Ganos. Conocen su trazado exacto y su profundidad. Se guían por la brújula. Al cabo de 40 metros lo encuentran. ¡Ay!: los albañiles alemanes que lo han colmado han hecho bien su trabajo. Son sólo trozos de hierro, alambres, detritos cortantes, duros, mezclados unos con otros. Imposible extraerlos; es preciso renunciar y abrir otro túnel paralelo. Ello produce un grave descorazonamiento en el equipo. Recuerdan las dificultades de los compañeros de Garros. ¿Podrán alcanzar éxito cuando, entre otras cosas, tan difícil les es ocultar los escombros?

En este momento, Desjobert y Lombard son llamados a Berlín para ser conducidos ante un Consejo de Guerra por su tentativa de evasión en Halle. La imaginación de los jueces alemanes, sobre todo los de la IV Región, es fértil. Son acusados los dos de haber tramado una conspiración, haber provocado motines sediciosos y de 16 haber atentado a la propiedad imperial y real. Desjobert es considerado como cabecilla.

Su traslado desde Küstrin a Berlín proporciona a Desjobert, designado por la suerte, la ocasión de una bonita partida en las narices mismas de sus guardianes. Para no excitar las sospechas de su escolta —un oficial y dos soldados— a su salida del fuerte no cogen capota, prenda favorita de los que aspiran a evadirse, por lo bien que puede ocultarse bajo ella las provisiones más diversas a la vez que oculta el lamentable estado de los uniformes. Lombard y Desjobert llevan guerrera. Gracias a su esbeltez, Desjobert ha podido ponerse por debajo de aquélla una americana y un pantalón de paisano bajo el de militar. En el pecho lleva, doblado, un

sombrero flexible. En cuanto llegan a Berlín el oficial alemán se eclipsa, recomendando a los dos hombres de guardia que redoblen su vigilancia. Éstos consienten, sin embargo, en acompañar a los dos oficiales franceses a un restaurante vecino para que puedan reponer fuerzas. Ellos piensan aprovecharlo. Al cabo de diez minutos, Desjobert pide a uno de los centinelas que le acompañe a los retretes de la estación de Friedrichstrasse, que está a algunos metros. Penetran en ella los dos. Es una gran habitación con una sola puerta, en el fondo de la cual hay una serie de celdas aisladas, provistas cada una de una puertecilla. El centinela ve a Desjobert entrar de uniforme de capitán francés en una de las celdillas. Cree haberse equivocado de puerta cuando, entre el movimiento incesante de gente, ve salir a un paisano elegantemente vestido que pasa tranquilamente por su lado. Al cabo de un cuarto de hora se inquieta, investiga: un uniforme francés yace en el suelo. El prisionero se ha escapado. El alemán recoge melancólicamente el quepis, la guerrera y vuelve al restaurante a contar su desventura al camarada distraído hasta entonces por Lombard. «¡Eso es un cuento!» —le dice el otro.

Desjobert debía ser apresado algunos días después en la frontera holandesa. Lombard vuelve a hallarle en el fuerte IX de Ingolstadt, adonde fué enviado el 3 de mayo de 1917, después de su comparecencia ante el Consejo de Guerra de Berlín.

* * *

En el fuerte IX se encuentran los dos en su elemento. Sólo hay antiguos evadidos. Muchos tienen en su activo varias tentativas y algunos sólo han fracasado en la frontera. La solidaridad y ayuda mutua son de rigor en tal lugar. Bajo las órdenes del coronel Tardieu, el prisionero de mayor graduación, hacen frente al enemigo común. Los alemanes mismos, rindieron con frecuencia involuntarios

homenajes a los oficiales del fuerte IX, poseídos —según ellos— de la fiebre de la evasión.

En el volumen que ha consagrado a los prisioneros de Ingolstadt colocados bajo su mando[6], el general mayor Peter escribe: «Huir, tal era el pensamiento que ocupaba día y noche a los jóvenes oficiales del fuerte. Los franceses, particularmente, concedían gran importancia a efectuar, por lo menos, un intento de evasión. "Es nuestro deber", decían, con frecuencia. En sus conversaciones sonaba siempre la palabra evasión. Preparar una y madurarla, exigía semanas. Era preciso, en efecto, hallar el modo de huir, darse cuenta de las condiciones de los relevos, de las costumbres de la guarnición, confeccionarse un traje para andar por fuera del campamento; traje que la mayoría de las veces consistía en el uniforme transformado; tenían que procurarse mapas, estudiarlos para fijar el itinerario a seguir, aprender bastante alemán para poder al menos hacer las preguntas más indispensables. Todo ello requería tiempo, mantenía despierto su espíritu e incluso les distraía.

»No pueden imaginarse la serie de trucos que necesitaban emplear para una tentativa de fuga y qué cualidades de observación paciente y de ciencia deductiva exigía la guarda de los oficiales. Era una guerra en miniatura, en la cual los dos partidos, intentaban dominarse por la astucia y por la destreza.

»Cuando las tentativas de fuga se multiplicaron, el ministerio de la guerra de Alemania tuvo la idea desdichada para los guardianes del fuerte IX de reunir en ese fuerte a todos los oficiales detenidos en curso de evasión y aquellos que, aun cuando procedentes de otros campamentos, habían huido. Se puso, en cambio guarnición más numerosa. Esta medida tuvo por consecuencia reunir en ese lugar los elementos más activos, aquellos indeseables en otro lugar. Los jóvenes oficiales rusos y franceses se autosugestionaban, y se persuadían de que estaban allí en un lugar de castigo. Y se conducían en consecuencia. No pasaba un día sin conflicto. Los prisioneros intentaban sobrepasarse mutuamente en grosería con el jefe del campamento, que, según las prescripciones del Código

Alemán, no disponía de ningún medio de castigo contra ellos. El fuerte IX era un infierno, pero no para los prisioneros, sino para la guarnición y, sobre todo, para el jefe del fuerte que tuve que relevar tres veces.

»Los oficiales franceses, sobre todo, daban prueba en sus relaciones con las autoridades alemanas de la más perfecta impertinencia. Varias veces, cuando se presentaban ante mí para expresar una reclamación o un deseo, tuve que insistir para que, al menos, sacaran las manos de los bolsillos. Si se hubiera querido castigar cada una de estas incorrecciones, el fuerte entero convertido en celdas no hubiera bastado para contenerlos a todos.

»Para dar una prueba de la insolencia de algunos de ellos, sólo citaré un ejemplo: Un día, había ido a inspeccionar el fuerte IX. Su jefe quiso mostrarme un lugar en una de las estípites laterales de la obra donde, visiblemente, se preparaba una evasión. Fuimos a aquella galería, provisto el jefe de una lámpara eléctrica. Apenas habíamos penetrado en ella cuando el jefe recordó haber dejado una fuerte suma sobre su mesa. Le dije que retrocediera de prisa y que le esperaría. Partió, dejándome solo. Algunos segundos después, la puerta de hierro se cerró bruscamente y escuché el girar de la llave. Estaba encerrado, en plena oscuridad. Algunos minutos pasan y la puerta se abre de nuevo. El jefe del fuerte, rojo de cólera, está allí. Me da cuenta de lo ocurrido. Un joven teniente francés, habiéndose dado cuenta de que yo estaba solo, se había precipitado a la puerta, la había cerrado y se había guardado la llave. Felizmente un oficial alemán, habiendo visto su acción, se la había arrebatado. Llamé al teniente, le pregunté si no se ruborizaba de haber cometido aquella trastada estúpida. Como respuesta sólo obtuve una risa irónica».

El general mayor Peter, sin querer, hace a nuestros prisioneros el más bello elogio posible. Por su energía se impusieron a sus guardianes y se hicieron respetar de ellos.

⁎ ⁎ ⁎

Cuando Lombard llegó, el fuerte IX estaba mandado por el capitán Baecker, un industrial de Nuremberg, que, desde su toma de posesión, había hecho la vigilancia aún más activa. Suya había sido la idea de sumergir en el foso del frente que estaba lleno de agua una red de alambradas sobre piquetes. Sobre la hilera superior había de trecho en trecho campanillas que al menor movimiento se ponían a sonar.

El predecesor del capitán Baecker, un tal Firsch, no vivía tranquilo entre sus temibles prisioneros. Temía siempre un acto de desesperación, una agresión en su despacho. Para poder salir de él con mayor rapidez y refugiarse en el cuerpo de guardia, había hecho aserrar los barrotes de sus ventanas. El capitán Baecker —preciso es reconocerlo— se mostraba más cortés. Su amor a los licores acentuaba su buen humor desde la mitad de la tarde. Al final del día se ponía paternal. Su respeto por cuanto fuera plato delicado o bebida de lujo le hacía tratar con atención y aun con benevolencia a los prisioneros que podían ofrecerse una buena alimentación: cangrejos, langosta, vinos. Este hecho, conocido por los prisioneros, facilitó más de una vez su fuga.

El servicio de guardia en el fuerte IX era extremadamente severo. Si los prisioneros, por casualidad, pasaban en sus paseos los límites de las zonas a las cuales tenían acceso, los centinelas, sin prevenirles, disparaban contra ellos. Les recordaban así las consignas. Toukatchewsky, el ruso a quien ya hemos nombrado, para protestar contra esa costumbre peligrosa y también para burlarse de la guarnición, no salía de su habitación sin una enorme bandera de la Cruz Roja. No se separaba de ella jamás. Si se instalaba con sus camaradas para una partida de cartas en cualquier rincón de la muralla o de los bastiones, tenía gran cuidado de colocarla sobre su cabeza.

En esta atmósfera caldeada, Lombard se encuentra en seguida a gusto. Llega el 3 de mayo. Escapa un mes después, en junio, vestido

como cantinero del fuerte. Aprovechando que éste se encuentra con permiso, penetra en su habitación; una llave falsa fabricada por un camarada facilita la operación. Oficiales amigos, prevenidos, espían y están prontos a señalar todo peligro. Lombard no encuentra el guardarropa del cantinero tan provisto como deseara; tiene que conformarse con una guerrera demasiado grande para él. Podrá ponérsela por encima de sus ropas de paisano y además, almacenar entre ella y su cuerpo una amplia provisión de bizcochos. Le es preciso completar su equipo. Decide a un ruso a que le ceda a cambio de su pantalón caqui el suyo gris-verde, muy parecido al alemán; confecciona, prontamente, con una tela verde y un trozo de cojín rojo una gorra alemana con banda roja. Bajo este traje lleva ropas de paisano correctas, que le permitirán viajar sin inquietud. Documentos falsos que le ha proporcionado un amigo fiel a nombre de un suizo deben facilitar su fuga.

Así vestido, una mañana se esconde en la biblioteca junto a la oficina del jefe del fuerte para vigilar la salida de sus empleados. Éstos suelen ir a las 7 al puesto de policía para desayunar: van individualmente y sin orden. En cuanto los ve a todos dejar sus ocupaciones habituales, les imita y franquea el fuerte levadizo, sin que el centinela sospeche nada: le toma por el cantinero. Llegado cerca del puesto de policía, en vez de penetrar al interior, sube al piso superior, donde hay unos retretes. Penetra en ellos un minuto y después salta al otro lado del muro del recinto que sólo tiene 2'5 metros de alto. El centinela de la puerta de entrada no puede verle porque queda oculto por un ángulo del muro de circunvalación. Su libertad no debía ser larga. Un suboficial le ha visto cuando franqueaba el puente levadizo. Su amigo el cantinero anda muy de prisa aquella mañana. Esto le sorprende, le sigue con la mirada, le ve entrar en el retrete y después saltar el muro. No hay duda: se trata de un prisionero que se evade. Alarma a la guarnición. Lombard está ya en la carretera, a 20 metros de la puerta. Un centinela que vigila el frente del fuerte que mira a Ingolstadt acude

a los gritos del suboficial y llega a tiempo para cerrarle el paso. Le es preciso rendirse.

⁎ ⁎ ⁎

No estará mucho tiempo en el fuerte IX. El 27 de julio, se evade de nuevo y esta vez del local de arresto donde purga la condena por su tentativa anterior.

La celda en que está encerrado toma luz del patio interior, abierto todo el día a los prisioneros. Es el único local que goza de esa propiedad. Un centinela prohibe, sólo de noche, que se aproximen a él. Los oficiales pueden frecuentarle de día. Lombard sigue así en comunicación con sus compañeros. Ellos le ayudarán a huir una vez más.

La ventana de ese cuarto de arresto está provista de gruesos barrotes de hierro verticales encajados en otros horizontales y fijos a ellos por grapas. Algunos camaradas adictos, los capitanes Desjobert y Brillat-Savarin, el abate Michel, cortan la cabeza de los tornillos y la substituyen por miga de pan plombaginada. Será fácil, en el último instante, con un martillazo echar fuera los tornillos y los, barrotes verticales caerán.

La evasión es fijada para el 27 de julio. Sus amigos, desde el 26 le pasan cuanto necesita de vestuario y víveres. Por la tarde del 27 preparan los barrotes. Una simple presión y las barras de hierro quedan libres. En este fuerte IX, en el que nuestros prisioneros han sabido conquistar ascendiente moral, nada les parece imposible. Poseen llaves de todos los locales. En la noche del 26 al 27, un camarada de Lombard, detenido en una celda vecina, encuentra medio de abrir su puerta, la de Lombard, y venir a reunirse con él: quiere tomar parte en su evasión. La noche siguiente, cuando los tiros le anuncien que los centinelas han sido alarmados y que la evasión de Lombard está descubierta, podrá volver a su celda y cerrar tras de él las dos puertas sin ser inquietado.

La gran dificultad en las evasiones es no alarmar a los centinelas. Para desembarazarse del que monta la guardia frente a su ventana, Lombard obtiene de sus amigos que organicen un concierto que tendrá lugar en una habitación del fuerte, al lado inverso de su celda. Atraído por la música, el guardián se acercará al ángulo del patio interior opuesto a su prisión.

Dicho y hecho. Lombard espera plácidamente, tendido en su lecho, la hora de actuar. Partirá a las 11 y media de la noche. Sus camaradas le anunciarán que ha llegado el momento tocando la *Marcha Lorenesa*, Sus notas resuenan. Se dispone a partir cuando una ronda de suboficiales penetra en el patio. Le es preciso retrasar su partida, pero entre tanto sus camaradas dan fin a su concierto y el centinela se acerca a la ventana de su celda. ¿Cómo alejarse? Lombard abre su puerta, corre a un local donde se alojan ordenanzas franceses. Les pide que vayan a los retretes que se encuentran en el rincón opuesto del patio, y que desde allí hagan mucho ruido. El centinela intervendrá y él aprovechará el momento.

Los ordenanzas ejecutan a la letra lo que se les pide. El centinela, para hacerles callar, se aleja. Lombard separa los barrotes, y salta a tierra. El centinela se vuelve en ese momento; le ve y grita: «*Halt!*». Lombard, de un salto, franquea el camino de ronda interior. El centinela apunta y dispara. A todo correr, Lombard escala el talud y se engancha por una pierna en una alambrada. Ya está en lo alto del talud. Se tira, salta al camino de ronda exterior, cae en el foso. Los centinelas vecinos disparan, al azar, sobre la sombra que han entrevisto. En cuanto ven las curvas del agua que forma al nadar, ajustan el tiro. Para que cesen, finge estar herido y grita. Pero siguen disparando. Encuentra un banco de fango, le pasa marchando a cuatro pies; vuelve a nadar con toda velocidad, se encarama al borde opuesto y gana el campo. El ruido de los disparos se extingue.

Sus ropas chorreando agua pesan terriblemente. A 200 metros del fuerte se detiene, se desnuda y se pone el traje que llevaba empaquetado en una tela impermeable: pantalón gris, camisa de

franela, americana negra y gorra. Andan buscándole patrullas y ve errar linternas por los campos; no creen que esté tan cerca de su prisión; de vez en cuando, los centinelas disparan al azar.

A eso de la una de la madrugada se pone en marcha. Lleva mapas, una brújula luminosa, un reloj, una sierrecilla para metales, un cuchillo, dinero. Sus víveres consisten en ocho pastillas de chocolate, algunos bizcochos y un poco de alcohol solidificado. Las primeras horas de marcha, experimenta la embriaguez del camino. Durante toda su evasión, aunque el hambre le haya atenazado casi constantemente, experimenta el goce de vivir una vida salvaje, andando de noche, ocultándose durante el día.

Su intención es ganar Constanza por etapas sucesivas. Varias de ellas son fértiles en incidentes. Al día siguiente de su evasión, por ejemplo, a eso de las 3 de la madrugada, busca una espesura para esconderse. Un sendero parte de la carretera y penetra en una región que le parece arbolada; la sigue y se instala. Al ser de día advierte que está en el parque de una propiedad: ha franqueado, sin advertirlo, una pasarela tendida sobre un foso de defensa. A toda prisa vuelve a la carretera y puede ganar, sin ser visto, a algunos centenares de metros más allá, un bosquecillo espeso.

Apenas se ha tendido en el suelo cuando nota pesadez en una pierna. Al examinársela ve una herida que debió producirse al salvar la alambrada del fuerte y que ha sangrado con abundancia; lava su herida con alcohol de Ricglès y la venda con un pañuelo. Por la noche ya le molesta menos, y curará sin otro tratamiento.

La tercera noche, a cosa de las 10, con luna clara se cruza en un camino vecinal con un joven que sin vacilar le reconoce como un prisionero, pero que no se atreve a detenerle, tanto más cuanto que están lejos de todo poblado. Intenta atraerle hacia la aldea próxima: «Tengo mucho miedo, señor. ¿Quiere usted acompañarme hasta mi casa? Está en su camino». «Lo siento —responde Lombard—, pero trabajo en la vía férrea —pasaba al borde de la carretera— y no puedo alejarme». Algunos metros más allá le abandona. El otro no se atreve a seguirle.

El quinto día comete la imprudencia de andar hasta demasiado tarde. A las 6 se apresura hacia un gran bosque que vislumbra a 600 u 800 metros. De un sendero escondido por los árboles surge un campesino a quien no ha visto y que lleva una guadaña al hombro. El labriego le mira rudamente, y le interroga. Lombard le muestra su herida. «Soy un herido de guerra —dice—. Soy de la región y busco trabajo». Aunque desconcertado por el conocimiento perfecto del alemán que posee Lombard, el campesino no le suelta y exige que vaya con él a la aldea a explicarse ante el gendarme. Lombard, aunque protestando, se ve obligado a acceder. En una bifurcación hay un poste que contiene estas palabras: «Burglôhe, a 2 kilómetros». «¿Conoces ese pueblo y esta carretera?», le pregunta el campesino. «No, jamás he llegado hasta aquí». «¿Cómo pronunciarías ese nombre?». «Burglon». Un oficial del fuerte IX, que había sido cogido en esa región le había enseñado esa particularidad de pronunciación. «Ya veo —dice el campesino— que eres de la región; continúa tu camino, pero no te pasees en adelante sin documentos».

Al día siguiente por la mañana, cuando cocía unas patatas en un bosque, surge un guarda forestal atraído por la hoguera. «¿Por qué enciende fuego en el bosque? Está prohibido». Lombard se excusa: a puntapiés, dispersa los tronquillos encendidos. El guarda forestal le pide sus papeles. Sólo tiene una tarjeta de pan. El alemán lo encuentra insuficiente y le interroga. Las respuestas no le parecen claras y le ordena que le siga. En el camino Lombard le cuenta la misma historia que la víspera: está herido y busca trabajo. El otro se deja conmover. A una petición de Lombard de si no podría emplearle, no responde, pero cuando llega ante su casa, le dice que continúe solo el camino hasta la aldea donde el jefe de los guardas le encontrará colocación. Trescientos metros más allá, Lombard se mete en un matorral y pasa en él todo el día muerto de hambre, alimentándose con bayas y caracoles crudos. Por la noche vuelve al lugar donde fué sorprendido, con la esperanza de recuperar su saco, que contiene sus últimos recursos alimenticios y del cual nada dijo al

guarda de caza. Lo encuentra, pero, ¡ay!, las provisiones son ya bien escasas.

El noveno día comete un error que causará su pérdida. En una bifurcación, se detiene para consultar un poste indicador. Según su mapa, está muy cerca de Suiza y debe dirigirse hacia Wolfogg. En la semioscuridad, ve en el poste un nombre que comienza por W —era Wengen— con una flecha indicando el camino a seguir. No vacila y sigue ese camino. Al ser de día se da cuenta de su error: ha seguido una mala dirección que le conduce hacia la frontera austríaca.

Continuar hacia Wengen sería una locura, pero como sus provisiones se agotan se decide a tomar el tren. En Leutkirchen a las 6'30 toma un tren local. En esa estación, cabeza de línea, pasa inadvertido entre los obreros, pues viste como ellos. Un cambio de tren le lleva a Aulendorf a algunos kilómetros de la frontera suiza. El tren continúa a Friedrichshafen, pero estima que ese punto debe estar muy vigilado como centro aeronáutico. Desciende, pues, en Aulendorf a las 10. Desgraciadamente no sale en seguida de la estación. En Leutkirchen ha podido comer sin contratiempo. Su estómago, hambriento, le incita a renovar la operación. Va a la cantina y pide un café. Todo va bien; pero un cuarto de hora más tarde desembarcan de un tren una docena de soldados con permiso que, a su vez, vienen a la cantina. Les sorprende encontrar a algunos kilómetros de la frontera a un paisano solitario de tan mal aspecto. El traje de Lombard revela, en efecto, sus andanzas. De su paso por varios arroyos su traje y sus botas han conservado barro. Habiendo perdido su espejo se afeita cada dos días como puede, con una navaja de que se ha provisto. Un día se hace una cortadura; para no aumentarla deja junto a ella una zona no afeitada que se destaca. Sus orejas, despegadas, acusan su nutrición insuficiente. Los alemanes le examinan con insistencia. Uno de ellos, un suboficial, se destaca del grupo y le pide su documentación. Dos minutos más tarde, está de nuevo prisionero. Después de una tarde de prisión en Aulendorf es conducido a Gerolfing, cerca de Ingolstadt, para sufrir una pena de arresto correspondiente a sus

tres últimas evasiones. Una corta interrupción vuelve a conducirle al fuerte IX, donde sus camaradas le tributan una ovación cariñosa.

⁂

Mientras purga su pena en los barracones del fuerte VII en Ingolstadt, en agosto, escucha elevarse junto a él unas notas melodiosas. Es el teniente Thomasset, comúnmente conocido con el nombre de Tommy, que toca en su violín la sonata de Franck. Conociendo el lugar de internamiento de Lombard y su pasión por esa obra, había querido, al tomar posesión de una celda vecina, probarle su amistad.

De vuelta al fuerte IX devuelve al capitán Desjobert el mismo servicio que le presto él algunos meses antes: le ayuda a escapar. Desde hace largo tiempo, Desjobert prepara la evasión. Pacientemente se ha confeccionado un uniforme de centinela. Nada falta. Fusil, bayoneta, capote, botones brillantes, todo está minuciosamente imitado. En el muro de la iglesia, cuyo espesor es superior a dos metros, ha observado un nicho que comunica interiormente con una capilla. De lejos parece un horno. Unas rejas sólidas impiden el acceso. Para él es un juego introducirse en la capilla. Se encierra en ella una tarde. Unos amigos rusos atacan los barrotes de la ventana, que da al patio interior y son rápidamente limados. Media hora después de la lista de la tarde, en la cual gracias a sus camaradas, su falta no es notada, se aprovecha del relevo para deslizarse desde la capilla al patio interior. Con el fusil al hombro, marcando el paso, se une a la fila de los centinelas y franquea el puente levadizo. Fuera del fuerte, aprovechando que la noche, extremadamente sombría, no permite ver a dos metros de distancia, se aleja del cuerpo de guardia y se pierde en las tinieblas. Treinta horas después estaba en Holanda.

⁎ ⁎ ⁎

El 16 de noviembre, Lombard quiere reunirse con él. Desde hace largo tiempo busca los medios de huir. Para dar aire a la galería que se extiende bajo el parapeto de artillería paralelamente a todas las caras de la fortificación y para el servicio de todos sus órganos vitales, los ingenieros alemanes han construido chimeneas de aireación que vienen a desembocar debajo del parapeto. Para impedir que la lluvia penetre en ellas, las han cerrado con cristales situados a veinte centímetros por encima del suelo. ¿Por qué no utilizar esa vía? En verdad esas chimeneas están situadas en una zona prohibida a los prisioneros, pero esa prohibición no preocupa a Lombard: los medios materiales le preocupan más. Ese escalo precisa de una cuerda de varios metros. Lombard confecciona una con alambres que recoge en diversos lugares. Aunque suprime las partes que tienen herrumbre, las de resistencia dudosa; aunque multiplica los nudos y aprieta las uniones, su escala carece de solidez. Al primer ensayo, el peso de su cuerpo la rompe en varios trozos.

En este momento se pone en contacto con el teniente belga Bastin. Universalmente conocido en todos los campamentos de prisioneros por su incansable paciencia, por su inquebrantable decisión a huir del yugo alemán, cuenta ya en su activo las evasiones más inverosímiles. Por experiencia ha llegado a conocer las trampas alemanas y los medios de evitarlas. Está, además, admirablemente informado sobre los puestos fronterizos. Convencido de que no es posible escapar del fuerte IX sin la connivencia de un centinela, se esfuerza desde hace varias semanas en ganar a uno de los hombres de la guarnición. Al fin lo logra. Lleva a la común empresa ese triunfo. Se encarga además de la confección de la escala, en tanto que Lombard debe realizar los demás menesteres.

El 15 de noviembre por la noche, la escala está preparada. Los belgas detenidos en el fuerte han puesto todo su cuidado en que pueda soportar un peso de 250 kilos. En cuanto está lista, la

prueban. Sin deformarse resiste el peso de tres hombres. Es útil. Para que sea más fácilmente transportable ha sido confeccionada de modo que puede enrollarse y desenrollarse a voluntad. Constituye, de todos modos, un paquete difícil de ocultar e imposible de disimular en caso de cacheo. Deciden actuar con la mayor rapidez. Lombard, en una tarde, logra preparar la vidriera de una de las chimeneas de ventilación. Primero, retira cuidadosamente el mástique que fija los cristales sobre los barrotes de hierro; se asegura de que puede levantárseles con facilidad, y después los sujeta en sus alvéolos con miga de pan. Sentado junto a la claraboya fingiendo leer, corta con una sierra de metales las dos extremidades de una de las barras transversales de esa claraboya, cuidando de que las dos secciones sean oblicuas con relación a la vertical y constituyan planos en divergencia hacia arriba. Así la barra no pierde su solidez como soporte, pero un simple empuje de abajo arriba la puede levantar.

El 16 de noviembre por la mañana el alemán que ha aceptado colaborar en la evasión, avisa que estará de centinela aquella misma noche. Hay que aprovechar la ocasión. En algunas horas se acaban rápidamente los preparativos.

Al fin de la tarde, el plan de evasión comienza a realizarse. Amigos seguros, ocultando la cuerda bajo sus capas, fijan una de sus extremidades a los barrotes intactos de la vidriera, dejándola caer por la chimenea de aireación; la parte inferior permanece enrollada para que no penetre en la galería de comunicación. Bastará después deshacer un lazo con un bastón para que se desenrolle. Afortunadamente habían tomado esas precauciones: apenas la escala colocada, una ronda de suboficiales penetra en el corredor: no ven nada.

En sus habitaciones respectivas Lombard y Bastin están preparados. Su mayor inquietud es el foso. ¿La frialdad terrible del agua no les paralizará? Para conservar lo más posible el calor de su cuerpo Lombard se ha puesto un traje interior Rasurel completo, que ha teñido de color café para que la blancura no le haga visible.

Bastin, que sólo es un mediocre nadador, lo que quiere es conservar la libertad de sus movimientos; sólo lleva un pantalón de deportes negro. En este traje y con sus impermeables esperan el momento de operar. Han convenido con el centinela qué no intentarán la aventura hasta momentos antes del relevo, a las 9 menos 10 de la noche. Les advertirá, además, de que el camino está libre silbando «*Die Wacht am Rhein*».

A las 8 y media de la noche, acompañados de un amigo, van a las habitaciones de sus ordenanzas, situadas cerca de la chimenea de aireación, para recoger sus paquetes, que han envuelto en sacos cosidos para preservarlos del agua; se los sujetan a la espalda y van al camino de aireación. Los alrededores están desiertos. Pronto sueltan la escala, que llega al suelo. Lombard la coge y sube el primero. El escalo es penoso. Bruscamente se ve oprimido. La chimenea se ha estrechado: es demasiado angosta para permitirle pasar con su saco a la espalda. Lo desprende con gran trabajo y desciende. Dejarán su saco para el escalo; a la salida de la claraboya lanzarán al teniente Duvert que les acompaña, una cuerda de diez metros; atará sus sacos a un extremo y ellos los izarán. Todo se realiza conforme a sus deseos. Lombard y Bastin se arrastran hacia la caponera del fuerte, pasan cerca de una torrecilla de acero, después, a menos de cuatro metros de un centinela que no les ve a causa de sus impermeables negros. Oyen, bajo sus pies, una discusión violenta. El amigo que ha protegido su fuga, al volver a su habitación, ha tropezado con un centinela, que le regaña por estar en zona prohibida.

Siempre rastreando, Lombard y Bastin, se acercan al emplazamiento que debe ocupar el centinela. Oyen ruidos de pasos. Una ronda de suboficiales. Pasa, sin verles, a algunos metros; ellos se incrustan contra el talud del parapeto. Se aleja. Las 9 están próximas. Un ligero silbido, vacilante: es la «*Die Wacht am Rhein*», la esperada señal. De rodillas, marchan hacia el emplazamiento del centinela, que cuida de alejarse. La suma convenida le será entregada más tarde. Bastin y Lombard entran en el agua. Las

primeras brazadas se dan sin obstáculo, pero algún ruido, sea producido al nadar o por algunos gemidos que el frío arranca a Bastin congestionado por el frío, atraen la atención de los otros centinelas. Abren el fuego, tirando al azar. Los que huyen tropiezan con un banco de fango y pasan al otro lado del foso. En cuanto Lombard llega, corre a un bosquecillo donde deben reunirse. Un centinela del exterior del fuerte continúa tirando al azar.

Lombard espera a Bastin durante más de tres cuartos de hora. No viéndole aparecer, le supone herido y caído en manos de los alemanes. Felizmente, no es así. Casi paralizado al salir del baño glacial, Bastin no ha tenido más que un pensamiento: alejarse del fuerte. Acorralado por una patrulla no puede acudir al lugar de la cita. Su perfecto conocimiento del país y de la lengua le permiten franquear fácilmente la frontera. Los dos amigos se encontrarán en el campamento de Sittard, en Holanda.

Lombard, transcurrido el plazo, tiene tal prisa por abandonar aquel terreno peligroso, recorrido por patrullas lanzadas a su captura, que no cambia de ropas. Como está, en zapatillas, traje de baño y su impermeable con el saco a la espalda se dirige hacia Neustadt, donde quiere tomar el tren local, que le permitirá ganar rápidamente la gran vía de Ingolstadt a Ratisbona.

A algunos kilómetros de Neustadt, se detiene y en un bosquecillo cambia de traje. Sale transformado en alemán de apariencia discreta y se dirige hacia la ciudad para tomar el tren de las 5'38. Un encuentro trivial que le obliga a dar un rodeo le hace perder el tren por pocos minutos. El tren siguiente no parte hasta la tarde. ¿Qué hacer en tanto?

Sin vacilar, entra en una posadita, situada frente a la estación. A la sirvienta que le acoge amablemente, le pide una habitación: ella le proporciona una. En un momento se desnuda y se acuesta después de haber acumulado en el lecho, pese a la elevada temperatura de la habitación, todas sus ropas, para aumentar el abrigo. Tirita. El calor del lecho le reanima y le permite recobrar su equilibrio normal. Hacia las 10 se viste, baja a la sala, enciende un

cigarro, encarga su almuerzo y después regresa a su habitación para reposar de nuevo. A las 11'30 vuelve al comedor, se deleita con un buen almuerzo para el cual, la criada, conquistada con sus propinas, no le reclama ni su tarjeta de pan, ni la de carne.

A las 13'15, el diminuto tren llega a la estación de Neustadt. Viene lleno. En todos los vagones hay viajeros de pie, apretados unos contra otros. Lombard sube a un compartimiento al cual han subido los empleados de la oficina de reclutamiento de Ingolstadt. Pasan el tiempo contando sus conquistas; hablan sin cesar, lo cual permite a Lombard no tener que mezclarse en la conversación salvo con alguna exclamación admirativa.

En Ratisbona, adonde llega al finalizar la tarde, lo primero que hace es meterse en un cine: estará abrigado y seguro. Allí no se le ocurrirá a nadie pedirle sus documentos. En vez de deambular durante horas por la ciudad, podrá reposar y meditar. Asiste a varias sesiones consecutivas. ¿Qué le importa la repetición de los *films*? Aquella sala le asegura paz y tranquilidad. A las 8 y media de la noche sale en busca de un hotel donde alojarse. A eso de las 9 descubre uno que le parece discreto. Penetra y pide una habitación, se inscribe en el registro con nombre supuesto y pasa una noche tranquila. A las 6, parte, con pretexto de una cita urgente, por no tener que enseñar sus documentos, aunque los lleva falsificados.

En la estación comete una imprudencia: consulta los horarios anunciados en la sala de espera. Los alemanes no lo hacen: antes de partir consultan siempre una guía y fijan su itinerario. Un viajero le mira. Sin afectación, Lombard, que ya ha visto lo que desea, sale del vestíbulo, se dirige hacia el centro de la ciudad, y no vuelve a la estación hasta el momento de tomar su billete.

El recorrido Ratisbona-Nuremberg se efectúa sin incidente. Lombard fingiendo siempre la lectura de una novela, vuelve concienzudamente sus páginas. En Nuremberg no encuentra dificultad para, sin tarjeta, hacerse servir un almuerzo en un buen restaurante. El trayecto Nuremberg-Francfort es más movido. En Nuremberg se sienta enfrente de un alemán grueso, de rostro

regocijado, que inmediatamente emprende conversación con él. Padre de numerosa familia, ha sido herido en el frente francés con un balazo en los riñones que le hace inútil para todo servicio activo; está al frente de una pequeña fábrica metalúrgica. Cuando ha dado todos estos datos, pretende saber los de su compañero. «¿Y usted a qué se dedica?».

Lombard, molesto, le responde con la mayor concisión posible, coge su volumen e intenta leer. Pero el otro no se descorazona; le da nuevos detalles de su vida y le hace diversas preguntas. Cuando, por fin, se apea en Würtsburgo, se tranquiliza: temía, con tal hablador, despertar sus sospechas.

En Francfort, busca un hotel: todos están llenos: ni una habitación disponible. A las 11 de la noche, por fin, encuentra una en el Fürstenhof, en la misma plaza de la estación, pero a un precio elevado: 15 marcos. Al desnudarse, para tener sus botas limpias al día siguiente, las deja a la puerta, sin fijarse en que llevan una etiqueta no francesa, pero sí inglesa. Al despertar —su tren parte a las 3— no las encuentra en su puerta. Un camarero se las ha llevado. Tiene que ponerse en su busca y las encuentra con dificultad. En cuanto está vestido se va a la estación; El tren para Colonia trae tres horas de retraso. En la sala de espera, los policías piden la documentación a los viajeros. Para substraerse al peligro, Lombard regresa al Fürstenhof. A las 6 toma el tren para Colonia, adonde llega a mediodía. Va al mejor restaurante de la ciudad, el Neuhof, encarga la mejor comida posible dentro de la reducida minuta que le presentan, y la termina con media botella de un vino viejo francés, mientras cambia unas frases de trivial cortesía con un comandante que se ha sentado a su lado.

El almuerzo es tan exquisito, que se le olvida la hora del tren para Aquisgrán; llega con el tiempo justo para tomarle. Un rincón de un compartimiento está libre; se acomoda en su rincón y vuelve a pasar las hojas de su novela. Ningún incidente. Sus compañeros de viaje se absorben en conversaciones particulares. Durante el viaje una dama sube al vagón. Todas las plazas están ocupadas. Aunque

es joven y bonita, ninguno de los alemanes presentes piensa en cederle la suya. Lombard, levantándose, le ruega que acepte su sitio. Esta lección de galantería produce escándalo. Todos los viajeros miran a Lombard con aire sospechoso. ¿No será un extranjero, uno de esos aborrecidos franceses? Se ha expresado en un alemán notablemente puro. Nadie se atreve a pedirle su documentación.

En el andén de llegada a Aquisgrán hay más de 30 policías y gendarmes de casco puntiagudo. Canalizan a la multitud, observan a los viajeros, piden documentos a los sospechosos. Lombard no atrae su atención y le dejan pasar.

Habiéndole dado Bastin un plano detallado de la ciudad, gana, con facilidad, en tranvía, la puerta por la cual debe salir de la ciudad: la Panthor. Piensa que es peligroso pasear por los alrededores; vuelve a la ciudad y penetra en una iglesia. Le echan de ella a las 5 de la tarde, para cerrarla. Va al jardín público. De pronto se cree observado y se oculta en una espesura. Llegada la noche, parte camino de la frontera holandesa.

En la región abundan los jardines y vergeles; pasan con frecuencia gentes cargadas con bultos. La atmósfera respira contrabando. Con la convivencia tácita de la autoridad, circulan todas las noches docenas de contrabandistas que van a Holanda a proveerse de los alimentos necesarios en el Reich. Lombard marcha, guiándose por la polar. Cae en fosos, tropieza con cercados, se desgarra en alambradas; se hunde en un arroyo mal oliente, vertedero, sin duda, de aguas residuales de una fábrica. Encuentra en su camino dos aldeas y las contornea. Al cabo de dos horas de marcha, un arroyo le detiene; para saber en qué sentido corre, echa una hoja al agua y después, tendido en el suelo, cubriendo su cabeza con su capa, consulta a la luz de una lámpara de bolsillo el mapa proporcionado por Bastin, y sitúa aproximadamente el lugar donde se halla.

Prudentemente avanza por el lecho del arroyo para evitar las cercas; escruta los alrededores, ahoga el ruido de sus pasos,

disminuye su estatura, doblándose. Al cabo de un cuarto de hora de esta marcha silenciosa, vislumbra una garita, pero no al centinela. Durante diez minutos permanece inmóvil. Ningún ruido. Se acerca, arrastrándose. Se levanta para mirar por los ventanillos de la garita. No está. Redoblando las precauciones, avanza algunos metros. Una alambrada. La tantea con la mano. Es una red de gruesos alambres, cuyas mallas en forma de rombo tiene de 5 a 6 centímetros de longitud. Imposible escalarla. ¿Hacer una abertura? El trabajo sería largo y peligroso y el centinela podría aparecer. Más vale vadear el río; al otro lado —le han dicho— no hay alambrada.

El informe es exacto. Ningún obstáculo le impide la marcha. Avanza tan pronto de rodillas como arrastrándose. Encuentra un camino. Está sembrado de paja menuda. Lo pasa rápidamente, corre cien metros, se detiene, escucha. Ningún ruido. Vuelve a su marcha silenciosa y cae en una cubeta inundada. ¿Habrá franqueado la frontera? En la incertidumbre, sigue arrastrándose. Ante él ve unos barracones. Es una estación. Al no oír ningún ruido se envalentona y se acerca. No es de estilo alemán; debe ser holandesa. Al efectuar el reconocimiento descubre a algunos centenares de metros una luz que avanza lentamente; se acurruca en un foso y espera. Un hombre pasa silbando a su lado. Viéndole solo le pregunta si está en Holanda. El otro le responde afirmativamente. Es un desertor alemán.

Caminan juntos hasta la aldea próxima. El alemán le cuenta su historia. Desertó hace un año. Ha encontrado trabajo en Holanda y gana bien su vida. Espera el fin de la guerra. Desgraciadamente, su mujer vive en Aquisgrán. Para verla, franquea de cuando en cuando la frontera como los contrabandistas. A una pregunta de Lombard para saber si ese paso es difícil o no, responde: «No lo es cuando se conocen bien los senderos seguidos por los contrabandistas, pues éstos no están vigilados y, además, tengo esto para abrirme paso». Y al decir estas palabras, enseña a Lombard un puñal, hecho con una antigua hoja de bayoneta, que lleva en el bolsillo interior de su americana.

Este desertor complaciente promete a Lombard llevarle a la casa de los guardas de la frontera para que le proporcionen abrigo para la noche. No hay nadie en el cuartelillo. Decide llevarle a la pensión en que él vive y donde no faltará una cama. Llegan a una casa de triste apariencia: llaman repetidamente. Nadie acude. Vuelven a llamar. Un criado aparece. Al ver al desertor alemán le colma de injurias. Ha vuelto demasiado tarde —le dice—: su cama ha sido alquilada. El otro no le escucha y empuja a Lombard hacia un dormitorio donde hay diez camas. Todas están ocupadas y se ven forzados a salir. Cerca de la casa, penetran en un cobertizo, en pleno campo, lleno de paja; se instalan en él y se cubren con la paja para calentarse. A las 5, el desertor arrastra a Lombard hacia la estación. La sala de espera está abierta a partir de esa hora, y hay en ella calefacción. Se instalarán allí para esperar hora más conveniente para presentarse a los guardas.

En la estación caen entre una tropa de mendigos. Entre ellos hay una mujer. Es una alemana, contrabandista de siempre. Está muy excitada. «Los alemanes —dice— acaban de cometer un crimen sin nombre. Una de sus patrullas ha disparado en territorio holandés sobre dos rusos que habían logrado evadirse y a uno de ellos, contra todo derecho, lo han matado». Mientras cuenta esta historia, rebusca, sin ser vista, en el saco de Lombard. Descubre un frasco en el cual dice: «Alcohol de menta de Ricglès». El título le importa poco. Sólo retiene la primera palabra: alcohol. Se apodera de él y vacía de un solo trago el frasco entero.

Es la última visión que Lombard tiene de Alemania. No piensa más que en Francia y en su próximo regreso a ella. Olvida sus largos y terribles años de cautiverio en que ha vivido lejos de los suyos, inútil para su país. La hora de la libertad ha sonado al fin para él. Va a poder revivir.

Capítulo XI

UN CAZADOR

El 50.º batallón de cazadores franceses en Vathimenil. – ¡A la bayoneta! – El teniente Ducellier. – Situación crítica. – «¡Los *boches*!». – Herido y prisionero. – En Estrasburgo. – Al fuerte IX de Ingolstadt. – Traslado al fuerte Prinz Karl. – ¿Cómo huir? – Entre basuras. – En libertad. – Apresado por confusión. – De nuevo en el fuerte IX. – A pan y agua. – Al campamento de Plasenburgo. – Ludwigshafen. – Evasiones por sorteo. – Al hospital. – La huída. – El suplicio de Tántalo. – De nuevo prisionero. – El armisticio. – Dulce consuelo.

En octubre de 1915, el 50.º batallón de Cazadores a pie, después de un duro y largo periodo en primera línea ante Embermenil y en el bosque de Parroy, está dedicado al reposo por algunos días en la región de Arracourt, en Valbey, Meurthe-et-Moselle. En sus acantonamientos los hombres saborean el placer de dedicarse con toda tranquilidad a su toaleta y a dormir sin pensar en el alerta que les lanza en plena noche a su puesto de combate. Gozan de otra dicha: tienen noticias de sus familias; les escriben largas cartas en las cuales hablan de las licencias próximas. Hacen mil proyectos. Bruscamente, el 15 por la mañana llega una orden. El batallón partirá en camiones al comienzo de la tarde. ¡Adiós, bellos sueños!

Algunas horas más tarde, una sección automóvil llega al cantón; los hombres embarcan. Punto de dirección, Vathimenil, en Meurthe-et-Moselle. El enemigo ha atacado al norte de la aldea de Reillon y se ha apoderado por sorpresa de nuestra primera posición e incluso la ha desbordado. Reservas locales han contenido el avance; un contraataque ha reconquistado parte del terreno perdido. Pero el adversario se ha mantenido, sin embargo, en dos trincheras. La labor de reconquistarlas se le confía al 50.º batallón de Cazadores.

A las 4 de la tarde, los camiones les desembarcan a 4 kilómetros del frente. Unas colinas arboladas les ocultan a la vista de los alemanes. Las compañías se reparten por los bosquecillos para evitar ser vistas por los aviones enemigos. Éstos, los días precedentes, no cesaban de dar vueltas por el sector. Es de temer que renueven hoy sus reconocimientos.

Los hombres, a toda prisa, confeccionan la comida de la noche. Los furrieles distribuyen cartuchos, víveres de reserva y una granada por hombre; una sola, desgraciadamente. Todos se preparan para la

acción que se sabe próxima. A las 6 de la tarde, los oficiales son llamados por el jefe del batallón, quien les explica la operación que va a emprenderse y les entrega, con sus instrucciones, un croquis esquemático de nuestras trincheras y de las del enemigo.

A las 7, en plena noche, las compañías son conducidas hasta nuestra primera línea bajo la dirección de guías proporcionados por las tropas que ocupan el sector, con orden de progresar en el mayor silencio. En línea de secciones ampliamente espaciadas, avanzan por la zona batida por la artillería enemiga; gracias a las precauciones, las pérdidas son ligeras. A las 9 llegan a nuestras últimas trincheras, donde se refugian, bien o mal, frente a su objetivo.

Desde el comienzo de la tarde, nuestra artillería ejecuta un tiro sistemático sobre las posiciones enemigas: ha recibido, sobre todo, la misión de destruir especialmente las redes de alambradas. Aunque sólo está compuesta por baterías de campaña, su tiro, si se hace caso a las tropas que ocupan las primeras líneas, es eficaz.

Según las indicaciones de los croquis facilitados por el jefe del batallón, y sobre todo por sus explicaciones, los oficiales del 50.º de Cazadores saben que la posición a atacar está situada en un montículo llamado «Bosque Zeppelin». Comprende dos trincheras oblicuas la una con relación a la otra, que constituyen una V aplastada, cuyo vértice marca la izquierda de nuestro objetivo. La más cercana a nosotros sigue la cresta militar del Bosque Zeppelin, la más alejada jalona la falla, escapando así a la vista de nuestros observadores.

El 50.º batallón deja dos compañías en primera línea, la 8.ª y la 10.ª, quedando la 8.ª a la izquierda. Más a la derecha, otras tropas prolongan el ataque. A las 10 y cuarto de la noche, bruscamente, nuestra artillería cesará su tiro, dando así la señal de ataque. La artillería francesa no tiene sino un enlace demasiado precario con nuestras primeras líneas para que se arriesgue a acompañar con sus fuegos a nuestros infantes. Sus proyectiles podrían alcanzarles.

La noche está obscura; ninguna estrella en el cielo. Entre las dos posiciones, el terreno es caótico. Desde hace varios meses,

franceses y alemanes se disputan la menor parcela; todos los puntos han sido conquistados y reconquistados. Cada ocupante se ha ingeniado para multiplicar las defensas accesorias ante sus líneas. No hay sino hoyos abiertos por proyectiles de cañón cabalgando unos sobre otros, restos de zapas Brun o alambradas, trozos de piquetes de madera o piquetes de hierro. Por todas partes se pudren cadáveres.

El 50.º batallón no conoce nada de ese suelo misterioso, que hubiera podido conocer con sólo algunas noches de patrulla. Se precisa progresar de prisa y silenciosamente. A consecuencia de la debilidad de nuestros medios de ataque, no puede esperar el triunfo sino sorprendiendo al enemigo. Debe llegar ante él antes de que se entere y abra el fuego.

A las 10 y cuarto, después de la última salva de nuestra artillería, los cazadores saltan fuera de sus trincheras. Con los jefes a la cabeza, se lanzan a la bayoneta: corren cuanto les es posible. Desgraciadamente, en ese terreno de emboscadas, varios de ellos caen en agujeros o se enganchan entre alambres bajos. Juramentos mal sofocados resuenan, cuerpos chocan, se cruzan bayonetas, culatas de fusil tropiezan con las cantimploras. Al ruido, los centinelas enemigos adivinan su ataque y tiran: la alarma está dada. Un fuego nutrido acoge a nuestros cazadores, pero el fuego es poco certero. El pelotón de izquierda de la 10.ª compañía llega a la trinchera, a la bayoneta y con granadas la desembaraza de sus defensores y hace algunos prisioneros, instalándose en el objetivo asignado. Las unidades vecinas se ven menos favorecidas. Chocan con alambradas intactas que les detienen. Una ametralladora se revela en el ángulo mismo de la V y coge a los cazadores bajo su fuego. Bengalas luminosas parten sin cesar de las trincheras enemigas, que aclaran el terreno del ataque. En cuanto un francés saca la cabeza del hoyo que le abriga, es visto y una lluvia de balas se abate sobre él. La 8.ª compañía tiene que detenerse, e igual ocurre a algunas fracciones de la derecha de la 10.ª.

El segundo pelotón de ésta pone el pie en la trinchera alemana y se une al primero, siguiendo el mismo trayecto. Los dos intentan llegar a la segunda línea. Sus tentativas fracasan. Más tarde, para facilitar su labor a los camaradas del batallón, se esfuerzan en progresar hacia la izquierda. Pero en este punto el enemigo es numeroso. A toda prisa, con sacos de tierra, ha instalado una barricada. Para forzarla, los cazadores suben al parapeto esperando coger de revés a los defensores. En cuanto uno aparece, es revelada su presencia por las bengalas que los alemanes lanzan sin descanso. Una ametralladora en segunda línea abre el fuego. Tienen que refugiarse en la trinchera. Los tiradores de los elementos a la derecha y a la izquierda de la 10.ª compañía con sus tiros incesantes y bien dirigidos les causan también pérdidas.

Sólo queda una posibilidad para acabar rápidamente: desalojar al enemigo a fuerza de granadas. Desgraciadamente, su número es escaso. El teniente Ducellier, que manda el pelotón de izquierda de la 10.ª compañía, reune todas las disponibles y las confía a sus mejores granaderos y comienza el combate. Los alemanes están más favorecidos que nosotros; disponen, en efecto, de un gran *stock* de municiones. A cada granada que lanzamos responden con ráfagas. Nosotros las economizamos y ellos las derrochan. Pese al heroísmo de nuestros cazadores —uno de los cuales, el joven cabo Barra, del reemplazo de 1914, se hace notar por su intrepidez—, no podemos sostener la lucha. Este combate, en pocos minutos, nos causa graves pérdidas. Una granada siega las dos piernas del cabo Barra. El teniente Ducellier es herido ligeramente en la cabeza por cascos y trozos de piedra. Tenemos que retirarnos; para protegernos, alzamos una segunda barricada 15 metros más lejos, y la reforzamos con cuanto encontramos, sacos, cadáveres, postes. Entre las dos agonizan heridos, tanto franceses como alemanes. Ahorramos nuestras granadas para impedir que el enemigo franquee ese muro de protección.

De hora en hora la situación se hace más crítica. El teniente Ducellier lo hace saber al jefe del batallón y le pide instrucciones. Se

le contesta que es preciso sostenerse a toda costa, en espera de poder recomenzar el ataque. Al recibir esta orden, previendo que la lucha, faltos de granadas, pueda llegar a ser desventajosa para nosotros, Ducellier intenta una vez más ensanchar nuestra posición. Con algunos cazadores salta sobre el parapeto para caer a espaldas de los defensores de la trinchera, a su izquierda. La ametralladora enemiga entra en seguida en acción. Caen algunos cuerpos. Preciso es renunciar a ensanchar la brecha. Toda nueva tentativa es inútil. Podemos esperar, todo lo más, sostenernos.

La posición de la 10.ª compañía se agrava. Ducellier da cuenta de ello al jefe del batallón. A toda prisa, a la luz de las bengalas enemigas, garrapatea unas palabras que confía a su perro «Tanto peor». El escrito será entregado —lo sabrá más tarde—, pero no obtendrá respuesta. El perro no se le reunirá ya jamás.

Para evitar el amontonamiento en su trinchera, decide, algo después, evacuar sus heridos. Los que están aún válidos, ayudados por los prisioneros alemanes llevarán a los que no pueden marchar. Este convoy gana con dificultad nuestras retaguardias: sorprendido por un tiro de contención enemigo, sufre con él grandes pérdidas.

En su reloj, Ducellier comprueba que son las tres de la madrugada. Ráfagas de balas que levantan la tierra del parapeto llegan sin cesar a nuestra trinchera y clavan en sus puestos a nuestros infantes. Ninguna ametralladora interviene por nuestra parte. Las que poseemos están demasiado lejos; no pueden participar en la lucha, y, sin embargo, los disparos alemanes señalan muy bien el emplazamiento de las suyas y sería fácil contrabatirlas. Nuestra artillería, mal informada, efectúa un tiro de contención demasiado largo y poco denso, que no sirve para nada. La artillería enemiga mantiene el suyo exactamente sobre nuestras trincheras de primera línea. De tiempo en tiempo, los alemanes, a nuestra izquierda, después de algunas precipitadas ráfagas de granadas, intentan franquear nuestras barricadas. Les rechazamos a duras penas con nuestras últimas municiones.

A las 6, a las primeras luces del día, Ducellier levanta la cabeza por encima de la trinchera: la claridad es suficiente para discernir los objetos. Con su pelotón está en punta y ocupa la trinchera enemiga en un centenar de metros; a la derecha está el segundo pelotón, a la izquierda los alemanes. Las compañías que les encuadran están a más de 100 metros a retaguardia, con los hombres tumbados en hoyos de proyectiles de cañón ante alambradas intactas. Entre las trincheras alemanas y las nuestras, están tendidos cazadores en gran número. Gimen, sin cesar, los heridos. ¿Qué hacer? Las peticiones de municiones a retaguardia no obtienen respuesta. Los mensajeros han sido puestos fuera de combate. No nos quedan granadas. Nuestro *stock* de cartuchos se agota, pese a la rebusca en nuestros heridos. Algunos cazadores han cogido fusiles alemanes y con las municiones encontradas en la trinchera sostienen una lucha casi imposible por lo desigual.

Dos cazadores provistos de las granadas que nos quedan, montan la guardia detrás de nuestra barricada con orden de rechazar a todo grupo enemigo que quisiera infiltrarse en la trinchera. Hacia las 7, disparan unas tras otras sus últimas municiones y chillan a Ducellier: «¡Mi teniente: los *boches*! ¡No nos quedan granadas! ¡Venga, venga pronto!».

Ducellier, que está a algunos pasos de ellos, acude. Varios alemanes, que han recorrido arrastrándose el espacio que separa a las dos barricadas, saltan en este momento sobre el parapeto. En diez segundos hay allí doce enemigos, revólver en una mano, granada en la otra, unas largas granadas en forma de bote de confituras al extremo de un palo redondo y las balancean amenazadores. De un golpe seco, el primer alemán que ha surgido, un suboficial, hace caer al suelo el revólver, con el cargador vacío, de Ducellier, y después saltan a la trinchera. Otros grupos siguen. El último tiro de fusil es disparado al sesgo a 20 metros, por el sargento Luzeau-Coudrais; su bala atraviesa la mejilla de un alemán que está a caballo sobre los sacos de tierra y que rueda entre las piernas de Ducellier, aullando, con el rostro bañado en sangre.

La lucha no es posible. Aislada de sus retaguardias, habiendo recibido antes del ataque pocas municiones, no habiendo sido aprovisionada después, con graves pérdidas en el combate, la 10.ª compañía tiene que rendirse. Ducellier puede aún alzarse sobre el parapeto y gritar al jefe de su compañía, pese al alemán que le sujeta: «Huid, huid, estamos cogidos». El capitán Maslier, el sargento Jazon y dos cazadores que están bastante lejos de la barricada, pueden, desafiando una ráfaga de la ametralladora alemana, saltar de hoyo en hoyo y ganar la línea de embudos que ocupa la 8.ª compañía. La 10.ª, compuesta de 120 hombres y tres oficiales al partir para el asalto, está enteramente fuera de combate. Casi todos los sobrevivientes que caen en manos del enemigo —no son más que 23, de ellos 2 oficiales— están heridos.

Son conducidos de la trinchera que ocupaban hacia la de segunda línea siguiendo las dos ramas de la V; desde allí, por una excavación cubierta de 3 a 4 metros de profundidad y de un metro escaso de anchura, ganan la retaguardia. El mismo día son conducidos a Deustch-Avicourt, donde está situado el Estado Mayor de una brigada bávara y donde son bien tratados. Un médico-mayor examina un ojo de Ducellier, declara que no es nada, le hace un vendaje y da órdenes para que le den de comer, así como a sus cazadores. Sufren un primer interrogatorio. Como Ducellier rechaza dar la menor explicación, el teniente que le pregunta, no insiste. Algunas horas más tarde, él, sus hombres y su camarada de combate, el subteniente Juge, son conducidos en tren a Estrasburgo, donde son interrogados con mayor detenimiento. Un capitán de Estado Mayor quisiera obtener de ellos informaciones precisas sobre las tropas del sector, disposición de la artillería, etc… Insiste particularmente con los suboficiales. A su pregunta «¿Teníais mucha artillería en vuestro sector?», uno de ellos, con zumba, responde: «Señor oficial, yo vi un cañón detrás de cada mata».

Durante tres semanas, Ducellier y el subteniente Juge son encerrados en una caponera de la ciudadela de Estrasburgo en la confluencia del Rin y el canal. La celda que ocupan mide apenas 6

metros cuadrados. Una hora al día son conducidos a un patio de 10 metros por 10. Es su único contacto con el exterior. Tienen un consuelo, o al menos lo creen. Les han autorizado a escribir una carta diaria a su familia. Sabrán más tarde que ninguna llegó a su destino. Los alemanes las rompían después de intentar recoger en ellas informes. Emplean todos los medios para inclinar a los prisioneros a confidencias fructuosas; les dejan en aquella caponera sin ventilación con el fin de desmoralizarlos. Un subteniente, herido grave, y un capitán de la *landstürm*, prusiano de origen y profesor en el Liceo de Estrasburgo, vienen alternativamente a charlar con ellos. Les confían, como un favor, el *Stransburger Post*, periódico pangermanista, mientras se entregan a comentarios orales susceptibles, en su opinión, de deprimirles. Esperan que así se cansarán y hablarán. Nuestros prisioneros resisten a esa tortura moral. El 3 de noviembre, Ducellier es trasladado al fuerte IX de Ingolstadt, donde los prisioneros se amontonan. Ciertas casamatas contienen hasta 16. La vigilancia es tan severa que toda tentativa de fuga es imposible.

En marzo de 1916, Ducellier es trasladado al fuerte Prinz Karl, del mismo tipo que el fuerte IX. Los dos forman parte de un mismo conjunto; no difieren sino en los pormenores; el primero, construido en llanura, está rodeado de un foso lleno de agua; el segundo, instalado sobre un montículo roqueño, está rodeado de un foso extremadamente profundo, tallado en plena roca con una escarpa y una contraescarpa verticales.

Poco antes de su llegada al fuerte Prinz Karl, los tenientes Menard y Pinsard se han evadido de él de la manera más temeraria y loca. A consecuencia de lluvias persistentes y de alternativas de hielo y deshielo, los revestimientos de cemento de la contraescarpa se han hendido en ciertos sitios y la tierra se desploma. Los alemanes deciden arreglar los fosos. Unos obreros instalan palos a lo largo de la contraescarpa para asegurar los andamios de los albañiles. Menard y Pinsard siguen con atención esos preparativos,

que tienen lugar en las cercanías de la capilla. Es la ocasión esperada.

Pronto fracturan una puerta y penetran en la iglesia, que está iluminada por varias ventanas enrejadas; una de ellas da directamente al foso, donde están los centinelas. La abren con precaución, sin que cruja, y espían el momento en que los centinelas se alejan a derecha e izquierda. De un salto están en el foso, corren a un pie derecho a lo largo de la contraescarpa y lo escalan a fuerza de puños. Para lograr esto sólo disponen del tiempo que emplean los alemanes en recorrer 50 metros. Les basta. Cuando los centinelas dan media vuelta, han alcanzado ya la cresta de la contraescarpa. Ganan el campo y alcanzan la frontera suiza sin ser cogidos.

La evasión de Menard y Pinsard es un latigazo para Ducellier. Lo que otros han hecho, él debe poder repetirlo. No es posible pensar en salir a viva fuerza del Prinz Karl. Desde la evasión de Pinsard y Menard, el servicio de vigilancia ha sido reforzado y el número de centinelas y rondas doblado. Sólo la astucia puede llevar al triunfo. Hay que estar preparado en todo momento, y Ducellier se prepara. Empieza por procurarse ropas de paisano. Con el paño de una capota negra se confecciona una gorra de obrero. Un ordenanza, sastre de oficio, le hace una americana de color gris obscuro, de tipo obrero también. Su pantalón de cazador, azul obscuro, arrancándole el vivo no desdecirá del resto. Los soldados franceses que cumplen en el fuerte las funciones de ordenanzas, le ayudan como pueden. Saben que arriesgan en todo momento ser traicionados por los soldados rusos, en cuyo contacto viven; conocen los castigos que les esperan si son descubiertos. No por ello le secundan con menos ardor, sin regatearle su adhesión.

Un camarada se ha procurado un mapa a escala de 1/200.000; es más bien un croquis simplificado en el cual sólo figuran los ríos, los ferrocarriles, las carreteras importantes, las ciudades. Él lo copia. Una hoja de Gillette imantada al contacto de una brújula, le guiará. En un saco de excursionista, un *rücksack* que compra en la cantina, dispone, metódicamente, víveres para 15 días; los ha economizado

de la ración cotidiana que le aportan sus paquetes. Reparte meticulosamente esas provisiones. Junto a cubitos de caldo, frascos de extractos de carne, de sopa condensada, harinas de legumbres, chocolate, alcohol solidificado, coloca una pequeña cacerola de aluminio para preparar sus comidas y tomarlas calientes.

Falta encontrar el medio de huir. Para salir del fuerte Prinz Karl decide, después de pacientes observaciones, utilizar el carro de las basuras. En este momento —verano de 1916— es arrastrado por soldados franceses, siempre los mismos. Ducellier les comunica su proyecto; ellos le ofrecen su ayuda. ¿Cómo utilizar ese modo de transporte?

El carrillo consiste esencialmente en dos ejes de hierro unidos por postes de madera sobre los cuales están fijas unas planchas. El suelo está constituido también por otras planchas mal unidas, entre las cuales subsisten vacíos que se pueden utilizar para respirar.

Un centinela armado vigila siempre la carga y descarga. Además, cada vez que franquea la poterna del fuerte, los centinelas de la puerta hunden varias veces sus bayonetas en la masa, para asegurarse de que no contiene nada sospechoso. Contra el primer peligro, sólo queda esperar un momento favorable. Para protegerse del segundo, Ducellier, con latas de bizcochos ingleses unidas unas a otras, se construye un verdadero caparazón.

Durante más de tres meses, desde julio a octubre de 1916, espera la ocasión. El 14 de octubre, a eso de las 11, en el momento en que los ordenanzas comienzan a cargar el carro, estalla una tormenta, de pronto. El centinela se pone al abrigo bajo una bóveda situada en el patio. Ducellier coge sus provisiones, su *rücksack* y su caparazón. Se instala boca abajo en el fondo del carretón, con la boca junto a uno de los agujeros del piso, repliega sus codos bajo el pecho para respirar mejor. Unos ordenanzas le cubren con el caparazón y después, a toda prisa, de basuras.

Ha tomado toda clase de precauciones para vivir bajo el peso que le oprime. Bajo su boca coloca un tampón de guata empapado en alcohol de menta. Respira penosamente, pese a ello. La capa que

soporta le parece terriblemente pesada y el olor horrible. Se pregunta con inquietud si podrá resistir mucho tiempo. Una hora después, el carro se pone en marcha. La lluvia sigue cayendo con violencia. El centinela de la puerta no sale de su garita cuando el cano pasa cerca. Se contenta con interpelar al alemán que lo escolta: los dos se lamentan del mal tiempo. Una dificultad está vencida.

El estercolero está establecido debajo del montículo donde se alza el fuerte. El camino que conduce a él describe innumerables zigzagues. Los ordenanzas apresuran el paso para reducir la duración del trayecto y pasar al centinela. Cuando están ocultos a su vista por un rodeo del camino, dirigen la palabra a Ducellier y le animan. Llegan al depósito con una delantera de más de cincuenta metros sobre el centinela. En un momento vuelcan el carro y retroceden hacia el fuerte para que el alemán no pueda ver nada.

Ducellier no está aún salvado. En los traqueteos, las planchas, mal unidas, le han herido en el rostro; en su caída se ha vuelto a herir. Su rostro está bañado en sangre. Los ordenanzas le ven en ese estado. A su vuelta al fuerte advierten a sus camaradas de este incidente y se preguntan con inquietud sobre su posible estado. No pueden, sin embargo, socorrerle sin traicionarle…

Afortunadamente, sus arañazos son ligeros. La sangre procede, sobre todo, de la nariz. Teme ser descubierto por los alemanes de las aldeas vecinas, que durante todo el día rebuscan entre las inmundicias en busca de algún objeto metálico aprovechable o algún detrito que aplaque su hambre. La lluvia les ha alejado, de momento. Es una suerte. Ducellier se desliza hasta un gran abeto de un bosquecillo cercano, se sube a una rama a tres metros del suelo y se instala con su saco. Espera la noche. Varios alemanes acuden al estercolero, pero ninguno le ve.

En cuanto llega la obscuridad, transforma su fisonomía. Desde su cautividad ha dejado crecer su barba; es crecida y de forma cuadrada; con ayuda de una máquina de afeitar, de una barra de

jabón y un poco de agua, la hace desaparecer a costa de ligeros arañazos. Si algún soldado del fuerte le encuentra, no le reconocerá.

Esto hecho, abandona su refugio. Desde hace largo tiempo, ha estudiado el camino a seguir: la línea de las crestas que bordean el Danubio hasta Donaueschingen; después, se dirigirá hacia el Sur con dirección a Schaffouse. Recorrerá así tan sólo regiones arboladas. La marcha será tal vez más penosa, pero evitará el fondo de los valles, las bifurcaciones de las carreteras y las vías férreas que están guardadas y donde también las ciudades son más abundantes. Prefiere penar más y arriesgar menos.

A las 9 de la noche, en cuanto todo ruido queda encalmado, cuando se han apagado las luces en las aldeas vecinas, se pone en camino y gana las alturas. Pasa cerca del fuerte Prinz Karl. Los suboficiales alemanes silban para indicar a los prisioneros que deben volver a sus habitaciones. Media hora más tarde, oirá, aunque menos distintos, más lejanos, otros silbidos, pero estridentes esta vez. Avisan a la guarnición y le señalan que un oficial no ha respondido a la lista. Su evasión es, pues, conocida ya.

Precipita el paso, consultando constantemente su brújula, siguiendo los bosques. La libertad, el aroma de los abetos, le dan nuevas fuerzas. Está libre. Este sentimiento le procura un goce jamás experimentado hasta entonces. Anda toda la noche. Al amanecer, se encuentra en la linde de un bosque. ¿Entrará en él o bien ganará un bosquecillo de abetos que está a unos 300 a 400 metros de allí?

Adopta esta última solución. Allí no tendrá nada que temer de los cazadores, que operan con preferencia en los grandes bosques.

El día nace. El alba es glacial. Ducellier piensa en reconfortarse. Coge agua en una charca, la filtra a través de un pañuelo y la hierve en un pequeño recipiente de aluminio. En seguida, con tres cubos de caldo, se prepara una sopa caliente. Dos bizcochos y una lata de conservas completan la comida. La sopa caliente le reconforta. Una dulce somnolencia le invade. Pero dormir cuando se está solo es difícil y peligroso. Siendo dos, se pueden alternar las horas de vigilia

y de acecho. Ducellier cede a la somnolencia. Hacia las tres de la tarde, ladridos de perros le despiertan, acercándose a él. Precipitadamente abandona su refugio y huye al bosque mayor. Está en él tranquiló hasta la noche.

La segunda de éstas pasa sin incidente. Le es preciso a cada instante descender y escalar pendientes. La marcha en estas condiciones es tan fatigosa que se desliza en el valle hacia Nassenfels. Éste, por aquellos lugares, está muy poblado. Cada legua, por lo menos, tiene que contornear un poblado y efectuar grandes rodeos por tierras laborables. La mañana del tercer día está extenuado. Se esconde en un bosquecillo aislado. Cuatro horas de sueño reconfortante y dos tazas de café concentrado e hirviente y muy azucarado le reaniman.

La tercera noche, confiado en su suerte, para no dar un gran rodeo, se acerca a una aldea. Le acoge un estrépito de silbidos: una banda de galopines armados de hoces y porras cae sobre él. Espiaban a unos ladrones de patatas, le toman por uno de ellos y le conducen a la alcaldía. Pronto es identificado. Su saco repleto de conservas con nombres franceses le traiciona. No hay duda posible: es un evadido.

Al día siguiente por la mañana es conducido a Ingolstadt con buena escolta e inmediatamente, en un coche que él paga, entre dos suboficiales revólver en mano es llevado al fuerte Prinz Karl, donde el comandante le interroga. Quisiera saber por qué medio se ha evadido: sus guardianes no han podido descubrirlo. Naturalmente, él se niega a responder. Aquella misma noche es llevado al fuerte IX, considerado como fuerte de represalias.

A pesar de las precauciones tomadas, varios de los nuestros han escapado. Rodeado de un amplio foso lleno de agua, situado en una llanura cerca del Danubio, es vigilado de manera especial. Las rondas son incesantes, el servicio de guardia está siempre asegurado por centinelas dobles.

Ducellier decide aprovechar, para escapar de nuevo, una visita al dentista que ha de verificarse en Ingolstadt, a 8 kilómetros del

fuerte. La ocasión es tentadora. Nuestros oficiales van a Ingolstadt y vuelven por grupos de 2 ó 3, bajo la vigilancia de un solo centinela armado. Si la consulta se prolonga, la vuelta se efectuará al anochecer.

Desgraciadamente, los alemanes conceden pocas veces esas visitas. El médico alemán al cual nuestros oficiales se presentan en busca de autorización, les distribuye amablemente un poco de yodo y les aconseja esperar a mejores tiempos para los cuidados que piden. A fuerza de insistencia, Ducellier obtiene ser incluído en la lista de los que tienen derecho a ir al dentista. Pero tiene que esperar nueve meses para su consulta.

En mayo de 1917, a eso de las 9 de la mañana, le advierten que en compañía de un oficial inglés, otros dos oficiales franceses, los tenientes Bonzon y De Lasteyrie du Saillant, puede ir a casa del dentista. Pero es preciso partir a los cinco minutos. No tiene tiempo de coger nada. Sabe que, además, serán registrados antes de salir. No lleva, pues, ni mapa, ni brújula, ni víveres; se contenta con meterse en el bolsillo algunas tabletas de chocolate y unos bizcochos.

De Lasteyrie y Ducellier deciden huir durante la vuelta al fuerte. Para que ésta se efectúe de noche, los cuatro prolongan su estancia en el gabinete del dentista. ¡No hay operación que no soliciten! Entregan su último luis por obtener una orificación. Cuando vuelven al fuerte IX, son ya las 5 de la tarde. El centinela protesta por el retraso y muy ostensiblemente carga su fusil. A un kilómetro del fuerte, Du Saillant se detiene, y como si una necesidad urgente le asaltara, se dirige hacia un árbol. Ducellier se para también. Aunque el centinela está a su espalda, se da cuenta de que no deja de mirar a De Lasteyrie y que le apunta. Si tira, De Lasteyrie está perdido: están a cinco metros uno de otro. Ducellier no piensa en huir: quiere proteger a su camarada. Se lanza sobre el alemán y le desvía el fusil. El tiro parte. De Lasteyrie se aleja a todo correr. En la semiobscuridad que reina está en seguida fuera de alcance.

Algunos minutos después, alemanes armados acuden desde el fuerte en bicicleta, al mando de un suboficial. Éste se informa de lo ocurrido e injuria al centinela: le reprocha no haber tirado sobre el que quedó. Ducellier es golpeado violentamente y arrastrado al fuerte; el jefe de éste, el famoso capitán Liersch, después de un sumario interrogatorio, le hace encerrar en una casamata donde permanece dos días en la obscuridad, a pan y agua únicamente.

El tercer día le sacan de ella para llevarle a Ingolstadt, a la prisión militar. Allí, durante tres semanas, instruyen su proceso. Los alemanes le acusan de «haberse entregado a vías de hecho con un soldado de servicio y armado». El asunto es grave y puede llegar a una condena a muerte. La Embajada española, prevenida, designa un abogado para defenderle. A los alemanes les fatiga y molesta pronto el proceso. Como Ducellier ha hecho sus estudios en Heidelberg, habla correctamente el alemán y cuenta al juez la conversación habida entre el suboficial alemán y el centinela; relata, además, con abundantes pormenores, las sevicias de que ha sido víctima.

El día del juicio, su abogado, un hombre de sesenta años, le defiende con habilidad: «Ducellier sólo ha cumplido con su deber; en su lugar, los jueces que le escuchan, hubieran procedido exactamente igual». En lugar de ser fusilado, escapa con cuatro meses de prisión, que cumplirá por períodos de un mes, separados por otros períodos de ocho días en los cuales volverá al régimen común. Este encarcelamiento, extremadamente penoso, le conduce a una anemia; enferma, al igual que varios camaradas que purgan penas análogas en el fuerte IX. Logra hacer llegar una queja al embajador de España en Berlín, quien, emocionado por tal situación, interviene en su favor y obtiene que los más enfermos sean transferidos a Plassenburgo.

En este nuevo campamento, la existencia material está mejor organizada. Nuestros oficiales viven, sin embargo, amontonados. En ciertas salas, hay más de 40, pero gozan de un *confort* relativo. Disponen de amplias salas de duchas de agua caliente, de

refectorios espaciosos y de una pequeña explanada desde donde se contempla todo el valle. El aire es puro y vivificante. El grupo de fanáticos de la evasión enviados desde las celdas del fuerte IX, pronto se hacen insoportables en este lugar; tanto, que el mando alemán los traslada a los pocos días al campamento de represalias de Ludwigshafen (fábrica badense de anilina y sosa), después de haber hecho comparecer antes a nueve de ellos —entre los cuales figura Ducellier— ante un Consejo de guerra, inculpados de «insubordinación, motín, colisión y complot». Por estos hechos son condenados a penas que varían entre uno y doce meses de prisión. Ducellier agrega noventa días de celda a sus castigos anteriores.

Todos están contentos por su traslado a Ludwigshafen. Están expuestos, sin duda, a las bombas de los aviadores aliados que intentan destruir la fábrica de gases asfixiantes en cuyo recinto están alojados, pero no piensan en ese peligro. Se alegran de haber abandonado las casamatas de los fuertes por un edificio claro, destinado a la hidroterapia de los obreros, provisto de lavabos, de hornillos de gas, de W. C. limpios y magníficas duchas; les alegra, sobre todo, llegar a un local en el cual no se ha intentado aún ninguna evasión y en el que el servicio de vigilancia, no instruido por experiencias sucesivas, no ha tomado aún las medidas que las hacen imposibles.

Nuestros prisioneros se ingenian para descubrir las imperfecciones del sistema de guardia. El teniente coronel Thévenin, el más antiguo oficial del campamento y que —por tal título— goza de gran consideración, hace decidir que una estrecha disciplina será aportada a toda tentativa de evasión. Es preciso suprimir las evasiones particulares y favorecer las de pequeños grupos. Siendo la totalidad reincidentes y deseando todos volver a probar suerte, un sorteo designará cada vez a los que deben intentar la aventura. Un turno de favor será concedido a los que hayan imaginado el procedimiento de fuga.

Ducellier quiere renovar el truco del dentista. Los alemanes niegan a los prisioneros el permiso de salida. Un especialista les

cuidará en el local. Hay que buscar otro medio.

El edificio en que están encerrados tiene fachada a una calle. A condición de asegurarse la complicidad de un centinela, es posible, aserrando un barrote, evadirse y ganar la calle. Ducellier entra en contacto con varios alemanes. Gracias a su conocimiento de la lengua, obtiene informes, una brújula, una lima y un sombrero, que paga muy caros. Nuestros oficiales sólo reciben la mitad de su sueldo y ello en moneda que sólo tiene curso en el interior del recinto. Así, con el pretexto de que es difícil de transformar, los centinelas se hacen pagar bien caros los favores que prestan.

Un día, uno de ellos da el aviso de que estará de guardia desde medianoche a la una de la madrugada, debajo de la cuarta ventana del edificio. Ducellier comunica la buena nueva a los camaradas designados para esta evasión. Preparan sus paquetes. Sierran uno de los barrotes durante el día. Mandolinas, trompetas, todos los instrumentos de música, sobre todo los más ruidosos, desencadenan su cacofonía para cubrir el chirrido de la lima. A las doce y media de la noche, los tenientes Hébert y Ducellier abren silenciosamente la ventana y esperan en su entablamento, prontos a saltar. Dos balas silban junto a ellos. El centinela colocado bajo sus ventanas no ha traicionado sus compromisos, pero ha prevenido a sus camaradas, que, no estando ligados por ninguna promesa, impiden que nuestros prisioneros puedan huir. La guardia es alarmada por los tiros. Las habitaciones son registradas. Los oficiales que han participado en la tentativa son arrestados y encerrados en celdas.

Los alemanes han instalado en Ludwigshafen una prisión especial para los oficiales considerados como «en represalias». Los calabozos están sumergidos en una obscuridad absoluta. Al cabo de unos días de este régimen. Ducellier enferma. Su epidermis es atacada, probablemente, por los gases tóxicos que flotan en el aire viciado de la fábrica y también por los productos químicos utilizados para el lavado de la ropa. Todo ello provoca en su cuerpo una erupción dolorosa. El doctor designado para visitarle reconoce la gravedad de

su estado y le hace evacuar al hospital militar de Spira, del cual están encargadas diaconisas.

En tal lugar experimenta un verdadero reposo físico y moral; las sevicias cesan momentáneamente. Pero, desgraciadamente, está demasiado enfermo para aprovecharlo. Alojado en una habitación aparte, acostado sobre un colchón de crin, es cuidado con los rayos ultravioleta. Las diaconisas, al saber que es protestante, se interesan por él; le acompañan, por turno; en cuanto está en estado de andar, le permiten pasear por la huerta, e incluso algunos días más tarde, entrar en contacto con un joven suboficial alemán cuidado en un pabellón aislado.

Huir, en estas condiciones, sería relativamente fácil. En este momento, Ducellier sabe que el comandante Morin, que, como él, había sido trasladado a Ludwigshafen, ha sido evacuado al hospital de Germersheim. Los dos habían convenido escapar juntos. El comandante Morin, que sólo habla algunas palabras de alemán, ha logrado hacerse declarar enfermo para ser evacuado al mismo hospital que él. Desgraciadamente, los alemanes no los reunen. Ducellier proyecta reunírsele y se lo avisa. El comandante Morin, según lo convenido, le espera quince días. No viéndole llegar, no quiere dejar escapar la ocasión. Una enfermera alsaciana le proporciona ropas de paisano. Un día, al anochecer, a la hora de cerrar el hospital, se mezcla entre los visitantes que abandonan las salas y desaparece.

Los dos hospitales de Spira y de Germersheim dependen de un mismo médico, a quien la noticia de la huída de Morin enfurece. Es preciso que el otro no se escape. Ordena que Ducellier sea puesto a buen recaudo. Del hospital de las diaconisas le envían al hospital militar de Germersheim, donde la vigilancia será más fácil. Aunque no curado, tiene que ir a pie desde el hospital a la estación. En Germersheim le encierran en una habitación del segundo piso con un enfermero al lado que no le deja ni de día ni de noche. Además, ante su puerta hay un plantón armado. La escalera desemboca en el

piso bajo, ante un puesto de policía especialmente instalado para guardarle.

La evasión es difícil. Sin embargo, Ducellier la intenta. La víspera de Pascuas de 1918, un convoy de heridos graves ingleses y alemanes llega del frente; los enfermeros están ocupadísimos. Los vendajes necesitan arreglo. ¡Algunos no han sido renovados en ocho días! Transportan a cuatro oficiales ingleses a la habitación de Ducellier. Heridos graves, no podrán participar en su evasión, pero la ayudarán en lo posible.

La cuestión del traje está ya resuelta por él. De Francia se ha hecho enviar una americana azul obscura muy escotada, con unos emblemas en las solapas, muy visibles, pero fáciles de descoser. Posee una capa de caucho de color mástique, con un cuello de terciopelo marrón, como las llevan los alemanes. Encima va cosido un doble cuello de paño rojo, fácil de separar. Su pantalón azul de uniforme completará el conjunto. Tiene hasta dinero alemán. Al abandonar Ludwigshafen, ha podido procurarse cerca de 400 marcos en moneda corriente. Tomada su resolución, se hace comprar alcohol. ¡Con dinero, en 1918, se pueden lograr muchas cosas en Alemania! Ofrece unos tragos al enfermero de guardia de su habitación; pocos instantes después está completamente borracho.

Es preciso salir de la habitación: primera dificultad. ¿Cómo engañar al plantón que va y viene por el corredor? En verdad, éste está obscuro: sólo una lamparilla lo ilumina. Las puertas de las habitaciones están profundamente hundidas en el espesor del muro y de noche envueltas en sombras.

Ducellier, durante el día, ha untado de aceite los goznes de la puerta con el fondo de una lata de sardinas, y se abre sin rechinar. Con su traje de hospital puesto sobre el suyo, espera a las once de la noche para actuar. Su habitación se abre en el centro del corredor; a derecha e izquierda, sólo hay otras dos idénticas. A cinco metros, al otro lado del corredor, una puerta conduce a los W. C., donde hay una ventana no enrejada que se abre en la fachada que da al jardín.

El plan de Ducellier es sencillo. Abrirá la puerta de la habitación en cuando el centinela la haya rebasado y andará tras él hasta la puerta de la habitación próxima; se esconderá en su umbral y esperará su vuelta. Si le descubriera, dirá que iba al W. C. y fingirá que se encuentra malo. Si pasa sin verle, intentará llegar a la puerta de los W. C. y de allí al jardín y ganar después la ciudad.

Su plan se ejecuta sin obstáculo. Apoyándose en un canalón, se deja caer al jardín y después escala la tapia del hospital. Gemersheim es una ciudad cerrada. Por la noche, sus puertas son cerradas y no se abren hasta por la mañana. Ducellier, oculto en un rincón sombrío, espera el amanecer. Un cobertizo abierto se le ofrece. Se desliza en él después de algunos minutos de inspección silenciosa, rectifica su equipo, descose sus galones, vivos, cuello postizo y botones de uniforme que reemplaza por otros de corozo. Se afeita la barba, que nuevamente se había dejado crecer desde su intento de 1916. Sin espejo ni agua caliente, logra, sin embargo, sus propósitos.

Estos preparativos son largos. Están apenas terminados cuando los campanarios de la ciudad dan las 5. Las puertas se abren y los puentes levadizos bajan. Salen trabajadores que van a los campos. Ducellier se mezcla con ellos. Recorre a pie los kilómetros que le separan de Spira. Allí cruza el Rin por el puente de barcas y va a una estación para tomar un tren local que le conduce a Heidelberg, población que conoce bien por haber pasado dos cursos seguidos en ella, como estudiante; conoce sus alrededores, encuentra un bar automático donde almuerza; después monta en un tren ómnibus, donde viaja en cuarta clase hasta Francfort.

Para pasar la velada, va a un café concierto de la ciudad, donde se hace servir una botella de vino del Rin, que paladea con placer. En medio de la noche, toma el tren para Colonia, adonde llega por la mañana sin incidente notorio. A la llegada salta del tren aún en marcha, antes de su entrada en la estación, por miedo a una inspección. Contornea el pabellón de mercancías situado fuera de la estación cuando ve que un empleado le sigue y después le grita:

cree que se trata de un viajero sin billete. Ducellier salta a escape dos barreras y se esconde en una callejuela. El empleado pasa sin verle.

En Colonia, siguiendo el ejemplo de casi todos los evadidos, va a la catedral, donde durante largas horas se sumerge en meditaciones cortadas por somnolencias; espera la partida de su tren para Aquisgrán. Antes de volver a la estación, compra una maleta. Piensa así inspirar más confianza.

Al anochecer desembarca en Aquisgrán. Dejando su maleta en la consigna, se dirige hacia la frontera siguiendo el trayecto habitual. Panthor-Richterich-Wetschau. Se orienta fácilmente, pero no puede darse cuenta exacta del camino recorrido. Su impermeable, del que no ha querido desprenderse, se engancha en todas las alambradas y se desgarra produciendo un ruido seco. En cuanto Ducellier se cree a un kilómetro de la frontera, se tira al suelo y avanza a rastras. Después de un recorrido de algunos centenares de metros, choca con una espesa alambrada. ¿Estará electrificada? Mientras con infinitas precauciones, aplastado contra el suelo, se desliza por debajo, un pie se apoya bruscamente sobre él. Un centinela le había oído y le espiaba. Le pregunta qué hace. Parlamentan. Le quedan dos barras de chocolate y se las da. «Viene de Holanda y se ha extraviado, le dice. Cuando le sorprendió, buscaba el camino para volver a Aquisgrán». El centinela, un jovenzuelo de dieciocho años, acepta el chocolate con placer. Tal vez consiga convencerle. Pero en el aire extraordinariamente encalmado de aquella magnífica noche, el menor ruido se oye. El centinela vecino, que ha escuchado la discusión, grita: «*Was das?*» (¿Qué ocurre?). El temor de las responsabilidades hace cambiar de opinión al alemán, que apunta al fugitivo. Con un silbato colgado a su cuello, lanza un pitido estridente. Dos hombres armados acuden y se llevan a Ducellier al puestecillo de donde parten las rondas. Uno de ellos le escolta hasta el puesto de policía, situado junto a la vía férrea. Allí sabe que ha sido descubierto en la última línea alemana antes de Holanda: ¡estaba a punto de conquistar su libertad!

Hasta entonces no había sentido la fatiga. Esta noticia le aniquila. Cae sobre un jergón del puesto y se sumerge en un sueño que le hace olvidar su desesperación hasta el día siguiente por la mañana.

Así acaba una nueva tentativa que estuvo a punto de ser un éxito. Mal curado, febril, deprimido, Ducellier pasa ocho días encerrado en el calabozo del cuartel de la caballería ligera de Aquisgrán. Los alemanes se niegan a asistirle. Sólo obtiene ser examinado por un médico militar después de quejas tras quejas al comandante local. En cada uno de sus desplazamientos, va acompañado de un oficial, revólver en mano, y de dos centinelas con bayoneta calada. ¡Tres alemanes para un hombre anémico que apenas puede andar!

Llevado primero a la fábrica badense de anilina en Ludwigshafen, y después al Prinz Karl de Ingolstadt continúa purgando los numerosos meses de prisión que ha acumulado. Los períodos de treinta días que cumple en una celda son siempre cortados por ocho días de descanso que pasa en una casamata con sus compañeros y por una estancia en el hospital de Ingolstadt. Ya no puede pensar en evadirse. Su estado de salud y su existencia casi continua en una celda le impiden hacer el menor preparativo.

Sobreviene el armisticio. Ducellier, que tantas veces ha buscado la libertad, permanece ahora voluntariamente en Alemania junto al comandante Penancier que se le agrega: velarán por la repatriación de nuestros prisioneros. No vuelve a Francia hasta abril de 1919, después de haber terminado, a petición del general Dupont, delegado en Berlín por el Gobierno francés, su misión benévola. Gracias a él, se organizan en toda la Alemania del Sur, primero, los convoyes de cautivos válidos, después los trenes sanitarios de repatriación para aquellos de los nuestros a quienes la enfermedad ha imposibilitado o cuyas heridas no están curadas por completo.

Para él que no pudo continuar sirviendo a su país activamente, a pesar de sus esfuerzos, es un dulce consuelo hacerse útil a sus camaradas.

Capítulo XII

LUCHA INÚTIL

El capitán Paupelain. – El combate de Rossignol. – Vana resistencia. – Prisionero. – El fuerte VIII de Ingolstadt. – A la fortaleza de Orff. – Una zapa. – Evasión de 28 oficiales. – En Austria. – Detenidos. – A Ingolstadt otra vez. – Al fuerte V. – «Escuela Superior de Evasión». – Libre otra vez por poco tiempo. – Plassenburgo. – Huye del tren en marcha y un capitán muere por ayudarle. – El alemán discreto. – Detenido una vez más. – En una fábrica de anilinas. – Utilidad del fútbol en las evasiones. – Todo es inútil. – La Cruz Roja consigue que se le envíe a Suiza.

En el momento de la movilización, el capitán Paupelain manda la 6.ª batería del 2.º regimiento de artillería colonial. Con los otros regimientos de su Cuerpo de Ejército, participa en la marcha de esta gran unidad desde Montmédy hacia Neufchâteau y Arlon en Bélgica.

El 22 de agosto, a cosa de las 9 de la mañana, la 3.ª división a la cual pertenece se desgrana en una larga columna desde Saint-Vincent hacia Jamoigne y Rossignol. Los otros dos elementos constitutivos del Cuerpo de Ejército se encuentran: la 2.ª división como reserva, lejos, en la retaguardia; y la 5.ª brigada en un camino completamente diferente: hacia Neufchâteau.

La vanguardia de la 3.ª división no va precedida por caballería. El regimiento de cazadores de África, retardado en su travesía del Mediterráneo, está recién incorporado. Nuestros primeros infantes acaban de llegar a la altura de las primeras casas al sur de Rossignol, cuando unas salvas de artillería estallan por encima de ellos. La artillería alemana abre el fuego por sorpresa. Algunos minutos más tarde, toma como objetivo nuestras baterías que franquean el Semoy. La batalla de Rossignol ha empezado.

Al norte del río, disponemos de dos regimientos de infantería y de ocho baterías del 2.º de artillería. La última batería de este regimiento, la 6.ª, la de Paupelain, se encuentra aún al sur del Semoy con el 3.º de infantería del coronel Lamolle.

Hay que hacer frente al enemigo: es el primer deber, pero el grueso de nuestras fuerzas tiene otra misión que cumplir: debe asegurar el enlace con nuestra vanguardia, lo que no es posible sino reduciendo al silencio las baterías que tiran sobre los puentes del río. El capitán Paupelain, sin órdenes, por propia iniciativa, se adelanta con su grupo de reconocimiento hacia una granja situada sobre una

eminencia que domina todo el país: «La Granja Roja». En un galope llegan, deja a su gente en el patio y sube al granero. Las dos baterías que tienen bajo su fuego los puentes del Semoy están a 3 kilómetros de allí, en un entrante del bosque. Se las puede contrabatir fácilmente. Baja a toda prisa los dos pisos, salta a caballo y galopa hacia su batería para hacerla ocupar una posición de tiro. No estaba aún a 100 metros de la granja cuando ésta era violentamente cañoneada y ardía casi en seguida.

En su batería le espera un sargento; le aporta orden de su jefe de escuadrón de reunirse al grupo al norte del río. Hace pasar su batería por el puente batido, sin muchas pérdidas, pieza a pieza, con grandes intervalos. El camino en dirección de Rossignol está lleno de obstáculos. Se desvía hacia la derecha, trotando a la cabeza de su unidad. A dos kilómetros, ve desembocar de un bosque unos infantes. Con los gemelos los ve marchar: son enemigos. Abre sobre ellos un fuego rápido. Las primeras salvas encuadran la línea. Se ve saltar al aire muchos cuerpos. La infantería enemiga retrocede.

La 6.ª batería no puede quedar aislada. Su capitán la lleva hacia el oeste del camino y la hace tomar una segunda posición al sudoeste de Rossignol. En seguida es atacada de frente por baterías enemigas de 77 mm. apostadas en la linde de los bosques al este de Rossignol, y de flanco por baterías pesadas instaladas al oeste de esta misma ciudad. Aunque sometida a un fuego convergente, sufre poco. Los proyectiles de 77 estallan demasiado altos y no causan al personal sino heridas ligeras. Las baterías pesadas tiran demasiado corto; cavan 100 metros por detrás de nuestras piezas una serie de embudos que se reunen y forman un foso enorme.

A pesar de estas condiciones desfavorables, Paupelain se esfuerza, ante todo, en ayudar a nuestra infantería, que lucha contra fuerzas superiores. Poco a poco, nuestros infantes se ven obligados a replegarse hasta la línea de nuestra artillería. El envolvimiento comienza y el enemigo se acerca. Bien pronto sus ametralladoras atacan a nuestras baterías. Desde este momento las pérdidas se agravan. Se defienden hasta el último proyectil. Cuando los armones

quedan vacíos, los artilleros cogen su mosquetón y disparan con los infantes que les rodean. Resistimos hasta la noche. Al fin, es preciso rendirse. Toda resistencia es vana.

Nuestros prisioneros, oficiales y soldados, son reunidos en un campo rodeado de alambres junto a Rossignol, después de haber sido despojados de cuanto llevaban: reloj, cartera y papeles. Pasan así dos días y tres noches, sin recibir por todo alimento más que un bote de confitura para cada 4 y un poco de agua. Durante este tiempo, a su lado, sus guardianes, que han desvalijado las casas del lugar, se dan un banquete.

El 25, nuestros prisioneros son embarcados en la pequeña estación de Marbehan al lado de Rossignol, para ser repartidos el 27 por los campamentos interiores de Alemania. Durante el traslado los oficiales son separados de sus hombres. Paupelain es enviado a Ingolstadt, donde es internado en el fuerte VIII.

* * *

Desde fin de agosto de 1914 a junio de 1916, durante veinte meses, está sometido a la vida de prisión en una atmósfera pesada y deprimente. La vigilancia en el fuerte VIII es severa. Los alemanes han organizado un sistema perfeccionado de delación entre el personal de servicio y están informados de todos los actos de los oficiales prisioneros. Éstos, para recobrar su libertad, piensan en los medios más locos: cavar un subterráneo para desembocar más allá del foso, horadar un muro de más de un metro de espesor para ganar un patio no vigilado. Apenas han comenzado los primeros trabajos cuando aparecen sus guardianes y les sorprenden. Todo ello les produce unos días de prisión, calabozos. Estas decepciones constantes modifican a la larga la mentalidad de algunos oficiales. No pocos renuncian a la lucha. ¿Por qué intentar lo imposible si siempre fracasan? La mayoría protestan contra esa teoría y desprecian a los que la sustentan. Exponen, al comentario, el

principio de que constituye su deber estar prontos en cualquier instante a arriesgarlo todo para volver a su puesto en el frente. Su divisa es: «No es necesario triunfar para perseverar».

Los más ardorosos quieren, ante todo, salir del fuerte VIII. Poco les importa su nueva prisión. Esperan que estará menos rigurosamente guardada y que podrán así recobrar su libertad. Para cambiar, solicitan partir para los campamentos de represalias. Todas sus demandas son rechazadas. El 1.º de junio de 1916, no sabe por qué razón, le advierten que dejará el fuerte VIII. Los alemanes le envían al de Orff.

* * *

Esas dos obras forman parte del sistema defensivo de Ingolstadt. Edificados en la misma época, sus características son sensiblemente las mismas. El fuerte Orff, sin embargo, construido en región más accidentada, no tiene foso de agua. Su escarpa, de tierra, está provista de una red inextricable de alambradas. Circulan, sin cesar, centinelas por el camino de ronda que sigue los contornos. Precaución inútil: los grandes barracones en que se alojan los prisioneros dan sobre patios interiores sólidamente fortificados y constantemente vigilados. Además, sus aberturas están provistas de enormes barrotes cuyo buen estado se comprueba a diario.

Desde la ventana de su celda, un oficial prisionero, observa entre los edificios y el pie del talud interior de la escalera un ligero hinchamiento del terreno que se dirige hacia el campo. ¿Será una alcantarilla? ¿Será utilizable? Un oficial logra acercarse al lugar observado. Efectivamente, aquel tragadero sirve de chimenea de aireación a una alcantarilla llena de suciedades y trozos de vidrio, que seguramente conduce a terreno libre. ¿Cómo utilizarlo?

Se podría llegar hasta él aprovechando un minuto de distracción de un centinela. Un prisionero podría pasar, pero varios no. Ahora bien, el medio es demasiado maravilloso para que sólo sirva a uno.

Es preciso que por él recobren varios la libertad. Esto obliga a no utilizarlo más que de noche; pero de noche el lugar no es accesible a los prisioneros. Es preciso, pues, alcanzarlo partiendo del interior del fuerte.

La operación es difícil: ¿Cómo, ante todo, procurarse herramientas? Nuestros oficiales, con el pretexto de construir un campo de tenis en el patio, se las piden a los alemanes, que, después de largas discusiones les dan algunas. Durante este tiempo, un ingeniero de minas, oficial de la reserva, Roederer, toma medidas y establece el plano del subterráneo a construir. Como punto de partida, elige una habitación de la planta baja, la de los tenientes Blazo y Aussedat. Bajo una cama recortan en el asfalto que constituye el piso, un rectángulo de unos 0'8 por 0'5 que se quita fácilmente y que, aplicado sobre la abertura, la tapa por completo sin que los alemanes puedan descubrir las huellas de la unión. Desde este punto, se hunden verticalmente en el suelo hasta 1'8 metros de profundidad. De la extremidad inferior del pozo parte una galería de aproximadamente 0'6 por 0'4 metros entibada con restos de tablas y postes: va dirigida hacia la alcantarilla.

Pocos días antes del fin de los trabajos, una decisión inesperada arrebata a Roederer. Su partida desorganiza el equipo. Paupelain y su camarada el teniente Hébert deben a esta circunstancia el ser llamados. Han adquirido en sus anteriores tentativas una experiencia preciosa a la cual recurren sus compañeros.

Los planes de Roederer eran exactos. Diez metros más allá del pozo encuentran un muro de piedra y lo horadan: es la alcantarilla. La vía está libre. Se arregla la cuestión material de la partida. El equipo es numeroso: comprende 28 oficiales. No podrán deslizarse en el subterráneo sino después de las últimas rondas, es decir, pasadas las 10 de la noche. Los prisioneros irán saliendo de 5 en 5 minutos. El orden de salida es el de antigüedad de servicio en el sindicato de evasión.

Para la travesía de la alcantarilla, que está colmada de cascos de botellas, los prisioneros toman múltiples precauciones. Todos se

confeccionan rodilleras y guantes de cuero para poder andar a gatas sin herirse. Los víveres son empaquetados en un saco análogo al usado por todos los viajeros alemanes: van recubiertos con una tela encerada para preservarlos del contacto del agua.

Esta evasión tropieza con una dificultad. Por la noche, un centinela, en su ir y venir incesante, pasa cada dos o tres minutos por encima del tragaluz. Es preciso que no perciba bajo sus pasos ningún ruido anormal, a fin de que no se inquiete y dé la alarma.

Para evitar este incidente, los conjurados se aseguran el concurso de dos camaradas que se instalan en una ventana del primer piso, desde donde ven esa parte del recinto. Tirando de un cordelillo que cruza el techo pueden hacer subir o bajar una tarjeta blanca frente al orificio del túnel. Cuando el centinela se acerque al ventanuco cerrarán la entrada, y la abrirán cuando se aleje. El conjurado que penetra primero en el túnel lleva en la mano izquierda un bramante cuya otra extremidad es tenida por un camarada colocado cerca de la tarjeta blanca. La consigna de éste es que, cada vez que del piso superior cierren la entrada del túnel, tirará bruscamente del bramante. A esta señal, la cadena entera se detiene en el subterráneo y vuelve a partir en cuanto el camarada de vigilancia vuelve a dejar floja la cuerdecilla. Cada conjurado, después de haber franqueado el paso, soltará la cuerda y será cogida por el siguiente.

El asunto está montado minuciosamente. En la práctica, no se toman todas estas precauciones. El dispositivo adoptado es demasiado complicado y retrasa la marcha. Los que están en el subterráneo, faltos de aire, se enervan. Al cabo de una hora, se dan cuenta de que el ruido hecho en la alcantarilla no es perceptible por el centinela. Todos avanzan, pues, sin preocuparse de él. Paupelain entra uno de los últimos en la cadena hacia las 2. El recorrido de los 110 ó 120 metros que le separan de la salida de la alcantarilla en que se encuentra fuera de la vigilancia de todo centinela le exige más de dos horas.

El día ha nacido ya cuando el 16 de junio de 1916 él y su amigo Hébert desembocan del subterráneo. Miran la hora en su reloj: son las 5. En sus sacos, tienen víveres para 20 días: chocolate, dátiles, leche condensada, arroz, azúcar, alcohol solidificado que han fabricado ellos mismos haciendo embeberse de alcohol trozos de jabón. Poseen un juego completo de mapas y brújulas que se procuraron en una tienda de óptica de Ingolstadt, adonde habían sido conducidos para la graduación y examen de su vista.

A la salida de la alcantarilla, les sorprende el aire vivo. Como todos sus camaradas, experimentan un ligero aturdimiento. Ese malestar, felizmente, es sólo momentáneo: la idea de huir les sostiene. Sus camaradas se dirigen todos hacia el Oeste, para ganar rápidamente la frontera suiza, que es la más próxima. Ellos se orientan hacia el Tirol austríaco. Es el camino más largo, pero el menos vigilado. Los alemanes no pensarán en que sus prisioneros den tal rodeo. Desde hace largo tiempo los dos amigos han estudiado este itinerario; le han adoptado después de haber hecho el balance de las ventajas e inconvenientes que presenta.

Su tardía salida del subterráneo les pone en situación crítica. Es ya de día y, sin embargo, es preciso alejarse del fuerte. La evasión será conocida todo lo más tarde dentro de dos horas, en la lista de la mañana, y serán perseguidos. ¿Qué refugio ganar? Se esconderán en las cercanías. Sus guardianes les buscarán más lejos. La noche próxima se alejarán más fácilmente. Dicho y hecho. Se dirigen hacia el campo de tiro, donde ven un grupo de árboles de espesa hojarasca y se esconden en sus copas.

Su razonamiento es exacto. Sus vigilantes se enfurecen cuando a las 6 descubren la evasión de 28 oficiales. Informan inmediatamente al general Peter, de quien dependen todos los campamentos de prisioneros de Ingolstadt. La guarnición de la ciudad es avisada en seguida. Sus unidades se escalonan en todas las carreteras que conducen hacia el Oeste; registran los bosquecillos, los setos, las frondas. Ninguna patrulla acude al campo de tiro donde nuestros prisioneros pasan el día tranquilos.

A las 10 de la noche salen de su escondrijo y marchan plenamente hacia el Sur hasta las 4 en que se refugian en un campo de centeno. Los de trigo están casi todos segados. Los de centeno estarán aún unos días intactos hasta que madure. Con tal que se oculten bien están allí seguros. Los alemanes, por temor a estropear la cosecha, no entrarán en los sembrados. Marchan así diecisiete días. Habían esperado tener días soleados: era lo normal en junio, pero la lluvia les sorprende el día de su partida y no cesará en toda su aventura: será para ellos fuente de sufrimientos y de fatiga suplementaria.

El 18.º día, por la noche, cruzan la aldea de Parten Kirchen y llegan a eso de la una a la frontera austríaca por Garmich. En esta región sigue la cresta de un plegamiento montañoso extremadamente escarpado, el Wettersteingebirge, algunos de cuyos picos llegan a los 3,000 metros. Imposible seguir la carretera, que debe estar vigilada. Bordean un lago, el Eidersee, y después se lanzan en plena montaña. Cuentan ganar así la cúspide y bajar después a territorio austríaco, pero las pendientes son tan rápidas que tienen que renunciar al escalo directo. Pierden varias horas para descubrir una senda. Después de agotadores esfuerzos, de haber escalado rocas de varios metros de alto, de haberse arriesgado a peligrosas caídas, alcanzan la frontera. Llegan a ella a media tarde extenuados, bañados de sudor y de lluvia; sus zapatos están despedazados. Necesitan descansar, pero, ¿dónde? No pueden seguir en la montaña inhospitalaria. Proseguirán, pues, su ruta en pleno día. Es peligroso, pero, ¿no están ya en Austria? La vigilancia debe ser menos severa que en Alemania. Por la noche se detendrán cerca de una granja o en un campo de centeno.

Las pendientes del lado austríaco son menos abruptas. Para avanzar más fácilmente siguen, con preferencia, el lecho de los torrentes y sus aguas frías les hielan. Bruscamente, al salir de un pequeño valle, dan con una carretera. Seguirla es bien tentador: ¡se evitarán tantas fatigas! No ignoran el peligro a que se exponen, pero

están demasiado cansados para continuar su descenso a través de las rocas. Se atreven a seguirla, confiados en la noche que llega.

Poco después llegan a un grupo de casas iluminadas. Por miedo a que los austríacos hayan instalado un puesto fronterizo, las contornean. Algunos centenares de metros más allá vuelven a la carretera y continúan su etapa. La noche es completamente oscura. No quieren detenerse sin haber hallado un abrigo. Bruscamente, tropiezan con un segundo caserío, la mayoría de cuyas casas no están iluminadas. Le cruzan rápidamente. Sería casualidad tropezar con una patrulla. Todo parece dormir. Pasan ante una casa aislada, en cuya puerta se balancea una muestra de hotel. Ni luz ni ruido salen de ella. De pronto, la puerta se abre, proyectando sobre el camino un gran rectángulo de luz. Un centinela, con el fusil en bandolera, aparece. Ve a dos harapientos que, saco a la espalda, caminan en la noche. Les toma por contrabandistas, les ordena que se detengan y les apunta por que no obedecen en seguida. A sus gritos, acuden otros soldados armados, se lanzan sobre Paupelain y Hébert y los llevan ante el *feldwebel* que manda el puesto. Éste les interroga. «Somos suizos de las aldeas vecinas y hemos venido a pasar el día en la montaña». El *feldwebel* escucha sus explicaciones y dice: «Bien, largaos. Pero debíais saber que no se puede andar por Austria sin documentos». Paupelain y Hébert se sienten dichosos. Van a salir cuando el *feldwebel* cambia de idea y ordena a uno de los hombres del puesto que les conduzca a la brigada de gendarmería vecina, a dos kilómetros de allí.

Parten, escoltados por un centinela. En verdad podían, en la noche, intentar desarmarle, pero están tan extenuados por sus dieciocho días de marcha bajo la lluvia, tan transidos por el frío, que son incapaces de todo esfuerzo. El destino les es contrario.

En el cuartel de gendarmería, son rápidamente reconocidos como del grupo de oficiales evadidos de Ingolstadt. Sus señas han sido transmitidas a todos los puestos. Reconocen el hecho. Los gendarmes austríacos les tratan con dulzura. La mujer del jefe del puesto, despertada por su marido, les prepara una comida caliente.

Tomando toda clase de precauciones contra una nueva evasión, les dan colchones para acostarse, en una habitación donde puedan desnudarse y poner a secar sus ropas. Se les trata honorablemente, como a enemigos vencidos.

Al día siguiente por la mañana, el general austríaco de quien depende este sector de la frontera les visita. Le piden, ya que han sido cogidos en territorio austríaco, ser internados en Austria. Su petición es regular, el general austríaco les promete satisfacerles si su Gobierno consiente, Pero el general Peter de Ingolstadt, avisado de su captura, exige que sus dos prisioneros le sean devueltos. Al día siguiente, treinta y seis horas después de su arresto, una escolta austríaca les conduce a Garmich, la próxima ciudad alemana. Pasan dos días en ella encerrados en la cárcel municipal, después de lo cual son transferidos a la prisión de Munich, donde pasan otros dos días para ser finalmente conducidos a Ingolstadt a una barraca vigilada estrechamente en medio de un campamento de soldados y de suboficiales.

Allí encuentran a un antiguo camarada, de Borvo y, por él entran en contacto con un suboficial muy listo, que ha llegado a imponerse por su ascendiente moral a todas las autoridades alemanas del campamento y que aprovecha su situación para defender los intereses de sus camaradas. Le piden ayuda para evadirse. Al día siguiente, ese suboficial, disfrazado de soldado barbero, se introduce en su habitación y les comunica su plan de evasión. Que asistan los tres a la misa del domingo próximo. Les llevarán por la mañana uniformes de tropa, que se pondrán debajo de los suyos ordinarios. A la salida de la capilla se producirá una algarada preparada de antemano para aislarles del centinela. Se despojarán rápidamente de sus ropas y seguirán al suboficial que les conducirá a una barraca donde se ocultarán y de la cual se evadirán por la noche. Todos los pormenores de la fuga quedan combinados.

Los tres oficiales solicitan del comandante del campamento la autorización para asistir a la misa del domingo. Su petición es acogida inmediatamente; les encanta la solución. Su gozo debía ser

breve. El sábado por la noche, saben que ese permiso les es negado. Han debido ser denunciados. Una esperanza más a la cual hay que renunciar.

⁎ ⁎ ⁎

Dos días después, son transferidos al fuerte V, en donde encuentran a una parte de sus antiguos camaradas del fuerte Orff que participaron en su evasión. Esperan ser conducidos ante un Consejo de Guerra por rotura de muros y disipación de efectos pertenecientes al Estado alemán. La citación de comparecencia no liega. El Reich renuncia a llevarles ante la Justicia. Se contentará en condenarles por vía disciplinaria a variables penas de prisión y celda. Pese a sus reclamaciones no obtienen satisfacción.

En el fuerte V no piensan sino en reconquistar su libertad e inventar medios para conseguirla. El fuerte es pequeño, la guarda severa. A pesar de ello los prisioneros esperan poder huir en masa forzando de noche dos puertas, pero necesitan algunos días para proveerse de víveres. Son denunciados antes de llegar a ejecución. Inmediatamente son trasladados al famoso fuerte IX. El comandante del campamento de Ludwigshafen, ante un Consejo de Guerra, designará a ese fuerte con el título de «Escuela Superior de Evasión». A la llegada de Paupelain aloja tan sólo a unos 60 oficiales que movilizan para su custodia a más de trescientos hombres. A medida que su número aumente, será preciso también acrecer en la misma proporción la cifra de la guarnición.

Paupelain cae en plenos preparativos de fuga. Las casamatas en que se hallan encerrados nuestros oficiales están aisladas unas de otras por un gran espacio vacío donde los alemanes han amontonado madera. Los capitanes Legrand y Salomón han imaginado sacar provecho de tal disposición. Desplazan uno de los tabiques paralelamente a sí mismo unos 0'7 metros aproximadamente. Establecen así un vacío que los alemanes no

pueden sospechar. Preparan el tabique, practicando una serie de aberturas rectangulares cubiertas por tapaderas de tablas que oscilan sobre goznes colocados en la cara interior del tabique y que no se pueden descubrir desde la habitación a menos de conocer su existencia. Partirán de este local ignorado de todos y donde podrán trabajar con toda libertad, para horadar la bóveda superior del fuerte y ganar la plataforma. Llegados allí huirán de noche.

Paupelain, puesto al corriente de este proyecto, piensa utilizarlo inmediatamente. Lo que hace difíciles las evasiones es la alarma comunicada a todas partes en cuanto es conocida la fuga de un prisionero. Los alemanes intensifican entonces el servicio de patrullas, avisan a todos los puestos entre el campamento y las fronteras. Las condiciones serían más favorables si los prisioneros pudieran hacer creer que su fuga ha ocurrido y no hacerla efectiva hasta algunos días después. Los alemanes, persuadidos de que la fuga había tenido éxito, dejarían descansar a su servicio de vigilancia. Paupelain estima que, con este escondrijo, puede realizar esa evasión retardada.

Comunica sus proyectos al capitán Legrand. Éste le ofrece en seguida que aproveche los trabajos efectuados en su habitación. Al día siguiente, a eso de las tres, Paupelain se encierra en ese local provisto de víveres y de todo su material. En la primera lista los alemanes comprueban su desaparición y avisan a los puestos. Durante un día y una noche Paupelain vive en su escondite mientras se le cree por los caminos. Sale el segundo día hacia las 7 de la noche, antes de la lista de la tarde. Oculto en medio de un grupo de camaradas gana un patio y se oculta en un rincón. La hierba de los parapetos, muy alta, le tapa completamente. A la lista de la noche sus compañeros le abandonan y van a su dormitorio. El servicio de guardia comprueba que no falta nadie más. Una ronda pasa cerca de Paupelain a las 10; está escondido en una caponera junto al camino de ronda y no le ven. Poco a poco se hace el silencio. Espera la hora propicia para pasar a nado el foso. A eso de las 11, un cocinero alemán franqueando una alambrada va directamente a su

escondrijo y le descubre. En el mismo instante el jefe del fuerte da con la mano en el tabique preparado como escondrijo. Suena a hueco y llama a hombres de la guardia para que lo derriben. No hay duda, los alemanes han sido puestos al corriente de esos preparativos. Las sospechas recaen sobre un oficial ruso, pero nada pueden contra él, desgraciadamente.

* * *

Todas las tentativas de Paupelain han fracasado hasta aquí. Quisiera cambiar de lugar de detención. Para justificar su traslado solicita ser conducido ante un Consejo de Guerra por su evasión precedente. Una salida puede proporcionarle la ocasión buscada. Los alemanes se lo niegan, pero le envían con otros prisioneros a Plassenburgo, una antigua aldea en un contrafuerte del Jura franconio, al nordeste de Nuremberg.

Según las instrucciones de las autoridades alemanas, habrían debido dejar el fuerte a las 6 a fin de efectuar de día el trayecto. No es esto lo que ellos desean, pues les sería difícil evadirse. Deciden tomar otro tren que realiza el viaje de noche. Para imponer su voluntad a sus guardianes, la mañana de la partida levantan barricadas en sus habitaciones respectivas amontonando detrás de las puertas cuanto material disponen. Los alemanes tienen que demolerlas. No lo logran hasta las 10. El tren ha salido hace largo rato de la estación de Ingolstadt. ¿Dejarán la partida para el día siguiente? Sería lo prudente. Su prisa por desembarazarse de prisioneros tan molestos es tal que no vacilan en cometer esa imprudencia. Viajarán de noche. Eso sí, refuerzan la escolta y le dan órdenes severas. En cuanto el convoy sale del fuerte, su jefe respira.

El tren de la noche sale de Ingolstadt con 20 de nuestros oficiales. Están bajo la vigilancia de un destacamento de 17 hombres mandados por un oficial. Les ha sido reservado un vagón entero. Paupelain con otros dos oficiales: el capitán Bogino de Saint-Maurice

y el teniente Borgnis-Desborde, se instalan en un compartimiento con dos centinelas cuyo fusil está cargado. Para mayor precaución, las puertas van cerradas con llave. El oficial alemán instala en el último compartimiento del vagón, en cada ventanilla a derecha e izquierda, un centinela pronto a disparar. El compartimiento en que se ha instalado Paupelain comunica por una puerta interior con la mitad de otro transformado en W. C. La ocasión es tentadora. Los tres prisioneros se aproximan y hablan de evasión. No pueden huir los tres a la vez, sino sólo uno puede intentarlo. Los otros dos le ayudarán. Sortearán; Borgnis-Desbordes lleva un libro; se ponen de acuerdo para abrirle y la primera letra B., D. o P. que comience la página indicará Bogino, Desbordes o Paupelain. El azar designa a Paupelain.

El tren llega a la estación de Nuremberg. Son las 11; la noche es oscura. A partir de esta ciudad la vía se va alejando de Suiza. Es preciso, pues, poner en ejecución el proyecto sin que la distancia a la frontera sea muy larga. En cuanto el tren ha pasado del puesto vigía de la estación y antes de que haya tomado velocidad, Paupelain abre la puerta que conduce al W. C., se encierra, baja el cristal de la ventanilla, desciende al estribo, se hace una bola con los pies en dirección de la máquina y se deja rodar a tierra: todo ello en un instante. Los centinelas, al escuchar el ruido del cristal de la ventanilla, se precipitan a la puerta del W. C. que les resiste: hay, pues, fuga. Uno de ellos quiere abrir la ventana del compartimiento, para hacer uso de su arma y el otro tira del timbre de alarma. Bogino aprovecha sus movimientos desordenados para coger el saco de Paupelain y tirarlo por la ventanilla. Uno de los centinelas dispara sobre él a quema ropa y le hiere mortalmente, tanto que expirará durante la noche sin que los alemanes hayan permitido a sus camaradas acercarse. El otro se precipita sobre Borgnis-Desbordes y le hiere a culatazos en el rostro. El centinela colocado por el oficial alemán en la ventana del compartimiento final dispara también sobre Paupelain. Viéndole caer, le cree alcanzado. Los periódicos, al día siguiente, relatarán que ha sido muerto. El tren se detiene a un

kilómetro; la guardia registra los terraplenes y malezas vecinos a la vía. No encuentran nada y al cabo de media hora el tren parte de nuevo. Paupelain que ha rodado sobre el balasto sin daño excesivo, ha podido ganar un bosquecillo de abetos cercano.

Lamentará más tarde, al saberlo, que su tentativa de fuga haya causado la muerte de Bogino. El alemán que le mató, llevado ante un Consejo de Guerra pretenderá que Bogino quería huir. No era así. Fué un asesinato inexplicable. Nuestra justicia condenó en contumacia a su asesino, pero ello era sólo una vana satisfacción. Ninguna sanción confirmó el veredicto. Borgnis-Desbordes recibió en la lucha contusiones tan graves que conserva aún las huellas.

Paupelain, en cuanto ve alejarse el tren, vuelve a la vía. Se inquieta por su saco que contiene todas sus riquezas: sus mapas, sus víveres. Sus investigaciones son infructuosas, sea porque el saco haya rodado a un foso herboso o por haber ido a parar más lejos. Por la mañana abandona sus búsquedas. Sería imprudente permanecer allí más tiempo. Camina hacia el Sur, durante todo el día. Tiene que precipitar los acontecimientos. Sin víveres, tiene que esforzarse en llegar a la frontera en el mínimo de tiempo.

El calor es tan sofocante que se pone su guerrera al brazo y va a través de los campos en mangas de camisa. Al volver a ponerse la guerrera ve que su cartera se le ha perdido en el camino. Su situación es trágica. No posee más que una caja de cerillas medio vacía y un paquete de cigarrillos.

Por la noche, con las hojas de una gramática *haoussa* que encuentra en uno de sus bolsillos y con algunas ramas secas, intenta asar algunas patatas recogidas por los campos. El alimento es escaso. Al día siguiente continúa en dirección Sur. Hacia las dos de la tarde, no puede evitar a un alemán bien portado que se pasea con una dama vestida de blanco y le pide una cerilla. Él se la tiende y la aprovecha para encender uno de sus últimos cigarrillos. El alemán le ha reconocido como un evadido; le da las gracias cortésmente en francés y continúa su paseo. No le denunciará.

La jornada pasa sin incidente. Al día siguiente, en los alrededores de Donauwoerth, tropieza con soldados franceses que siegan un campo bajo la vigilancia de un centinela armado. Puede ser la salvación. Le procurarán víveres e informes. La dificultad está en abordarles, ya que es preciso no atraer la atención de un guardián. Para espiar el momento favorable se oculta junto a otro campo de trigo, a un centenar de metros de ellos. Mientras vigila, se tiende a la sombra de un árbol y desata sus botas que martirizan sus ardorosos pies, doloridos por la larga marcha.

Mientras su atención está concentrada en los prisioneros, no ve que se le acerca un alemán, que tomándole por un soldado francés que ha abandonado la labor, le interpela brutalmente: «¡Vivo, con los compañeros!». Paupelain les responde: «Ya voy, ya voy». Quizá sea la ocasión anhelada. Pero, desgraciadamente, el alemán interpela al centinela diciéndole que le envía a un tumbón a quien debe hacer trabajar más. El centinela se asombra: sus prisioneros están completos. ¿Quién es el aparecido? ¿No será un evadido? Le detiene, le conduce al puesto de vigilancia donde tiene que confesar su evasión del tren. Una hora después es enviado a la prisión de Augsburgo donde le maltratan y sólo le dan pan y agua, y donde quieren obligarle a vaciar letrinas. Tres días más tarde es llevado a Plassenburgo donde pasa un mes en celda para, al salir, volver al fuerte IX.

* * *

Sólo pasa en él algunos días. Los alemanes se han dado cuenta de la tontería que han cometido reuniendo en el mismo recinto a cuantos sólo piensan en huir. En el fuerte IX las cabezas se caldean, los informes se comunican y las evasiones se hacen múltiples.

El 4 de diciembre. Paupelain es enviado con unos 60 compañeros a la fábrica badense de anilina. La primera noche tres de ellos se escapan utilizando una larga cuerda lisa que atan a una ventana de

su alojamiento, ganando un patio interior y desapareciendo en la noche. A comienzos de enero de 1918, esa misma cuerda, que los alemanes no encontrarán jamás, va a parar al grupo de Paupelain.

Los dormitorios han sido organizados en la Badische Anilin en un enorme vestíbulo; no están separados los unos de los otros sino por tabiques de madera, en los cuales nuestros prisioneros han practicado varios reducidos pasos. Pueden así pasar, rápidamente, de uno a otro. Durante las rondas, un oficial puede ocupar un lecho sucesivamente en dos habitaciones vecinas. Basta, al pasar el suboficial alemán a la segunda habitación, deslizarse en ella y meterse en un lecho. El tiempo que tarda el alemán en cerrar la puerta del primer local y abrir la del segundo es suficiente para la maniobra. Toda partida de evadidos efectuada de noche puede ser ocultada así hasta la lista de la mañana. Este plazo permite tomar distancia.

Una noche de enero, Paupelain, después del paso de la última ronda, se desliza a la habitación vecina donde están encerrados dos camaradas con los cuales proyecta evadirse. Con su ayuda lanza la cuerda por la ventana después de haberla atado sólidamente a un barrote de hierro. Han sorteado quién bajará el primero. Aquel de entre ellos a quien corresponde ir en cabeza es cogido por un centinela en cuanto pone los pies en el suelo.

El alemán quiere apoderarse de la cuerda; pero los prisioneros no quieren verse privados de aquel medio esencial de huida. Desde la ventana, Paupelain y sus camaradas le imprimen violentas sacudidas. El alemán renuncia. Los franceses la suben a toda prisa. ¿Dónde ocultarla? La llevan al dormitorio vecino. Los alemanes registrarán seguramente el primer dormitorio, pero quizá no el segundo. Paupelain se desliza en el suyo, se mete en la cama vestido, con la cuerda bajo su cuerpo. Todos los dormitorios son invadidos y pasan lista. Los alemanes buscan la cuerda. Cuando un oficial, seguido de dos hombres entra en la habitación, gruñe: «Ni dormir nos van a dejar, después de envenenarnos durante el día». Sus camaradas repiten la misma frase u otras análogas. Ante sus

protestas vehementes, el oficial alemán, después de haber comprobado que ninguno de los prisioneros de la habitación ha desaparecido, se retira. Las pesquisas continúan al lado, sin resultado. La cuerda queda salvada una vez más.

* * *

Hay que encontrar otra fórmula para escapar. Los prisioneros están autorizados para jugar al tenis y al fútbol en el terreno de deportes de la fábrica, próximo al local en que están encerrados. Van a ciertas horas escoltados por centinelas. Este terreno está al margen de la carretera. Para llegar a él hay que descender una escalera de varios peldaños y después recorrer un corredor entre el muro del recinto y una cabaña en la cual los jugadores depositan sus ropas. Allí se deja de estar a la vista de las personas que transitan por la carretera. Esta particularidad no ha escapado a la atención de Paupelain, que piensa sacar partido de ella. Después de madura reflexión, combina el plan siguiente: Saldrá de la fábrica vestido con traje de paisano bajo su capa. En el corredor del tenis se despojará de su envoltura militar y tomará el aspecto de un alemán. La empresa es posible a condición de ocupar a los centinelas durante un instante. Para ello cuenta con sus camaradas.

Decide ejecutar su proyecto el lunes de Pascua. Está preparado. Desde la víspera posee una guía de ferrocarriles. Se viste una americana y un pantalón de paisano, que levanta hasta la rodilla y prende con alfileres. Esa vestimenta no extrañará a los alemanes, porque nuestros prisioneros se dirigen siempre al terreno de deportes de esa guisa. En el bolsillo interior de su gran capa de artillero oculta un sombrero flexible bien aplastado. Así vestido espera a que un grupo se dirija al campo de deportes. Desgraciadamente, el tiempo es malo, llueve, y los prisioneros no manifiestan deseos de jugar al fútbol. Comunica su proyecto a varios

compañeros, que se movilizan rápidamente. Quince oficiales se reunen en seguida.

Agrupados en destacamento, llegan al terreno cuando un avión alemán vuela sobre la ciudad. Los centinelas lo contemplan. Nuestros oficiales les imitan y entablan una conversación general con sus guardianes, que olvidan momentáneamente descender los escalones que conducen a los campos de tenis.

Oculto a las miradas de los centinelas, Paupelain espera la señal de que puede efectuar su transformación. Un brazo levantado desciende. En un momento, Paupelain suelta su pantalón, tira la capa, se pone su sombrero. Guantes en mano, como un correcto alemán, pasa ante los centinelas, que no sospechan nada.

Tranquilamente, se dirige hacia el tranvía que conduce a la estación de Maunheim. Por un instante, teme que la suerte le sea contraria. Para ganar la estación tiene que pasar por el casino de los obreros de la fábrica que les sirve de prisión. Algunos camaradas retrasados salen de él. Puestos al corriente de su tentativa, han creído que su presencia podría serle útil y se dirigen al terreno de deportes con un suboficial y dos soldados. Paupelain, por temor a que el suboficial le reconozca, entra en el casino para dar paso al destacamento. Algunos minutos después, vuelve a salir, se dirige hacia una parada de tranvías. Monta en uno, cruza así el Rin y toda la ciudad de Maunheim y llega a una pequeña estación de arrabal. En ese momento, penetra en el *hall* el tren de Francfort. Un alemán que se encuentra ante él pide: «Cuarta clase, Francfort». Paupelain, a su vez, reclama: «Segunda, Francfort». Por error, el taquillero entiende «cuarta» y le da un billete de esa clase. Paupelain, con las prisas, no se fija en ello y sube a segunda.

A mitad de camino de Francfort, lee tranquilamente un periódico en medio de alemanes con los cuales evita el conversar, cuando aparece el revisor, que le hace ver que viaja en clase diferente a la de su billete. Paupelain paga el suplemento. Pero temiendo las consecuencias del error, abandona su compartimiento de segunda y va a uno de cuarta. Dos estaciones más allá, el revisor se arrepiente,

le busca y le ruega que le enseñe su documentación. No la posee. Una vez más está descubierto. En la próxima estación el revisor le entrega al Comisariado de la estación, que le hace conducir a Ludwigshafen con escolta.

Durante todo el viaje, el suboficial a quien ha sido confiado le encañona con su revólver, prohibiéndole hacer el menor movimiento. No quiere ni que se suene. Paupelain, oyéndole hablar con los centinelas, se entera de que no conoce Ludwigshafen. Es tal vez la salvación. En esta ciudad, al pasar por cualquier callejuela, podrá tal vez huir, aunque el suboficial ha jurado al partir que su prisionero no se le escapará y que le llevaría muerto o vivo a la fábrica de anilina. En la estación de Ludwigshafen el suboficial recibe la orden de esperar un refuerzo. El oficial que manda el campamento de Ludwigshafen, que conoce a sus pensionistas, ha expedido una escolta suplementaria de seis hombres para conducir a Paupelain a la fábrica. Rodeado de ocho hombres que le cogen unos por los brazos y otros por el cuello y le maltratan, es conducido a la fábrica. Durante todo el trayecto, el suboficial no cesa de amenazarle con el revólver. Así que llega al campamento, los guardianes se apoderan de él y le quitan sus ropas de paisano que tanto le costó obtener. Llora de rabia.

Al día siguiente, una comisión de la Cruz suiza, visita a los prisioneros de la fábrica de Ludwigshafen.

Paupelain le es presentado como palúdico. Los médicos suizos que le reconocen deciden evacuarle. Los alemanes no protestan contra esta sentencia, tanta prisa tienen por desembarazarse de su prisionero. No quisiera partir. Sus camaradas le deciden: «Tal vez pueda evadirse en el camino».

No encuentra, sin embargo, ocasión favorable. En Suiza, es internado bajo palabra de honor. Furioso por no poder volver al frente, pide algunas semanas después el favor de regresar a Alemania, para poder recobrar el derecho de volver a Francia. El armisticio llega. No puede hacer nada. Es demasiado tarde. Vuelve a

Francia cuando la nación ya no le necesita. Sufre por no haber podido hacer más por ella.

Capítulo XIII

LA LIBERTAD EN CUARENTA Y OCHO HORAS

En Nieuport. – El teniente Bellet. – Voladura de un puesto avanzado. – Apresado. – En Weilburgo. – Preparando la evasión. – Un campamento de represalias. – La huida inútil. – En un calabozo. – La casa de corrección. – La fortaleza de Wesel. – Koenigsberg. – ¡Degradado! – De Koenigsberg a Berlín. – La prisión de Spandau. – Un uniforme alemán y un *Militaer-Fahrschein*. – En Magdeburgo. – Libre. – *Ganz unmöglich!* – ¡Holanda al fin!

En mayo de 1916, el 3.er regimiento de infantería defiende las trincheras ante Nieuport. Después de una larga estancia ante Verdún, ha sido transportado, para que descanse, a aquel sector relativamente tranquilo. Cierto es que, allí, franceses y alemanes se disputan ásperamente el terreno, pero no son los bombardeos sin descanso o los ataques incesantes de Verdún. La lucha con granadas es la única extremadamente viva e impuesta por las circunstancias. Nuestros puestos avanzados están a diez metros de los del enemigo.

En las dunas es imposible cavar trincheras; las arenas se desploman. Los dos adversarios han edificado parapetos con sacos de tierra profundamente hundidos en el suelo y que son demolidos con frecuencia por los proyectiles de obús y por las bombas. Por nuestra parte, este sistema no está completado por un segundo conjunto de muros de protección paralelos formando contraescarpa. Nuestras tropas están expuestas, en consecuencia, a los estallidos de proyectiles que caen en la vecindad y a retaguardia de sus emplazamientos.

Las ametralladoras del 3.er regimiento están instaladas en abrigos de cemento armado diseminados en toda la extensión del sector, tanto en segunda como en tercera línea. Han sido dispuestos en la medida de lo posible, de modo que cojan de enfilada a las trincheras alemanas. La ausencia de todo desnivel serio hace difícil la observación de las posiciones enemigas; sólo se las observa bien desde las primeras líneas. Así, el teniente Bellet, uno de los oficiales de la compañía de ametralladoras del regimiento, va con frecuencia a los puestos avanzados. Mientras inspecciona sus piezas repartidas por el frente de varios centenares de metros, se familiariza con los lugares.

Todas las tardes, los alemanes tienen la costumbre de bombardear nuestras posiciones. El 21 de mayo, Bellet abandona su puesto de mando, a eso de las 6 de la tarde, para efectuar su ronda habitual. Cuando llega a primera línea, no le sorprende la actividad de la artillería enemiga. Nos envía su ración cotidiana. Las llegadas de proyectiles de obús y de minas se precipitan, sin embargo. Le parecen más numerosas que de costumbre. La tierra vuela por todos lados. Le choca el encarnizamiento de los alemanes en bombardear un pequeño puesto ante Lombartzyde. Aunque allí no hay ametralladoras, decide acercarse: sólo está a algunos minutos y se informará de manera exacta sobre las necesidades de los infantes.

A consecuencia de lo violento del tiro, llega al puestecillo con gran trabajo. Apenas ha cambiado algunas palabras con el suboficial que lo manda, cuando el enemigo, manteniendo el fuego sobre nuestras primeras y segundas líneas, activa su bombardeo sobre ese punto. Las bombas de los *minenwerfer* le encuadran; el parapeto es derribado en varios puntos. Toda circulación es imposible. Para desplazarse habría que pasar de un puesto a otro al descubierto ante los alemanes que acechan. Nuestros infantes, pegados al parapeto, aguardan la respuesta de nuestras baterías. «¿Qué esperan nuestros artilleros? ¿Preferirán economizar sus municiones a socorrernos?».

Se prepara un ataque en aquel rincón, sin duda. Después de un bombardeo de un cuarto de hora, el puestecillo queda aislado. La galería que le comunicaba con la retaguardia ha desaparecido. Sus defensores se incrustan en las partes del parapeto que subsisten aún. El suboficial que lo manda quisiera tomar sus disposiciones para rechazar el asalto que comprende inminente; pero el parapeto, al desplomarse, ha enterrado municiones, granadas y fusiles. Bajo el fuego violento del enemigo es imposible desenterrarlas.

Bellet no se atreve a abandonar aquella avanzada, aunque, personalmente no tenga por qué estar en ella y debe dejar al suboficial la responsabilidad de la defensa. Pero un oficial no abandona un lugar bombardeado cuando su presencia es un tónico

moral para los hombres que le rodean y puede ser para ellos un socorro efectivo.

Su situación es trágica. Ya no intentan evitar las bombas que estallan por todos lados: son demasiadas. El ruido infernal de su llegada, de su estallido, su caída vertical que parece buscarles, el desplazamiento de aire que provocan, la nube de humo acre que desprenden, la arena que hacen volar por todas partes, todo esto les sumerge en un completo embrutecimiento. Siguen encogidos contra el suelo y esperan.

Bruscamente, un estampido formidable. Una espesa nube de arena se extiende. Lo que quedaba de parapeto acaba de saltar. Los defensores del puestecillo han sido proyectados hacia atrás con violencia y recubiertos de una lluvia de arena y de fango. Caen pesadamente al suelo, molidos por el choque. Los alemanes han hecho estallar contra el parapeto una carga de explosivos que habían depositado junto a él la noche precedente y que habían unido a su primera línea por un hilo eléctrico. Bellet lo sabrá más tarde de boca de un suboficial alemán.

El puestecillo no es ya sino un montón de sacos de tierra con un gran agujero en el centro que, en seguida, es invadido por las aguas. Varios de los nuestros están heridos y algunos gimen dolorosamente. Bellet sólo está cegado por la arena. Cuando abre los ojos, le rodean alemanes. Espiaban la explosión y han saltado en cuanto se ha producido para aprovechar la pantalla formada por el humo. Dos de ellos, armados de revólveres y granadas, se apoderan de Bellet y le llevan con los otros sobrevivientes hacia sus líneas, de donde son conducidos rápidamente a retaguardia. Nuestra artillería ejecuta un tiro de represalias sobre Lombardzyde. En el momento en que cruzan el pueblo, nuestros proyectiles dispersan los últimos restos. Dos de los alemanes que les escoltan caen. Por un azar milagroso, ninguno de los prisioneros es alcanzado.

En el puesto de mando del sector, un oficial se sorprende del uniforme de Bellet; lleva guerrera en vez de capote. Le examina más atentamente y percibe en su manga las imperceptibles insignias de

su empleo. Su rostro resplandece. ¡Han cogido un oficial! Le asombra su presencia. «En su ejército no se envía jamás un oficial a un puesto avanzado, que son siempre sacrificados en caso de ataque». No puede saber que Bellet estaba allí por casualidad.

El interrogatorio no ilustra en nada a los alemanes. Este golpe de mano les proporciona, sin embargo, una indicación preciosa: el relevo de los zuavos por el 3.º al cual habían identificado los últimos días ante Verdún. De noche envían a nuestros prisioneros a Ostende. Allí, Bellet es encerrado solo en una habitación de la *Kommandatur* con un centinela para guardarle. Al día siguiente por la mañana, un coronel le hace llevar a su despacho, cuyos muros están tapizados de mapas y planos directores; el del sector de Lombardzyde está sobre la mesa. El jefe le pregunta, ante todo, si ha sido maltratado desde su captura. Al saber que no ha tomado nada desde la víspera a mediodía, hace llevar inmediatamente a su oficina café con leche y panecillos y desayuna en su compañía. Esta cortesía tiene sobre todo por objeto animarle a hablar; el coronel alemán quisiera conocer el emplazamiento de nuestras piezas, saber cuáles son las pasarelas del Yser más utilizadas. Bellet no responde a ninguna pregunta. Finalmente, el coronel le declara que si le interroga es sólo por cumplir el reglamento. Sabe por experiencia que no se obtiene nada de oficiales prisioneros.

El mismo día Bellet es enviado en cautividad a Maguncia, donde sólo permanece algunas semanas, y después a Weilburgo del Lahn, adonde llega a principios de julio. El campamento de oficiales está instalado en la antigua Escuela de cadetes de esa ciudad; en los dos tercios de su recinto queda rodeada por el Lahn. Este constituye la mejor defensa contra toda evasión. Los centinelas circulan por un camino de ronda construido en la orilla. En ese campamento los franceses son poco numerosos; dominan los rusos. Bellet piensa en seguida en volver al frente, pero debe antes reunir el material clásico de toda evasión. Procura obtenerlos sobornando a un centinela: es el procedimiento más rápido. Fracasa en sus tentativas.

Necesita obtener de parientes o amigos que le envíen esos objetos preciosos en paquetes de abastecimiento.

¿Cómo dar a conocer a su familia lo que desea y necesita? Un camarada prisionero desde comienzos de la guerra posee una clave para corresponder secretamente con los suyos. Bellet, gracias a él, previene a su madre —su padre, capitán en el Regimiento número 224, fué muerto el 14 de septiembre de 1914 en Berry-au-Bac en el curso de un combate de noche— de que sumerja en agua yodada los sobres de sus cartas. Él escribirá en su interior con agua almidonada. Logra así hacerse expedir dinero alemán, mapas de la frontera holandesa, una brújula, todo ello en botes de confitura provistos de un doble fondo.

A fines de 1916, está en posesión del material necesario. Organizaba su fuga cuando, a comienzos de febrero de 1917, llega al campamento la orden de dirigir una cuarentena de oficiales franceses en represalias hacia las retaguardias del frente. Bellet es designado para formar parte de este destacamento.

Según los alemanes, algunos de sus oficiales prisioneros en Francia están detenidos en Amiens en la zona de nuestros ejércitos, en la que están alojados, no en un campamento, sino en una prisión donde son interrogados sin cesar. Para hacer cesar tal estado de cosas, instalan en las cercanías de su frente un campamento de represalias. Se sitúan en Amagne-Lucgny, en la bifurcación de las vías férreas que, desde Rethel, conducen a Mézières y a Vouziers.

Este punto es, para los franceses, de gran importancia. Haciéndole inutilizable, interrumpimos el tráfico en la gran vía de comunicación enemiga. Si la destrucción es operada en período de operaciones activas, podemos impedir a los alemanes que ejecuten con sus reservas los transportes precisos. Así, pues, esa bifurcación es uno de los objetivos normales de nuestros bombardeos de aviación. Los alemanes lo saben. Por esa razón instalan en el punto de caída probable de nuestras bombas a cuarenta de nuestros oficiales. Esperan que, al saberlo, renunciaremos a nuestras operaciones de bombardeo. La maniobra fracasa, A pesar del peligro

que hacen correr a los nuestros, los aviadores no interrumpen su misión. No hay noche en que las bombas no estallen en los alrededores inmediatos del barracón de nuestros prisioneros; con gran frecuencia las tablas se ven acribilladas por los cascos; felizmente, ningún proyectil cae directamente sobre ellas. A la primera noticia de la aproximación de nuestros aviadores, los alemanes de guardia se refugian en zapas profundas, no dejando sino un centinela sacrificado en el barracón.

Este mide 25 metros de largo por 8 de ancho. A 6 metros de él, cerrándolo completamente, corre una alambrada con hilos exteriores recorridos por corrientes eléctricas de alta tensión. Tal recinto es imposible de franquear. A los 2 metros, paralelamente, pero al exterior, se eleva un muro de tablas de 3 metros de alto que oculta enteramente el horizonte. Los centinelas circulan entre este muro y la red de alambradas.

La vida de nuestros oficiales en tal barraca es más que ruda. Mañana y tarde, los alemanes les llevan una sopa infecta. Tienen que lavar ellos mismos su vajilla y sus ropas. No tienen ordenanzas. El comandante Hartmann, jefe de Etapas de un ejército, les visita con frecuencia y se distrae con su instalación lamentable. No deja de amenazarles groseramente cada vez que por intermedio del capitán Vidalin, del 27 de dragones, el oficial más antiguo del campamento, protestan contra los tratos a que están sometidos.

Desde su llegada a Amagne-Lucgny, Bellet piensa en evadirse. Forzar el recinto es imposible. Para escapar es preciso recurrir a pasar por debajo. Bellet comunica su proyecto al teniente Lemonnier del 74.º de infantería, que lo acepta entusiasmado. Atacan el piso, lo sierran, cortando una abertura de un metro cuadrado; después, con ayuda de instrumentos ocasionales, cavan un pozo. La barraca está ligeramente elevada respecto del suelo, encima del cual reposa sobre piquetes. Entre su piso y el terreno queda un vacío de unos 20 centímetros de alto que Bellet y Lemonnier utilizan para la evacuación de las tierras extraídas.

Su trabajo avanza lentamente. En cuanto su pozo alcanza una profundidad de 1'8 metros, cesan de cavar verticalmente y abren una zapa. Según sus cálculos, tienen que avanzar 12 metros para desembocar fuera del recinto. Se les unen algunos camaradas; al final serán 15. Trabajan el día entero en equipos de a dos. Uno, tendido boca abajo, ataca el suelo con el mango de una sartén y pasa los bloques extraídos a su camarada, que los recoge en una pala de carbón y los amontona en cubetas que son vaciadas por otros oficiales. Uno se mantiene asomado a una de las ventanas vigilando el vaivén de los centinelas.

De día, los alemanes no les inquietan. No efectúan sino raras rondas. Están tan seguros de su sistema de vigilancia, que consideran irrealizable cualquier evasión. De noche, al contrario, todo trabajo es imposible. Los alemanes iluminan violentamente el barracón, tanto para su vigilancia como para atraer mejor las bobas de nuestros aviones. Iluminado el interior, los alemanes podrían ver por las ventanas lo que pasara en él.

La zapa avanza con lentitud. Para que el material extraído sea menor, su sección es muy estrecha. El trabajador que excava tiene que estar tendido, posición molesta para los que son altos y gruesos. El teniente Aubergé del 129.º regimiento, que mide 1'8 metros, evoluciona difícilmente en aquel agujero. Cuando sale, encorvado, lleno de barro de los pies a la cabeza, regocija a todos con un intermedio cómico, tan bien sabe ese humorista culto exponer sus impresiones dolorosas de aprendiz de minero.

Los desprendimientos son frecuentes en el subterráneo. Faltos de materiales, nuestros prisioneros no pueden entibarle. El agua se infiltra sin descanso, pese a los vaciados. La zapa, durante la primera mitad de su trayecto, va sensiblemente horizontal; su techo está apenas a 1'5 metros de la superficie del suelo. A partir del séptimo metro, sube hacia el exterior con una pendiente de 20° a 25°. Según sus cálculos, nuestros prisioneros deben desembocar de su subterráneo el 18 de marzo. Ese día efectúan un sondeo: sólo están a 0'5 metros del suelo. Detienen sus trabajos de manera que

dejen intacta una delgada capa de tierra que hundirán en el momento de huir. Llegada la noche, los conjurados hacen sus últimos preparativos. Bellet y Lemonnier, por encima del uniforme se ponen otro vestido protector; poseen una gorra que se han confeccionado ellos mismos; los dos tienen víveres para 15 días. Se despiden de sus camaradas y entran los primeros en el subterráneo. Son, aproximadamente, las 10 de la noche.

Bellet, que va en cabeza, se prepara a salir, cuando un camarada le avisa en voz baja que una ronda circula por el recinto exterior. Se la adivina por el ruido de sus pasos sobre el suelo helado y el de sus armas. ¿Estarán descubiertos? Para evitar el hundimiento del subterráneo que desemboca en el recorrido probable de la patrulla, Bellet aplica la cabeza contra la capa de tierra que queda. Espera poder sostener así el terreno minado. La precaución es feliz. Nota pesar un pie sobre su cráneo; tiene incluso la impresión de que el alemán experimenta una sensación anormal y que se detiene; no oye alejarse al hombre. Es una falsa alarma. Desde el barracón, algunos minutos después, un camarada le avisa que la ronda ha vuelto al puesto de policía. Ya no hay peligro que temer. Saltan las últimas paletadas de tierra. El subterráneo desemboca a ras de la empalizada cerca de un foso lleno de agua. Un metro más allá y hubieran quedado inundados, quizá ahogados.

Bellet y Lemonnier se alejan rápidamente. Para no equivocarse, siguen la vía férrea que va hacia el Norte; es el camino de Bélgica y Holanda. Sus camaradas parten tras ellos a intervalos regulares de cinco en cinco minutos. Bellet y Lemonnier, al cabo de un cuarto de hora de marcha, se enfangan en las praderas pantanosas que bordean la vía. Lemonnier cae; está todo mojado al levantarse y ha perdido parte de sus víveres; no puede detenerse a buscarlos. Para huir más de prisa suben a la vía férrea. ¡Si pudieran tomar un tren de mercancías que les llevara hacia Bélgica! Algunos pasan, pero es tal su velocidad que no pueden subir al estribo. De pronto, oyen ruido de pasos y se tiran sobre el talud. Dos alemanes, que también siguen la vía férrea, pasan a su lado. La noche es muy obscura y no

les ven. Al cabo de algunos minutos Bellet y Lemonnier siguen su marcha. Poco después, oyen disparos, en la dirección del campamento. La alarma: su fuga es ya conocida.

Más tarde sabrán los últimos incidentes. El teniente Gayé, muy corpulento, debía partir el último. En el momento de desembocar del túnel, el saco de sus víveres le embaraza y no puede ni salir ni entrar en el subterráneo. Surge una patrulla alemana. La aparición de aquel hombre les sorprende; dos soldados le disparan, los otros gritan y el puesto de guardia acude. Milagrosamente, Clayé sale vivo de aquel tumulto. Molido a patadas y culatazos, le sacan de su incómoda posición y le llevan a la barraca. Ya los alemanes la han invadido. Asombrados, contemplan el agujero de la zapa, y después, furiosos, amenazan con fusilar a los restantes oficiales, a quienes alinean a lo largo de un tabique.

Durante estos incidentes, Bellet y Lemonnier se alejan hacia el Norte. Estimando que es peligroso seguir la vía férrea, la abandonan y avanzan a campo traviesa dirigiéndose con la brújula. Evitarán así a los centinelas colocados en las carreteras a las salidas de las poblaciones, que están todas ocupadas por las tropas que descansan.

Al amanecer, agotados por su rápida marcha, se detienen para reposar y en seguida se esconden en un seto. Desde allí ven a dos gendarmes a caballo seguir un caminillo a una treintena de metros de ellos y escrutar los alrededores. El día llega. No pueden seguir allí, pues serían descubiertos. ¿Qué abrigo hallar hasta la noche?

A 200 metros de ellos se alza una casa aislada, que parece abandonada. Se acercan, con precauciones. Está demolida e inhabitada. Se encaraman al granero. Después de haberse restaurado con un poco de chocolate y bizcochos, intentan dormir. No pueden lograrlo a causa del frío. Se acercan uno a otro para calentarse mutuamente y después quedan medio adormecidos. Ruido de voces les despierta. A través de las tejas del techo, ven reunidos, a unos cincuenta metros, a unos paisanos, que responden a la lista que les pasa un suboficial alemán. Después de haberse

provisto de herramientas, parten para el trabajo con una escolta en medio de una gran nevada. Durante el día unos soldados arrancan las maderas del entarimado del piso bajo; felizmente, no se les ocurre subir al piso superior.

Por la noche, Bellet y Lemonnier parten. Al cabo de una hora de marcha, se encuentran a la entrada de una aldea que no pueden evitar, tan llenos de soldados están sus alrededores. Es Poix-Terron. La cruzan sin incidentes: les toman por paisanos requisados, que, una vez cumplido su trabajo, vuelven a sus casas. El centinela colocado a la salida del pueblo no les pide ningún documento: Bellet se pone a silbar para inspirarle confianza.

Algunos metros más lejos dejan la carretera; es muy peligrosa. Las tierras, desprendidas, hacen la marcha muy fatigosa. Sigue haciendo frío: la nieve cae en grandes copos. Precisarían, para entonarse, de una bebida caliente. En una casa aislada, brilla una luz en una ventana. A través de los cristales ven a una vieja que se dedica a los trabajos caseros. Parece estar sola. Se consultan. ¿Qué hacer? Llaman a la puerta. Después de negociaciones que duran varios minutos, la mujer les abre y les hace entrar. Sus vacilaciones son comprensibles. A toda prisa les prepara una bebida caliente. Ellos niegan que sean prisioneros de guerra, por no alarmar a la mujer. Pero ella no les cree. Duda de que puedan llegar a Holanda: «Es imposible —dice— circular por los países invadidos sin pasaporte. La región está llena de tropas». Después de haberle dado las gracias por su acogida, que no deja de ser un acto de valor en tales circunstancias, se despiden de ella.

Es acaso medianoche cuando, en la carretera que siguen en silencio, un grito de «*Halt!*» resuena. Dos centinelas, ocultos en las cunetas les detienen y preguntan qué hacen y a dónde van. Bellet parlamenta con ellos. «Trabajadores retrasados que vuelven al pueblo vecino donde está su domicilio». No creían estar tan cerca de la aldea de Boulzicourt a 8 kilómetros de Mézières; querían haberla contorneado como las precedentes. Los dos soldados, después de haberse consultado, les conducen al puesto. Allí, Bellet renueva sus

declaraciones. El suboficial no admite su explicación. Les detiene: ya se aclarará su situación. Furiosos por esta aventura, se tumban en el puesto, en medio de los soldados que en espera de su turno de guardia juegan a las cartas o fuman su larga pipa. La atmósfera está envenenada por el humo.

Al día siguiente, temprano, el oficial de quien depende el puesto les interroga. No pueden persistir en su actitud. El alemán, que ignora la evasión de Amagne, les toma por espías y pasa a las amenazas. Bellet le revela su identidad: son oficiales franceses evadidos. El alemán no quiere creerlo. Según su opinión, nadie se evade en país ocupado: las consecuencias de tal falta son demasiado graves.

Sin embargo, ante su deseo, telefonea a Amagne. De allí le confirman la declaración rogándole que vigile estrechamente a los prisioneros. Algunas horas más tarde, un automóvil viene a buscarlos. Vuelven a hacer en sentido inverso y en menos de una hora, el camino que tan penosamente recorrieron las dos noches precedentes. A su llegada al campamento, son brutalmente registrados en mitad del patio. Los alemanes tiran en medio del barro sus papeles, reloj, mapas. Bellet logra salvar su brujulita ocultándola en la boca. Es lo más precioso que posee. Son encerrados separadamente en una celda de tablas mal unidas, que los alemanes, precavidos, han preparado en las cercanías del barracón, en el interior del recinto de alambradas.

En ese local, encuentran a los camaradas partidos tras ellos. Todos fueron cogidos aquella misma noche. La alarma fué dada con tanta rapidez, que no tuvieron tiempo de alejarse de los alrededores del campamento. En las celdas en que están encerrados, el frío penetra sin defensa. Se hielan. Pese a sus reclamaciones, no les dan ni mantas ni capote. Les dejan en el estado en que fueron cogidos y conservarán durante toda su detención sus ropas empapadas y llenas de barro. El agua se hiela en las cubetas que les dan en vez de platos. Les llevan por la mañana *ersatz-kaffeet* —café—, a mediodía una sopa incomible. Sus guardianes echan todo en el

mismo recipiente, jamás lavado. Tienen que orinar en sus celdas, en el suelo. Los centinelas se niegan a dejarles salir, los insultan y les amenazan con sus bayonetas.

Este régimen dura diez días. Después de una instrucción sumaria son conducidos los 15 ante un Consejo de Guerra que se reune en el mismo campamento, en la habitación del Cuerpo de guardia. Los once oficiales que huyeron de uniforme por carecer de efectos civiles, son condenados a seis meses de prisión. El capitán Vidalin, que intentó sobornar con 100 marcos al soldado que le detenía, es condenado a un año de prisión. La pena del capitán Turnes, de los tenientes Lemonnier y Bellet es elevada a dos años y tres meses de casa de corrección (*Zuchthaus*) por «ser miembros de una nación en guerra con Alemania y haber sido encontrados con trajes civiles detrás del frente». (Orden del general en jefe del 3.er Cuerpo de Ejército).

Al día siguiente, el capitán Turnes, los tenientes Bellet y Lemonnier son enviados a Alemania con sus camaradas condenados, pero mientras éstos son internados en la prisión de Bonn, ellos son enviados a la casa de corrección de Colonia. Su director se niega a recibirlos. No estando degradados no puede obligarles a un trabajo manual. Si quiere condenárseles al régimen de trabajos forzados es preciso, antes, desposeerles de su empleo de oficiales. Es consultado el Ministerio de la Guerra de Berlín. Su embarazo es grande; la condena impuesta por el Consejo de Guerra es inaplicable y, sin embargo, no puede declararlo. Intentan ganar tiempo. Turnes, Lemonnier y Bellet son conducidos provisionalmente a la fortaleza de Wesel. Ésta tiene en uno de sus cuarteles seis celdas de oficial. La guardia es estricta y los centinelas numerosos. Turnes, Lemonnier y Bellet reciben nuevo destino antes de haber podido estudiar el régimen de la prisión. Su pena de trabajos forzados es substituida por otra de igual duración a cumplir en una prisión ordinaria. Son trasladados a Koenisberg, en Prusia, junto a la frontera rusa.

Bellet no ha renunciado a evadirse. Se da cuenta, sin embargo, de las nuevas dificultades que presenta el alejamiento —de 1,150

kilómetros— de la frontera a la cual quiere llegar y su internamiento en una fortaleza que es un bloque de piedras, cuyas puertas están guardadas y de la cual nadie sale ni nadie entra sin papeles en regla. Para no estar desprevenido si se presenta una ocasión favorable, hace mil hipótesis y proyectos.

Está resuelto, en adelante, a tomar el tren; no quiere recorrer centenares de kilómetros a pie. Es demasiado largo y peligroso.

Ya que los paisanos, al viajar, deben poseer un pasaporte, él se disfrazará de oficial alemán. Es el único medio de circular en un tren sin demasiadas dificultades. Para esta aventura, le es preciso procurarse el único documento indispensable a un oficial: un *Militaer-Fahrschein* (permiso militar para circular por ferrocarril). En el curso de sus numerosos traslados de prisión a prisión, ha hablado con frecuencia de esto con el jefe de su escolta; varios le han enseñado el documento explicándole su redacción.

En la fortaleza de Koenisberg sirven numerosos alsacianos que los alemanes han enviado a Prusia Oriental para alejarlos del frente francés y evitar su deserción. Algunos entran en conversación con nuestros prisioneros cuando están de centinela ante las puertas de las casamatas. Uno de ellos procura a Bellet una gorra de oficial alemán. Es la primera prenda de su futuro equipo.

Los alemanes, sin saberlo, le proporcionan, algunas semanas después, la segunda. Bellet no tiene capote. Pide comprar uno al jefe de la fortaleza. El alemán se niega a que compre un abrigo de paisano. Después de interminables discusiones, ofrece un capote impermeable de oficial alemán. Es lo que Bellet desea. Finge no aceptar con entusiasmo la idea. Ya está provisto de gorra y capote: es lo esencial del uniforme.

Más de un año pasará sin que pueda servirse de ello. En espera de la hora favorable, lo esconde con sus mapas, su dinero y su brújula en un doble fondo que prepara en su baúl.

Nueve largos meses transcurren en la prisión. Los días, todos iguales, llenos de monotonía. Ninguna distracción. Dos veces al día le llevan una gamella incomible; los paquetes de víveres, le llegan de

tarde en tarde y nunca intactos. Él y sus camaradas detenidos en iguales condiciones se debilitan rápidamente hasta el punto de que, durante la hora en que se les autoriza a pasear por uno de los patios de la fortaleza, renuncian a andar. Los tres compran sillas de extensión, en las cuales permanecen tendidos durante su única hora de libertad.

Al menos tienen una satisfacción: les dejan a los tres en el mismo dormitorio. Pueden cambiar confidencias y proyectos. Matan el tiempo con interminables partidas de ajedrez o leyendo sin saltar una línea el *Berliner Tageblatt* que están autorizados a recibir.

Un intérprete francés les visita todos los días en su celda; ellos le entregan la lista de los objetos que desean. Tienen que ser parcos: los 90 marcos a que tienen derecho al mes son poco ya que les retienen 45 para su alimentación y 5 ó 6 para lavado. Su presupuesto es fácil de administrar.

Bellet tiene frecuentes discusiones con las autoridades de la fortaleza. Por el menor altercado pasa ante el Consejo de Guerra. ¡Qué le importa! ¿A qué se expone? ¡A una nueva condena! El plazo de sus dos años y tres meses de prisión es tan largo que los aumentos le hacen reír. Aparte de que estos incidentes ponen un poco de variación en su existencia. Los alemanes, llevándole ante el juez por cada discusión, resulta que le sacan de su prisión casi todas las semanas. Por cada asunto tiene que ir varias veces ante el Consejo. Espera en una de esas salidas poder escapar. La suerte no le favorece. Las autoridades responsables multiplican las precauciones, aumentando los centinelas y llevándole en coche cerrado.

En diciembre de 1917, Turnes, Lemonnier y Bellet sufren una agravación de pena: son degradados como medida de represalias. Según ellos, dos oficiales alemanes prisioneros en Francia han sido destituidos por un Consejo de Guerra como consecuencia de una evasión. Los alemanes quieren vengarlos. Esta medida se traduce en el cierre de la única claraboya que dejaba penetrar un poco de luz en su casamata. Poco tiempo después, Bellet cae enfermo. Es

enviado al lazareto de la ciudad por padecer ictericia. Los alemanes desconfían aún de él. Para impedirle que huya, le retiran todas sus ropas y, además, colocan un centinela a la puerta de su habitación, que permanece constantemente abierta.

En marzo de 1918, sale del hospital y es reintegrado a la fortaleza. Sabe a su vuelta que Turnes y Lemonnier han sido enviados, por nuevas represalias, a Spandau. Se les reune el mismo día. En el curso del largo viaje de Koenisberg a Berlín tal vez hubiera podido huir, pero la ocasión es aleatoria y, además, no lleva con él su equipaje. Todo su material de evasión va oculto en el doble fondo de su baúl y éste se encuentra en el furgón del tren. Así no puede intentarse nada serio.

La prisión de Spandau está reservada a los prisioneros de derecho común. Los alemanes, a título de represalias, encierran en ella a algunos de nuestros oficiales prisioneros. Los primeros franceses que encuentra Bellet son sus dos antiguos compañeros de infortunio en Koenisberg. Los tres están encerrados en celdas estrechas, llenas de parásitos. La prisión ha sido modernizada: es un inmenso cuartel construido con postes de hierro y con cemento, en el cual las reglas higiénicas son observadas, donde cada celda está provista de retrete con comunicación a un alcantarillado y donde hay calefacción central; pero la prisión entera está sucia, terriblemente sucia. Las chinches lo han invadido todo. Por la noche, no pudiendo franquear la muralla de pelitre, insecticida de que Bellet se rodea, escalan el techo y se dejan caer sobre él. Le pican en las manos y en el cuello, pues se acuesta vestido. No tienen derecho ni al jergón que poseen los condenados de derecho común. Tienen que contentarse con una tabla para reposar y una alimentación infecta, inferior a la de los condenados de derecho común cuya vida comparten. Por una ironía de la suerte, habiéndose devuelto su graduación a los oficiales destituidos en Francia, sus guardianes les devuelven su consideración de oficiales, pero continúan viviendo la vida de los forzados. Sólo el trabajo manual les es dispensado.

El servicio interior de la prisión es asegurado por condenados alemanes. Uno de ellos, dependiente de las cocinas, gracias a su buena conducta, ha logrado captarse la confianza de la Dirección de la prisión. Bellet lo atrae y compra su complicidad regalándole tabletas de chocolate. Se hace indicar en qué casillero de su oficina deposita el jefe de la fortaleza el carnet de permisos de ferrocarril. Esta información es capital para él. En una de las frecuentes visitas que hace al jefe para sus reclamaciones casi cotidianas, éste se ve obligado a salir un momento del despacho. Bellet lo aprovecha para apoderarse del precioso *Militaer-Fahrschein*, cortar varias hojas que sella inmediatamente con el sello de la Dirección, cuya situación sobre la mesa conoce. Ya está en posesión de lo necesario para huir.

El condenado alemán, convertido en su confidente, le disuade de intentar nada en Spandau. No tiene ninguna probabilidad. Le arrebatarán su uniforme alemán, su dinero, sus mapas y sobre todo su pasaporte. Bellet no quiere comprometer sus posibilidades de fuga. El capitán aviador Lamon, de cazadores a pie, llega en tanto a Spandau. Con los galones de plata de su quepis, Bellet se fabrica hombreras de oficial que no había podido procurarse hasta entonces. Algunas semanas más tarde, en julio de 1918, los acuerdos de Berna son firmados. Los oficiales condenados deben todos, tanto en Francia como en Alemania, terminar su pena en un campamento especialmente preparado para ellos, un campamento de seguridad *Sichersheitlager*.

Los alemanes eligen para ello el *Scharnhortslager* de Magdeburgo. A él envían en julio a nuestros tres prisioneros.

De allí han huído, algunos meses antes, Garros y Marchal. A fuerza de experiencia, el servicio de guardia se ha hecho impecable. Bellet desespera de poder intentar nada en tanto que su condena no termine. Bruscamente, un día de fines de octubre, se anuncia a los oficiales internados en el *Scharnhorts* —son una veintena— que dos de ellos podrán al día siguiente ir al cementerio para una ceremonia en compañía de los oficiales prisioneros del campamento vecino. Bellet es designado.

Al día siguiente sale de ese campamento de miseria en uniforme azul-horizonte. Va con pantalón corto y leguis. Lleva al brazo su capote de oficial alemán y en un bolsillo su gorra. La delegación comprende una quincena de oficiales franceses. Bellet es especialmente vigilado por un centinela que tiene orden de no perderle de vista.

Durante el camino, al revolver una calle, deja bruscamente la comitiva. El centinela no se da cuenta. Cambia su gorro por su gorra, se pone el capote y se aleja con paso rápido. Son aproximadamente las 10.

En la estación, le dicen que el primer tren para Hannóver, donde enlaza con la línea Berlín-Colonia, no es hasta las 13. En tanto pasea por la población encuentra a numerosos soldados y oficiales a quienes saluda. Entra en varias cervecerías. En una de ellas llena su *Militaer-Fahrschein* con la indicación «Magdebourg-Aachen». A las 12'30, la estación está muy animada; se halla llena de tropas. A la entrada del andén está el capitán alemán del campamento acompañado de un suboficial. Bellet se inquieta. ¿Será reconocido? Se juega el todo por el todo. Sus lentes con cristales amarillos que se ha puesto le dan confianza. Pasa, saludando, por el lado del jefe del campamento; éste ni le mira siquiera. Toda su atención es para los paisanos que entran en el andén. El tren parte sin incidente.

Un cuarto de hora más tarde, un policía, de paisano, penetra en el compartimiento en que Bellet es el único viajero. Le pide su permiso. Bellet le presenta el pasaporte que se ha confeccionado él mismo y en el cual ha inscrito: «Teniente Metzger del 92. R. I. de la Militaer-Polize-Dienstlich» (viaja por razón de servicio). El policía lo lee, saluda, da las gracias y se retira.

En Hannóver, Bellet cambia de tren y monta en el rápido Berlín-Colonia. Encuentra un compartimiento desocupado. En la primera parada un militar y un civil suben a su vagón y se instalan cada uno en un ángulo. Él se absorbe en la lectura del *Lokal Anzeiger*. Ninguno de los tres viajeros intenta entrar en conversación. Durante el trayecto, el paisano, pregunta la hora de

llegada a Colonia. Bellet le tiende la guía que lleva en el bolsillo, diciéndole: «*Bitte Sehr*» (Utilícela, se lo ruego) y después, temiendo verse obligado a contestar a sus gracias, se tiende en su rincón y finge dormir. Otros oficiales suben y hablan entre ellos, discutiendo de la guerra.

El convoy llega a Colonia a las 2. La estación está llena de soldados con permiso, que tendidos en las escaleras subterráneas o en las salas de espera, duermen equipados hasta la llegada del tren que ha de llevarles a su destino definitivo. No hay salida para Aquisgrán hasta por la mañana. ¿Qué hacer? Bellet sale de la estación. Llueve. No puede vagar toda la noche. Hablando mal el alemán, comprendiéndole un poco mejor, está a la merced de cualquier oficial que le interpele como camarada o de un policía.

Después de muchas vacilaciones, se decide a acabar la noche en un hotel. Elige uno que parece tranquilo y llama. Pide una habitación y el portero le responde que sólo le queda una de 25 marcos. «*Das ist mir gleich*» (Me es igual), le responde. Se instala en el ascensor. En ese momento suena un vigoroso campanillazo. El portero abre. Un oficial intenta entrar en el hotel. Es un capitán. También desea una habitación. El portero le anuncia que no la hay; después recuerda que la que acaba de alquilar tiene dos camas. «Si el señor capitán consintiera en compartir la habitación con otro oficial que acaba de llegar, todo podría arreglarse». El capitán acepta. El portero se acerca a Bellet y le transmite la proposición. Sin explicaciones, éste responde: «*Ganz unmöglich*» (completamente imposible). El capitán parte gruñendo: «Ese teniente no sigue la tradición: debe provenir de la clase de tropa». El camarero también está asombrado. ¡Dos oficiales que no quieren compartir una habitación! Piensa en ello mientras el ascensor sube; intenta hablar a Bellet de la guerra y de las últimas victorias. Bellet no responde. Finge estar un poco borracho. El portero, después de haberle indicado su habitación, se queda junto a la puerta y pregunta a qué hora quiere el teniente ser despertado. Bellet, siguiendo su farsa, responde lo más brutalmente que puede con un «*Heraus!*» (Largo

de aquí). El portero se va; pero, ¿no le intrigará toda esta historia? No se ha atrevido a interrogar a un oficial: es demasiado grave para un portero de hotel; pero, sin embargo, ha quedado asombrado de su actitud. Hablará de ello a sus camaradas en cuanto se levanten. Puede sospechar.

¿Cómo escapar del avispero? Para evitar cualquier eventualidad, Bellet se esquiva por la escalera de servicio antes del amanecer. Pasea por la ciudad primero; después se refugia en la catedral, donde pasa tres horas. A las 10 toma el tren para Aquisgrán. Le cuesta trabajo encontrar sitio. Tiene que ir de pie en un pasillo. Va de un vagón a otro para no tener que emprender conversación con sus vecinos. Llega a Aquisgrán al mediodía.

La etapa definitiva. Después de haber comido chocolate y bizcochos refugiado en el W. C. de una cervecería, donde bebe un *bock*, toma ante la estación, el tranvía n.º 7 que le conduce en dirección a Richterich. El informe procede del teniente belga Bastin, cuando éste estuvo en el fuerte de Koenisberg.

A la salida de Aquisgrán toma otro tranvía, para descender en Richterich mismo. Allí, mientras pasea, explora la frontera. Se acerca a ella hasta unos 800 metros. Se encuentra con varios funcionarios que le saludan. Toda su atención se concentra en qué punto elegirá para franquear la frontera. Se fija en un campo labrado: siguiendo sus surcos llegará la noche próxima a Bocholz. Regresará a Aquisgrán, terminando la tarde en varias cervecerías.

A eso de las 9 de la noche vuelve a Richterich. Siguiendo los senderos en que se fijara antes, evitará a los centinelas cuyo emplazamiento ya conoce. Encuentra el campo labrado. Después de algunos minutos de marcha, comienza a arrastrarse en dirección Oeste, manteniéndose paralelamente a la vía férrea que penetra por aquel lugar en Holanda. Se arrastra durante varias horas sin darse cuenta del camino recorrido. De pronto, un hombre tose y escupe muy cerca de él. Este ruido le revela la presencia de un centinela inmóvil a unos diez metros. Hubiera tropezado con él. Retrocede y vuelve a andar oblicuando para evitarle. El alemán no ha visto ni

oído nada. Más allá tropieza con un alambre tendido a 50 centímetros del suelo y pasa por debajo. Es un camino de ronda. Un centenar de metros más lejos, ve dos sombras que hablan. ¿Son alemanes u holandeses? Da un rodeo. De pronto suena un tiro detrás de él. ¿Tiran contra él? Tal vez al salvar una valla ha hecho ruido. Se arrastra más de prisa aún. Está bañado en sudor y agotado. Algunos minutos más tarde ve una casa. Está, ciertamente, en Holanda. No las hay en Alemania en esta región. Se levanta, pero no puede andar: tan rendido está. Sus miembros se le han puesto rígidos, envarados por el gran esfuerzo. Se deja caer al suelo y permanece así un gran lato. Sus piernas no quieren sostenerle; ha perdido el sentido del equilibrio.

Al amanecer, una ventana cuyos postigos no están cerrados, se alumbra sobre un jardín. Se acerca y llama a la puerta. Un campesino le abre. Está, sin duda, acostumbrado a estas apariciones y no se emociona. Le toma por un desertor alemán. Su gorra de oficial se lo hace creer. Después de haber descansado y haber tomado algún alimento, explica su verdadera personalidad y obtiene del holandés que le venda un abrigo viejo y un sombrero y le acompañe a la estación, donde toma un billete para La Haya. Desembarca en esta población hacia mediodía. Hacía apenas cuarenta y ocho horas que había abandonado el campamento de Magdeburgo. Era un *record* de rapidez en la evasión.

Capítulo XIV

EL PATRIOTISMO DE LOS HUMILDES

En el Argona. – El sargento Brault. – Un blocao por los aires. – Prisionero. – El campamento de Darmstadt. – Un código secreto. – Dor. – El suboficial Calvet. – La libertad por unos días. – Al campamento de Whan. – «¿Cómo evadirse?». – Agricultores por conveniencia. – Huyen de una granja. – Un alemán oportuno. – Al fin en la frontera. – En el país de los tulipanes.

En septiembre de 1915 el 82.º de Infantería ocupa desde hace largos meses el sector de la «Fille morte», en el Argona. La lucha, en esta región de grandes bosques, es ruda. El frente es sinuoso; los elementos avanzados de los dos ejércitos están, con frecuencia, a 10 metros unos de otros. Observadores, emplazados detrás de sus almenas, están siempre preparados, de una y otra parte, a disparar sobre el imprudente que aparece, aunque sólo sea un segundo, fuera del parapeto. Disparan también sobre los periscopios que surgen de la trinchera. El menor incidente provoca una escaramuza. A veces, al amanecer o a la caída de la noche, una gruesa y espesa columna de polvo amarillento sube lentamente hacia el cielo; poco después una explosión conmueve el sector: ha explotado una mina. La mayoría del tiempo, es la señal de un golpe de mano. Estallan granadas y su detonación seca repercute a lo lejos. La artillería dispara y la lucha que se había encalmado vuelve a su brutalidad.

El sargento Brault, destacado de su unidad para seguir un curso de ametralladoras de un mes de duración, en Bourges, se reune a su regimiento el 15 de septiembre. Encuentra transformado el sector. En todas partes hay depósitos de proyectiles de artillería, de herramientas, de municiones de infantería y materiales diversos; el número de baterías se ha decuplicado; las retaguardias están llenas de nuevas unidades. En las trincheras de primera línea, los soldados cavan escaleras en los parapetos. A retaguardia los zapadores preparan abrigos en las galerías. Nuestra aviación muestra gran actividad: barre el cielo de aparatos enemigos. No hay duda: preparamos un ataque.

El 25 de septiembre de 1915, al oeste del Aisne, el cañoneo que ya los días precedentes era furioso, se intensifica. Su violencia va

aumentando. A las 9, del bosque de Hauzy al monte Vauquois nuestras tropas se lanzan al asalto. En varios puntos obtenemos éxitos incontestables y hacemos gran número de prisioneros. Llegamos a apoderarnos de la «Main de Massiges», que disputábamos ásperamente a los alemanes desde hacía más de un año, pero no podemos llegar a su segunda posición, que resiste. En esas condiciones, nuestro mando decide no extender el frente de nuestra ofensiva, que sólo nos conduciría a pérdidas inútiles. No proseguimos la lucha sino en los puntos en que nuestro avance ha sido suficiente para dejarnos la esperanza de penetrar más adelante en las organizaciones enemigas.

El 26 de septiembre, los alemanes, en la ignorancia de nuestras intenciones, creen que nuestra ofensiva se generalizará o intensificará. Sus reconocimientos aéreos le han revelado la existencia en nuestras retaguardias de varias divisiones de reserva. Temen que las lancemos tras nuestras tropas victoriosas. A fin de inmovilizarlas, deciden atacarnos en un punto vecino: es el medio más seguro de contener nuestro avance. Para esa acción parcial eligen al sector del 82.º regimiento.

Desde las primeras horas del 27, su artillería de trincheras entra en acción en esta parte del frente. La nuestra responde. Insuficiente en número y en alcance, es rápidamente reducida al silencio. A partir de las 10'30, los alemanes hacen estallar las minas cuya carga está acabada. Lo menos 15 estallan en las avanzadas del 82.º, y destruyen sus blocaos de ametralladoras construidos en primera línea.

A las 11, nuestros puestos avanzados están completamente destruidos y sus defensas accesorias demolidas. No ofrecen ninguna protección. Ante esta situación, nuestros infantes se repliegan a la segunda línea, a la que los *minenwerfer* alcanzan con dificultad. En esas trincheras, que han sufrido menos, les será más fácil contener el asalto alemán. Partiendo de esta base sólida, podrán, incluso, contraatacando rápidamente, volver a ocupar sus posiciones primitivas, que no han podido conservar.

Un sargento de la compañía de ametralladoras que manda uno de los blocaos se niega a abandonar su puesto sin una orden escrita del jefe de su unidad. Cuenta con su abrigo de cemento para resistir hasta el último momento y, además, con la rapidez de tiro de su arma y la precisión de su fuego para rechazar a los asaltantes. Bruscamente, aquel macizo de cemento es lanzado al aire. La explosión no lo destruye; cae al revés: la abertura que le servía de puerta mira al cielo y su arma queda inútil. Sus ocupantes quedan contusionados, cegados por la tierra levantada por la explosión. Creyendo inminente el ataque, salen a toda prisa de su abrigo, dispuestos a defenderse. Pero el enemigo no aparece. ¿Este violento bombardeo será sólo una sencilla demostración?

Este accidente no decide al sargento a abandonar su puesto. Su blocao está fuera de servicio. Pondrá en batería su pieza al lado. Brault, que es su agregado, no le abandona. Los dos penetran en el abrigo, desentierran el arma y la arreglan. Pero no pueden ponerla en uso: algunas piezas se han estropeado al caer. Sólo logran hacer funcionar su mosquetón. Ellos y los cuatro soldados que les acompañan, quedan junto al blocao. Están aislados. A mediodía, a 40 metros de ellos surge una masa que grita. ¡El enemigo! Tiran a toda velocidad, ¿pero qué pueden sus seis mosquetones? Son inmediatamente reducidos a la impotencia y hechos prisioneros.

Una hora después, son enviados a un puesto de socorro, donde son vendados. El ataque ha obtenido un éxito parcial. Por la tarde, los alemanes reunen de 1500 a 2000 prisioneros en Vareune, en Argona; al fin de la jornada los envían a Dun, sobre el Mosa, para embarcarlos en el tren. Durante dos días, los nuestros ruedan sin descanso, no recibiendo otros víveres que un pan y un trozo de salchichón. Van 90 en un vagón de ganado, donde no pueden ni tenderse.

Después de una estancia de un mes en el campamento de Darmstadt, Brault es trasladado al de Limburgo. Pasará en él desde noviembre de 1915 hasta diciembre de 1916. De allí se evadirá por primera vez. Parece difícil salir: dos recintos, uno de alambradas,

otro de tablas lo rodean por completo. Entre ambos circulan día y noche centinelas. Cuatro cañones colocados dos a dos en las extremidades de una diagonal del campo, de manera que puedan batir todas las caras, están prontos a repeler cualquier ataque a viva fuerza.

Brault comunica sus proyectos de evasión a un camarada herido grave que está a punto de ser evacuado. Éste, en cuanto llega a Suiza, escribe a la familia de su amigo, pidiéndole que vayan a verle. Verbalmente les transmite los mensajes de que está encargado. Brault entra así en relación secreta con su madre y conviene con ella un verdadero código de correspondencia. Ella le envía los objetos que necesita. En los botes de confitura con doble fondo oculta mapas y moneda alemana y algunas indicaciones sobre el modo de pasar la frontera. Llega, incluso, a enviarle un traje de paisano. De ordinario envuelve sus paquetes en papel azul. El que contiene las ropas viene con papel blanco. Prevenido de su partida, informa a los camaradas encargados del servicio de paquetes y éstos consiguen substraerlo a las investigaciones de sus guardianes.

Para huir, se asegura el concurso de un excelente camarada: Dor, que participará en todas sus tentativas de evasión. Habla corrientemente el alemán y por ello le será precioso. Al azar de los servicios en la ciudad, traba conversación con la criada de una cervecería, que le procura dos paraguas. Él y Brault creen que estos objetos no indispensables inspirarán confianza a los alemanes. Les tomarán más fácilmente por compatriotas viéndoles equipados así.

Habiendo sabido que otros camaradas quieren también evadirse, se entienden con ellos para efectuar juntos sus preparativos. Su acuerdo hará más fácil la labor. Deciden cavar un gran subterráneo que partiendo de su barracón, desembocará en el campo. Son más de 20 trabajando durante varias semanas. En el momento de ir a terminar, sea que les denuncien, o que los alemanes den por casualidad con su zapa, ésta es descubierta. Los prisioneros que ocupan la barraca de donde parte el túnel son evacuados a un

pequeño campamento que sirve de centro de desinfección y donde pueden ser vigilados más estrechamente.

Hay que encontrar otro medio de fuga. Un suboficial, Calvet, está encargado en el campamento de la recepción de los paquetes de los prisioneros y de su distribución. A este efecto, va todos los días con un equipo de 40 hombres a la oficina de correos de la ciudad. Ésta da a dos calles y tiene un gran patio. En el piso entresuelo hay una enorme habitación donde se efectúa el apartado de cartas y paquetes. Al lado parte una escalera que conduce al primer piso y bajo la cual hay un recinto obscuro. Calvet saca partido de ese recodo para hacer evadirse a una cuarentena de los nuestros. A cuantos piensan huir, les procura los medios de hacerlo; así, proporciona a Dor sus ropas civiles. Los alemanes no llegarán a conocer jamás su labor.

El 27 de diciembre de 1917, por la mañana, advierte a Brault y a Dor que estén preparados. A las 2 de la tarde se reunen en el patio los hombres que han de ir en busca de los paquetes. Los alemanes cuentan a los hombres y después dan la señal de partida. Brault y Dor que llevan bajo sus ropas militares un pantalón de paisano, se unen sin ser vistos a la columna cuando franquea la puerta del patio.

En cuanto llegan a la sala de correspondencia, participan en el trabajo común. A eso de las 4, al caer la noche, Calvet hace una señal convenida que esperan Dor y Brault para ir transformando poco a poco su vestuario; se ponen un chaleco, después una americana, anudan una corbata en torno a su cuello. Cogen estas ropas de los paquetes que Calvet ha llevado del campamento con pretexto de ser paquetes a devolver en la administración de correos. A una nueva señal de su protector, los dos, con cinco minutos de intervalo, se dirigen hacia la escalera que conduce al primer piso. Allí, en un abrir y cerrar de ojos, en el rincón oscuro en que le esperan, Calvet les quita su capote y su gorro, les pone un abrigo de paisano y les empuja fuera uno tras otro. Los centinelas que se hallan en el patio al verlos pasar no sospechan nada.

La parte que ellos creen ser la más delicada de su evasión está cumplida. Tenían sobre todo miedo de que sus provisiones les traicionaran, ya que para ganar de noche la frontera sin detenerse en la más pequeña aldea, era preciso que las provisiones fueran numerosas. Lo que les inquietaba era la salida. ¿Cómo no atraer la atención de los centinelas? Al efectuar su transformación en el corredor, atan sus paquetes a su cintura dejándolos colgar tras ellos a la altura de la rodilla y pasan ante los centinelas con las manos vacías. Conociendo aproximadamente el itinerario a seguir en Limburgo, se habían dado cita en una plaza. Se reunen en el lugar indicado y después de haberse colocado su saco a la espalda salen de la ciudad dirigiéndose hacia el Oeste.

Están llenos de esperanzas. La época es favorable. Durante las fiestas de Navidad, en efecto, Alemania no piensa sino en darse un banquete y en cantar. Tendrá menos ardor en la persecución de evadidos.

Brault y Dor han resuelto forzar su marcha durante las primeras etapas. Temen ser detenidos en las cercanías del campamento. Si se nota su falta en la lista de la tarde, las patrullas se pondrán en movimiento y los alrededores serán avisados. El cruce del Rin en Coblenza les inquieta.

La primera noche marchan sin descanso; desde las 4 de la tarde a las 7 de la mañana, cubren una etapa de 60 kilómetros. No ha amanecido aún cuando llegan al Rin; divisan apenas los objetos a algunos metros de ellos. El instante es favorable. Saben que existe un derecho de peaje en el puente. Brault ha preparado una moneda de 50 *pfennig* que tiende al guardián a la salida. Éste le da las vueltas. ¡El Rin está franqueado!

Cruzar Coblenza juntos con su traje excéntrico les parece peligroso aun a esta hora matinal. Se separan después del puente, dándose cita a la salida de la ciudad en dirección a Rubenach. Media hora después, vuelven a encontrarse. Se hallan extenuados por su marcha forzada: sus piernas están rígidas y sus pies les arden. Aunque hace mucho frío, les es preciso detenerse cuanto antes y

descansar. La carretera franquea con un puente de un solo arco un arroyo helado: se amparan debajo de la arcada y, apretados uno contra otro esperan la noche.

Tan pronto llega, hacen un agujero en el hielo para llenar en el río sus cantimploras que llevan atadas a la cintura, y vuelven a emprender la marcha. Han contado demasiado con sus fuerzas. Al cabo de algunos kilómetros, cuando apenas llegan a los primeros contrafuertes del Eifel, comprenden que no podrán continuar: ha sido excesivo el esfuerzo de la noche anterior. Están en pleno bosque, lejos de toda habitación. Nadie les buscará por allí. Se instalan a algunas decenas de metros de la carretera en un seto, bajo un gran abeto, comen algunos bizcochos e intentan dormir. Pero no pueden lograrlo a causa del frío. Hay un momento en que oyen aullar a los lobos. Se encaraman a las ramas bajas del abeto y tiritando pasan el resto de la noche. Al amanecer, descienden de su abrigo, ejecutan algunas flexiones para calentarse, corren algunos metros y después se refugian bajo el abeto. Pasan todo el día en esta posición. A la noche, se lanzan a cruzar el Eifel por malos caminos llenos de nieve. No hay incidentes en esta parte de su viaje. Sólo el frío les hace sufrir. Andar varios días sin poder refugiarse bajo el menor abrigo, sin absorber ningún alimento caliente, sin cambiar de trajes, constituye un sufrimiento atroz.

En la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero, alcanzan el reborde occidental de la zona arbolada. Las aldeas se multiplican y se hacen más importantes De todas partes surgen cánticos. Los alemanes celebran gozosamente el año nuevo, que —según creen— ha de aportarles la victoria. Dor y Brault pasan el día del 1.º de enero en un bosquecillo de abetos. Marchan toda la noche del 1 al 2 sin encontrar a nadie. El 2, abandonan su refugio a las 6 de la noche. Poco después de la aldea de Munstereifel, cuando están más esperanzados, llega un ciclista a quien no han oído. Es un suboficial de gendarmería. Asombrado de encontrar a dos hombres en la carretera a una hora tan tardía, les interroga. Al principio les toma por belgas, pero pronto reconoce en ellos a dos evadidos. Les fuerza

a dar media vuelta y les conduce a la prisión de la pequeña aldea, que está instalada en una torre antigua. Al día siguiente les permiten encargar su almuerzo a una cervecería vecina. Un día después son conducidos al campamento de Whan, y después al de Giesen, donde son condenados a tres semanas de celda. Su odisea termina mal.

La vida en la prisión de Giesen es menos penosa de lo que puede suponerse, por la camaradería que en ella reina. Un prisionero francés les lleva mañana y tarde la gamella de sopa que les conceden los alemanes. Sus bolsillos están siempre llenos de latas de conservas que la cooperativa del campamento le encarga de distribuir a los nuestros; las esconden en escondrijos practicados en las paredes de la barraca. Por la noche nuestros prisioneros se avituallan así sin que los alemanes lo sospechen.

Al salir de su celda, Dor y Brault vuelven a su proyecto de evasión. Si han fracasado la primera vez, triunfarán la segunda. La pérdida de su material, enteramente confiscado, es para ellos un grave contratiempo. Temen no poder reconstituirlo en meses. Su sorpresa es grande al ver que, al contrario, pueden procurárselo con bastante facilidad. Por chocolate y confituras obtienen de uno de sus guardianes sacos y brújulas. Logran robar en el despacho del jefe del campamento un mapa de la región, que copian. Para no ser sorprendidos en este trabajo, se instalan en una mesa al fondo de una barraca. Unos camaradas espían en las dos puertas. En cuanto un guardián se acerca uno de ellos baja bruscamente el brazo. Dor, que vigila sus gestos, advierte a Brault que copia las cartas y las hace desaparecer en un abrir y cerrar de ojos bajo la mesa, donde las fija por medio de chinches. Los alemanes no sospechan nada.

Los preparativos quedan terminados en un mes. Reunidos sus medios, una pregunta se impone: «¿Cómo evadirse?». Adoptan la resolución más sencilla: hacerse emplear en un destacamento de cultivo. Así no tendrán que forzar el recinto el día en que quieran intentar de nuevo la aventura. Se inscriben, pues, como voluntarios para un *kommando* agrícola. Pocos días después su petición les es concedida. Cuando el guardián de su barracón, un antiguo cochero

de París, que habla admirablemente el francés y a quien han apodado Collignon, les ve partir sonríe y les dice: «¿Para cuándo la evasión? ¡Ya conocéis la tarifa!».

Brault y Dor son enviados al círculo de Hanau para ser empleados en una explotación agrícola que comprende ya 30 prisioneros, 10 rusos y 20 franceses. Para amenguar la vigilancia de sus guardianes, fingen no saber una palabra de alemán. No dejan de estar inquietos a su llegada: no tienen conocimientos de agricultura y sin embargo han declarado, para ser empleados, que han trabajado en Francia en una granja. ¡Si los despidieran por incapaces! Ponen en la labor toda su buena voluntad. Trabajan sin descanso desde las cinco de la mañana a las siete de la tarde. Los granjeros que los ocupan les toman afecto e incluso, un día, les obsequian con una comida caliente con tocino.

El domingo siguiente al de su llegada a la explotación, piden ir en compañía de otros camaradas al pueblo vecino para hacer algunas compras. No tienen sombrero, lo cual, dicen, es muy incómodo para el trabajo. Les conceden la autorización. Bajo la vigilancia de un centinela, van a la ciudad, donde compran papel, y sobre todo magníficos sombreros verdes adornados con una plumita de gallo, dignos de ser lucidos por auténticos alemanes. Al undécimo día de su llegada, huyen.

Los 32 prisioneros agregados a las diversas explotaciones de la aldea, están acuartelados en una antigua escuela; ocupan en ella dos habitaciones del piso bajo separadas por un corredor. El centinela que los guarda duerme en otra. Por la noche, cierra bien todas las puertas y después se encierra él. Las ventanas del local destinado a los franceses están defendidas por gruesos barrotes, y no disponen de ninguna herramienta para atacarlos. Los de la otra habitación, que es más pequeña, donde están alojados los rusos, sólo tiene una reja débil, fácil de romper. Saldrán por allí. A eso de las 11 de la noche, pasan de su habitación a la otra sin que el centinela les oiga, rompen la reja, saltan al jardín y franquean la empalizada que lo cierra; toda ello sin grandes dificultades. Están

libres; el perro de la casa ladra cuando escalan el recinto exterior, pero como se alejan, calla rápidamente.

Han tomado sus disposiciones para realizar la mayor parte del viaje con luna llena y no llegar a la frontera hasta el cuarto menguante. Según sus cálculos, su aventura durará ocho días, diez todo lo más. Llevan víveres para todo ese tiempo. Los dos están provistos de trajes de paisano: Dor posee una americana azul y un pantalón de pana, Brault una americana de paño azul oscuro, cortada a su medida de un capote inglés, y un pantalón gris claro. Llevan con qué afeitarse y un juego de cepillos, con el fin de ir siempre correctos. Disponen de una colección completa de mapas e incluso un croquis al 1/20.000 de la frontera holandesa, en el cual figuran detalles preciosos, como molinos, casas aisladas, parcelas de bosque.

Les han dicho que los alemanes vigilan estrechamente la región de Scherpenseel. Pasarán más al Norte, por una región enteramente llana, sin siquiera una línea de árboles, pero donde el territorio holandés forma un pronunciado avance que contiene un bosque grande y visible desde lejos, que constituye un excelente punto de referencia. Penetrando en él se está seguro de estar en Holanda.

A su salida de la granja, Brault y Dor experimentan una primera dificultad. Su mapa no comienza sino a algunos kilómetros al Oeste. Tienen, pues, que guiarse por la brújula. Cruzan el Tauno y pasan al sur de Friedrichsort. Están ya fuera de la zona donde pueden ser buscados sistemáticamente. Sólo tienen que temer algún encuentro fortuito. Para tomar toda precaución no marchan sino desde las 10 de la noche a las 4 y media de la madrugada. La circulación por las carreteras en plena noche es casi nula. Para que esta disminución en la duración de sus etapas no influya en su longitud, fuerzan su velocidad de marcha. Recorren así de 22 a 25 kilómetros por noche.

El primer domingo después de su evasión, reposan en un bosque, lejos de todo poblado, tendidos bajo un gran abeto. Brault, se ha envuelto la cabeza para dormir en un gran pañuelo rojo. Da la impresión de una mujer tendida. Unos niños que vagan por el

bosque en busca de nidos creen que tienen a la vista una parejita enamorada y se alejan sin decir nada.

Al sur de Limburgo, vuelven a su antiguo itinerario. La gran dificultad de este recorrido es la del cruce de Coblenza. Es tan delicado que deciden hacerlo de noche. Después de un largo reposo en un bosque, donde se asean cuidadosamente, a las 7 de la noche, se ponen en camino. No están más que a 10 kilómetros de Coblenza. Es un sábado. Esperan que la multitud se acumule en el puente y poder pasar inadvertidos.

En toda esta región el tráfico clandestino de víveres se efectúa en gran escala. Las autoridades alemanas cierran los ojos. Para evitar toda pregunta, Dor y Brault intentan darse aires de contrabandistas. Se rodean el cuerpo con fajas que llenan de víveres. Se desembarazan de su saco, lo enrollan y lo meten bajo el brazo. Dos kilómetros antes del puente se acercan a un viejo de blanca barba que les interpela y que, con la facilidad que tienen los alemanes para hablar de sus asuntos a cualquiera, emprende conversación con ellos. No le rehuyen: al contrario. Caminan juntos y cruzan el puente. ¡Precioso socorro el de este alemán! Brault aprueba sólo con monosílabos las historias que escucha y no entiende. Dor sostiene la conversación. Oyéndoles, se les creería verdaderos renanos. Al pasar el puente pagan los dos *pfennigs* exigidos por persona, y después, siempre en compañía del viejo alemán, se sientan en una taberna para beber un vaso de cerveza. Ha caído la noche. Coblenza ha disminuido la luz de sus reverberos por miedo a nuestros aviones. Las hetairas, en las callejas sombrías, les hacen proposiciones, que rechazan. Rápidamente cruzan la ciudad y vuelven a emprender el camino de algunos meses antes, pero en mejores condiciones: no tienen que luchar contra el frío.

La travesía del Eifel se efectúa sin incidentes, pero cuidan de evitar la aldea de Munstereifel donde fueron hechos prisioneros. Cerca de Riedern, son interpelados por un alemán de alta estatura que va haciendo zigzagues en la carretera. Es un molinero de los alrededores, que está completamente borracho, que les toma afecto

y quiere llevárselos a dormir a su casa. Les cuesta trabajo defenderse de sus amabilidades, que aprovechan para hacerse indicar el buen camino.

Dos días después, tras una etapa fatigosa, experimentan una decepción. El bosque, en que según su mapa pensaban pasar la noche, está rodeado de una cerca elevada que no pueden franquear. Es un coto. Imposible penetrar en él. Se refugian en un bosquecillo de abetos, cuyos árboles son escasos y que no les ofrece sino una débil protección. Pasan el día tendidos en un banco rústico. Felizmente, estalla una tormenta espantosa por la mañana y dura todo el día. Ningún alemán se arriesga fuera de los caminos.

Sus víveres disminuyen. No han caminado tan de prisa como esperaban. A partir de Julich, tienen que racionarse. La víspera de franquear la frontera, no les quedan más que dos bizcochos y algunas sardinas que comparten fraternalmente. Se refugian durante todo el día en un bosquecillo al sur de Woldenbeutel a 5 kilómetros apenas de Holanda. Sus sacos vacíos, sus *tricots*, su hornillo de alcohol no les servirán para nada en la última etapa de su evasión, y sólo pueden molestarles. Envuelven todo cuanto les es inútil en sus sacos, que dejan en el bosque con esta inscripción prendida con un alfiler: «Estos sacos pertenecen a dos prisioneros de guerra franceses que se los regalan gustosos a los alemanes que los encuentren». Sólo conservan su mapa, la brújula, la lámpara eléctrica, el dinero alemán y dos monedas de oro francesas.

A las 8 de la noche, comienzan su última etapa. Para no equivocarse, van primero a la aldea de Woldenbeutel, que cruzan. Partiendo de un punto preciso marcado en su mapa, sólo tendrán que seguir las indicaciones de la brújula. Pero su inexperiencia es grande: además, su brújula, de tamaño reducido, no les da más que puntos de referencia insuficientes, a consecuencia de los cuales, a los pocos centenares de metros, pierden la buena dirección. Se dan cuenta de ello al tropezar con una vía férrea que no hubieran debido encontrar. Están demasiado al Sur. Una indicación en un cruce de caminos les confirma en su error. No se atreven a seguir la carretera

por temor a los centinelas. Están tanto más inquietos cuanto que un perro les persigue y puede señalarlos a los alemanes. Desorientados, huyen a campo traviesa.

Brault, que se ha encargado de la dirección, descubre, por fin, un punto de referencia. Es un grupo de árboles al este de Nachhandeid, el único que existe en la región. No están más que a un kilómetro de la frontera. Prosiguen su camino arrastrándose. Las horas pasan, lentamente. Saben que han de atravesar tres carreteras antes de entrar en Holanda. Sucesivamente van contándolas. Por un momento se detienen, inquietos. A la izquierda, a algunas decenas de metros de ellos, sale un hombre, de una casa aislada, con una lámpara en la mano. Pasan un cuarto de hora tendidos en el suelo, sin hacer el menor movimiento, conteniendo su respiración, y después continúan arrastrándose hacia el Oeste. En la noche estrellada se perfilan las siluetas de los grandes árboles. Su masa negra se afirma, crece a cada paso y bien pronto se hace enorme. ¿Será su meta? Se acercan lo más de prisa que pueden. Cuando están seguros de no equivocarse se levantan y, a toda velocidad, corren hacia la linde del bosque. En cuanto la alcanzan vuelven a tumbarse y escuchan. Nada se mueve. Al cabo de un cuarto de hora, se levantan. Ningún centinela a la vista. Están, sin duda, en Holanda.

Querrían, sin embargo, una confirmación positiva. He aquí una casa aislada. Llaman a la puerta. No les contestan. Continúan andando hacia el Oeste, llegan a un pueblo en el cual entran tímidamente. Un buzón. Encima, en grandes letras blancas hay una inscripción: «*Brievenbus*» en vez de «*Briefkarten*». Holandés y no alemán: Dor lo afirma. Están tan contentos que se ponen a bailar y cantar en la plaza del lugar. Al ruido varias ventanas se abren. Un habitante les interroga. Es un aduanero. Al saber que son evadidos, baja a abrirles y les reconforta. Por la mañana, al ser de día, les lleva a lo largo de la frontera para que vean los emplazamientos de los centinelas a través de los cuales se han deslizado tan felizmente. ¡Se han salvado!

Capítulo XV

UN LORENÉS

Alberto Marlier no quiere ser soldado alemán. – Belgas patriotas. – Organizaciones para facilitar la huída. – El cartero Brand y la señora Sheid. – La explotación del patriotismo. – El *Atlas V*. – En una barcaza de carbón. – Intento fallido. – 19 tentativas de evasión. – ¡Útil para el servicio militar! – La fuga. – El convento de Hamont y su prior. – En las alambradas electrificadas de la frontera holandesa. – Falsa alarma. – ¡Libre! – Al fin soldado francés.

Alberto Marlier es hijo de loreneses, que, muchos años antes de la guerra, han dejado su provincia anexionada para habitar en Bélgica. Muy joven —pertenece al reemplazo de 1919— intenta desde 1915 huir de los territorios ocupados: quiere servir a Francia. En cuanto su edad le permite concebir la esperanza de ser admitido, piensa en evadirse: está dispuesto a todo antes que llevar el uniforme *feldgrau*. Varias veces, de julio de 1915 a abril de 1917, intenta huir. Durante cerca de tres años, fracasa en sus tentativas. No desmaya por eso. Las dificultades vencidas demuestran lo que puede un joven de diecisiete años animado por la fe patriótica.

* * *

Alejarse de Bélgica para los jóvenes franceses o belgas que residen en territorio ocupado por los alemanes es cosa extremadamente difícil. La circulación en la región fronteriza está severamente reglamentada. Todo viajero que desciende en una estación a menos de 10 kilómetros de Holanda es sometido a un verdadero interrogatorio: su paso es mencionado en un registro especial. Las personas autorizadas a penetrar en esos parajes deben en su viaje de vuelta seguir el mismo itinerario. Este riguroso jalonamiento permite a los alemanes descubrir las casas sospechosas, las que atraen a los evadidos. En cuanto las descubren, las registran por sorpresa. Así, poco a poco, logran apoderarse de los ciudadanos patriotas que ayudan a los jóvenes a evadirse. En estas pesquisas descubren toda clase de escondrijos, incluso subterráneos para desembocar en territorio holandés. Después de varios descubrimientos de esta clase, obligan a evacuar todas las casas próximas a la frontera. Es el único medio de defenderse eficazmente contra la ayuda prestada por la población a cuantos quieren evadirse.

Además de estas dificultades, los jóvenes franceses o belgas, a partir de los dieciséis años, están obligados a presentarse una vez

por semana a una oficina alemana especial, la «*Meldeamt*». Allí deben presentar su tarjeta de identidad, provista de una fotografía y firmar en el registro de presencia. Toda evasión es, así, rápidamente descubierta, y la familia del fugitivo sometida a represalias.

Estas circunstancias incitaron a Marlier a no poner jamás a sus padres al corriente ni de sus pasos ni tentativas. Podían, así, afirmar de buena fe que no sabían nada. En cuanto adoptó la resolución de huir, Marlier buscó ponerse en contacto con las organizaciones belgas, que se ocupaban de hacer evadirse a los prisioneros aliados. Todas estaban dirigidas por patriotas, con frecuencia sacerdotes. Sus nombres se mantenían en el secreto. Los postulantes no eran puestos en relación con ellos hasta después de haber pasado por una serie de personas que debían responder de ellos.

Para sus dos primeras tentativas, Marlier obtuvo informes de una asociación dirigida por un modesto cartero de Bruselas apellidado Brand. Los alemanes le descubrieron después de varios meses de actividad. Apresado por ellos, murió a consecuencia de los malos tratos recibidos. Puso a Marlier en relación con la señora Sheid, de Amberes. Esta ardiente patriota, desgraciadamente fallecida antes del armisticio, hizo evadirse a muchos de los nuestros. Los suegros de Marlier y su mujer —a quien aún no conocía— formaban parte de esa organización y se habían especializado en la confección de documentos de identidad. En 1917, un joven belga detenido en la frontera creyó comprar su libertad entregando a quienes le habían ayudado y les denunció. Sufrieron por ello largos meses de cautividad en las prisiones de Lovaina y de Saint-Gilles. Un pensamiento les sostuvo: habían ayudado a evadirse a 38 franceses y belgas. Su hija, más dichosa, después de su arresto, continuó su obra: ayudó a salir de los territorios invadidos a varios jóvenes franceses cuyo nombre no conservó: hubiera sido peligroso, pues los alemanes, en las frecuentes pesquisas que efectuaban en su casa, hubieran podido descubrir huella del socorro que les había proporcionado.

Eran, sin embargo, grandes las precauciones tomadas por los organizadores. Los jefes eran desconocidos; sólo estaban en relación con dos o tres personas que les transmitían una consigna o la recibían de ellos. El principio era cuerdo. En caso de arresto de uno de ellos, los malos tratos de los alemanes no podían determinarles a denunciar a la banda entera, porque no la conocían.

Las evasiones así preparadas no tenían éxito, forzoso es confesarlo, sino gracias a la connivencia de ciertos alemanes, cuya complicidad se compraba. Así, pues, estas empresas no eran gratuitas para quien podía pagarlas. Costaban, a veces, muy caro, y si no tenían éxito, nada era reembolsado. Marlier, por su parte, pagó en 1916 y 1917, cerca de 17.000 francos por tentativas de esta clase. Como muchos jóvenes, fué víctima de algunos grupos de estafadores, que, en realidad, no organizaban nada, y se contentaban, después de haberse embolsado las sumas exigidas, con hacer efectuar a los voluntarios un paseo por la frontera. Estos nada podían pretender, salvo el ser arrestados.

La mayoría de las tentativas de evasión de Marlier carecen de interés. Se reducen todas a 2, 3 ó 4 largas marchas de noche. Cuando llegan al lugar convenido cerca de la frontera, sus camaradas les comunican que las condiciones se han modificado y que hay que volver a empezar. La explicación es siempre plausible; a veces es expresión de la verdad. Para impedir que los centinelas se dejen comprar, los alemanes los cambian sin cesar de sector. Rara vez pasan más de una semana en el mismo lugar.

Los candidatos a la evasión viajan generalmente en bandas de ocho o diez. Un guía conduce al grupo. Sólo él conoce dónde debe efectuarse la operación, así como los conjurados que habitan en las cercanías de la frontera y que tienen la misión de informarle de las últimas modificaciones aportadas al régimen de los centinelas y patrullas. Una vez, una mujer muy valerosa, reemplazó en sus funciones a su marido, detenido a última hora, y condujo a su pequeño destacamento hasta la región de Brée. Era durante el mes de diciembre del rigurosísimo invierno de 1916-1917. La nieve caía

en abundancia, incitando a los alemanes a aflojar su servicio de vigilancia. Pero esta expedición, desgraciadamente demasiado numerosa, no se les escapó y le dieron caza. El grupo, de común acuerdo, se dispersó por la aldea de Brée. Marlier no debió su salvación sino a la presencia en la banda de su camarada Bodart, con el cual se ocultó en el vecino castillo de Gruitrode, que era propiedad de la familia de este último.

En esta tentativa se le helaron los pies a Marlier y estuvo sin poder andar durante varios meses. Esto le impidió participar en la expedición conocida con el nombre del *Atlas V*, en la cual se le reservaba plaza. El *Atlas V* era un vaporcillo que remolcaba a las barcazas en el Mosa. A fines de diciembre de 1916, embarca clandestinamente a 60 jóvenes belgas en Lieja, sale del puerto de noche, pasa sin detenerse ante el puesto alemán establecido a la salida de la población, de parada obligatoria para todo barco que navegara hacia el Norte. Dado aviso de la violación del reglamento, sufre fuego de fusil y ametralladora durante todo el trayecto desde Lieja a la frontera. A la mitad del camino, en Visé, los alemanes habían establecido un puente de madera provisional. El *Atlas V*, desciende el Mosa a todo vapor; las aguas del río, crecidas por las últimas lluvias, forman impetuosa corriente. Al llegar cerca del puente, el capitán se da cuenta de que, habiéndose elevado fuertemente el nivel del río, no puede pasar por debajo; aborda resueltamente el obstáculo y practica en él una brecha. El remolcador sufre averías con el espantoso choque: una parte de su proa se abre; el agua penetra en la cala por varios agujeros. Puede, sin embargo, recorrer aún algunos kilómetros llevado por la corriente. Se hunde en Holanda, en Eysden, a algunos centenares de metros apenas de la frontera. ¡Todos los pasajeros se salvan!

El golpe es espléndido. Se intenta repetirlo algunas semanas más tarde con un tren alemán. Avanzará sin detenerse hasta estar dentro de Holanda. Marlier debe participar en la tentativa. Tiene ya tomado su billete para Visé cuando, llegado a la estación de Lieja-Condoz, un presentimiento feliz e irrazonado le impide subir al vagón. En Visé, el

tren es dirigido a una vía muerta: todos los viajeros varones son arrestados y enviados como prisioneros a un campamento de concentración. Los fogoneros y maquinistas alemanes a quienes se creía haber comprado, habían puesto al corriente a sus jefes jerárquicos.

En enero de 1917, Marlier intenta de nuevo franquear la frontera al norte de Visé, en el Mosa. No lo logra aunque, a primera vista, la empresa parecía fácil. Durante algunos kilómetros, más abajo de Mäestricht, y durante numerosos kilómetros más arriba, el Mosa forma frontera entre Bélgica y Holanda. El acceso al río está severamente guardado, pero la dificultad puede ser vencida. Un buen nadador puede cruzar con facilidad esta corriente poco rápida normalmente y de una anchura de algunos centenares de metros. Felizmente, antes de intentar la aventura, sabe que los alemanes, para impedir este camino, han sumergido alambradas en el lecho del río a diferentes profundidades, y las han provisto de enormes anzuelos. Varios jóvenes belgas se han ahogado ya así. Además, proyectores móviles iluminan el curso del río durante la noche, haciendo imposible toda evasión en barca.

No habiendo tenido éxito al norte de Visé, Marlier intenta huir desde territorio alemán. Gana para ello los alrededores de Moresnet en la región de Aquisgrán. Tampoco allí logra sus fines. Tiene que volver a Lieja. Al día siguiente, todos sus compañeros son detenidos, verosímilmente, por denuncia de su guía. Marlier no es inquietado: no había querido dar su nombre, tan peligrosa juzgaba su situación de lorenés.

Durante los últimos días de enero de 1916, intenta de nuevo la aventura. Una barcaza destinada al transporte de carbón de Alemania a Holanda, le lleva. Los aduaneros alemanes han de inspeccionarla al partir, en ruta y al llegar. Es preciso que no le encuentren. Marlier se oculta en un escondrijo que parece un féretro junto a un flanco del navío en las calas, recubierto de una espesa capa de carbón. No hay *confort*, pero la ventilación está asegurada. Como los barcos y el puerto de Coronmeuse, situado más arriba de

Lieja, están guardados militarmente, Marlier no puede deslizarse en la barcaza sino después de haber estado cargando todo un día sacos de carbón. Por la noche, después de la inspección reglamentaria, el barco abandona el puerto. Marlier, desde su escondite no oye ningún ruido. En una exclusa hacen la primera parada. Dan unos golpes cerca de su escondrijo: es una señal convenida que significa: «Todo va bien». El frío es intenso; las mantas de que se ha provisto le parecen mojadas. Proviene de una ligera infiltración de agua. El viaje debe ser de corta duración; la barcaza llegará al día siguiente a mediodía a Holanda. A medianoche, el carbón es removido encima de él: la investigación antes de franquear la frontera. Marlier escucha ansioso y resignado: de pronto nuevos golpes: «Todo va bien». Media hora más tarde, el batelero abre su escondite y le hace salir. Es preciso volver a empezar. La barcaza queda retenida durante tres días: orden alemana. Imposible dejarle escondido durante todo ese tiempo. El frío es tal que le mataría, tanto más que no puede moverse en su refugio. Sería una congestión lenta, pero segura. El marinero, un holandés, después de haberle obligado a salir, le reconforta en su camarote, El orden y una meticulosa limpieza reinan en él. Marlier se siente conmovido por su cordial acogida y olvida un poco su decepción. Como los alemanes en sus registros se hacen auxiliar por perros policías, Marlier, prevenido, se había provisto de una amplia provisión de ajos para despistarlos. Había rechazado la pimienta, por temor a que le hiciera estornudar. Los víveres que llevaba eran escasos, ya que el viaje debía ser de corta duración.

Algunas horas después de este incidente, al nacer el día, Marlier abandona la barcaza y vuelve a Lieja a pie. El viaje siguiente de esa barcaza debía ser trágico. Tres jóvenes belgas se habían escondido en ella. Al partir de Coronmeuse, al revés que de costumbre, una escuadra de soldados alemanes sube a bordo y no abandona la barcaza hasta la frontera. Cogida varios días entre los hielos, su viaje se prolonga más de una semana sin que el batelero pueda socorrer

a los tres desgraciados. A su llegada a Holanda, les encuentran muertos.

Esta tentativa por barcaza era la 18.ª de Marlier. La siguiente, la 19.ª debía tener éxito. Ya era tiempo.

* * *

En marzo de 1917, el acontecimiento tan temido por él de su incorporación al ejército alemán se precisa. Es convocado en los primeros días del mes ante el Consejo de revisión alemán que reside en el Palacio de Justicia de Lieja, transformado en «*Kommandatur*». Para evitar su arresto inmediato, Marlier acude al llamamiento. Al oír al comandante alemán declararle «apto para el servicio» y al jefe de la oficina de reclutamiento destinarle a un regimiento de infantería de Colonia, su indignación estalla. Declara que no se incorporará a esa unidad. Inmediatamente es injuriado y maltratado por los oficiales alemanes presentes y conducido con escolta al puesto de policía del Palacio de Justicia en espera de ser trasladado a la prisión de Lieja. ¿Se verá obligado a servir en las filas alemanas?

Al cabo de una hora, solicita ir al retrete. Aprovechando un momento de distracción del centinela que le acompaña y que discute con uno de sus camaradas, se mezcla a un grupo de jóvenes alemanes que salen del Consejo de revisión y se dirige con ellos hacia la puerta.

En cuanto está fuera del Palacio, salta a un tranvía que le conduce a Hans, en los arrabales, donde toma un tren de carga que le lleva a Bruselas. Tarda nueve horas en recorrer 100 kilómetros. Tres veces los gendarmes piden a los viajeros su documentación. Al entrar en su compartimiento, Marlier ha encontrado en la red un paquete de periódicos alemanes. Parece tan absorbido en su lectura que inspira confianza a los gendarmes y no le reclaman la documentación.

A su llegada a Bruselas va a casa de uno de sus amigos que participó en su tentativa de evasión de Brée: Bodart, actual director de la Sociedad Solvay, en Bruselas. Éste, aunque casado y padre de cuatro hijos, y aun conociendo la situación singular de Marlier, le ampara a riesgo de graves castigos. Le ofrece un abrigo provisional. Se encontrarán algunos días después en Holanda. Le es preciso ganar la frontera holandesa, pero, ¿por qué medio? Hacer todo el viaje a pie es imposible. Los caminos están jalonados por numerosas patrullas, y centinelas guardan los puntos estratégicos. El tren le ha sido favorable. ¿Por qué no intentar de nuevo la aventura? Se embarca provisto de una masa de periódicos y revistas ilustradas alemanas.

Una organización de evasión que ha funcionado en Bélgica durante toda la ocupación alemana y a la cual ha sido recomendado por un belga amigo de su padre, le ha aconsejado que vaya al convento de Hamont en la provincia de Limburgo, a 2 kilómetros de Holanda. El prior, especialista en esta peligrosa materia, le hará franquear la frontera.

Su viaje en ferrocarril, desde Bruselas a Brée, se efectúa sin dificultad. Marlier, una vez más, es tomado por un alemán por todos los puestos de vigilancia. La vista de sus periódicos quita a todos sus compañeros de tren el deseo de hablar con él. Los bravos belgas con quienes viaja, le miran con desprecio. A su llegada a Brée, las dificultades comienzan. Para llegar al convento, tiene que franquear 15 kilómetros a pie. Los puentes sobre los canales son numerosos y están todos guardados por centinelas. Tres veces es detenido. Audazmente, exhibe su tarjeta de identidad y da como pretexto de su paseo su deseo de ver a su hermana en el pensionado de niñas de Hamont. Le dejan pasar. A la caída de la noche llama a las puertas del convento.

En Bruselas le han dado las palabras de contraseña para que el prior le acoja sin desconfianza, pero esas palabras cambian con frecuencia para evitar toda sorpresa. El Padre Superior no ha sido avisado aún de las nuevas frases convencionales. Rechaza el acoger

y, sobre todo, escuchar a Marlier, cuya tarjeta de identidad —que contiene su cualidad de lorenés— no le inspira ninguna confianza. Finge ignorarlo todo; no entiende lo que le preguntan. Esta actitud se explica por los riesgos que corre. Poco tiempo después de la evasión de Marlier, será detenido y condenado a muerte. Sólo la intervención del Marqués de Villalobar, embajador de España en Bruselas, le evitará el poste de ejecución.

Marlier se desconsuela de fracasar tan cerca de la meta. Volver a Bruselas sería estúpido. Puede ser arrestado en su viaje de vuelta. Usando de toda su elocuencia, suplica al Padre Superior que le oculte hasta estar mejor informado. Le ruega que se informe de los amigos que le han enviado y logra disipar sus temores citándole los apellidos de las personas que ambos conocen.

Al día siguiente de su llegada al convento se dice una misa por el éxito de su evasión. Recibe la bendición del anterior prior, que está ciego y que le promete rezar el rosario hasta la noche a las nueve, momento de su partida. Es el 24 de abril de 1917.

La noche se anuncia obscura a pesar de la luna llena. Llueve desde el anochecer. El paisaje de esta parte del Limburgo, ya austero en la bella estación, es lúgubre en esta época del año. El suelo es llano, uniforme hasta perderse de vista. En esas tierras pantanosas, la vegetación es pobre; comprende algunos abetos anémicos y matas secadas por las heladas; aquí y allá un arbolillo desgajado por los vientos invernales al que nada contiene en estas inmensas llanuras. Ni la menor brizna verde anuncia la primavera.

Marlier y el prior salen del convento por el jardín adosado a tierras cultivadas. En seguida están en pleno campo; ven a lo lejos las luces de los reflectores que iluminan la red de alambradas eléctricas que jalona la frontera, distante aún dos kilómetros. Una patrulla circula por una carretera. Un perro policía debe acompañarles y ladra. Marlier y el prior se tumban inmediatamente. Están en la zona peligrosa; ya no avanzarán sino arrastrándose por las tierras llenas de agua. Al cabo de algunos centenares de metros se han transformado en unos paquetes de barro. Aún de día, si

guardaran la inmovilidad, no podría distinguírseles del suelo con el cual se confunden.

Una segunda patrulla que descubren por el ruido que hacen los soldados al marchar, se dirige hacia ellos. Los dos se aplastan más contra el suelo y retienen su respiración. El enemigo pasa a algunos metros de ellos sin columbrarlos. Afortunadamente, no les acompaña ningún peno.

Una nueva prueba les espera: tienen que cruzar un arroyo crecido por las lluvias; se dejan deslizar en el agua helada con el menor ruido posible.

Después de una hora de marcha a gatas franqueando un pantano extenso, llegan ante la primera red de alambradas, no sin asustarse por el vuelo de una banda de patos salvajes que a su aproximación huyen con un ruido espantoso.

Durante el día, una manta roja colgada ante una ventana del granero del convento ha advertido a los miembros de la organización en Holanda que unos evadidos esperarán por la noche en el lugar y hora convenidos, el material destinado a permitirles franquear la red de alambradas eléctricas de alta tensión, que tiene una altura de 2'5 metros. Los hilos, sujetos por aisladores, están distanciados unos 20 centímetros y son recorridos por una corriente eléctrica de 4.000 voltios. No se pueden cortar. Guantes de caucho y una pinza aisladora no bastan para preservarse de tal potencia.

Algunos meses antes, en una de sus precedentes tentativas, Marlier vió a uno de sus amigos deslizarse del aparato aislador colocado sobre esos hilos; murió instantáneamente y en algunos segundos su cadáver quedó carbonizado. Marlier no escapó sino con fatigas a las patrullas alarmadas por las diversas señales eléctricas, acústicas y luminosas puestas en juego por el corto circuito.

Razones militares obligaron a los alemanes durante toda la guerra a guardar rigurosamente esta frontera y a inmovilizar un gran número de hombres para un servicio que, a primera vista, no parecía de una necesidad primordial. La razón es fácil de comprender. Casi todos los transportes de tropas dirigidos sobre el frente francés

cruzaban Bélgica. Este país, al ser de corta extensión, favorecía a los agentes del espionaje aliado para vigilarlos y anotarlos. La única dificultad residía en el envío rápido por Holanda de los informes recogidos. Los obstáculos acumulados por los alemanes en esta frontera retardaban su transmisión. Cuando llegaban a los aliados, habían perdido todo su interés en la mayoría de los casos. Tal resultado justifica las medidas tomadas y los gastos hechos.

El material destinado a franquear la terrible red se componía de una plataforma aisladora de unos 70 centímetros cuadrados recubierta de una espesa hoja de caucho y provista de piezas de ebonita que se colocaba en el suelo bajo el primer hilo conductor. Un oficial belga refugiado en Holanda dirigía la maniobra acompañado de dos ayudantes cuya función consistía en atraer la atención de los centinelas y ocuparles lo más lejos posible de donde se instalaba el material. Para esto trababan conversación con los alemanes y aun les proporcionaban algunos víveres. El aparato era siempre colocado en el límite de dos sectores de guardia. Al relevo, uno de los centinelas partía hacia la derecha y el otro hacia la izquierda. Una lámpara eléctrica de bolsillo encendida un segundo significaba que todo estaba preparado. A esta señal, Marlier y su guía debían precipitarse a franquear corriendo los 50 últimos metros que les separaban de la frontera. Al dirigirse hacia el relámpago luminoso se encontrarían frente al aparato protector.

Tendidos en el suelo, esperan ansiosamente el rayito de luz. Lo ven, de pronto. Se levantan dispuestos a saltar. Por una suerte inesperada, el viento barre las nubes y la Luna luce lo suficiente para que se den cuenta de su error. Lo que tomaron por señal no es sino el farolillo de un ciclista que camina a la cabeza de una patrulla. La luz les apareció un solo instante porque el camino hace un recodo en tal lugar.

Después de media hora de espera, se convencen de que la señal roja colocada en la ventana del convento no ha sido vista por los amigos de Holanda. Nadie les esperará al otro lado de los alambres. Han de contemplar, sin pisarla, la tierra de libertad. Decepcionados,

vuelven sobre sus pasos tomando tantas precauciones como a la ida. El camino es peligroso en los dos sentidos. Vuelven al convento extenuados y tiritando.

Después de haberse reconfortado y secado y luego de haber tomado algunas horas de reposo, van a la capilla, oyen misa y reciben de nuevo la bendición del viejo prior ciego, que también hoy rezará por ellos.

A mediodía, una alarma. Soldados armados llaman a la puerta del convento. Los Padres ocultan precipitadamente a Marlier en las cuevas, bajo unos haces de ramajes. Por un ventanillo colocado encima de él oye resonar las botas de los soldados en el suelo y puede seguir su conversación. Registran. Su escondrijo es seguro. ¿Habrá sido señalado en su primera etapa de Brée a Hamont? Se entrega a amargas reflexiones sobre su suerte. Los jóvenes belgas que desean unirse a su ejército, cuando son detenidos cerca de la frontera, son enviados mientras dure la guerra a los campamentos de prisioneros de Alemania. En cuanto a él, alemán a la fuerza, no puede esperar igual trato: será inculpado de alta traición. Sus temores son vivos. ¡Qué alegría al oír alejarse a la patrulla! ¡¡Ha venido sólo a requisar colchones!!

Por la noche, a las 9, sale de nuevo del convento. El anciano prior ciego le afirma que tiene el presentimiento de que sus oraciones serán escuchadas. No hay nubes: la Luna brilla con todo su esplendor.

Marlier rehace, en compañía del Padre Superior, el camino de la víspera, pero tomando aún más precauciones. Las mismas patrullas son encontradas y evitadas.

Llegado ante la siniestra alambrada, recibe las últimas recomendaciones de su guía: pasar a través de los hilos procurando no rozarlos siquiera con el talón, pues están tan tendidos que el menor roce de un cuerpo duro les hace resonar como cuerdas de guitarra. No perder el tino cuando esté en pie sobre la estrecha plataforma aisladora. El menor paso en falso sería fatal. Soltar los hilos y separarse de ellos antes de volver a poner los pies en el

suelo. Suprema recomendación: que recuerde el juramento que hizo en el convento de no revelar antes del fin de las hostilidades ni el nombre de su guía ni el lugar por donde franqueó la frontera.

Esta vez la señal de la lámpara eléctrica es hecha de un modo claro. Marlier encomienda su alma a Dios, se lanza hacia delante, franquea una alambrada corriente y se encuentra ante los hilos eléctricos. Intenta recordar las recomendaciones recibidas, pero se mezclan en su memoria. Cree llegado su último momento cuando toca los hilos. Se ve cubierto de chispas de pies a cabeza. Son provocadas por la humedad de que sus ropas se han impregnado cuando se arrastraba. El peligro ha pasado. Tiene que franquear aún otra segunda alambrada lisa. ¡Libre, está libre! Su guía se hunde ya en la noche, después de haber enviado vigorosamente por encima de los recintos un voluminoso paquete conteniendo los datos del servicio de informaciones aliados en la Bélgica ocupada.

¡Qué alegría sentirse en seguridad después de haber aspirado tanto a la libertad! Este minuto hace olvidar los tormentos pasados. Oculto en la sombra, mientras sus salvadores desmontan el material, ve a algunos metros de él, a través de los hilos, a los centinelas alemanes pasearse arriba y abajo, sin sospechar lo que acaba de ocurrir.

Marlier anda penosamente. Su pie helado le molesta aún. Movido por su alegría, no puede evitar el salir corriendo por la carretera que se abre ante él al lado opuesto de la frontera. Detenido por el puesto de guardia holandés, debe mostrar sus documentos y recibir la felicitación del oficial jefe del puesto. Algunas horas después es la acogida reconfortante en la cercana cantina de los ingenieros de las fábricas de cinc de Doorplein, dirigida por religiosas francesas.

Ahora que está en seguridad, le queda un deber que cumplir: tranquilizar sobre su estado a su familia que ha quedado en Bélgica y que está sin noticias de él desde el día en que la dejó para ir al Consejo de revisión. Sospechosa desde su partida, vigilada por las autoridades, no dejarían llegar hasta ella una carta procedente de Holanda. Así, Marlier se contenta con expedirle un giro postal de 10

florines escrito por su mano cuyo expedidor supuesto es un tal M. E. Vaz Reus, de Rotterdam, abreviatura que deja transparentar su sentido. Pasará desapercibido para la censura alemana y llegará a Lieja tres días después.

Deseoso de servir lo antes posible, Marlier no está en Holanda sino el tiempo estrictamente necesario. A su llegada a Francia arrastra una pierna y sufre de una bronquitis crónica, consecuencia de sus numerosas tentativas de evasión. Las autoridades militares no le aceptan por razones de salud. Algunos meses más tarde, ante sus nuevas instancias, y aunque sin obligación militar alguna, puede, por fin, contraer un voluntariado por la duración de la guerra. Cumplirá su deber a pesar de todo.

F I N



JACQUES-FRÉDÉRIC REBOUL (París, Francia, 27/5/1863 – 19/12/1937, París, Francia). Destacado militar, diplomático e historiador francés que desempeñó un papel clave en la Sección Histórica del Estado Mayor del Ejército de Francia y en las relaciones militares aliadas durante la Primera Guerra Mundial.

En el transcurso de la Primera Guerra Mundial, ejerció funciones de alta importancia de enlace y diplomacia militar, integrando la Misión Militar Francesa ante el Ejército Británico en 1916. En los años posteriores al conflicto, continuó vinculado al análisis de la defensa estratégica y a misiones de observación en el extranjero.

Notas

[1] Escuadrilla 67.ª, construída con aviones Nieuport.

[2] Por «Heraus»; fuera.

[3] Gris verde, color del uniforme de campaña alemán.

[4] Prohibido hablar. Es peligroso.

[5] Empleo correspondiente al de cabo.

[6] *Ein deutsches Gefangenenlager*, publicado por los *Süddeutsche Monatshefte*. Agosto de 1921.